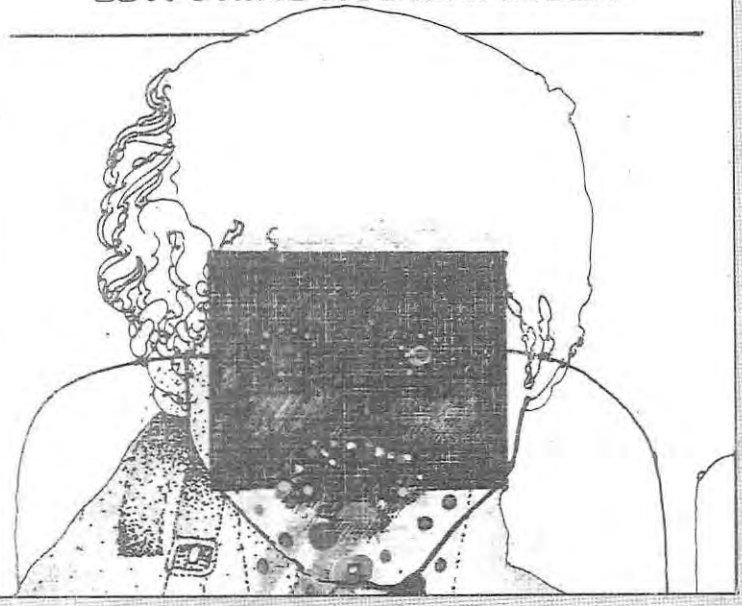
Carlos Martínez Moreno nació en Colonia de Sacramento, Uruguay, en 1917. Ha publicado: **Los días por vivir** (Asir, 1960), **Cordelia** (Alfa, 1961), **El paredón** (Seix Barral, 1963), **Los aborígenes** (Alfa, 1964), **La otra mitad** (Joaquín Mortiz, 1966), **Con las primeras luces** (Seix Barral, 1966), **Coca** (Monte Avila, 1970), **De vida o muerte** (Cedal, 1971), **Tierra en la boca** (Losada, 1974). **El color que el infierno me escondiera,** su última novela, fue la ganadora del género narrativa del Concurso Internacional Proceso-Nueva Imagen sobre "El militarismo en América Latina".

El jurado estuvo integrado por:

Jean Casimir–Julio Cortázar–Ariel Dorfman–Theotonio Dos Santos–Gabriel García Márquez–Pablo González Casanova–Carlos Quijano–Julio Scherer García–René Zavaleta Mercado

EDITORIAL NUEVA IMAGEN

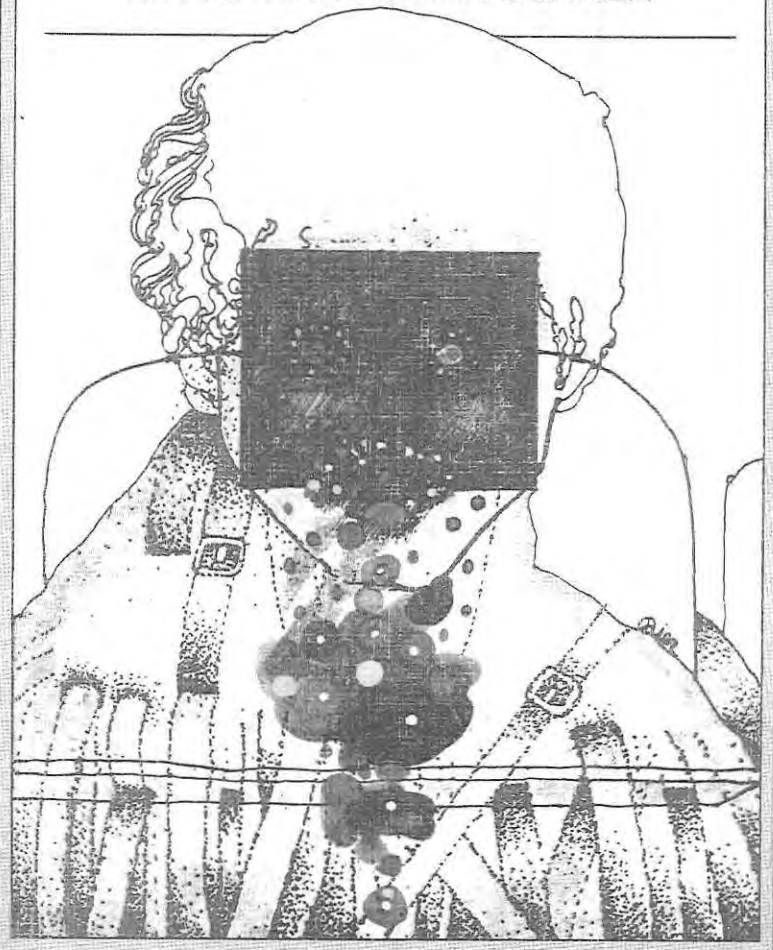


Carlos Martínez Moreno / EL COLOR QUE EL INFIERNO

EL COLOR QUE EL INFIERNO ME ESCONDIERA

CARLOS MARTÍNEZ MORENO

EDITORIAL NUEVA IMAGEN





El color que el infierno me escondiera

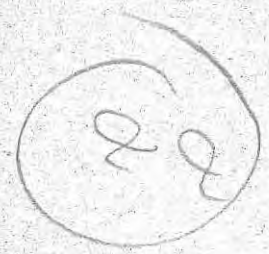
Carlos Martínez Moreno

El color que el infierno me escondiera



EDITORIAL NUEVA IMAGEN

Primera edición, 1981



Portada: *Alberto Diez*

© 1981, Editorial Nueva Imagen, S.A.
Sacramento 109, México 12, D.F.
Apartado Postal 600, México 1, D.F.

Impreso en México
ISBN 968-429-278-3

Índice

La ópera de los cuatro mendigos/El asesor 11
Il Dottore Gaetano 37
La ópera de los cuatro mendigos (II) 49
Monólogo de Ulyses 51
El asesor (II) 63
El asesor (III) 73
Los candelabros 87
Los pieles rojas 93
El caballo del Fiscal 101
La libertad firmada 103
De corpore insepulto 111
El soldado del brazo de yeso 125
Caragua 135
... Paraíso del mundo 149
Caragua (II) 165
Caragua (III) 171
18 de Mayo 185
Nino 197
Julio y la niñez del General 203
Mar Mediterráneo 213
La Arboleda 229
... Sobre esos huesos muertos 239

quel color che l'inferno mi nascose
DANTE, Purgatorio, Canto

La ópera de los cuatro mendigos/El asesor

E io, che di mirare stava inteso,
vidi genti fangose in quel pantano,
ignude tutte, con sembiante offeso.

DANTE, Inferno, Canto VII

Según cuenta el cubano, el asesor detesta las palabras groseras, los dichos vulgares, los gestos procaces y hasta las simples demasías de confianza. Sentado allí, en el centro del sótano que le hace de taller y escenario, no abandona nunca sus modales de irreprochable urbanidad. Parece un profesor, no un policía. Ni siquiera en la indumentaria se permite en modo alguno la negligencia ni concede nada a las familiaridades del trato. Nunca nadie le habrá visto, en aquellas sesiones a las que sería irreverente llamar ceremonias, en mangas de camisa ni aflojado el lazo de la corbata, por más calor que hiciese. El traje es gris y la camisa blanca; la corbata, habitualmente de un solo color y de un tono profundo: el granate oscuro, en otros casos el azul marino, casi nunca el negro. Rara vez incurre en los gustos norteamericanos: un paisaje de palmeras sobre lampos de crepúsculo, un círculo de relojes amelcochados en cadena, inspirado visiblemente en Dalí, jamás poses de mujeres desnudas, jamás botellas y vasos, nunca nombres de aeropuertos, números, etiquetas de equipaje, corazones, motivos sicodélicos. La de las corbatas es, de todos modos, la zona poco frecuente de su posible y púdica fantasía, de su condescendencia a lo pintoresco, a una benigna frivolidad, a lo inocente e irresponsablemente decorativo, al capricho. El asesor es gordo y lo sabe; acaso lo sepa desde sus ya lejanos días de Richmond, Indiana. Los casimires no contienen dibujos, cuadrículas, brillos; son de un fondo de color

pizarra, patinado a lo sumo por una finísima línea más clara, blanco sobre gris, celeste sobre plomo, pálidamente amarillo sobre azul. Los filos de los pantalones parecen tirados a cordel, tan perfecto luce su planchado. Los puños de su camisa rematan en gemelos de oro, jamás en botones. Aunque el pañuelo de bolsillo por lo común es blanco, sólo en ese detalle suele acompañar los devaneos de la corbata. Acaso el asesor evoque entonces su tiempo pasado en Brasil, como inspector de policía al servicio de la Democracia, a partir de la coyuntura del 64.

El asesor es un experto de la AID, Agency for International Development. AID es algo más que siglas; aid significa ayudar, socorrer, auxiliar, coadyuvar, apoyar, ayuda, auxilio, concurso, socorro, apoyo, amparo, subsidio —dice el Appleton's—. El asesor ha venido a todo eso: ayuda, instruye, enseña, propone, alecciona, ilustra. Está aquí, sobre la tarima del sótano, para que comisarios y militares aprendan a interrogar, a torturar, a descubrir —a cualquier precio— lo que más convenga al país, en la lucha contra la sedición y el caos. Así al menos se escribía en los periódicos y se vociferaba en las radios; pero hasta ahora no lo habían dicho con relación a él. Los escribas y los oradores preferían sin duda no desgastar tales frases, salvo en los empleos del gran tono; habría sido inhábil mencionarlo, quemarlo en la minucia de una simple presencia policial extranjera. Por eso, discretamente, habían omitido saludos y presentaciones a la hora de la llegada; aún no habían hallado la ocasión de exaltar su asistencia benéfica. Ensalzarán al asesor, en cambio, cuando ya esas virtudes de reserva y recato hayan dejado de tener sentido, cuando lo secuestren primero y pase después lo que haya pasado y rindamos las banderas al paso póstumo de semejante héroe.

Pero ahora está aquí, entre nosotros, impartiendo y presidiendo las lecciones del sótano, el terno gris, la camisa blanca y la corbata granate. Los diarios no han comenzado todavía a ocuparse de su figura.

Lo vi, lo tuve cerca de mí una noche, sin saber quién fuera. Fue una sola vez pero su rostro, su parsimonia y su

discreto *enbonpoint* se me hicieron inolvidables; de modo que cuando su retrato de perfil aparezca en *El Día*, habré de reconocerlo con absoluta nitidez. En ese invierno del 70 una compañía italiana había estrenado en el Solís *Il kibbutz*, de Indro Montanelli, y se había temido que los enemigos de Israel realizasen una algarada en plena sala. Unos meses antes —setiembre de 1969— yo había conocido en Viña y Valparaíso a Cemi Boscovoyne, la había visto exhibir varias veces su tarjeta del Fondo de Cultura, al cual decía representar en Chile. Ofrecía almuerzos y cenas en los restaurantes con cualquier pretexto y siempre con la misma risueña invocación falaz: "Paga el fondo". Hostigaba a los escritores, acusándolos de ser poco valientes (con la sola excepción, decía, de Gonzalo Rojas). Para hacerle el gusto tendríamos que haber agredido a Frei y a Valdés. Cemi se vestía de un modo ridículo para su edad madura. Trajes hechos con voladitos y retazos, que figuraban las plumas de un ave, tocados con largas viseras triangulares que remedaban el más agudo pico de los pájaros. (El ridículo ¿seguirá siendo el mejor disfraz de los espías?) Era un personaje de la Commedia dell'Arte expuesto cruelmente a la luz del año 69. En el sur de Chile, en Puerto Montt, en Ancud, en Castro, asumió un sitial constante en los foros y tras los micrófonos: saludaba a las concurrencias en nombre del Fondo de Cultura, prometía más y mejores congresos. Empezó a conjeturarse que fuera de la CIA, ella se fingió inmune a cualquier desaire. Dudamos todos. Hoy juzgo absurdo que la CIA utilice a gente de tan poca memoria visual. Cemi llegó al Solís ya empezada la obra y ocupó su platea en la fila inmediatamente anterior y a la misma altura numérica de aquélla en que yo estaba. Miró hacia mí, no me reconoció; esta vez su pájaro era una capa de armiño, algo así como la variante ornitológica para salir al extranjero. Buscaba a alguien en las cercanías, creyó hallarlo: un señor gordo de patillas grises aparentaba utilizar el intervalo entre acto y acto para sumergirse en el programa del espectáculo y repasar el asunto de *Il kibbutz*, que visiblemente no le interesaba. ¿Desconocía el italiano, a pesar de su apellido?,

me he preguntado después. El señor gordo dejabà que sus pequeños anteojos le resbalaran, como dos tajaditas curvas, hasta mitad de la nariz. Las patillas de carey oscuro remataban muy holgadamente por encima de las orejas, abrían dos surcos tenues en las bandas cenicientas de una cabellera muy cuidada. Cemi enderezó hacia él, que ocupaba una butaca junto al pasillo alfombrado en rojo de la platea; y de pie a su lado, él siempre en su butaca, le habló. Debe haberle dicho algo instantáneamente revelador —¿un santo y seña, su mismo extraño nombre de mujer?— porque el hombre abandonó la lectura del programa y la miró, por encima de sus lentes. Ella dijo algo más, dos o tres palabras, y el señor gordo se puso rápida y caballerescamente de pie, hizo el ademán de tomar la mano que ella le tendía y llevársela a los labios, aunque no la besó. Ella rió, el armiño se deslizó sobre su hombro izquierdo; él le ayudó a reimplantárselo. Arrellanado en mi propio sillón, yo la tenía a menos de tres metros de distancia: ella no me había reconocido, de él yo nada sabía por entonces. Salieron juntos al foyer, él le ofreció un cigarrillo y se lo encendió. Ella aparentaba estar radiante, él se esforzaba por ser amable y, al mismo tiempo, luchaba contra su costumbre de no sonreír. Pocos días más tarde habré visto la foto del hombre, en el diario del primero de agosto, y la imagen de aquel encuentro reflotará en mi memoria, creeré tenerla otra vez ante mis ojos (la foto toma el mismo lado de perfil que yo le vi): Cemi con su manto de armiño, el asesor con sus anteojos oblicuos apuntando a las aletas de la nariz. El secuestro habrá ocurrido el día antes, viernes 31 de julio: empiezan a publicar ahora su rostro, su carrera, su ejecutoria brasileña, la historia de su caudalosa familia en Indiana, la razón de su vida entre nosotros.

El cubano ha narrado la historia del sótano. El asesor es un perfeccionista, dice. Ha hecho arrendar una casa en Malvín, sobre la avenida Rivera. De los garajes se penetra directamente al interior del edificio, desde el sótano al exterior no escapan los ruidos, los vecinos no se hallan demasiado próximos, las cintas filásticas y los sacos de arena lo

amordazan todo. No será una cárcel clandestina, sin embargo. Será sólo un recinto de enseñanza. El asesor jamás confía el cuidado de ningún detalle a nadie que no sea él: verifica cada cosa por sí mismo. Desde las instalaciones eléctricas hasta el cedazo hermético de puertas y ventanas, todo figura en las preocupaciones de su escrupulosa, insondable atención personal. Las palmeras que casi nunca suben a sus corbatas cuelgan, en cambio, en sus oídos. Ama desde muy joven la música hawaiana, la ha escuchado suavemente en Indiana, la hace saltar ahora en su mayor estridencia, desde el tocadiscos puesto a un colmo de volumen. Fecho, recorre como un pausado y ceremonioso poseso las instalaciones de aquella casa, se detiene a escuchar, mensura, sigue. Quiere saber hasta dónde llegue Hawai, dónde mueran sus playas, sus palmares, su luna. Emplazado otro equipo sonoro en el sótano, el destinado a abastecer los audífonos para una audiencia prevista de coroneles y comisarios, revisa una a una las medidas de clausura —puertas y burletes, acolchados estratégicos, camineros, felpudos, almohadillas y algodones para tapiar ojivas de las cerraduras— y se traslada al piso principal, a fin de asegurarse de que sea imposible escuchar, una vez llegado al recodo de la escalera, desde el centro de la sala, junto al alfeizar de una ventana, aquella barahúnda de Pacífico y Trópico. Su oficio, en este caso, consiste en matar su gusto y descansar en los remansos de esa muerte. Su oficio consiste siempre en triturar hasta las orillas de todas las muertes. Ninguna emoción —de Hawai, del silencio— asoma a su rostro. ¿Qué más daba hollarlas, si alguna vez fuese necesario? Mira apenas a los demás, usa sus ojos tan sólo para impedir que a él lo miren. ¿Estará pensando en torturas verdaderas, precave únicamente simulacros, hipótesis académicas? Trae una pistola Magnum y ordena que la detonen abajo, preanunciada por una red de timbres; alerta y esperándola, sentado en la sala, admite no haber logrado escucharla. Tampoco aquello le parece suficiente: gana un ángulo del sótano, hace disparar desde el otro; asiste al estrangulamiento del sonido en el mismo anfiteatro de las demostraciones, completa su examen: estallidos ce-

rrados y sin eco. "Y así hasta el infinito", escribe el cubano. Silente, difícilmente satisfecho, sin ninguna sonrisa para el éxito, el asesor pasa al párrafo siguiente. El tiempo no existe; sólo cuentan la perfección y la paciencia.

El curso había de tener doce plazas, a distribuir entre el ejército y la policía. En la apariencia, muchos más aspiran a lograr allí un sitio: ¿tendría el hombre influencias en Fort Glück, dispondría de invitaciones para Fort Leavenworth? Todos habían intentado saberlo. Entre tanto lo averiguaban, las sugestiones para ampliar la lista de alumnos habían fracasado. Adiestrar no era una tarea factible en grandes cifras, había aducido el asesor. Y tampoco podría asegurarse el recogimiento de una sesión que contase con un público de más de doce personas. Había elegido, pues, ese número entre los propuestos: tantos coroneles, tantos oficiales de graduación menor, tantos comisarios. Empezaría un lunes, como empieza siempre la gente metódica. Y dispuesta la concurrencia en las butacas del sótano, comienza por dirigirles esta admonición:

—Señores: todo lo que estamos haciendo y todo lo que vayamos a hacer aquí es necesario. (Sus ojos claros y sin expresión flotan por encima de las cabezas de los alumnos, los militares vestidos de uniforme, los comisarios trajeados como para un ritual de administración.) Si ustedes no lo creen del mismo modo, están de más acá. He concedido unos minutos para las bromas, antes de que empezáramos. Pero les prevengo que esto no es una juerga. Es una clase. Dicho de otro modo: una lección, dentro de un curso. (Las bocas aún sonrientes se pliegan a un gesto más seco y respetuoso, no expectante ni tampoco crispado, cada uno en la suposición de que hubieran sido amonestados los otros. El asesor habla un castellano correcto, con acento sajón; en el aspecto de las calideces o frialdades de tono, sin ningún acento.) Yo no vine a este país a gastar mi tiempo en bromas ni ustedes van a perderse la tarde en oírmelas. ¿Sí o no?... (La pregunta no espera respuesta, es una simple pausa. El soldado asistente la aprovecha para verter agua mineral de

quel color che l'inferno mi nascose
DANTE, Purgatorio, Canto

La ópera de los cuatro mendigos/El asesor

E io, che di mirare stava inteso,
vidi genti fangose in quel pantano,
ignude tutte, con sembiante offeso.

DANTE, Inferno, Canto VII

Según cuenta el cubano, el asesor detesta las palabras groseras, los dichos vulgares, los gestos procaces y hasta las simples demasías de confianza. Sentado allí, en el centro del sótano que le hace de taller y escenario, no abandona nunca sus modales de irreprochable urbanidad. Parece un profesor, no un policía. Ni siquiera en la indumentaria se permite en modo alguno la negligencia ni concede nada a las familiaridades del trato. Nunca nadie le habrá visto, en aquellas sesiones a las que sería irreverente llamar ceremonias, en mangas de camisa ni aflojado el lazo de la corbata, por más calor que hiciese. El traje es gris y la camisa blanca; la corbata, habitualmente de un solo color y de un tono profundo: el granate oscuro, en otros casos el azul marino, casi nunca el negro. Rara vez incurre en los gustos norteamericanos: un paisaje de palmeras sobre lampos de crepúsculo, un círculo de relojes amelcochados en cadena, inspirado visiblemente en Dalí, jamás poses de mujeres desnudas, jamás botellas y vasos, nunca nombres de aeropuertos, números, etiquetas de equipaje, corazones, motivos sicodélicos. La de las corbatas es, de todos modos, la zona poco frecuente de su posible y púdica fantasía, de su condescendencia a lo pintoresco, a una benigna frivolidad, a lo inocente e irresponsablemente decorativo, al capricho. El asesor es gordo y lo sabe; acaso lo sepa desde sus ya lejanos días de Richmond, Indiana. Los casimires no contienen dibujos, cuadrículas, brillos; son de un fondo de color

pizarra, patinado a lo sumo por una finísima línea más clara, blanco sobre gris, celeste sobre plomo, pálidamente amarillo sobre azul. Los filos de los pantalones parecen tirados a cordel, tan perfecto luce su planchado. Los puños de su camisa rematan en gemelos de oro, jamás en botones. Aunque el pañuelo de bolsillo por lo común es blanco, sólo en ese detalle suele acompañar los devaneos de la corbata. Acaso el asesor evoque entonces su tiempo pasado en Brasil, como inspector de policía al servicio de la Democracia, a partir de la coyuntura del 64.

El asesor es un experto de la AID, Agency for International Development. AID es algo más que siglas; aid significa ayudar, socorrer, auxiliar, coadyuvar, apoyar, ayuda, auxilio, concurso, socorro, apoyo, amparo, subsidio —dice el Appleton's—. El asesor ha venido a todo eso: ayuda, instruye, enseña, propone, alecciona, ilustra. Está aquí, sobre la tarima del sótano, para que comisarios y militares aprendan a interrogar, a torturar, a descubrir —a cualquier precio— lo que más convenga al país, en la lucha contra la sedición y el caos. Así al menos se escribía en los periódicos y se vociferaba en las radios; pero hasta ahora no lo habían dicho con relación a él. Los escribas y los oradores preferían sin duda no desgastar tales frases, salvo en los empleos del gran tono; habría sido inhábil mencionarlo, quemarlo en la minucia de una simple presencia policial extranjera. Por eso, discretamente, habían omitido saludos y presentaciones a la hora de la llegada; aún no habían hallado la ocasión de exaltar su asistencia benéfica. Ensalzarán al asesor, en cambio, cuando ya esas virtudes de reserva y recato hayan dejado de tener sentido, cuando lo secuestren primero y pase después lo que haya pasado y rindamos las banderas al paso póstumo de semejante héroe.

Pero ahora está aquí, entre nosotros, impartiendo y presidiendo las lecciones del sótano, el terno gris, la camisa blanca y la corbata granate. Los diarios no han comenzado todavía a ocuparse de su figura.

Lo vi, lo tuve cerca de mí una noche, sin saber quién fuera. Fue una sola vez pero su rostro, su parsimonia y su

discreto *enbonpoint* se me hicieron inolvidables; de modo que cuando su retrato de perfil aparezca en *El Día*, habré de reconocerlo con absoluta nitidez. En ese invierno del 70 una compañía italiana había estrenado en el Solís *Il kibbutz*, de Indro Montanelli, y se había temido que los enemigos de Israel realizasen una algarada en plena sala. Unos meses antes —setiembre de 1969— yo había conocido en Viña y Valparaíso a Cemi Boscovoyne, la había visto exhibir varias veces su tarjeta del Fondo de Cultura, al cual decía representar en Chile. Ofrecía almuerzos y cenas en los restaurantes con cualquier pretexto y siempre con la misma risueña invocación falaz: "Paga el fondo". Hostigaba a los escritores, acusándolos de ser poco valientes (con la sola excepción, decía, de Gonzalo Rojas). Para hacerle el gusto tendríamos que haber agredido a Frei y a Valdés. Cemi se vestía de un modo ridículo para su edad madura. Trajes hechos con voladitos y retazos, que figuraban las plumas de un ave, tocados con largas viseras triangulares que remedaban el más agudo pico de los pájaros. (El ridículo ¿seguirá siendo el mejor disfraz de los espías?) Era un personaje de la Commedia dell'Arte expuesto cruelmente a la luz del año 69. En el sur de Chile, en Puerto Montt, en Ancud, en Castro, asumió un sitial constante en los foros y tras los micrófonos: saludaba a las concurrencias en nombre del Fondo de Cultura, prometía más y mejores congresos. Empezó a conjeturarse que fuera de la CIA, ella se fingió inmune a cualquier desaire. Dudamos todos. Hoy juzgo absurdo que la CIA utilice a gente de tan poca memoria visual. Cemi llegó al Solís ya empezada la obra y ocupó su platea en la fila inmediatamente anterior y a la misma altura numérica de aquélla en que yo estaba. Miró hacia mí, no me reconoció; esta vez su pájaro era una capa de armiño, algo así como la variante ornitológica para salir al extranjero. Buscaba a alguien en las cercanías, creyó hallarlo: un señor gordo de patillas grises aparentaba utilizar el intervalo entre acto y acto para sumergirse en el programa del espectáculo y repasar el asunto de *Il kibbutz*, que visiblemente no le interesaba. ¿Desconocía el italiano, a pesar de su apellido?,

me he preguntado después. El señor gordo dejaba que sus pequeños anteojos le resbalaran, como dos tajaditas curvas, hasta mitad de la nariz. Las patillas de carey oscuro remataban muy holgadamente por encima de las orejas, abrían dos surcos tenues en las bandas cenicientas de una cabellera muy cuidada. Cemi enderezó hacia él, que ocupaba una butaca junto al pasillo alfombrado en rojo de la platea; y de pie a su lado, él siempre en su butaca, le habló. Debe haberle dicho algo instantáneamente revelador —¿un santo y seña, su mismo extraño nombre de mujer?— porque el hombre abandonó la lectura del programa y la miró, por encima de sus lentes. Ella dijo algo más, dos o tres palabras, y el señor gordo se puso rápida y caballerescamente de pie, hizo el ademán de tomar la mano que ella le tendía y llevársela a los labios, aunque no la besó. Ella rió, el armiño se deslizó sobre su hombro izquierdo; él le ayudó a reimplantárselo. Arrellanado en mi propio sillón, yo la tenía a menos de tres metros de distancia: ella no me había reconocido, de él yo nada sabía por entonces. Salieron juntos al foyer, él le ofreció un cigarrillo y se lo encendió. Ella aparentaba estar radiante, él se esforzaba por ser amable y, al mismo tiempo, luchaba contra su costumbre de no sonreír. Pocos días más tarde habré visto la foto del hombre, en el diario del primero de agosto, y la imagen de aquel encuentro reflotará en mi memoria, creeré tenerla otra vez ante mis ojos (la foto toma el mismo lado de perfil que yo le vi): Cemi con su manto de armiño, el asesor con sus anteojos oblicuos apuntando a las aletas de la nariz. El secuestro habrá ocurrido el día antes, viernes 31 de julio: empiezan a publicar ahora su rostro, su carrera, su ejecutoria brasileña, la historia de su caudalosa familia en Indiana, la razón de su vida entre nosotros.

El cubano ha narrado la historia del sótano. El asesor es un perfeccionista, dice. Ha hecho arrendar una casa en Malvín, sobre la avenida Rivera. De los garajes se penetra directamente al interior del edificio, desde el sótano al exterior no escapan los ruidos, los vecinos no se hallan demasiado próximos, las cintas filásticas y los sacos de arena lo

amordazan todo. No será una cárcel clandestina, sin embargo. Será sólo un recinto de enseñanza. El asesor jamás confía el cuidado de ningún detalle a nadie que no sea él: verifica cada cosa por sí mismo. Desde las instalaciones eléctricas hasta el cedazo hermético de puertas y ventanas, todo figura en las preocupaciones de su escrupulosa, insondable atención personal. Las palmeras que casi nunca suben a sus corbatas cuelgan, en cambio, en sus oídos. Ama desde muy joven la música hawaiana, la ha escuchado suavemente en Indiana, la hace saltar ahora en su mayor estridencia, desde el tocadiscos puesto a un colmo de volumen. Fecho, recorre como un pausado y ceremonioso poseso las instalaciones de aquella casa, se detiene a escuchar, mensura, sigue. Quiere saber hasta dónde llegue Hawai, dónde mueran sus playas, sus palmares, su luna. Emplazado otro equipo sonoro en el sótano, el destinado a abastecer los audífonos para una audiencia prevista de coroneles y comisarios, revisa una a una las medidas de clausura —puertas y burletes, acolchados estratégicos, camineros, felpudos, almohadillas y algodones para tapiar ojivas de las cerraduras— y se traslada al piso principal, a fin de asegurarse de que sea imposible escuchar, una vez llegado al recodo de la escalera, desde el centro de la sala, junto al alfeizar de una ventana, aquella barahúnda de Pacífico y Trópico. Su oficio, en este caso, consiste en matar su gusto y descansar en los remansos de esa muerte. Su oficio consiste siempre en triturar hasta las orillas de todas las muertes. Ninguna emoción —de Hawai, del silencio— asoma a su rostro. ¿Qué más daba hollarlas, si alguna vez fuese necesario? Mira apenas a los demás, usa sus ojos tan sólo para impedir que a él lo miren. ¿Estará pensando en torturas verdaderas, precave únicamente simulacros, hipótesis académicas? Trae una pistola Magnum y ordena que la detonen abajo, preanunciada por una red de timbres; alerta y esperándola, sentado en la sala, admite no haber logrado escucharla. Tampoco aquello le parece suficiente: gana un ángulo del sótano, hace disparar desde el otro; asiste al estrangulamiento del sonido en el mismo anfiteatro de las demostraciones, completa su examen: estallidos ce-

rrados y sin eco. "Y así hasta el infinito", escribe el cubano. Silente, difícilmente satisfecho, sin ninguna sonrisa para el éxito, el asesor pasa al párrafo siguiente. El tiempo no existe; sólo cuentan la perfección y la paciencia.

El curso había de tener doce plazas, a distribuir entre el ejército y la policía. En la apariencia, muchos más aspiran a lograr allí un sitio: ¿tendría el hombre influencias en Fort Glück, dispondría de invitaciones para Fort Leavenworth? Todos habían intentado saberlo. Entre tanto lo averiguaban, las sugestiones para ampliar la lista de alumnos habían fracasado. Adiestrar no era una tarea factible en grandes cifras, había aducido el asesor. Y tampoco podría asegurarse el recogimiento de una sesión que contase con un público de más de doce personas. Había elegido, pues, ese número entre los propuestos: tantos coroneles, tantos oficiales de graduación menor, tantos comisarios. Empezaría un lunes, como empieza siempre la gente metódica. Y dispuesta la concurrencia en las butacas del sótano, comienza por dirigirles esta admonición:

—Señores: todo lo que estamos haciendo y todo lo que vayamos a hacer aquí es necesario. (Sus ojos claros y sin expresión flotan por encima de las cabezas de los alumnos, los militares vestidos de uniforme, los comisarios trajeados como para un ritual de administración.) Si ustedes no lo creen del mismo modo, están de más acá. He concedido unos minutos para las bromas, antes de que empezáramos. Pero les prevengo que esto no es una juerga. Es una clase. Dicho de otro modo: una lección, dentro de un curso. (Las bocas aún sonrientes se pliegan a un gesto más seco y respetuoso, no expectante ni tampoco crispado, cada uno en la suposición de que hubieran sido amonestados los otros. El asesor habla un castellano correcto, con acento sajón; en el aspecto de las calideces o frialdades de tono, sin ningún acento.) Yo no vine a este país a gastar mi tiempo en bromas ni ustedes van a perderse la tarde en oírmelas. ¿Sí o no?... (La pregunta no espera respuesta, es una simple pausa. El soldado asistente la aprovecha para verter agua mineral de

una botella al vaso que el asesor tiene por delante. El asesor lo ignora.)

—Todo esto es grave —dulcifica el tono, contra el valor de las palabras—. Lo es ahora y va a serlo más a medida que avancemos en los temas... y en las prácticas.

Hace colgar unas pancartas detrás de su cabeza, enarbola un puntero (que nadie había advertido antes) en su mano derecha. El cartel reproduce imágenes de un atlas anatómico.

—Funcionamiento del sistema nervioso— dice.

Los coroneles se miran, los comisarios bajan la vista: ¿Era para esto, parecen preguntarse, que los habían hecho llegar hasta allí?... allí donde aquel maestro —tras hacérselos presentar escuetamente y tras haberlos saludado con total neutralidad— se ha puesto a hablarles, sin el menor interés por probables opiniones, por cualquier posible intercambio de ideas con ellos.

En ningún momento insinúa —en la primera clase— que aquellos centros nerviosos, que aquellos filetes sirvieran al abordaje de una picana, de una corriente eléctrica: todo ocurre como en un aula de Medicina y obedece a un léxico átono, higiénico, científico.

Para la lección del miércoles, ni siquiera hay pancartas. Desciende al sótano cuando ellos ya lo aguardan sentados. Les dirige una abstracta, genérica inclinación de cabeza. —Hoy hablaremos de la psiquis del prófugo y de la psiquis del detenido— se limita a informar, apenas ha puesto sobre la mesa un delgado legajo de apuntes.

Las reflexiones no parecen especialmente agudas ni novedosas, pero ellos tampoco reclaman que lo sean. Añade que autorizará aquellas observaciones o preguntas conducentes a la mayor claridad de la exposición, pero nadie se ha resuelto a formularlas; los ojos del asesor han descendido un poco, de la primera vez a la segunda, y recorren al auditorio: ni severos ni fáciles, tan sólo burocráticos; como si ambicionasen registrar reacciones, con el exclusivo propósito de conocer a la gente a través de ellas.

Los comisarios, tal vez para eludir ese registro, toman

apuntes. Un coronel ha pedido permiso para fumar: no obtiene respuesta ni se atreve a insistir.

—Muchas gracias, señores— dice el asesor al despedirse—. La próxima clase será el viernes, a esta misma hora. Recomiendo a todos la mayor puntualidad. Yo también me la exijo a mí mismo. Además, comenzaremos a presentar nuestros casos.

"Nuestros casos" son cuatro individuos, tres hombres y una mujer. Un comisario que no ha figurado en las sesiones pasadas es quien parecía enorgullecerse de haberlos arrestado; pequeña tarea, por lo demás, desde que vivían al aire libre y en los tugurios descalabrados de la noche, en sucuchos deshabitados de la zona del puerto, en recovecos de esas obras en ruina, con su promesa indefinida de demolición. Vivían allí, hacían fueguitos que cubrían de humo el rincón de unos muros decapitados, para ampararse del aire y de los fríos de la noche. Comían sus residuos, daban un trago a su botella de "alpiste" y se ovillaban a dormir vestidos. Vestidos y acurrucados —sobre hojas de diario o entre sacos de arpillera— con sus mismos andrajos del día, un chaquetón sin codos, un fieltro roto o un gorro de punto a medio deshilar, sus zapatos sin suelas sobre sus pies sin calcetines. De allí, ordenándoles que lo acompañaran, haciéndoles subir a una camioneta de la seccional, los había sacado el comisario para traerlos hasta el sótano. Ahora, con la audiencia del asesor y sus discípulos, el funcionario policial siente llegada la hora de su importancia. Verosímilmente, no puede estar explicando nada a los coroneles, nada a los oficiales, nada a los comisarios: todos ellos son criollos y lo sabrán de sobra. Pero el asesor sí, el asesor es un extranjero: —El "alpiste", Mister, es una bebida que hacen con alcohol de quemar y un fondo de granos de alpiste, el alimento de los pájaros. El alpiste-alpiste se hincha y fermenta, da al alcohol azul un gusto que usted encontraría horrible pero que a esta gente le satisface. Y, además, los abriga.

El asesor está visiblemente incómodo: ¿por qué le llaman

Mister, por qué presumen acerca de sus gustos sobre el alcohol azul? Sólo el comisario, poseído por su oratoria ilustrativa, podría haber dejado de advertirlo.

—Bueno, bueno, no es preciso que nos relate las costumbres de "esta gente". No estamos en el aula de Sociología.

Pero el comisario no va a quedarse tan fácilmente sin decir lo que sabe: —Sí señor, abrevio. (¿Había atisbado que el tratamiento de Mister, sin agregar el apellido del asesor, podría sonar a confianzudo? El de Señor, en todo caso, era más respetuoso.) No son siquiera mendigos, señor. No piden nunca nada. Les dan a veces unos restos de sopa, por la puerta de servicio de los conventos. Hacen su fila así (los señala) cada uno con su latita de aceite. No piden nunca nada. Se les llama bichicomes, señor. . .

—Es una traducción al ruido, sí señor —interrumpe, envalentonado, el coronel que había pedido dos días antes su permiso de fumar—.

—¿Una traducción al ruido?. . . —se interesa momentáneamente el asesor—.

—Así es, señor. Viene de *beach-combers*, peinadores de playas, como los que hay en Miami Beach. . . (¿sólo en Miami Beach, todavía ahora?). De *beach-combers* salió *bichicomes*. . . No son mendigos, señor, son vagabundos que viven en los caños.

¿Cómo lo sabía, de qué caños hablaba? El asesor no se digna preguntarle. Alza, en cambio, una mano, para acabar con las divagaciones. Los tres hombres y la mujer están allí, efectivamente, puestos en fila como si se dispusieran a entregar su latita de aceite por el asa de alambre y a recibir de la caridad divina un caldo tibión, muchos ojos de grasa y unos pocos fideos. Están en fila pero esta vez nadie va a alcanzarles nada. Aparentemente, no les concierne ni parecen entender cuanto se haya estado diciendo de ellos mismos. Se habla de lo suyo teniéndolos por delante y como si no existieran, cual si se tratase de perros o caballos o, todavía mejor, cual si se tratase de moscas.

Están de pie y en fila, como para un *manyamiento*, como

para una foto de prontuario. Pero la policía sabe ya largamente quiénes sean; y no le interesan, ni siquiera en el grado del manyamiento o del prontuario. El primero de la izquierda, visto el grupo desde la plateíta de butacas, tiene unos zapatos sin cordones, las suelas despegándose ya, cara al público. Y lo enfrenta sin mirar a nadie, con un continente de altivez y uno de esos rostros de profetas bíblicos que los años regalan a los bichicomes cuando, ya hacia el final de su desidia, se dejan invadir por la barba. Luce una barba gris, hirsuta y enmarañada, no la barba falsamente bohemia de los esnobs sino la auténtica barba de los desharrapados y de los pordioseros, una barba que es posible imaginarse nimbada de abejas en la suposición poética y llena de piojos en la vida real. Los dos que siguen son más jóvenes: lampiños, de mentones huidizos, unas largas pelambres que no llegan a los hombros, fingiendo ser melenas o renunciando pobremente a serlo. La mujer, acaso más vieja que el barbudo, parece la menos típica de su condición compartida: usa unos zapatos negros de pulsera alta, medias entre blancas y rosadas o sucias, unas faldas muy cortas por encima de sus delgadas piernas chuecas y la corona de un peinado de hebras sobresaltadas, entre dorado y gris, como si sus captores la hubieran sorprendido a mitad de su tocado. Tiene toda una historia de entradas y arrogancias en la Seccional Primera. Su nombre es el de Berta, pero a ese nombre se ha sobrepuesto, hasta borrarlo, el apodo de Doñita. Todos la llamaban así desde años atrás y una generación de milicos ignoran la época y el nombre de Berta. Su verdadera identidad, como otros aspectos de su leyenda, está gradualmente perdiéndose. —Llámeme Doña Berta, si le parece, como yo le llamo Comisario aunque usted sea el Segundo (dijo una vez en la comisaría). Doña-Ber-ta, si gus-ta, repitió silabeando; mire que ya no soy tan chiquilina. —Está bien, Doñita, no se enoje —había contestado riéndose el Segundo—. Y el apodo le había quedado para siempre.

Un resto de rumores pretendía que hubiese sido, en

sus años de auge, prostituta de muy buen ver en Porto Alegre. De allí o de la frontera, a la cual habría luego decaído, le venía un acento brasileño, una extraña dualidad de palabras ceremoniosas en dos idiomas (materia en la cual los vestigios de un portugés marrullero podrían mucho más que su español). Cierta o mítica, su profesión le había dado también ese dejo cortés y señorial de lástima con que se manejaba entre sus congéneres de la zona del puerto. Todas ésas eran regiones del pasado y en ellas no se iba más allá de la conjetura. La afición por los gatos era, en cambio, su pasión más actual y notoria. Deambulaba en la noche por las calles de la Ciudad Vieja, en procura de balcones antiguos y vacíos donde echar los desechos a los gatos del barrio. Balcones y mendrugos para el hambre de los gatos del mundo, hábitos y sueños en la dádiva de una pordiosera. Con reflexiva paciencia, buscaba los balcones más favorables y repartía entre ellos el contenido de sus envoltorios de papel pringoso. Un poco más en ése, quitándole a este otro. Los balcones con barandal de hierro eran los mejores, porque se puede deslizar la mano por ellos y depositar ahí aquellos alimentos miserables, terrestres y nocturnos. Y de todos, los preferibles eran los balcones con fondos de celosías perpetuamente cerradas (¿de ruinas a medio andar, de casas abandonadas?) porque no hay cosa que guste tanto a esos gatos fantasmales y pardos (y en la noche todos lo son) como el olor a polvo y abandono de las baldosas rajadas o de los pisos de mármol carcomido, como el olor a orines de otros gatos en los rincones, en especial si los acompañan una penumbra llena de pulgas y la ajenidad de unos nichos excavados y suspendidos sobre el ruido o el silencio de las calles. En un tiempo hubo un muchacho que la acompañaba en la distribución. Nadie sospechó nunca de una relación carnal entre ellos dos. Era un muchacho pálido y gordinflón, que transmitía la imagen de haber sido castrado en su adolescencia y compadecerse de aquellos gatos que no lo hubiesen sido y que, por eso mismo, aullaran de erotismo y hambruna en los balcones

de las madrugadas. ¡Sean gordos, sean castos! ¡Coman, cálmense!, parecía murmurarles el joven, al abrir y esparcir los paquetes. Y ella, embelesada, simulaba asentir y sonreía.

Asentir, sonreír hasta el día en que el muchacho desapareció. Otra vez sola, Doñita volvió a sus noches, espió una vez y otra vez a los gatos escondidos, listos a abalanzarse contra las sobras en cuanto ella se hubiese alejado. Pero los labios jamás volvieron a trabajar en los gestos de aquella cara, no tornaron a abrirse para el espacio de una sonrisa. Una pasión no es necesariamente una alegría. Casi nunca lo es en los verdaderos solitarios.

Alza una mano y, sin que nadie se lo oiga de modo expreso, ordena retirar a los cuatro prisioneros. Ausentes cuando estaban allí, demoran apenas otro instante en volver a estarlo, sin mirar a su alrededor, sin reparar en nadie. La platea no es tan indiferente: se revuelve, al menos por un par de minutos. ¿Ya los habrían bañado?, como alguien (tal vez el comisario del procedimiento) había dicho. ¿Para qué bañarlos, si otra vez tendrán que volver a embutirles esas ropas inmundas? ¿Para qué, qué iría a pasar en lo sucesivo? ¿Volverían a bañarlos y los devolverían, ahora ya desnudos?

Sin hacerse cargo de ninguna zozobra, no demostrando haber percibido la menor inquietud entre su público, el asesor vuelve a hablar.

—El arte del interrogatorio es un arte complejo —dice él (y recuerda el cubano)—. Tiene varias etapas. La primera, como ustedes bien lo saben, es la del ablandamiento. Aquí hay que lograr que el hombre se sienta solo e indefenso, absolutamente apartado de la realidad y enfrentado a un miedo sin límites. Para que esta operación consiga sus resultados, en esta fase hay que abstenerse de interrogar, de dialogar sobre nada con el preso. Sin preguntas, sólo golpes e insultos. Los técnicos podrán asegurarles que, aunque de un modo aberrante, las preguntas acaban siempre por establecer una relación entre el encuestador y el preguntado. Por crueles que sean, acaban por crear una familiaridad entre quienes dialogan. Cuando dos conversan, cada uno de los dos deja de ser un ente totalmente extraño para el otro. Y lo que se quiere, para el mayor éxito del ablandamiento, es que de veras y del todo lo sea. El preso debe sentirse radicalmente solo y sin ningún apoyo, indefenso y librado a sí mismo, frente al sistema que lo tiene en sus manos. Y lo ideal es que el funcionario tampoco sepa nada del preso, entre tanto cumple la fase de ablandarlo. Hay que generar la angustia, la soledad y, hasta términos que admitan después ser aliviados a cambio de algo que a nosotros nos interese, provocar la desesperación. La desesperación más grande, pero sin llegar al abandono ni a la total desesperanza ni a la entrega a la muerte.

Los golpes y los insultos, sin dar todavía ninguna razón, sin revelar hasta dónde sabemos o creemos saber ni desde dónde queremos empezar a saber más, hacen ese efecto de soledad y hasta de un miedo puro a la locura. El miedo a la locura, ese miedo sin orillas ni argumentos, parece uno de los puntos más extremos que la mente humana pueda concebir... Dicho así, sin ninguna emoción, agrega: —Si ustedes quieren decirlo así (y no sería falso que lo dijeran) esa situación opera, por sí misma, un efecto de desmantelamiento. Se trata de desarmar las resistencias de un sujeto. Se le desarma mucho mejor si él desconoce todavía qué se busca de él, qué secreto se pretende arrancarle, qué se le quiere preguntar, hasta dónde sabemos lo que ha hecho, en qué medida sigue siéndonos un anónimo, un puro ser físico expuesto a la violencia que estemos en la posibilidad de infligirle y que tengamos o no la intención de descargar sobre él. Algo de esto les dije ya anteayer, al hablarles de la psiquis del preso, del cautivo. Cuando se le devuelve a la celda y espera que se le llame otra vez para interrogarlo y no se le llama... Entonces piensa, hasta agotarse, qué van a preguntarle y cómo le conviene contestar. Arma un aparato de respuestas posibles, lo desmonta, quiere no pensar en ninguno pero luego, simplemente, lo cambia por otro, mezcla preguntas que van a formularle y preguntas que nadie le hará. Una angustia sin límites concretos es la

peor angustia. Un terror sin confines. . . —añade y es posible notarlo ensimismado en la frase, con cierto regodeo abstracto en el cálculo que ella obliga a intentar—. Por eso las mejores encerronas son las que dejan al hombre solo y le privan de toda referencia al espacio que le rodea y hacia las medidas del tiempo. Que ni pueda distraerse con nada de su alrededor ni sepa cuándo lo llamarán y cuándo podrá hablar con alguien: con cualquiera, con quien sea, incluyendo al mismo policía, al mismo oficial que en el trance último de esa soledad se le aparezca. Primero lo han destruido la capucha y la falta de reloj, que son las condiciones mismas de la espera; y cuando por fin el sujeto tiene a alguien frente a él, ese alguien lo golpea, lo insulta, y son sólo los golpes y los insultos, sin una sola palabra que le ayude a relacionarse con nadie. Cada vez más duros, cada vez anunciando más claramente otros peores, pero sin que nadie directamente se lo diga ni haya ningún indicio que anticipe las proporciones del trato. Ésta es la primera fase, la del ablandamiento, cuyo nombre —por sí— ya dice algo. En el transcurso de esta fase, éste es el ABC de nuestra técnica. Díganme si les ha quedado bien claro.

Nadie, hasta ahora, les ha hablado así. Está muy claro y, a la vez, les ha dejado estupefactos. La tortura, en manos de los comisarios, era un confuso revoltijo de patadas, golpes, gritos, iracundia, insultos que podían provocar reacciones, secuelas que empezaban por un empujón y una trompada, sin que nadie supiese nunca —a ciencia cierta— hacia dónde iban y cómo podían culminar. Comprometían el alma y la razón y el equilibrio de la gente; aunque cumplieran su propósito, solían llenar a todos de extenuación, de caos y de sangre. Y a veces, en la brutalidad del proceso, el prisionero moría asesinado: contra toda conveniencia del sistema, se llevaba consigo lo que supiese y hubiera interesado extraerle. Hasta allí habían andado así, a tientas y solos; ahora había llegado al asesor de la AID para ayudarlos en técnica y telos. El asesor propone otros métodos, otros objetivos, otra conducta, otra economía del esfuerzo. Les daba rabia. . . no debía darles nunca rabia; la rabia del

policía, la rabia del militar eran ventajas inapreciables concedidas al enemigo, resquicios abiertos a la posible astucia del golpeado. Se descontrolaban: no debían descontrolarse. Golpeaban con ira: no debían sentir ira. Ningún odio, ningún entusiasmo. Ningún temor, ningún engreimiento. Método y método, nada más que método.

El cubano, que no es ningún escritor ni estaba allí para serlo, no ha podido abstenerse de mencionar, en la actitud del asesor, la mirada de sus ojos ("Sus ojos parecían de plástico, miraban sin vida"), ni sustraerse al aire de irrealidad que es capaz de comunicar a los quehaceres más repugnantes; ni su fría y pausada eficiencia. A pesar de que no acierta a decirlo con esas palabras, transmite la atmósfera de ciencia-ficción, de horrible futurología, de objetividad extraplanetaria que rodea al asesor y a cuanto diga: sus gestos, su tono, sus sentencias. Y asimismo sus consejos y el aura "de asepsia clínica" en que los expresa: "su vocación docente, su atención a los detalles, lo exacto de sus movimientos, el aseo y la higiene que exige de todos, tal como si estuviese en la sala de cirugía de un moderno hospital".

Una mitad de la concurrencia siente la intrigante aprensión de tal asombro; la otra mitad se entrega a aquello con un sentido de íntima fascinación, como al prestigio de una crueldad prometida e ignota. No tienen imaginación ni candor ni fe suficiente para estar seguros de haberse topado nunca con él, pero les parece que el demonio habría tenido que presentárseles, llegado el caso, de un modo semejante. Y en algunos de ellos eso obra como una forma de provocación y de estímulo: se presiente que pudiera acaudillarlos en el camino de alguna perversidad que no se animasen a recorrer solos.

Uno de los coroneles se atreve, finalmente, a expresar su duda:

—Sí, señor, todo esto parece muy claro. Pero en el caso de esta gente que acabamos de ver y que se ha ido. . . ¿cuáles de esas normas rigen y por qué?

—Buena pregunta. . . buena pregunta —dice el asesor, pero el énfasis que denota la simple repetición de la frase

no va acompañado de ningún otro signo afirmativo—. Estaba esperando que alguno de ustedes me la planteara. Muy bien, muy bien. ¿Les interesa que se los explique?

Recibe una aprobación de todas las cabezas.

—Con esta gente pasa algo muy distinto. Para empezar, no son sediciosos. . . Son. . . ¿cómo decíamos?

—Bichicomes.

—Eso: vagabundos. (Parece no querer consentir, por el pundonor de las reglas del oficio, en una palabra tan impura como "bichicomes", en un vocablo que estuviera tan por debajo de las garantías de decoro de que conviniese rodear al diálogo.)

—Sí, pero no olviden que hablábamos de "nuestros casos". O sea, que esto es simplemente una prueba, un ejercicio. Si no fuese una palabra demasiado tramposa, podríamos llamarle "un simulacro". Un ejercicio provocado en condiciones de laboratorio. Un experimento, si les gusta más así. . .

Se inclina hacia el vaso de agua mineral, bebe un largo sorbo.

—Esto crea condiciones muy diferentes. En primer lugar, la etapa de las preguntas no llegará nunca. ¿Qué queremos saber de ellos? Nada, absolutamente nada. Son nuestros cobayos, nada más que eso. ¿Qué sentido tendría dirigirle preguntas a un cobayo? ¿Y qué podría respondernos un cobayo? Nada, absolutamente nada, vuelvo a decirles. Inconvenientes y ventajas —articula, como si estuviese alineando categorías a ambos lados de una pizarra—. Inconvenientes: no tendremos ninguna comprobación acerca de la eficiencia del ablandamiento en sí, en cuanto esa eficiencia se resuelva en el acto de que el preso se disponga a hablar: medidas de tiempo para lograrlo, esquema y crecimiento de nuestra persuasión, etc. Esta gente, además, es inmune a la presión psíquica y a sus efectos concurrentes. Ni tiene inventiva ni tiene sensibilidad aguzada, por el género de vida que lleva. No va a sentir una angustia psíquica, más allá del nivel animal: no es capaz de aquellas tribulaciones, de aquellas incertidumbres en medio a las cuales tal clase de angustia se genera en el delincuente político, que es

siempre un hombre con imaginación. Tampoco tiene el vagabundo ningún sentimiento de culpabilidad: ni pensarlo. No contemos con eso. Simplemente, y acaso en grado mucho menor que el ser normal, esta gente va a acusar el padecimiento físico de los castigos. . . Pero al cabo de ellos no va a tener nada para decirnos, no habrá otra cosa a averiguar, fuera de la resistencia de sus cuerpos a lo que hagamos en ellos. Esto significa una mutilación —digamos, una frustración— porque no vamos a poder experimentar la ecuación tratamiento/revelaciones, que es fundamental en aquellos casos en que los trabajos se realicen en serio.

Acompaña el resto del discurso con un sorbo más corto.

—Ventajas: primera ventaja, aprender a hacerlo, a un nivel puramente mecánico. Como no nos obsede lo que tengamos que lograr, puesto que de antemano sabemos que no se trata de lograr nada, tenemos todas las probabilidades de hacerlo materialmente mejor. Anotaremos bien las reacciones fisiológicas, los efectos de cada aplicación en cada parte del cuerpo en que se haga. Aprenderán ustedes a hacerlo, para cuando tengan que hacerlo de verdad. Segunda ventaja: estos vagabundos no tienen a nadie que reclame por ellos. Si la cosa sale mal, nadie va a pedir explicaciones, nadie nos obligará a rendir cuentas, nada nos expondrá al riesgo de un escándalo (al menos, mientras en este país lo haya), lo cual no quiere decir que un error, desde el punto de vista profesional, vaya a resultarnos menos penoso.

Todos creen entender lo que ha estado diciéndoles. Un rato antes le han escuchado, según cuenta el cubano: —Es importantísimo saber con antelación si podemos permitirnos el lujo de que el sujeto se nos muera. . .

Vuelve a hacerse el silencio. Otra vez con la mano en alto, el asesor quiere precaverse, asegurarse de que ese silencio no sea roto. Y hace el gesto para ordenar que le traigan al primer mendigo.

Desnudo ahora, el bichicome con cara de profeta parece menos alto y su barba, en relación a su nueva estatura, más grande; más grande, más revuelta, más como una colmena (o, mejor dicho, un camoatí); más jugada como un masca-

rón de proa hacia el público. Y por encima de ella, las cejas más pobladas y la mirada más arisca. No dice nada, mira como si un exceso de iluminación le perjudicase, pero es la misma luz de un rato antes, cuando en cambio parecía entredormido.

Los asistentes han traído una camilla; mejor dicho, una larga tabla rematada por cuatro brazos. Hacen acostar al barbudo, le pasan correas por los antebrazos, por las corvas, por los tobillos, sujetándolo a la estructura de la camilla. Cuando ya está así y sólo la cabeza parece existir —no las rodillas huesosas, no las costillas marcadas una a una— rocían el cuerpo con agua y un policía en mangas de camisa comienza a tocarlo con la picana que acaba de enchufar. Le toca el escroto, le toca el glande: todo muy preciso y muy limpio, como al asesor le gusta. El barbudo se contorsiona, a pesar de las correas, y grita. Es un grito corto y ronco, un grito casi afónico y como destituido, el grito de alguien que no tiene la costumbre de gritar y siente el sucio asombro de tener que hacerlo. Al segundo toque con más fuerza; una telaraña parece haberse roto en su garganta. El coronel que había pedido permiso para fumar —un hombre alto y ventrudo, vestido en uniforme de fajina— parece enardecerse al escuchar el tercer grito, más largo y ronco y sollozante que los otros; se alza de su butaca y viene a quedar junto al policía que aplica otra vez la picana; es como si quisiera apreciarlo todo desde más cerca, desde que aquélla era una técnica y él aún no la sabe. Al cuarto toque el mendigo pega un estirón con el pescuezo, como si deseara quitarse el peso desproporcionado de aquella cabeza tan grande sobre unos hombros tan angostos. El coronel, rojizo de su concentrada atención, estalla de pronto en una carcajada: es ya el quinto golpe de picana, el mendigo lo ha recibido como un intenso shock eléctrico en todo el cuerpo, ha vuelto a gritar y la hendedura de la boca entre la barba ha comenzado a derramar una espuma que semeja más bien ser lava o jabón o polvo.

— ¡Cómo se le sacuden las bolas, juájuajuá! —prorrumpe el coronel, casi ahogándose de la pura diversión. . . Pero no

—se corrige en seguida— no son las bolas, son los pendejos. Las bolas ya no le sirven para nada, juájuajuá. . . ison como unas ciruelitas secas! —y el acento de soberbia proclama que él, por su parte, cree mucho en las suyas—.

Parecería haberse impuesto la misión de trasmitir a los demás aquello que está viendo desde más cerca. El tira levanta la picana y alza la vista interrogativamente hacia el asesor: ¿sigue, se detiene? Con un gesto, el asesor le ordena que interrumpa.

—Coronel —dice—. Es más apropiado que se refiera a esas partes por sus nombres correctos. Además, le rogaría que mantuviera la disciplina de un buen militar. Y que no hablara en tanto no se le preguntase.

Replegado en su butaca, casi sumergidos en su camisa sus mofletes violetas, el coronel parece expresar un deseo único e intenso: el de no existir. Si un comisario criollo le hubiese hablado así. . . pero el asesor es otra cosa.

—Dolor preciso en el lugar preciso —está diciendo ahora el asesor, para mitigar el oprobio del coronel y cerrar la pequeña tregua—. Todo en su medida, en la proporción precisa elegida al efecto.

Como un pollo enorme y desplumado, cuya cabeza emergiese de una canasta, el bichicome parece saber que la pausa se acaba: desde hace años, la mirada no sabe expresar terror; simplemente dice, como en cortos espasmos, su estupefacción.

La picana vuelve, pasa del pene al ano, obtiene sacudidas en las que tiembla y se pone a saltar la camilla entera. Los gritos ya son meros ronquidos, el profeta ha entrado en un coma. Los dos asistentes y el tira, ante otra indicación del asesor, proceden a desatarlo. Un brazo desconocido, entre ceniciento y morado, cuelga del borde de la camilla; el otro, el derecho, sube hasta la pelambre del pecho: la mano parece estrangularse allí, queda como una garra. La cabeza, inconsciente, pendula un segundo, parece aquietarse o vencerse sobre el hombro izquierdo.

—Gente muy jodida —exclama el comisario más bajo, en el tono de una observación respetuosa y razonable—. Muy

decrépita, muy concluida... Claro, con el género de vida que hacen... (como si se tratara de la adopción voluntaria de un estilo de vida antes que otros, como si hablase de una preferencia).

El asesor, más que censurar la observación, da ahora muestras de acogerla con desánimo. No entienden lo que tendrían que estar sintiendo, lo que tendrían que estar pensando, lo que tendrían que estar haciendo: eso es lo que parece que estuvieran diciendo sus manos, el gesto de hundirlas apenas en las bandas cenicientas de las sienes, como si quisiera mover la cabeza a partir de ellas y la cabeza estuviese ya cansada de obedecerle. El mendigo ha desaparecido, desparramado e inerte en la camilla; por un segundo, el tocadiscos echa un espasmo de música; lo amordazan en el mismo instante en que el asesor, elevando por primera vez su voz hacia una zona de cólera, reclama silencio.

Doñita se ha dado el espacio de autoimportancia consistente en hacerse esperar. Después han dicho que había tratado de impedir que la desvistiesen: había luchado hasta que se vieron precisados a derribarla y despojarla de sus harapos en el suelo. Los andrajos se enredaban en las piernas, porque ella hacía desesperados movimientos de ciclista en pleno pedaleo, desde su posición de cúbito dorsal, a fin de impedir que la desnudaran. Pero parecía haber entendido que cada desgracia tiene su momento y vence en el próximo sin derecho a protesta, se incorpora al pasado. Doñita está allí, entre los coroneles y los comisarios, desnuda y ajada y charcona, casi momia de pie, dos enormes medallones fruncidos de color café en el sitio de sus antiguos pezones, el monte de Venus casi enteramente ralo, el vestigio de las pulseras de zapato en el aro de mugre que le circula los tobillos. Su patetismo debe parecerles menos truculento o más profundo que el del barbudo, porque no ríen.

—¿Para qué estoy aquí, por qué? —les pregunta para aprovechar aquel pedacito de silencio que ha debido presentir inviolable— ¿Qué quieren de mí, qué quieren preguntar?

Y luego: ¿Qué voy a poder decirles yo, qué voy a decirles que les interese?... ¡Déjenme en paz! ¡Hijos de puta!

—Ésta es la más despejada de todos —vuelve a hablar el comisario bajito, alentado por la circunstancia de que el asesor ya hubiera desdeñado ocuparse de él—. Mujer... —agrega— ¡Tenía que ser mujer!

—Voy a agradecer a todos ustedes que supriman los comentarios —observa el asesor, alisando el incipiente desorden de su corbata granate—. Esto no es un circo sino una sesión de trabajo. Si no acaban de entenderlo, vamos mal...

—Y yo ¿para qué les sirvo yo, por qué tuvieron que traerme aquí y desnudarme y exhibirme? —insiste Berta—.

—Ella tiene razón, desde su punto de vista: no tiene nada que decirnos, no sabe nada ni tenemos nada que preguntarle. Pero por eso mismo todo esto es una ficción y en las ficciones es donde mejor se aprende...

—¿Que qué? —había sido excedida por los razonamientos del asesor, nadie iba a esclarecer los suyos. ¡Hijos de puta!, repite.

En vez de darle explicaciones vuelven a derribarla, esta vez para sujetarla a la tabla de los ejercicios de picana; la inmovilizan con más cuidado y miramientos que al profeta, sospechándola más rebelde. Los tirones y las contorsiones son tan feroces, los chillidos tan estridentes cuando la picana empieza apenas a explorar su vagina que la concurrencia parece, ahora sí, desear que aquello termine lo más pronto posible, al par que los profesionales del ejercicio aparentan haber encontrado estímulos especiales en el escándalo y los aullidos, como si aquélla fuese su música preferida de trabajo. La tabla salta desde el piso con Doñita encima, en la horrible parodia de una tabla de surf. Se alza, vuelve a caer, los gritos son como las zonas de contacto de esa barca con un agua que fuese a un tiempo cenagosa y veloz. Los tiras ¿gozan más si la víctima los insulta?

Pero Doñita ya no grita ni abre los ojos cuando el ayudante de picana la hace sentarse en L sobre la tabla, deján-

dola desbisagrarse en el puro hueso crujidor, en tanto el titular de la picana, cambiando apenas de tarea, le abre —con la pinza de dos dedos— unos labios que se diría moribundos y, contra una resistencia desfalleciente, le hace tomar dos o tres tragos de un líquido, que el otro allega en una taza. Ingerida la pócima, vuelve a dejar caer la cabeza de la mujer, pero sólo por un segundo. Con unas fuerzas disparatadas, que vienen de esa zona del desmayo o de la muerte, el emético sube por dentro de ella y la hace vibrar desde el apoyo de sus aflojadas ligaduras; abre una boca enorme, como de pez mitológico vagamente unido a destituidas formas de mujer, y la espantosa sirena Berta, desde el fondo de sus entrañas vacías, se pone a vomitar. No tiene ya aliento para el grito ni para el insulto, sólo un estertor viscoso sale de esos labios, entre cada flujo de vómito y el siguiente. Está vomitando su largo ayuno y unas últimas empecinadas ganas de vivir, esas ganas que han tenido el poder de perforar el sueño abotagado de los tiras, de sacudirles en su rutina del horror, tan semejante a la de la inocencia.

El comisario bajito debe haberse supuesto muy aguerrido y en un instante de pánico haber sabido que no lo era. Tal vez el olor del emético, si es que olía, ha ganado esas primeras filas en que él se había apresurado a elegir su sitio; tal vez no fuese un olor perceptible por el olfato sino un aura de hediondez inmencionable dentro de una cápsula que se abriese sólo para él y para el sarcasmo de sus curtidas frecuencias en el cuarto policial de las torturas. Tal vez era el olor del anuncio de la muerte dentro de un cuerpo todavía vivo, un cáliz que ahora venía hacia sus labios como antes había llegado a los de la vieja el borde de la taza. Casi no ha tenido tiempo de empalidecer, casi no ha tenido tiempo de alzarse de su butaca: se vuelva apenas hacia el costado de su asiento y, con un humillado jadeo, se da a vomitar. Sus fuerzas están intactas y son muchas y él no es gente tan jodida y lo resuella indeseablemente mejor. La misma Doñita tiene que reconocérselo a modo de sorpresa

u homenaje: entreabre la baba de sus ojos por encima de la baba entreabierta de sus labios y, tanto como la niebla en que muere se lo deja aún hacer, lo mira. Las dos fuerzas de un mismo acto los emparejan, por más que el comisario vaya a emerger de allí con los ímpetus de la vida —y los de su vergüenza— y ella esté ya plegando irremisiblemente los suyos, como si fuese a dormirse y en verdad a morir.

Ver vomitar a una pordiosera es la forma más tenue del horror; ver vomitar a un comisario engreído, rechoncho y joven es la más grosera. Saltan de sus bancas, le dejan un desmesurado espacio, como si un vómito gigantesco estuviera desatándose en él para anegar toda la sala y ellos quisieran ponerse a salvo de aquel desastre.

Es acaso la forma física y simbólica de reprocharle una hipocresía: no pretenderá que sea la primera vez, con todo el quilometraje que tiene y los años que lleva dándole a la picana. Tal vez sea injusto: no es la hipocresía sino el asalto de una fuerza irresistible. Aquello va a desmerecerlo y a arruinarlo, en el umbral mismo de los días que para él y su arte parecían estar llegando. Va a desacreditarlo, a borrarlo en la estima del asesor, a cortar su ascenso, a esfumar sus viajes. En otras palabras, el asesor —a quien no habían hecho poner de pie ni el profeta ni Berta y está ahora de pie— se aplica a decírselo:

—Reaccione, comisario. Ya habrá visto que no sirve de nada hablar de más, burlarse del destino ajeno antes de que las cosas ocurran. Retírese, por favor: en la tisanería van a atenderlo. Los momentos que cuentan en la vida son muy pocos: éstos que usted acaba de perder, por ejemplo.

El comisario se pone de pie, tambaleante y pálido y sudoroso. Comprende muy a las claras que aquellas sesiones han terminado para él, que ya no volverá a ellas cuando salga de la tisanería. Ni siquiera verá el pasaje de los dos últimos mendigos. Y cuando al día siguiente sepa que las cuatro pruebas han salido mal y que los cuatro mendigos han muerto, no alcanzará a sentirse disculpado, amparado en el error de los otros. Han sido accidentes distintos y él habrá

cambiado su aureola de cruel por una aureola de flojo, sin suficientes años de carrera por delante para reconvertirse a su primitiva reputación de duro, que acaba de perder.

—No hay que quitarles nunca todos los estímulos— le había dicho una vez en su despacho el asesor, quizás habiéndolo preseleccionado ya como su posible adscrito. Hay que dejarles siempre un último estímulo y un último miedo. . . un último destello (había sonreído, cosa rara en él: había sonreído para alentar la conclusión de la frase). . . Ya ve: aunque usted no pudiera descubrirlo, yo soy —al fin de cuentas— un profesor de esperanza.

Sí, un profesor de esperanza para los moribundos, un profesor de esperanza para los torturados: pero no para él, vivo y eliminado en vida: así venían las cosas y el profesor de esperanza acababa de desahuciarlo.

Una ciudad es, antes que nada, un sistema de zócalos. Cada zócalo ignora lo que pasa por debajo de él. Y en ese sistema de zócalos, los bichicomes viven en el zócalo de más abajo. Sólo les cabe a ellos desconocer lo que pasa por encima de sus cabezas; y por cierto que también lo ignoran. No se podría nunca preguntarles nada. Al precio de la misma vida, no sabrían responder. Si uno muere, si cuatro de ellos mueren da lo mismo. Un bichicome no es un asesor. Un bichicome muere sin banderas, sin compunciones, sin álbumes, sin posibles humillaciones nacionales, sin túmulos, sin recibir pedidos de perdón, sin nada de eso. Un bichicome muere porque no aguanta más, no porque alguien se rehúse a negociarlo. Nadie negocia nunca bichicomes, nadie peina las playas de la nada. Y si uno de ellos muere por la picana o por los vómitos, si cuatro de ellos mueren no es porque el verdugo quiera arrancarles nada. Nadie ambiciona preguntar nada a los bichicomes, nadie codicia sus respuestas. ¿De qué servirían, de qué sirve preguntarle a un cobayo? Si alguien lo expolia hasta que muera no es para saber nada de lo que él guarde, puesto que nada sabe. Sólo se trata, en tales casos, de indagar la resistencia de sus costillas o de sus testículos o de su ano o de sus pulmones.

Nadie quiere saber nada de él, a nadie le interesa. Es la zona más gratuita de la tortura, la zona de la tortura experimental en su estado genuino.

¿No sería preferible compadecer a ese otro gordo de crueldades de barrio y torturas al menudeo?; a ese gordo fanfarrón a quien la náusea acaba de traicionar y de destruirle la carrera de modo tan inoportuno.

¿No será una injusticia segregarlo, prohibirlo, descartarlo para siempre, jubilarlo? Si fuera coronel y no comisario ¿no se le daría una alternativa discreta y pingüe, un cargo de edecán, una adscripción diplomática, una proveeduría bien atiborrada? ¿No habrá seres humanos, por desalmados que quieran ser o pretendan que se les crea, que sean más desgraciadamente sensibles que otros para el olor de un vomitivo o de la náusea ajena? Sentado en su sillón de fin de jornada, escuchando música de Hawai, el asesor no puede ni siquiera planteárselo. Un tipo así no le sirve: eso es lo que sabe a la perfección: un tipo así no le sirve. Eso lo tiene bien claro: lo ha aprendido en Panamá, lo ha probado en Brasil, se lo ordenan desde Estados Unidos.

Il Dottore Gaetano

Se tu pur mo in questo mondo cieco
caduto se' di quella dolce terra. . .

DANTE, Inferno, Canto XXVII

Grabo esta cinta magnética por mi sola y exclusiva voluntad, a una semana de haber sido liberado de mi secuestro y en la víspera de partir para Italia. No está presente en este acto el Señor Embajador, pero en todo me he atenido a su consejo, como asimismo a su protección. Debo agradecer a mis amigos el apoyo, la solidaridad y la colaboración que siempre me han dispensado. Actuaron como mediadores en mi rescate, negociaron los términos del mismo, posibilitaron mis comunicaciones con mi esposa, las cuales —a su vez— fueron decisivas para mantener mi buen ánimo durante más de dos meses; y me han contado ahora, a mi regreso a la libertad, hechos que durante mi confinamiento ignoré y que hoy se han incorporado a mi meditación sobre cuanto ocurrió y me concierne. Meditación en la que todavía no he llegado a conclusiones últimas.

Quiero comenzar por dos salvedades: la primera, que he recibido de las autoridades de este país la certidumbre de que no se actuará contra esos amigos, sofisticando las circunstancias en que los hechos ocurrieron a fin de hacerles aparecer como culpables de encubrimiento o de asistencia a la asociación delictiva. Ellos ya han dicho verazmente a la Policía en qué consistió esa actuación y qué sentimientos la han dictado; yo se los agradezco mucho.

La segunda salvedad, referida a la circunstancia de que ésta será mi única y definitiva palabra sobre este asunto. No estoy en condiciones de denunciar a nadie ni lo haré.

Quienes actuaron frente a mí lo hicieron siempre provistos de capuchas: no reconozco ningún rostro, no sabría identificar ninguna voz. Salvo los detalles relativos a las condiciones físicas iniciales de mi prisión, de las cuales hablaré ahora, no tengo agravios a formular, fuera de los que obviamente surgen de la privación inconsulta de mi libertad. No fui nunca maltratado de hecho ni de palabra. Tengo hijos en este país, del que ahora me voy, no sé aún si a título definitivo o transitorio. No deseo que mi familia sea molestada. Mi esposa ha puesto ya a disposición de los funcionarios policiales las cartas que yo le escribí así como las suyas, que se me permitió que sacara de mi cautiverio. Es todo lo que tenemos en nuestro poder y no creemos que pueda servir a los fines de la investigación. Hay fotocopias de todas esas cartas en manos de la Policía; los originales están en coffre-fort, a nombre del abogado del banco.

Días pasados me visitó un comisario. Traía una foto y me instó a que efectuara acerca de ella un reconocimiento, que me fue naturalmente imposible. Me dijo que se trataba de Indalecio Olivera, un ex sacerdote que pertenecía al MLN y que en la última semana de mi cautividad había sido muerto en un tiroteo, en el curso del cual habían matado también a un agente de Investigaciones. Me preguntó si estaría en condiciones de reconocer al ex sacerdote como a uno de mis guardianes. Le dije que no. Nadie se desenmascaró nunca en mi presencia. Espero que en las veinticuatro horas que me restan de permanencia en el país nadie vuelva a plantearme tal tipo de preguntas: es imposible que yo reconozca a nadie, por ningún concepto.

Dicho lo que antecede, voy a los hechos. Mi filiación completa está dada en el cabezal de esta cinta grabada y, por lo demás, ustedes la tienen de mucho antes. Soy uno de los directores-propietarios del banco que dirijo, el cual fue fundado por mi padre. Como ese banco compró el diario de la noche, soy también uno de los propietarios de ese diario y su correspondiente de la mañana: y actúo como administrador de los dos. Soy abogado, graduado en Italia,

aunque mis ocupaciones actuales las cumplo como industrial y hombre de empresa.

Supongo que tendría que haber banqueros que interesaran más que yo, pero son también gobernantes y se despliega alrededor de ellos una fuerte custodia personal. Yo nunca he tenido guardaespaldas ni equipo de seguridad que me acompañe por donde voy. En ese sentido, era una presa muy fácil y se ve que se conformaron conmigo. En el origen mismo de un secuestro puede haber transacciones con la realidad.

El nueve de setiembre último, creo que viernes, yo llegaba a las puertas del garaje del diario, en Bartolomé Mitre entre Reconquista y Sarandí. Eran aproximadamente las nueve de la mañana de un día casi primaveral. Mi propósito era el de atender el despacho de los asuntos de la administración, durante un par de horas; luego volvería a mi casa, almorzaría y regresaría al centro para estar en el banco al comienzo de la jornada de la tarde, ya que un día de fin de semana es siempre complicado.

Llegaba manejando mi Peugeot sedán color azul, cuatro puertas, modelo 404. Y en el momento en que iba a llamar para que abriesen la puerta del garaje, que ocupa el sótano del edificio, me abordaron cuatro individuos. Uno de ellos, encañonándome, me forzó a ocupar el sitio central del asiento delantero, en tanto él se ubicaba al volante y otro, pasando un brazo por encima del cristal a medio bajar, abría la portezuela derecha y se situaba de ese lado. Los otros dos subieron detrás. El del volante se veía inútilmente nervioso. Antes de hacer arrancar el coche, me gritó "Abrite tano" y me dio con la empuñadura del arma en lo alto de la frente, causándome un hematoma. El coche estaba frente a la entrada del garaje, a medias atravesado sobre la vereda de balasto. El que me había golpeado lo puso en marcha atrás y evolucionó bruscamente. Fue el momento en que, abandonando su cabina, apareció por la escalinata de tres peldaños el telefonista Devoto. Debe haber sido quien haya dado la alarma del secuestro; porque, por la

expresión de su cara, vi que se había dado cuenta de todo. El coche partió y mi acompañante de la derecha me ordenó que me pusiera unos lentes, alcanzándomelos. Eran lentes forrados por dentro de cartulina negra y me impedían la visión. Imposible gritar, llamar la atención. La esquina del Solís estaba despejada a esa hora de la mañana, frente a Bacacay. Tomamos la calle Buenos Aires y supongo que doblamos por Liniers, en busca de la rambla. Me dolía la cabeza, a consecuencia del culatazo del revólver, y renuncié a querer mirar; por detrás de los lentes tapiados no se podía.

Los individuos no hablaban ni yo tampoco; el del volante, muy exaltado, siguió insultándome durante un momento. Deben haberle hecho un gesto para que callara, porque de improviso enmudeció.

Algo que desde el principio no quise perder fueron mis posibles percepciones del espacio y del tiempo; confieso que en esa lucha con el tiempo, al cabo de los días llegué a desconcertarme. Anotaba en cambio mentalmente, con la mayor precisión posible, todas las referencias materiales relativas a circunstancias de lugar. Por ejemplo, cuando me transbordaron a una furgoneta y me obligaron a echarme en el suelo, encapuchándome, advertí que ese suelo era acanalado y de chapa o latón, como el de las Combies. Tengo una herida de guerra en un pie y utilicé el ligero arrastre de ese pie para explorar las condiciones del piso. Anduvimos un buen rato; no podría determinar cuánto, pero estimo que más de media hora. La camioneta abandonó una ruta bien pavimentada y tomó por otra, llena de baches; mi cuerpo daba saltos desde el suelo y con una mano pude palpar la consistencia arenosa del polvo que estaba entrando por los intersticios de la carrocería, la cual chirriaba bastante. Supuse que íbamos a un sitio como de dunas. Cuando llegamos y sujetándome me hicieron bajar, con la ayuda de dos de mis acompañantes, mi pie afectado volvió a tantear el piso y lo encontró como blanduzco y borroso; sin pinocha, aclaro. Me llevaban casi en vilo, para no dejarme caer. Se adivinaba que había follaje, porque en

los golpes de brisa se le sentía moverse y oler, casi crujir. Había fresco en el aire sombrío, un fresco vegetal y sin otros perfumes demasiado definidos. Me extremé por sentir olores de mar —efluvios, diría— pero no estoy seguro de que hayan realmente existido. Más tarde, cuando ya me habían transferido a un refugio ordinario, que olía a humedad y a maderas apolilladas, y marché unos metros sobre un corredor de baldosas, de piezas mal emparejadas, tuve la certeza de que estaba en un paraje rural, lejos de cualquier carretera principal por donde circulasen coches. Si algún día, estando ya en Italia, se descubre ese sitio, mandaré tomar fotos y ordenaré que me las envíen. Es una experiencia apasionante la de imaginarse los lugares sin haber podido verlos y con la ansiosa comezón de ir reconstruyéndolos. Si en mi vida hubiera sido ciego, para mi tranquilidad preferiría haberlo sido de nacimiento.

Cuanto estuve adentro, oí cantar gallos y a intervalos volar aviones; los gallos parecían casi tocarme y los aviones parecían pasar muy bajo. Debe ser en la zona de pequeñas granjas, cerca del aeropuerto, me dije. Pero ya no sé más. El ruido de los automóviles era poco frecuente y muy distante; el de los vecinos, salvo —en los dos meses largos— algunas fugitivas ráfagas de radio, muy remotas, era prácticamente nulo. Por otra parte, sólo podía escucharlo cuando se hacía muy tarde en la noche y el receptor que tenía cerca de mí se silenciaba. Durante un tiempo dudé, sobre si sería una radio o un pasacassettes, porque no se escuchaban palabras de ningún locutor. Con el paso de los días me convencí de que era una radio y de que alguien bajaba el volumen en cuanto cesaba la parte de la música. Alguna vez se coló el comienzo de una locución conocida, a la que estrangularon en seguida. Aprendí entonces a identificar el silencio con la medianoche. Era un reloj, en cierto modo, y no había otro. ¿Lo hacían para que, a falta de voz, a falta de palabras de cierre en cada audición, el tiempo se me hiciera más informe e inmóvil, más como un coágulo? No sé, podría muy bien haber sido; pero en los sanatorios, herido de la guerra, ya había podido sospechar lo mismo. Soy banquero,

ignoro las posibles terapias con el vacío del tiempo. Agradezco la música misma, porque me fue un gran consuelo. Nunca había sido tan importante en mi vida oír música.

Lo que me pareció horrible, verdaderamente inhumano, fue el sitio a que me destinaran. Dije recién que no puedo quitarme de la cabeza la idea de que no hubiera sido yo el hombre originariamente elegido para el secuestro. Pero ahora tenía una experiencia mucho más chocante: me habían confinado a un sitio que no habían terminado de preparar, a fin de que fuera mínimamente soportable. Supongo que no pudiera ser el sitio que reservasen a Peirano. Pienso que cuando cambiaron a la persona se desentendieron de la terminación: porque no me puedo convencer de que hubiese ninguna urgencia en hacerlo inaplazablemente aquel día, cualquiera fuese el estado de las instalaciones. Lo cierto es que, sosteniéndome para que descendiera hasta su fondo sin golpearme demasiado, me hicieron bajar a una angosta fosa de tierra. Sí, a una fosa de tierra que parecía recién cavada, impregnada de humedad e hirviendo de lombrices. Aquello rezumaba agua, había vetas que me envolvían los pies, había como esponjas oscuras, mal embebidas por el discontinuo parche de las arpilleras que —colocado y reforzado por los guardianes— me penetraba los hombros y la espalda. El tamaño de aquella tumba era tan estrecho que no cabía moverse ni salir de ella: la impregnación era la consecuencia cada vez más insidiosa de la inmovilidad. Mi posición era atroz, mi exposición al charco que se espesaba bajo los apoyos de mi cuerpo se me hacía cada vez más insufrible y cenagosa y malsana. Llamé, protesté, pregunté si lo que se buscaba era matarme. Uno de los guardianes, de mala manera, me dijo que no. Los ricos están demasiado acostumbrados al bienestar, me dijo; nunca han pensado que otros carezcan de él. Será por uno o dos días, mientras se termina otro cuarto que está en preparación. No va a morirse por eso.

El primer día preferí no comer en semejante fosa. El segundo día acepté unas cucharadas de sopa caliente, que creo me alcanzó a los labios una mujer enmascarada, totalmente muda. El líquido caliente me confortó por el momento de las crueldades de la fosa. Había pedido que me quitaran la ropa, porque su impregnación aumentaba las penurias del sitio sobre mi cuerpo. Me habían dejado pues en calzoncillos y la mujer me alimentaba con absoluta naturalidad. Volvía a tener otra vez —como en mi cama del hospital de sangre de Salò— el sexo neutro e inocente de los enfermos.

Más absurdo fue, todavía, que en ese sitio me interrogaran sobre algunas operaciones de "swap" que el banco había llevado a cabo. La tendencia de ellos ha sido siempre la de considerar que cualquier negociación bancaria o bursátil cuyo mecanismo les escapara fuese necesariamente ilícita, tramposa, defraudatoria. Traté de explicarles de qué se trataba en cada caso, como quien explica la existencia del cuco a niños asustados. Alguno de esos niños había sido, se veía, empleado de banca hasta un tiempo antes. Desconocía el levantamiento de algunas prohibiciones y, en cuanto yo se lo explicaba, lo atribuía todo a maniobras de Pacheco y Peirano para complacer a la oligarquía o a la rosca. Había como un maniqueísmo de izquierda en estos juicios.

No sé si los días de la fosa eran penitenciales, nunca sabré si esa penitencia había sido planeada en otro y al fin me había sido endosada, por las necesidades del azar y de la inversión, a que nosotros mismos somos tan sensibles: el gasto estaba hecho, parecía fatal procurarle un rescate y un sentido.

Al cabo de tres días (o de cuatro o de cinco) me mudaron de sitio. Mi perplejidad se renovó al advertir que mi nuevo alojamiento no parecía haber sido especialmente preparado: ¿habría existido otro ocupante a quien se hubiera dado salida? Consistía en un camastro que llenaba el ángulo de una habitación cerrada; si en ese ángulo hubiesen existido antes aberturas, estarían ahora tapiadas tras bastidores que forraran la esquina y seguramente canceladas por retrancas puestas desde el exterior. El aposento así formado se iluminaba invariablemente con una lamparilla eléctrica. El empa-

pelado era de *collages* de hojas de diarios y el alfombrado del piso también. Allí pasé a quedarme, sin variantes, hasta el día de mi liberación. Eran discretos, me dejaban atender a mis necesidades sin centinela de vista, aunque acaso observándome desde algún mirador oculto. Días y noches, siempre era igual.

Cuando ya me había leído los tabiques y el piso —ejemplares de prensa viejos de dos meses— alguien vino a proponerme el Diario de la guerrilla del Che de Bolivia. Deben haberse sorprendido de la facilidad con que lo acepté: esperarían, al parecer, otras resistencias. Fue, sin duda alguna, en una fecha anterior al 8 de octubre. En mi prisión nada se supo y no puedo jactarme de haber percibido allí ningún revuelo a consecuencia del operativo de Pando, que tiene que haber sido muy importante para ellos, ya que les costó tres vidas y prisioneros. Alguna vez habían tanteado mis aptitudes para el humor, preguntándome sobre la frase de Berthold Brecht, acerca de si sería mayor crimen asaltar un banco que haberlo fundado. La ecuación tiene una respuesta para cada banco, repuse. ¿Y en el caso del suyo? Bueno, tal vez ustedes estén haciendo ahora algo por cerrarlo. Rieron. Les asombró que un banquero conociese a Brecht, les gustó el apólogo sobre aquel alemán que se mantiene indiferente mientras se llevan a los comunistas porque él no lo es y a los judíos porque él no lo es y advierte que es demadiado tarde cuando los nazis ya vienen por él. Muy a menudo nos asombramos de lo que increíblemente saben otros: ellos de mí, yo de ellos. Un día, entregué a uno de mis guardianes una carta abierta, dirigida a mi mujer. Debía entregársela abierta, para que ellos pudiesen estar seguros de que no trasmitiese al exterior conjeturas, señas o perspicacias sobre el lugar de mi prisión. "Cara Laura" era el vocativo de la carta. Acababa de redactarla, estaba sin capucha; el guardia, en cambio, la tenía puesta. "Laura", me dijo desde el fondo de su antifaz. "Como la del Petrarca." Debo confesar mi sorpresa, sin duda debido a mis prejuicios sobre el sitio y su gente. Cometí una torpeza: "¿Así que un hombre de acción puede saber quién fue

Petrarca?" "Aunque no sea italiano", me dijo. Sin duda le disgustó y no volvió a asumir mis turnos. Creyó que era una ofensa personal; era sólo mi estúpido asombro genérico: acababa de enterarme de que los guerrilleros también leen...

Vive aún en mis oídos el tono de aquel hombre ("Aunque no sea italiano"); acaso fuera el único timbre de voz que podría reconocer, de cuanto se me dijo en aquellos más de sesenta días. Pero lo negaría, por más que hubiese acabado de escucharlo y estuviese seguro de haberlo identificado...

Como a casi todos los que leen el Diario del Che, me impresionaron sobre todo sus palabras finales, cuando —con una luna chica de setiembre— sale en plena derrota hacia Ñacahuazú, donde está esperándolo la muerte. Lo dije, hablamos con el joven que me cuidaba —éste sí era muy joven— quien me inquiría un juicio sobre el libro. Todas las persecuciones son patéticas, le dije. Todas las persecuciones pueden tener grandeza, en cuanto el hombre que las sufre la tenga o a partir de las circunstancias pueda arañarla. Me dejé llevar por mi entusiasmo evocativo y mi propia pasada juventud: acabé pintando a un casi sesentón que había sido el amo del mundo, deambulando proscrito por los caminos de Italia, con una amante joven y espléndida, hasta que un *partigiano* los pone junto a una cerca y los fusila, a Chiaretta llorando y a él impávido.

Mussolini no tuvo nunca grandeza, replicó el joven. Los fascistas no pueden nunca tenerla. Ocurrió hace treinta y cinco años, repuse, y yo era entonces tan joven como usted es hoy. Ahora mismo, ya no soy tan fascista como entonces: pero no me atrevería a negar, como usted, su posible grandeza. Los héroes no están todos, como nos gustaría que estuvieran, del mismo lado de la vereda. El muchacho se fue de mi lado. Desde aquel día acaso me llamaron el fascista, evitaron quizás hablar conmigo. Fue esa noche la primera de mi cautiverio en que llovió, con todas las fuerzas. Una lluvia de primavera, furiosa, azotó los techos y yo supe que por encima de los cielorrasos las alturas eran de cinc y tamborileaban.

Muy pocos días después empezaron las gestiones para mi rescate. Ellos mismos me las hicieron proponer, en una carta a Laura. Y recién ahora, desde que he salido, he podido saber en qué consistieron. Encargué a Laura que pusiera sobre aviso al director del diario (o abogado del banco, es una misma persona). El abogado recibió telefonadas en las cuales le llamaban "amigo" y le pedían que acudiera, en busca de las misivas para detallar el trato, a un ombú hueco de Villa Biarritz. Tuvo miedo pero fue, bajando de su Polara a medianoche, acercándose con su *cocker spaniel* hasta la oscuridad del gran arbusto desgajado y roto, recogiendo una carta con exigencias o colocando otra con sus contrapropuestas. Pagaron quince millones a una escuela rural y a una caja de auxilios para obreros frigoríficos. Todo esto, muy pronto, será historia. El abogado de los obreros frigoríficos sugirió la condición adicional de que nuestro diario le publicase una carta, en defensa de la ejecutoria de un hijo suyo fugitivo. Se entregó el dinero, se publicó la interminable carta. El abogado de los obreros frigoríficos se pasó la noche en vela, escribiéndola. Su mujer le corrió los visillos, dicen, cuando la noche comenzaba y se los descorrió con el alba. Él escribía en nombre de su hijo prófugo, firmaba en nombre de su hijo prófugo, decía frases generosas e ininteligibles en nombre de ese hijo. No importa a nadie contar cómo salí, dónde, sobre qué sitios de la orilla del mar, con qué temores. Ahora abrazo a mi mujer, quiero irme con ella y mis hijos, desaparecer de aquí. No me pidan que comprenda lo que todavía no he podido absorber. A veces pienso que me faltarían más días en una fosa para realizar en mí el mito del destino del hombre, como el de la Caverna de Platón, que glosé en mis lecturas y trabajos de adolescencia en el gimnasio. No quiero volver sobre esos días pero mucho menos a los despachos bancarios de la calle Misiones. No. Entre las gentes de aquella noche, junto al Cabaret de la Muerte, cuando temía morir en manos de quienes no se habían mostrado como mis enemigos pero podían codiciarme como presa de propaganda, estafa y represalia y esperaba —en cambio— la vida de quienes no

pensaban como yo (veo aquel rostro noble y aquilino en la calma nocturna del 20 de noviembre detrás del cementerio) me juré que necesitaba tiempo y olvido, nueva meditación acerca de mis pasiones, mis codicias y mis odios, un tiempo, otro tiempo: el tiempo de otro sitio, tal vez. . . ¿Cuándo vendrá ese tiempo, señores que me llevan esta cinta pero a cambio de ella y sobre ese fondo de tantas hojas muertas me dejarán partir mañana mismo? Se lo pregunto a ustedes, si es que lo saben, casi como con una desencantada sonrisa.

La ópera de los cuatro mendigos (*II*)

O cacciati del ciel, gente dispetta. . .

DANTE, Inferno, Canto IX

¿Qué habrán hecho con los cuerpos de los cuatro mendigos, con el profeta, con la Doñita, con los dos más bajos?

Dicen que algunas veces, cuando alguien se les muere por error de cálculo en la tortura, lo entierran por la noche en los tubulares del Cementerio del Norte. Hay gente que pretende haber visto la descarga de un bulto —y otros dicen que un ataúd de alfajías— desde una camioneta del ejército. La camioneta se ha detenido donde comienza la boca de los tubulares en la tierra. A veces en la tierra mojada, removida de pisotones de botas y surcos de neumáticos pantaneros. No manejan palas ni azadas, nadie va a hacer una fosa allí. Abren una tapa cilíndrica de cemento, alumbrados por los faros de la camioneta. Introducen el ataúd (o el bulto de tela impermeable y brea) por los tubulares, lo hacen correr unos metros, empujando con palos. Otras veces uno de los soldados más flacos se mete allí, grita acurrucado desde dentro del caño, pasea una linterna por las rugosidades del tubo, raspa con una cuchara de albañil como para ahuyentar lombrices o murciélagos, palpa esa pared, se impregna en sus venas de agua podrida, ordena. Desde afuera, a su vez, van golpeando y tal vez gritan, ¿responden? Gritos empañados, como amordazados en la humedad y el silencio de esa noche, a las horas más húmedas y altas y vacías de la noche. Hasta que el flaco vuelve a salir, colocan de nuevo la tapa cilíndrica, ríen un poco, encienden un cigarrillo, mean, suben a la camioneta y desaparecen. Quedan

las pisadas más fuertes de las botas, las huellas de las botas de goma del flaco. Nadie da ningún número a nadie, no hay parientes ni ritos ni memoria.

Ver todo aquello, desde atrás del perfil de una tumba sombría, puede costar la vida. En caso de ser descubierto, habría que hacerse pasar por un ladrón de tumbas y así pagarlo menos. Pero hay un prontuario de ladrones de tumbas como hay un registro de sediciosos. Y si llegas a aparecer en éste, estás perdido. Porque eres quien posee el dato de que alguien fue, allí, una noche, enterrado a escondidas. Mala suerte si lo sabes, aunque ignores quién fue el enterrado. Así que averiguarlo o espiarlo es un deporte para casos extremos, para casos como de Naciones Unidas. No hay para qué abismarse sobre algo de tan poca memoria, de tan nulo rastro en el mundo como la tumba de cuatro bichicomes. No, a ellos nadie va a tomarse el trabajo de enterrarlos en los tubulares del Cementerio del Norte, eso es casi para personajes, para escamoteos de gente que haga sombra en el suelo. A ellos nadie va a tomarse el trabajo de enterrarlos allí ni el de llevarlos junto al mar en la noche, atarlos a bloques y arrojarlos al agua. Los bichicomes, cuando salen de la morgue, ya no son nadie y es posible enterrarlos a plena luz del día. O, mejor aún, convertirlos en piezas anatómicas para las Facultades. ¿Quién identificará al profeta si toma sus quijadas para disecarlas, quién pedirá saber de quién son tales pechos de fibras laceradas y oscuras si tiene entre sus manos el tórax de Berta? El anonimato es allí más intenso todavía que en la noche y en los tubulares. No hay posibles espías ni falsos violadores de tumbas. ¿Para qué perder un espacio que puede ir achicándose, si se dice, todos los días, que en las Facultades precisan cada vez más cadáveres? La tumba de un bichicome cabe en un frasco; y en un frasco sin etiqueta, sin las leyendas que tendría que lucir, en todo caso, la tumba de un asesor en Richmond, Indiana.

Monólogo de Ulyses

Le sue parole e'l modo della pena
m'avean di costui già letto il nome;
però fu la risposta cosí plena.

DANTE, Inferno, Canto X

Mire Marenales: ¿usted comprende, tan rápido como yo comprendí todo aquella mañana, por qué he pedido que este reconocimiento lo hiciéramos de a uno? Bueno, cuando usted entró y estiró los brazos para que le quitaran las esposas, mi secretario me dijo que usted no era el guardia civil. Él había sido herido de un balazo que le atravesaba el pecho —¿a qué se lo digo, si fue usted quien se lo pegó?— y creía que iba a desangrarse allí, en el asiento del coche. Aquello le daba una visión muy especial de las cosas, como una emoción de rabiosa despedida, no sé explicarlo bien pero se sentía. Es un muchacho valiente, claro que sí, y no había perdido la lucidez: pero estaba muy emocionado, muy emocionado... Y ahora, cuando usted entró, él acercó su boca a mi oído y me dijo: No era ése, aquél tenía los ojos más saltones y las cejas más pobladas... Entonces yo pensé que era mejor proponer esto que propuse: que él saliera y que el chofer saliera... que los reconocimientos fuéramos haciéndolos de uno por vez. ¿Sabe por qué?... Yo tengo ascendiente sobre ellos y no quiero influirlos: si me ven tan seguro como estoy, el secretario puede dudar, puede cambiarse... Y yo no quiero. Así que no va a pasar nada... yo voy a decir que sí y el secretario va a decir que no... ¿Y el chofer? Ah, ésa es otra historia, una historia cómica: el chofer va a decir que No sin mirar, frente a cualquiera que le pongan delante. Mientras veníamos ahora hacia el juzgado, me lo dijo. Su mujer le dio la orden: tene-

mos un hijo en el liceo y vos no vas a provocar que le hagan nada, le dijo. Así que, sea quien sea el que te muestren vos no lo reconocés... ¿Estamos? Ése tampoco va a reconocerlo... no va a reconocer a nadie; cuida a su hijo, se cuida de ustedes... Es un modo de encarar el asunto como cualquier otro... Así que usted no se aflija: yo voy a decir que sí, ellos van a decir que No y aquí no va a pasar nada...

... Y yo, ¿por qué voy a decir que Sí? Bueno, porque yo no fui herido, apenas fui empujado, nunca fui insultado; yo estaba muy tranquilo y muy frío, muy dueño de mí mismo viendo todo lo que me pasaba como si le pasara a otro, presenciando todo como un espectador y como un espectador que tuviera que recordarlo luego... Y creo que en buena parte fue usted mismo, Marenales, el causante de que yo estuviera así; y reconocerlo, créame, no es un acto de odio ni de venganza, no es un desquite... Es un deber de testigo ante la Justicia, un deber que yo no cumplo con ganas... Pero apenas usted estiró las manos para que le quitaran las esposas —o antes, apenas entró a esta pieza— yo lo reconocí... No crea que estoy sugestionado por las fotos de los diarios: yo estaba por unos días en Alemania cuando a usted lo detuvieron y puedo asegurarle que casi no vi fotos. No, en absoluto, no hay tal sugestión... Mire, si yo fuera una cámara podría pasarle todo lo que ocurrió esa mañana sin una sola deformación, sin una desprolijidad, sin una mancha... Y desde que usted entró dije "Es éste" y cuando usted habló unas pocas palabras con el Juez confirmé "Es éste" y ahora que lo tengo delante tengo que repetirme "Es éste". Sí, usted niega con la cabeza y sonríe... y, claro, ya sé, usted tiene que negar... Usted está en su juego... Pero vuelvo a decirle: créame que yo no estoy simplemente en el mío. Podría decir Ustedes me secuestraron, alguno de ustedes, cualesquiera de ustedes y el asunto frente a mí les concierne a todos por igual, y tanto da que el falso guardiacivil que dirigió el secuestro, que ordenó a todos, haya sido usted o cualquier otro de sus compañeros, esté en la cárcel o esté en la clandestinidad, ¿qué sé yo? Y

yo podría sentir que descargo mi conciencia reconociendo a ustedes o reconociendo al que sea o a nadie... pero no es así, sino todo lo contrario... Yo reconozco sus manos cuando usted las estira, sus manos no demasiado grandes pero nervudas, sus manos pálidas con venas como cordones, sus manos de escultor o picapedrero, según dice que usted dice que era... y después reconozco su voz cuando habla... Porque usted no habló demasiado durante el secuestro, pero usted dirigía y tuvo que hablar algunas veces, dar algunas órdenes... Y también habló conmigo, en seguida de haberme empujado o después aún, después que mi secretario quiso resistirse y usted, con la metralleta que llevaba, le disparó el único tiro, ese tiro que le rozó el pecho pero pudo haberlo matado... Ya habían dejado al chofer abajo, en la rambla, y todavía no se habían descargado del secretario y ya estábamos en marcha cuando usted —bueno... usted dice que no era usted y la voz calmosa con la que lo niega me confirma que era usted... cuando usted me preguntó si sabía qué era aquello y yo le dije que un secuestro y usted insistió, porque no era eso lo que quería que yo le contestara y me preguntó si entendía por qué estaban haciéndolo y yo le dije Supongo que por publicidad y usted me dijo Veo que usted comprende en seguida y no va a ser necesario hablar mucho con usted para ponerse de acuerdo... Eso lo dijo usted con una voz ¿cómo decirlo?, con una voz tranquilizadora, una voz que estaba asegurándome que no me iba a pasar nada si yo mismo no me lo buscaba... Y hasta creo que lo dijo y agregó que mi secretario era estúpido por habérselo buscado, porque ni siquiera era con él la cosa, como se vio a las claras cuando después lo dejaron caer en la vereda o en la calle... Así que si yo tuviera que decir la verdad, fíjese qué extraño, y a pesar de que usted era el que había disparado la metralleta y herido al secretario, yo tendría que decir que usted fue el que me infundió calma, el que me dio a entender, en pocas palabras, que no iba a pasar nada si yo mismo no me buscaba complicaciones, si sabía acomodarme a la situación... Una situación nada

fácil, claro, porque uno baja de su apartamento de la rambla y se acerca a su auto para irse a la sesión de directorio y ustedes aparecen y unos toman por los brazos al chofer y otros inmovilizan a mi secretario y usted me empuja, no para golpearme sino para apremiarme y dice algo así como Vamos, suba rápido y entonces uno tiene que darse cuenta instantáneamente de todo, de que usted, vestido de guardiacivil, no es el guardiacivil de mi custodia personal sino —discúlpeme la palabra, porque repugna al trato que usted me dio— un terrorista y que aquello no es un viaje de tantos hacia mi despacho sino un viaje no se sabe adónde, un secuestro, un rapto, lo que sea... Pero eso mismo me hizo sentir que mientras usted dirigiera, a mí no podría pasarme nada irreparablemente malo si yo no contribuía a que me pasara, por supuesto... Usted me dio esa certidumbre, no sé cómo, con muy pocas palabras, con ninguna, y si yo lo pienso en este momento tengo que estarle agradecido... Por eso le digo que éste es un reconocimiento judicial pero no una venganza... ¿qué sentido tendría, si usted se comportó así conmigo y yo supe en seguida que tendría que conducirme con calma y que no iba a pasar nada?... Créame, Marenales, que tengo que cumplir un deber, un deber con la Justicia y no un deber contra usted ni contra nadie en particular... Soy un testigo, fíjese, ésa es mi situación... Soy un testigo y me traen aquí frente a usted para que diga si lo reconozco, si creo que lo reconozco... y yo tengo que decir lo que tenga por cierto... ¡Un testigo! Parece increíble, después de todo, que yo quede reducido a eso, a ser un testigo, decir si usted era el guardiacivil o si el guardiacivil era otro... Bueno, un testigo o la víctima... o el sujeto pasivo, como dicen los penalistas... Pero ninguna de esas palabras cambia la situación: a mí me invitan a venir hasta aquí... y si no quisiera venir me traerían por la fuerza pública... me invitan a venir hasta aquí y a usted lo traen de su celda y nos enfrentan... Y créame, a pesar de que usted sonríe con cierto desdén y está aquí quieto frente a mí y a su abogado y a todos y no habla, y a pesar de que aquello fue un hecho violento y tan repentino y había un

herido sangrando y con la camisa desabrochada entre usted y yo y usted le había llamado estúpido y él era mi secretario de todos los días, a pesar de todo eso, a pesar de todo tengo que confesarle que es más violento —sí, no lo ponga en duda con su sonrisa— ahora que entonces... Violento que usted no me entienda, que me suponga intenciones malvadas que no tengo, que yo pueda aparecer rompiendo un pacto de caballeros que no contrajimos de manera expresa pero que estaba entendido desde que usted me dijo que era fácil ponerse de acuerdo conmigo y que no habría por qué hablar demasiado... Después estuvo todo lo otro y eso no tiene nada que ver con usted, porque ahí sí podría asegurar que usted no volvió a presentárseme, a pesar de que, como usted sabe muy bien, los que me cuidaban en la pieza y me traían la comida o me alcanzaban una palangana o me daban La República de Platón para que leyera estaban todos encapuchados y no era posible individualizarlos, estoy seguro de que usted no figuraba entre ellos... Bueno, usted conoce todo eso porque sabe cómo es su organización y cómo proceden... en fin, nadie fue grosero o descomedido o brutal y no tengo un odio particular contra nadie... pero la situación me crea deberes muy claros y deberes que llegan a ser casi odiosos si ahora, por encima de todos estos meses, tengo que volver a enfrentarme con usted y decirle Fue Usted, Usted era el falso guardiacivil, Usted era el que mandaba, Usted era el de la metralleta, Usted fue el único que en ese momento me habló, se encaró tranquilamente conmigo, me hizo una pregunta, no creyó necesario hacerme otras cuando oyó mi respuesta... Bueno, también todo eso usted lo sabe... Mire, le repito: no creo que usted haya vuelto a aparecer durante los días del secuestro porque, aunque estaban encapuchados, ellos no deformaban las voces y su voz, de esto estoy bien seguro, no volví a escucharla... Sí, por supuesto, usted me dice ahora que No con la cabeza e incluso la mueve como en algún momento de aquel viaje, contrariado, vi que la movía... y yo también diría que No si estuviera en su sitio, ¿cómo no voy a comprenderlo?... Mire, yo estaba en el

nedio del asiento trasero del coche, y un poco echado hacia atrás y con la cabeza en alto, porque tenía sobre mi pecho la cabeza volcada de mi secretario y en cierto modo, ayudado por el hombro de usted, estaba sosteniéndolo, hasta que en algún momento del viaje —cuando ya era evidente que nadie nos seguía— arrimaron el coche al cordón de la vereda e hicieron resbalar al secretario y lo dejaron sentado o semicaído y seguimos y entonces sí, entonces usted volvió a hablarme y me previno que iban a darme una inyección, nada más que para dormirme, usted volvió a tranquilizarme, usted me aseguró otra vez que no iba a pasarme nada... Mire, Marenales, póngase un segundo de perfil... Sí, así... Bueno, mire: ahora le digo otra cosa. También reconozco su patilla, el nacimiento del pelo de la patilla, esos primeros hilos grises del pelo en la patilla que encanece, unos hilitos grises que corren como hacia adentro, hacia la oreja, vi ese pelo ligeramente aplastado y como con algo de sudor cuando el coche arrancó y usted se sacó el quepis y se pasó la mano izquierda por la cabeza, como en un acto de refrescarse o de infundirse usted también un poco de calma, usted que estaba dándola a los otros... Sí, en ese momento mi secretario decía algo contra usted, palabras rencorosas, que ya volverían a encontrarse y que él iba a matarlo, él que ahora en seguida va a decirle en su cara que usted no era usted, que usted tenía aquella mañana los ojos más saltones o las cejas más pobladas... así es la memoria de la gente, la memoria del odio que algunos creen tan ciegamente infalible, tan patente, tan irrecusable, en fin, todo eso... y usted no le hacía caso, creo que usted y yo sabíamos que el muchacho no iba a morirse, si cuando habían pasado algunos minutos del tiro seguía hablando, aunque fuera con una voz tan cambiada, yo, al menos, por efecto de la tranquilidad que usted me trasmitió estaba seguro de que el muchacho no iba a morirse... y me pareció bien que usted no contestara los insultos y entonces, por encima de la cabeza del muchacho lo miré y vi su cabeza recortada contra el cristal de la ventanilla trasera, a mi derecha, y vi el arco de su frente y el dibujo de su nariz,

no para recordarlo, no para decirlo ahora, los miré no más, para cerciorarme de que usted no volvería a tirar contra el muchacho, porque ya la metralleta no estaba en su mano derecha, me parece, sino al costado suyo, entre usted y la portezuela... sí, sí, porque volvió a empuñarla cuando hubo que abrir la portezuela para dejar que mi secretario se deslizase hacia la vereda y dejarlo allí... y miré su cara, que había quedado enteramente libre de sombras cuando usted puso el quepis sobre sus rodillas y la mano que alisaba el pelo bajó y era posible observarlo de cerca sin que usted se cuidara... sin que usted se cuidara en ese momento ni se hubiera cuidado antes, porque vi el sudor de sus sienes, por efecto del quepis, y vi su frente y su pelo alisado y estoy completamente seguro de que usted no estaba maquillado ni desfigurado y era así, tal cual lo veo ahora, sólo que entonces lo veía de más cerca y con un detallismo más nítido o tal vez en mí, por efecto de lo extraordinario de las circunstancias, más exaltado... Más exaltado visualmente, no en el sentido nervioso, porque usted sabe que anímicamente yo estaba tranquilo y podría seguir registrándolo todo... Pienso que la cosa es muy clara: usted me dice que No con la cabeza y sonríe con un amable desdén, si puede decirse así, porque usted tiene que hacer su parte, como yo la mía. Pero, en el fondo, usted no está demasiado convencido. Porque le digo esto: si usted no desfiguró sus rasgos ni me ocultó la cara requitándose el quepis, es porque usted confía en la vida sin términos medios y juega a ganar o a perder, sin atenuaciones; por eso no me obligó siquiera a mirar para otro lado, cuando se dio cuenta perfectamente de que yo lo observaba: o seguía en la acción, burlando a la policía y a cara descubierta, y entonces toda su cautela histórica consistía en no parecerse llamativamente a su vieja foto de los grandes bigotes —y usted se los había afeitado— o usted caía y entonces ya nada tenía importancia para usted, y haber dirigido mi secuestro o no haberlo dirigido no iba a cambiar su destino, llegado el caso... y por eso, en el fondo de su alma, usted piensa que todo lo que ahora pasa es una tontería y tal vez tenga razón, y por

eso sonríe y mira a menudo a su abogado y al juez, como si toda la situación —no sé cómo explicarme, pero lo siento aquí dentro— como si toda la situación le diera lástima, lástima y ganas de disculparse y hasta vergüenza, yo también lo siento, la vergüenza que nos provocan las situaciones sin sentido... bueno, pero usted siente toda esa lástima por la situación en conjunto y por todos los que estamos en esta pieza y no sólo por mí ni por usted, ah, no, pienso que menos que nadie por usted, porque usted es el dueño de la situación otra vez, dueño con su silencio, dueño con su sonrisa burlona... Sí, su papel es el más fácil, más fácil otra vez, más fácil que el mío: le alcanza con mover la cabeza diciendo que No... Y si yo le pido que usted se ponga de perfil usted lo consiente con sorna —sí, sí, con sorna dentro de su urbanidad— como si se prestara con indulgencia a los caprichos de un niño, como si todo esto fuera una ceremonia o un acto ritual cuyo contenido no le incumbiese, no sé cómo decirlo, y usted tuviera que entrar en el juego y hacerme los gustos por un momento, como si fuese el precio para desatar un pacto, el pacto de que pudiéramos comprendernos sin necesidad de hablar demasiado... Mire, todavía no me habían dado la inyección, todavía no habían dejado caer al secretario, todavía no había pasado nada de eso en el momento en que yo lo vi a usted de perfil, con una aflojada posición de descanso en sus rasgos, como ahora, sin la pequeña burla en los labios y en los ojos que hay ahora, pero eso no cambia, al contrario, casi le diría que refuerza la impresión de que sean los mismos labios, los mismos ojos, como es la misma frente y la misma patilla y las mismas canas de la patilla y las mismas manos... y si vuelvo a mirarlo ahora casi podría decir que siento las palabras del herido. Ya vamos a encontrarnos de nuevo y te juro que voy a matarte, hijo de puta, decía, y usted había decidido ignorarlo y dejarlo, aun sabiendo que no eran los insultos de un moribundo sino de alguien que iba a salvarse, alguien que va pasar a esta pieza en un momento más y... entonces sí que usted va a sacarle una moraleja a toda esta historia, una moraleja que diga algo así como

"Es mejor herir a un hombre que tranquilizarlo", porque él va a venir y va a decir que No, prefiere la foto de algún otro —creo que del Amodio ése— en la galería policial a su misma cara de aquella mañana puesta aquí enfrente... Bueno, y también recuerdo su único momento de rabia, cuando el chofer del coche, a quien yo nunca pude verle más que la nuca, tomó por un lado distinto del que usted había indicado y fue el corto trecho en que nos siguió una camioneta y usted se irritó y le dijo Pedazo de tarado, ¿no te había dicho que doblaras?... Bueno, no sé, usted dice que jamás le llama tarado a un compañero y posiblemente así sea, pero en aquel momento lo venció momentáneamente la ira y usted lo dijo, sí que lo dijo, me acuerdo de sus palabras más aún que de las del secretario... Y usted lo dijo pero se tranquilizó en seguida porque un Volkswagen que venía casi al costado nuestro y que era seguramente de ustedes se interpuso, cerrándole el paso a la camioneta, y entonces la perdimos de vista y fue cuando usted se quitó el quepis y borró en seguida de su cara la huella de cualquier crispación, de cualquier rabia... ah, sí, no tengo ninguna duda... ¡Vi de tan cerca su cara, su patilla izquierda, el ojo de ese lado, la curva de la frente, el filo de la nariz, el nacimiento del pelo! Era usted sin duda... yo no tengo interés en perjudicarlo, pienso que entre usted y yo está ahora la cárcel y yo no tengo por qué empujarlo ahora a ese abismo más de lo que usted puede estar ya en él, ni siquiera empujarlo con la fuerza justa para hacer sentir la urgencia, como usted lo hizo para meterme en el coche, no, ni siquiera eso... porque, dirá usted, ¿qué urgencia puedo tener yo? Porque usted me había dado a entender que no iba a pasarme nada y volvió a decírmelo cuando volvió a hablarme para anunciarme que me darían una inyección, nada más que para dormirme, nada más que para eso... Y yo creo que su voz apelaba a aquella comprensión fácil y rápida que usted había pronosticado y yo ni siquiera tuve que contestarle cuando el sujeto que estaba a mi izquierda me hizo quitar la manga del saco —ya mi secretario había quedado por el camino— y me hizo arremangar la camisa y

con las mismas precauciones que en una clínica, ni más ni menos, empezó a refregar en redondo un pedacito de algodón empapado de alcohol, mientras me acercaba la aguja... Pero aún en ese momento yo rehusaba mirar hacia mi brazo, hacia aquel practicante o enfermero... Pensaba que iba a dormirme en un segundo, usted me lo había dicho, y preferría seguir mirando hacia el lado de usted, que ahora miraba simplemente hacia adelante. Por eso le digo: no tengo, no podría —aunque quisiera— tener ninguna duda. Y tampoco sé, Marenales, si querría tener esas dudas. Alguna vez leí que el amor es una larga paciencia... Bueno, ahora podría decirle que el reconocimiento de un hombre, en circunstancias como la que usted y yo vivimos en ese coche, aquella mañana, es una larga prolijidad... Una larga prolijidad del recuerdo, un detallado acto de memoria... Acto de memoria, no esfuerzo de memoria... Porque no me cuesta nada recordarlo y queda flotanto delante de mí como algo recortado y transparente, que jamás se mezcla a los otros recuerdos de aquellos días... al cautiverio, como lo llamaron los diarios... Allí las cosas son más encontradas y se mezclan, si pienso lo que comí, si pienso lo que leí, si pienso lo que hablé, si quiero detenerme en una sola de las capuchas que se turnaban alrededor de mi cama o de la silla en que a veces me dejaban sentar... ah, todo eso puede ser doloroso y confuso... y creo, estoy seguro de que usted no estaba allí... Ustedes se compartimentan... ¿no es así como dicen? Se dividen trabajos y creo que el suyo estaba cumplido y usted no volvió a aparecer... pero el recuerdo de aquella mañana, hasta que la inyección me hizo perder la conciencia, resulta de una nitidez absoluta, yo diría que radiante... No importa, los otros dos van a decirle que No, que usted no estaba allí, que era otro o que no era nadie... Y es mejor que así sea y por eso, le repito, para no influir en ellos los hice salir antes de ponerme a hablar... Mejor que sea así, que yo haya cumplido con mi deber y que usted no puede pensar que yo he querido vengarme, tan luego de usted, causarle un perjuicio, empujarlo más aún al fondo de la celda... Nada de eso, nada de eso... Pero tengo

que decir lo que recuerdo, no puedo negarme a la evidencia de un pedazo de vida... ¡y qué pedazo de vida! Y por eso le digo sin ninguna duda, no ya porque estemos frente al Juez sino como si estuviésemos frente a una especie de Juez Supremo que cada uno puede pensar o creer si existe o no existe... Por eso le digo sin ningún odio, sin ninguna animosidad, sin ninguna sombra de rencor o desquite... Lo reconozco, créame, lo reconozco, Marenales...

El asesor (II)

. . . purgando la caligine del mondo

DANTE, Purgatorio, Canto XI

Pilcomayo corre paralelamente a la rambla y al morir, dos cuadras más al este, en Ytu, se abre sobre una vista en cornisa: desde lo alto, el río como mar suele mecer largamente —en los días calmos y claros— el cabrilleo del sol sobre las aguas; en especial si son las ocho de la mañana y ese sol ha acabado de coronar la jiba de Punta Gorda. Y desde allí también golpea el viento del Este, el de agua como peste, si sopla el temporal. Pero a la altura del cruce de Pilcomayo y Gallinal el mar no se revuelve tanto en perspectiva de distancia como en atracción desde abajo y en vórtice. Desde esa esquina en balcón hasta la arena de Playa Honda, el descenso es abrupto. Serán unos doscientos metros en picada hacia la playa y el mar parece alzarse en plano oblicuo, acercarse y jadear en un resuello bravío, despedazando su horizonte de biombo contra aquellas veredas barridas y desnudas, con sus pocas palmeras enanas deshilachadas, con los peldaños de unas fachadas corroídas por el salitre constante, fallebas como aldabas en ruinas, celosías descascaradas, vientos desgarrados de cielo gris y grandes nubes redondas o sin formas en la ventisca y la cerrazón, descendiendo y apretando con un reflejo overo o con plomo total sobre las olas.

Orinoco, Aconcagua, Pilcomayo, ya casi como andenes de barranca. América está allí nada más que en los nombres, no en montañas ni trópicos ni selva ni nieve. El asesor pudo sentirse protegido en su rellano de aquella gradería, por

quel ventarrón que le limpiaba el horizonte allá abajo, urgando la calígine del mundo. Sí. Pero él mismo allí, en su jardinito ¿no era esa calígine?

La higiene de sus maniobras sobre los cuerpos heridos, la itidez profesional de un lenguaje sin gozos, la norma de tan sólo lo necesario para lo buscado, todo eso condecía con el descenso despejado y raso de Gallinal y Pilcomayo hasta la espalda de la gasolinera y la Playa Honda de Malvin y sus espigones y el mar; sí, pero si él mismo era la calígine del mundo otros podrían asimismo verlo, aguardarlo, caer sobre él, aplastarlo en un segundo, transbordarlo desde su coche de la embajada hasta la camioneta recién robada, secuestrarlo. Y a las ocho de una mañana de invierno, en aquella esquina gélida y sin ómnibus, no era verosímil que hubiese ningún peatón susceptible de transformarse en testigo, que se aletargase allí y a tal hora y en tal época del año ninguno de aquellos lagartos del sol, las desnudeces y el verano.

La velocidad de contarlo se queda por detrás del suceso mismo: en el desierto de la primera hora el asesor es bloqueado y luego trasegado, con algún forcejeo y sin inútiles palabras suyas: en Pilcomayo y Gallinal nadie va a salir corriendo y en camisa, dispuesto para el socorro sólo porque haya oído un par de gritos a las ocho de la mañana, a apenas un mes y días de la noche más larga del año. Lo trasbordan, lo empujan, lo arrojan al suelo de la camioneta: casi no se resiste, más allá de la formalidad de hacerlo para no reprocharse la pasividad, hasta estar seguro de que todo seguirá el mismo curso, se retuerza él o no. El partido de la dignidad, entonces. Cae derribado al piso de la camioneta, un zapato ajeno en el cuello le asegura por opresión su sitio en el lugar de la caída. Alguien lo insulta: un destemplado emocional —un aprehensor sin el aplomo que él mismo conserva como aprehendido— le dispara un balazo y le roza el pescuezo, hacia la nuca. Los demás gritan y reprueban el disparo, allegan un primer auxilio tosco y le dispensarán buena asistencia médica, además de sancionar al agresor. Es la mañana del 31 de julio de 1970 y al sentir la sangre y

el ardor sobre ese cuello —no demasiado ardor pero más fluir de sangre— el asesor debe haber pensado, tiene que haber pensado que aquélla fuese su última mañana y, a dos cuadras del mar, su última hora. El partido de la dignidad admite aquí una pequeña variante: mascullar en inglés, como un insulto, en el tono de que sea un insulto sin que los demás estén seguros de que sea eso y no el oscuro sollozo de encomendarse a Dios en un idioma al cual de todos modos ellos odian. La camioneta con el gordo en el suelo, con el gordo sangrando por debajo del desgarrón de la camisa y casi en seguida sin el estorbo de la corbata (un brazo ha bajado súbitamente para quitársela: ¿alivio humano, trayecto previsible de otra bala?) corre casi sin vehículos en contra.

En casa del asesor nadie ha asomado para saber que haya desaparecido y denunciarlo en tiempo. Hoy se sabe que el viaje ha sido hasta Avenida Centenario, no tan cerca. En el suelo de chapas del furgón, el gordo debe haber empezado a darse cuenta de que su riesgo podría ser el de morirse de aquel solo insensato disparo, no ya de ningún otro: no les conviene asesinarlo antes de que haya hablado y sin que lo coticen y ofrezcan. Vale algo, tal vez valga mucho.

Primero lo han encapuchado y luego, con una arpillera grande, han cubierto su cuerpo. Pasan quince minutos: sabe estimar el tiempo sin mirar su muñeca izquierda. El leve ruido de un gozne y la detención del vehículo y luego su lento arranque prueban que han traspuesto una puerta, penetrado a un recinto. Lo bajan tomándolo de los brazos, lo ayudan a ascender una escalera, lo sientan sin quitarle la capucha. Pasan unos minutos y un individuo enmascarado le rasga sin violencia un poco más el cuello de la camisa, lo desencapucha y se aplica a observarlo: lo ve, se ven.

—Soy médico —dice el enmascarado—. Esto no es más que una rozadura de bala. No corre ningún riesgo.

Le pregunta por la vigencia de la antitetánica y, en la duda, se la refuerza. Le fija un esparadrapo en el sitio de la herida. El asesor deja hacer, sin pronunciar una palabra. Acaso su norma, en la vida, sea la de atenerse a una autori-

dad, sin entablar discusiones ociosas. El médico es ahora esa autoridad y él se siente tranquilizado porque lo sea y se somete. Lo examina más minuciosamente, verifica su tensión arterial. Otros le han dado una camisa blanca en reemplazo de la que tenía, le han puesto un pullover gris en lugar de la chaqueta; no hay una sola traza de sangre en su cuerpo, en su indumentaria. Le medican un calmante que aparentemente no precisa y sin embargo ingiere. Le previenen que reposará una hora y será luego interrogado. Escucha, asiente, no pregunta nada. Ya ha comprendido, hace largo rato, en manos de quiénes está; no es necesario agregar nada.

—Daremos un comunicado sobre su captura, dentro de una hora.

Inclina la cabeza, en un gesto ceremonioso, casi cortés. Serio y sin concesiones, tampoco parece esperarlas. Antes de recostarse a descansar, en un lecho de reposo menos angosto que el de la trastienda de su propia oficina, se da cuenta de que van a encapucharlo de nuevo, para que duerma o yazga; tampoco lo objeta.

—¿Se imagina usted por qué lo hemos secuestrado?

—Supongo que se vincula a mis funciones como asesor, en la Agency for International Development, AID.

—¿Cuáles son esas funciones?

—Actuamos en virtud de un convenio de asistencia y colaboración, suscrito entre los dos gobiernos, el de Estados Unidos y el de ustedes. De las cinco secciones de la AID, yo pertenezco a la de Seguridad Pública. . .

—Mencione las otras cuatro.

—Educación, Agricultura, Finanzas y Programación. La de Seguridad Pública, de la cual yo soy integrante, es la de creación más reciente. . .

—¿Es una división de objetivos militares, en los planes de penetración?. . .

—No, específicamente militares no. Es una misión de asistencia técnica. Yo no la asociaría a ningún modo de penetración. . . Precisamente, la quinta división de AID se ha

hecho cargo de las críticas que provocaba la actuación de nuestras misiones militares. . . Es otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Se dedica a asesorar sobre las últimas técnicas. . .

—¿Cuáles técnicas?

—Las técnicas y los sistemas policiales.

—¿Dónde las ha enseñado usted?

—Primero en los Estados Unidos, a la gente que llegaba hasta allá a aprenderlas: iraníes, africanos, esa gente. . .

—¿Y aprenden mucho?

—No pueden aprender todo, porque todas las sociedades son diferentes. Lo más importante es que aprendan las nuevas y mejores maneras de hacer las cosas. . .

—¿Qué cosas? ¿Aprendidas en Vietnam?. . .

(No contesta.)

—¿Usted fue alguna vez Jefe de Policía? ¿Dónde lo fue?

—En Indiana.

—¿Es grande Indiana?

—Tiene cuatro millones de habitantes. . . Pero yo fui jefe en Richmond, que es una ciudad del estado, con sólo cincuenta mil habitantes. . .

—¿Fue un trabajo fácil?

—Para mí, fue un trabajo como cualquier otro: ser maestro o levantar basura. Se necesita que alguien haga un poco de todo, en una ciudad. Para cada cosa, siempre habrá alguien que tenga que hacerlo: unos trabajan en fábricas, otros al aire libre. El trabajo de policía es un poco diferente, bastante diferente en algunas ocasiones. En una ciudad como Richmond no era tan malo. . .

—¿Hasta cuándo ocurrió eso?

—Hasta 1960, hace diez años.

—Y ahora. . . ¿su trabajo es diferente?

—Sí, completamente diferente: ahora trabajo para la Policía.

—Y en Brasil. . . ¿qué hizo en Brasil?

—Yo era asesor. . . un asesor de la Policía Militar. . .

—¿Después de 1964?

—Sí, después, después... Trabajaba en el interior del Brasil, en entrenamiento de la policía brasileña. Nosotros buscamos la manera más pacífica de hacer las cosas, para que sea mejor... Un poco para ellos, un poco para todos. Que trabajen un poco más a nuestro modo... Mejor manejo de los equipos, mayor cuidado.

—Todo eso... ¿ocurrió en la jungla?

—No, no era ese tipo de trabajo...

—Bueno, ¿qué nos puede decir sobre la CIA?

—Bueno, usted no me creerá y no me importa... De lo que yo tengo... que convencerle es de que yo no tengo nada, nada que ver con la CIA... ¡Nada!

—¿Y con el FBI?

—Ah sí, del FBI sé mucho. Me gradué en su Academia. Sé todo: bueno, todo no. Sé mucho del FBI.

—¿Cuáles son las conexiones entre el FBI y otros departamentos?

—Bueno, si algo sé del FBI es porque se trata de una organización muy abierta: reúne departamentos de información e investigación y tiene agentes en todos los Estados Unidos, trabajando en colaboración directa con los departamentos de Policía. De todos modos, el FBI sólo puede trabajar en ciertos casos. Por ejemplo, si hay un robo de dos o tres mil dólares (debe ser a partir de cierta cantidad) y el ladrón escapa hacia otro estado, cae en el marco de las leyes federales. No tiene nada que ver con la protección de agentes ni el Servicio Secreto...

—¿Cómo puede ser que usted diga que nada sabe de la CIA? Tiene que saber algo...

—Bueno, sólo puedo decirle que la CIA es como cualquier otra organización que cualquier otro país tenga. De la parte interna de la CIA no sé nada... Lo siento mucho, pero no sé nada. Lo digo sinceramente... aunque pienso que ustedes no van a creerme.

—Con todo, algo debe saber.

—Bueno, le hablo de mi división: no sé nada más de ninguna otra cosa.

—¿Y si hay algo más?

—Estoy seguro de que no sé nada...

—Oiga, usted sabe. Nosotros también tenemos nuestra CIA, que es bastante buena...

—Sí, pienso que sí.

—Los dos sabemos, los dos somos inteligentes como para saber que cada cual tiene su propio sistema de Inteligencia...

—Sí, ya sé, pero yo no soy parte del nuestro. No sé si me cree...

—Vaya. Y cuando usted trabajaba con la Policía Militar en Brasil ¿qué conexión tenía con el DOPS, con el Departamento de Orden Público y Social, con la policía política?

—¿Con el DOPS? ¡Ah, bueno! Creo que del DOPS... no sabía mucho en esos días. Son la policía política, ¿no? Creo que uno de los problemas del DOPS es que son policías colocados por compromisos políticos... y la Policía Militar es gente de educación militar. Tuve muy poco que ver con el DOPS...

—Pero creo que el entrenamiento de la Policía Militar es antiguerrillero. Ése es su principal programa ¿no?

—En aquellos días no hacíamos eso. El problema no eran las guerrillas. Nosotros entrenábamos para manejar las huelgas obreras, los problemas laborales y quizá las manifestaciones. Sobre cómo usar métodos humanos, sobre cómo no herir a la gente siempre que sea posible evitarlo... pero también sobre cómo salir a pelear si es necesario... Leemos manuales de interrogatorios, medidas especiales... Todo esto es muy interesante...

—Sí, la vida valè menos en Brasil que en Uruguay. Pero acá también se tortura. ¿usted no lo sabía? Acá estuvo enseñando, hace cuatro o cinco meses, Fleury, el Jefe brasileño del Escuadrón de la Muerte...

—¿Sí?

—Y desde que está aquí, ¿qué opinión tiene del gobierno uruguayo?

—Al Presidente no lo conozco. En general, he conocido a poca gente: a aquélla que he tratado a partir de mis funciones de asesoramiento a la Policía y a nadie más.

—¿Y al ministro del Interior?

—Sí, al general sí.

—¿Y qué juicio se ha formado acerca de él?

—Lo considero un incapaz.

—Comunicaremos nuestras condiciones, para que las considere el gobierno: exigiremos la libertad de todos los compañeros presos. . . y que los pongan en un avión hacia Perú o Argelia. . . ¿Qué opina?

—Nada. ¿Qué puedo opinar yo?

—Digo: ¿cómo prevé que se comportará ahora el gobierno?

—¿Respecto a mí?

—Sí, a usted y a los que están prisioneros desde hoy de mañana.

—No los conozco.

—Hay uno que es el Cónsul de Brasil.

—Sí, he oído que hay alguien a quien ustedes llaman Cónsul, pero no lo he visto. . . Parece que grita más que yo, que está más quejoso que yo contra ustedes. . . (ríe)

—¿Qué piensa que harán ellos?

—No sé. . . Espero que regateen con ustedes.

—Y su propio gobierno, ¿qué hará?

—Tampoco puedo responder a esto, pero confío en que hablará con el gobierno uruguayo y le pedirá que interceda. . . Pero no sé qué puedan hacer.

—¿Hay algún pacto? ¿Cuál es?

—No tengo idea.

—¿Cree que harán presión?

—Yo espero que así sea, y creo que así lo harán, como hicieron en otros países.

—Sí, es cierto.

—¿Cuánto tiempo tomará esto? —pregunta por primera vez el asesor—. ¿Usted sabe?

—Eso no depende de nosotros. Nosotros tenemos todo preparado para tenerle aquí meses. . . y en otros lugares también. Pero esperamos que sea corto. . .

—Será lo mejor para todos. Eso espero.

—Y dígame. . . ¿cuántos hijos tiene usted?

—Tengo nueve: cuatro hijos y cinco hijas.

—¿Alguno acá?

—Cuatro están acá. Y mi esposa.

—Si todo saliera bien y usted quedara libre. . . ¿piensa retirarse?

—Si vuelvo junto a mi familia, regresaré a mi país lo más pronto posible. . .

Praderas, niños que juegan cricket y no son ajenos, césped verde y mullido en el distante verano de Richmond. ¿Cabrá un gordo así, no disonará un profesional jubilado del horror en semejante paisaje?

El asesor (*III*)

lo fei giubetto a me delle mie case

DANTE, Inferno, Canto XIII

Cuando el sábado 8 de agosto, sobre el mediodía, cayó el edificio de Malvin Nuevo en que los miembros del Comando deliberaban, mucha gente pudo imaginarse que el gobierno hubiera ganado la batalla de su propia intransigencia. Había publicado y repetido que no negociaría con terroristas; y entre tanto el tiempo transcurría, patrullas armadas hasta los dientes habían allanado el Hospital de Clínicas, por la certidumbre de que todo lo malo se fraguase allí, de que allí pudiera retenerse a los cautivos; la Universidad y la Orga eran una sola y misma cosa, en el concepto de la represión. Pero los secuestrados no están en el hospital ni tampoco en las iglesias donde a veces —aun interrumpiendo las ceremonias del culto— se les busca; y las horas pasan. Siguen pasando hasta aquel sábado 8 en que "las fuerzas del orden" rodean el chalet de Almería, compuesto de varios apartamentos, y apresan al grupo que allí delibera: Sendic, Bidegain Greissing, Candán Grajales, Luis Martínez Platero, algunos otros. En curso los tres secuestros —el del asesor, el del cónsul Dias Gomide, el del agrónomo Fly— algunos consideran que aquel golpe de sorpresa liquida èl asunto. Desde su encerrona, si es que lo supo ¿habrá pensado el asesor otro tanto? Es sábado, es 8. Sendic es conducido a la Jefatura de Policía y se declara prisionero de guerra: invoca las Convenciones de Ginebra, niega saber dónde se hallen los secuestrados y añade: "La vida de estos rehenes ya no depende de mí." Es casi seguro que el asesor

no haya llegado nunca a saberlo ni haya tenido nunca oportunidad de calcularlo. Las cintas grabadas, depositadas en excusados de algunos cafés, ya se conocen en todo Montevideo. ¿Habría podido él hacer algo, asesorar de cualquier modo en caso de que lo hubiera sabido? Seguramente no; él es asesor de interrogatorios, no de problemas de Estado. Y el gobierno proclama, del modo más categórico, que no negociará con delincuentes. Ahora tiene en su poder a unos cuantos a quienes apremiar. Dispone de muy poco tiempo para hacerlo, eso sí, y alguien, alguien a quien se le ocurren muchas cosas, piensa entonces en el narcoanálisis. La vida del asesor, razona, puede depender de que alguno de los presos sea inyectado y hable cuanto antes. El ultimátum vence a mediodía del domingo 9: ya han pasado demasiadas horas, ya es el 8. El asesor es un problema de relaciones internacionales, de posibles presiones de gobierno a gobierno. Nadie ha dicho que exista una clepsidra funcionando expresamente para él y que en esa clepsidra acaso quede ya muy poca arena. Si la soberbia diera luces, habría que imaginarse al asesor corriendo más riesgos que nunca; un comando nuevo tomaba el relevo, afrontando otro desafío: el de ejecutar el emplazamiento pendiente, en un caso en el cual los titulares de la decisión originaria estuviesen presos. Y éste era el secuestro que vencía primero, el que abría los posibles precedentes. Quedaría siempre, es claro, la alternativa de afirmar que la Orga era una, por más que hubiese prisioneros recientes y gente que asumiese su turno; todo podría encararse a punto cero, con un ultimátum vigente y como si nada nuevo hubiese sucedido desde que él se hubiera formulado. Pero no dejaba de ser una ficción, un artificio: las decisiones de una guerrilla tienen que ser dinámicas: en tanto exista una opción de variarlas, retocarlas, corregirlas, confirmarlas, derogarlas, no hay últimas palabras definitivamente dichas. Así es de veloz y de sinuosa una guerrilla.

Por la tierra y con Sendic: ¿conocía ese lema el asesor, podría haberlo considerado más imperioso desde el momento en que Sendic hubiera sido recluido en una celda? Sendic, en la cárcel, decía ignorar dónde estuviese el asesor

y declinaba responsabilizarse por él; el asesor —en su encierro— tendría que seguir ignorando dónde estuviese Sendic. Esta simetría implantaba sus exigencias de naturalidad, de rutina: aquí no se mueve nada, fuera de las manecillas del reloj. La radio pasaba música clásica en CX6, pero aún no se había discurrido trasmitir por ella comunicados periódicos, partes sucesivos que dieran cuenta de las derivas de la situación a través de las horas. Por eso estaban tranquilos y dejaban que el asesor escuchase a Brahms desde su camastro. CX6 sonaba en un mundo de programas congelados, donde ni él ni ellos eran noticia: tiempo con música y sin entrañas.

En horas de la mañana del domingo 9 el asesor supo que se había decidido teñirle el pelo, cambiándoselo de cano a rubio.

—¿Por qué razón?, preguntó.

—Por si tenemos que sacarlo, fue la respuesta.

—¿Sacarme adónde?

Por si tenemos que sacarlo, se limitó a repetir el vigilante.

Había un albur de imaginárselo en función de su libertad, en favor del rescate. Pero nadie le decía nada, en tanto le recortaban el pelo, en una línea recta a lo ancho de la nuca, como a los sentenciados a guillotina, en los últimos minutos de su capilla. De todos modos no irían a decapitarlo, tiene que habérsele ocurrido. La guillotina no figuraba en el repertorio de su propia posible muerte: de eso podría estar seguro. ¿Sacarlo adónde? Nadie se lo decía. Los dos peluqueros encapuchados comenzaron a teñirlo; no lo vería una vez hecho, no aparecían por allí espejos de pared ni de mano, como en las peluquerías. El corte, el teñido eran parte de un solo misterio, un misterio que tal vez encerrase un viaje, un travesti, formas rebuscadas de la ceremonia de su vida. Confinado y sin noticias, no le quedaba otro partido razonable que el de dejarlos hacer. No cabía arrancar nada a nadie, sus refinadas maneras de hacerlo no eran concebibles aquí. Debe haber experimentado el frescor de las lociones, la paciencia profesional de unas

manos esponjándole unas patillas que las tijeras habían vuelto más cortas, a la altura de los lóbulos, del mismo modo en que habían afeitado a navaja su cuello, desnudándolo como el de un gallo polaco. Si la solución del acertijo fuera su libertad, Indiana habría de verlo varios meses con el fieltro calado hasta las orejas.

Pero no lo vio. Los periodistas, con su proverbial instinto de perros para olfatear la muerte, comenzaron a excitarse desde la mañana del domingo. A las tres de la tarde habría de realizarse un partido de fútbol y, aunque no jugaran Peñarol y Nacional, ya podría anticiparse que las radios atronarían con otros temas, desentendiéndose por tres o cuatro horas del asesor.

El Dr. Payssé Reyes envió el domingo 9 esta carta a "El País" y el diario la publicó el lunes 10, el mismo día de la aparición del cadáver del asesor en una calle del barrio Puerto Rico:

Payssé Reyes: "Mi vida
y mi libertad por la
Liberación de ellos."

También el Dr. Payssé Reyes —se leía allí— ofreció su persona, su libertad y su vida, a cambio de los extranjeros secuestrados por elementos sediciosos. En el día de ayer hizo llegar a todos los órganos de información un comunicado con su firma al pie, donde dice lo siguiente:

"El secuestro de ciudadanos extranjeros compromete sagrados intereses nacionales y puede llegar a afectar nuestra soberanía. A ello ningún uruguayo tiene derecho.

Los disentimientos nacionales, por hondos que sean, sólo corresponde resolverlos domésticamente, sin alentar o provocar injerencias foráneas.

Por ello, sólo animado de hondo nacionalismo y en defensa de nuestra amistad con los pueblos del Brasil y los Estados Unidos, ofrezco mi persona, mi libertad y mi vida como canje por la liberación de los tres secuestrados. Luego, quienes conforme a una ideología que desconozco confían a la violencia la solución de las contradicciones nacionales, podrán negociar mi destino con quien juzguen procedente y en ajuste con su conciencia. Y cada cual cargará con su responsabilidad.

Comprometo mi honor estableciendo que concurriré al lugar que se me indique y me entregaré sin dar aviso a nadie.

Héctor Payssé Reyes. —Colonia 1074, 5o. Piso— T.96476."

Ocurren extraños hechos. Años atrás, un senador uruguayo había sido asaltado en Harlem, barrio negro de Nueva York: le habían robado su reloj de oro y le habían dado una paliza. Ahora, animado de hondo nacionalismo y en defensa de su amistad con el pueblo de Estados Unidos, el Dr. Payssé Reyes anunciaba —comprometiendo su honor en el cumplimiento de esa determinación— que concurriría al lugar que se le indicara, ofrecería su persona, su libertad y su vida y se entregaría sin dar aviso a nadie. ¿Habrá esperado, toda una tarde y una noche, la aceptación de tal oferta, al lado del teléfono 9-64-76? Pero la misiva no se había editado a tiempo y nadie negocia muertos por teléfono.

Un locutor de radio, ya sobre el mediodía dominical, encuestaba a la gente en la calle: ¿Qué podría hacerse para salvar al asesor? Una mujer le respondía solicitando un plebiscito, porque así hemos resuelto siempre todo lo que importa al país, en nuestro régimen democrático. De cualquier manera, el *flash* radial no había salido por CX6 y el asesor no había llegado a conocer esta propuesta de plebiscitarlo, de sufragar por su vida o por su muerte.

Domingo 9, una de la tarde: un señor arrogante llegó a su residencia de la Avenida Suárez, miró a los circunstantes y dirigiéndose en especial a uno de ellos dijo: "El Tito me trajo anoche una negrita (no aludía al rhum sino a una etiqueta negra de Johnnie Walker). ¿La abrimos?"

El ministro de Defensa Nacional, general César Borba, se había adelantado, bien que sobre marcas menos renombra-

das, y se bebía los vasos de scotch tras hacérselos llenar hasta los bordes, como si fueran de cerveza. Al segundo vaso empezaba a tener ideas, aunque a menudo ideas terribles. Faltaban dos horas para que comenzase el partido. ¿Quedaría bien que un gobernante fuera al estadio, vistas las circunstancias? Nadie quería opinar.

Hay un filme que pretende hacer creer que los votos estaban recogiéndose a esas horas en los cafés, en esquinas de encuentros concertados, en el acto de dar fuego a un cigarrillo ajeno, como si fueran colisiones, pequeños tropiezos cotidianos en las calles pobladas o semidesiertas del fin de semana, vecindades casuales en un asiento de autobús o bajo la marquesina de un cinematógrafo. Podrá quedar pintoresco en una película pero no es verdad. Los plazos, al mediodía del domingo 9, ya habían vencido; sólo restaba dar y cumplir la orden, no votar en escrutinios andariegos. El asesor ya no era plebiscitable para nadie, ni para el pueblo ni en la Orga, contra lo que aquella mujer del pueblo suponía.

En horas de la noche del domingo, sus cuidadores le dieron la orden de que se dispusiese a acompañar a algunos de ellos. Saldrían, fue todo lo que admitieron decirle. Le alcanzaron un pilot de plástico color gris, debajo del cual sólo tenía puestos una camisilla y un pantalón. Le ayudaron a que se lo pusiera. Acto seguido le juntaron los brazos a la espalda y le ajustaron las muñecas con manillas de factura casera. ¿Dónde irían? Nadie le contestaba. Lo más verosímil hubiera sido suponer que irían a transferirlo de sitio. Tal vez aquel escondite se hubiera vuelto vulnerable y fuese aconsejable cambiarlo. ¿Habría ocurrido algo aquella tarde? Estaba de pie, con su pilot de cuello alto y sus manos esposadas. Convencido de la inutilidad de seguir dirigiéndoles preguntas, ya no hablaba. Dos grandes ojos en un rostro, no una boca. Un automóvil largo y de modelo antiguo, pintado de gris o de celeste con reflejos metálicos (la luz mortecina de una sola lamparilla de muy pocos vatios no permitía establecerlo con nitidez) ocupaba todo el garaje; y unos hombres que ya no recataban sus rostros (un gesto

de ligera crispación en los labios del asesor mostró que esto no le gustaba) estaban rodeándolo y un minuto más tarde lo harían subir. Después se supo al detalle que el automóvil era un Buick convertible modelo 48, matrícula 241-692, que había sido expropiado la noche antes: y con el tiempo se podría determinar que quien iba a conducirlo ahora tenía por nombre de guerra Francisco; un par de años más tarde un preso lo vería muerto y sentado y estaqueado, en la piecita de trabajos de un cuartel; al lado de Francisco y a su derecha se sentaría Alejandro. La parte trasera —el interior del viejo convertible no era tan amplio— estaría ocupada por el asesor y por aquel hombre pequeño y tranquilo, que no le quitaba los ojos de encima, como si recelase que —al menor descuido— el prisionero pudiera todavía escapársele. Pero allí, con los brazos sujetos a la espalda —y más aún cuando alguien, que no viajaría con ellos, le pasó una venda de gasa por encima de la boca, amordazándolo— el hombre parecía irreversiblemente resignado a su suerte, como si no hubiera para él un pensamiento más distante que el de la fuga. Se acomodaron los cuatro en el coche; nadie hablaba. También se sabría después que, en otro sitio y no a la vista del preso, Octavio había entregado a Carlos (o el gallego) —el más bajito, ahora sentado a la derecha del asesor— un revólver 38; pero el gallego lo había escondido bien entre sus ropas y nadie, sin haberlo revisado, podría haber sabido que portaba ningún arma. Octavio y Marcos, también a cara descubierta, eran indudablemente quienes asumían la responsabilidad de largar aquel viaje. Los otros tres, ocupados sus asientos y con Francisco al volante, se limitaban ostensiblemente a cumplir órdenes de quienes, en cuanto el coche se moviera, quedarían a lo lejos.

Si no había hablado antes de que le pusieran la venda en la boca, menos trataría el asesor de hacerlo ahora. Si tengo la obligación de imaginarme a un hombre en una situación dramática, aquí está el hombre y aquí está la situación. Es una situación de abandono; de abandono final y de muerte. ¿Cuándo realizará este hombre, dentro de sí, el pensamiento de que lo han dejado solo, cuándo se imaginará a sí mismo

abandonado y muerto, muerto —por lo menos— en mayor medida que aquélla en que está vivo y muy pronto dejará de estarlo? Es posible que esté sabiéndolo ya y no lo deje traslucir, por la última exigencia de una ley de la situación: no decírselo al enemigo. Ellos podrán estar notándolo, pero él no se los dirá. Si se los dijera, no tendrían posibilidad verdadera de sorprenderse, aunque fingieran sorpresa. No decírselo al enemigo, por una razón de lógica elemental: mejor, si es que todavía queda alguna alternativa de dudarlo, que lo duden. Él ya no lo duda, pero tampoco gana nada con abrir el juego. Sólo darles pautas absolutorias, tal vez; y eso nunca. No entrará en ese campo: por eso, en lo más profundo de su incomunicable soledad, se calla. Además, el suyo es un oficio objetable, ¿a qué darle vueltas? Si dijera "Ellos me han abandonado ahora y ustedes no tendrán otro remedio que matarme", eso equivaldría a suicidarse: y no quiere hacerlo. Si dijera "*los míos* me han abandonado ahora", quitaría ese tinte de nobleza desesperada a su abandono final. Ya nada es suyo, ya su mismo oficio está desapareciéndole. Cristo, abandonado en la cruz, podría dirigirse a Dios. Él sólo podría encomendarse a la Razón de Estado. Y en un caso como el suyo, tal invocación se vuelve mucho menos patética; tanto más si tal Razón de Estado, al entrar en detalles, puede conllevar implicaciones sucias; sucias o, por lo menos, inelegantes. Por eso, definitivamente, se calla: es uno de los hombres más solos de cuantos en la historia de la Humanidad mueren solos. Porque, como en la frase de ritual, al lanzarlo a la muerte ni siquiera se le agradecen los servicios prestados. Muere y nadie menciona por cuál causa lo hace. En su paga está ya lo pringoso de esa causa. Consfórmese con que, en la hora de la verdad, en la hora de la piedad —y por primera vez en su oficio y para usted en la hora de su crueldad— ese pringue se transforme en silencio. Es lo más que se puede conseguir. Puede dedicar un pensamiento a aquéllos que nunca irán a abandonarlo, porque no extraen el fundamento de su afinidad con él de su mismo oficio: su mujer, sus hijos. Pero desgraciadamente

ellos no cuentan, ahora mismo, para decidir su suerte. Los que la determinan, solos y únicos actuantes, son los que han resuelto dar vuelta la hoja. Finis. La puerta del garaje se abre con lentitud detrás del Buick cuyo motor lleva varios minutos de encendido; y el coche se desplaza parsimoniosamente en marcha atrás, a los fondos de la noche.

¿Qué hora podría ser? Allí, en aquel sitio, el tiempo no tenía ningún estribo. Ni el espacio ninguna marca, tras los sucios desgarrados cuadros de mica de las ventanillas. El asesor no lleva ningún reloj, no volverá jamás a verse las muñecas: ¿para qué habría de llevarlo? Imposible saber tampoco si alguien los seguiría, como después se dijo. De Avenida Centenario hacia las oquedades profundas del Barrio Puerto Rico, mal afamada orilla de la Unión, suburbio de malevos y de pobres, ningún itinerario podría ser reconocible a los ojos de un extranjero. Para ese extranjero amordazado no habría más que tiniebla y la nuca de Francisco, que en ningún instante volvió el rostro hacia él, concentrado como estaba en la operación de conducir por aquellos andurriales. Hacia otro lugar de cautiverio, acaso, cuyas señas sólo Francisco supiera: el Buick deslizándose por callejas impenetrables, el silencio. El asesor miró a su acompañante más pequeño, indiferente ahora a su costado; por su parte, el gallego había dejado de prestarle atención: de allí ya no podría escapársele.

Tras algunos minutos más de trayecto la velocidad del Buick, que nunca había sido grande, disminuyó. ¿Estarían llegando? Fue ése el instante en que Alejandro, sentado al flanco del chofer, dijo sin posible diálogo: *Hora de fumarse un cigarrillo.* Era la contraseña, era la orden, pero el asesor no tuvo siquiera el tiempo de adivinarlo. Un disparo estalló en su sien derecha, lo hizo caer sobre la puerta de su lado. Golpeó en la misma zona de su muerte otro disparo, esta vez a la altura del oído. Y como piedra sobre otra piedra, un tercero en la espalda; ya nada existía cuando el gallego se incorporó apenas en su asiento para considerar al asesor en su posición volcada y dispararle un cuarto tiro en el tórax.

El Buick se detuvo del todo y los tres bajaron. El asesor,

como si hubiera sucumbido al peso de la falsa cabeza rubia, hundía su cara contra el piso del auto, en el espacio que mediaba entre las dos filas de asientos. Sus piernas estaban recogidas, sólo su corpulencia y la estrechez del sitio le habían impedido rodar del todo. Era de madrugada, sin duda alguna era de madrugada: lo supieron cuando los recibió el frío de la alta noche de agosto, al dejar el coche. Una moto, otro viejo auto se les aproximaron entonces. Nadie más que ellos y quienes habían llegado a recogerlos ("el apoyo logístico", como se dice en la jerga de la guerra). Uno más en la moto, dos en el coche de escolta: subieron. El que asumiese el sitio de acompañante en la moto miró, en el pequeño alto que fue necesario para que ellos quedaran cerrando el regreso, la chapa cariada y casi colgante de su poste en la esquina: calle Lucas Moreno, decía el letrero.

En un libro que se editó en España, allá por el año 1966, alguien escribía estas líneas, a propósito de la calle Lucas Moreno: "pero ese nombre aparece con más frecuencia en la página policial de los diarios que en el recuadro de las efemérides. La ejecutoria de la Guerra Grande ha quedado librada al suburbio; y provee periódicamente de crímenes, de madrigueras allanadas, de enterraderos descubiertos a esta Montevideo que casi la ignora".

Cuatro años después, en la mañana del lunes 10 de agosto de 1970, un patrullero descubriría allí, en esa calle y dentro de un automóvil abandonado, el cadáver del asesor. Puerto Rico, barrio de soldados y de cirujas, pasaba a cablegrafiarse al mundo entero con motivo de un muerto de la AID. Las radiofotos, a su vez, incluían frontalmente la estampa del viejo Buick 48 robado y fúnebre, su matrícula 241-692, un charco oscuro debajo del sitio del radiador, correspondiente al agua escapada en la noche y en su vejez y otro charco oscuro al costado de la puerta trasera izquierda, correspondiente a la sangre del asesor, chorreada desde la claudicante estructura del piso. Más fotos ilustraban sobre la falsa cabeza rubia y sobre la venda de gasa que iba de los labios a la nuca y sobre la posición de las manos esposadas a la espalda de aquel cuerpo, caído dentro del interior del

vehículo, en posición de cúbito ventral. Más atrás, en las vistas de conjunto del barrio, eucaliptos, ranchos de lata y de madera y los corrillos del vecindario, viviendo la gloria fugitiva de su notoria actualidad.

El locutor de radio. —Y a usted, vecina ¿no le llamó la atención la presencia de aquel coche tan grande, estacionado allí toda la noche?

La vecina. —Sí, yo me levanto muy temprano y lo vi, desde que aclaró. Pero como éste es un lugar tan sólido, yo dije: Alguna pareja...

El locutor de radio. —¿Qué me dice, señor? ¿Alguna vez había pasado aquí algo semejante?

El vecino. —Bueno, igual igual no. Pero esto es Avellaneda, un barrio muy bravo: aquí han pasado cosas...

Un intruso. —¿Avellaneda? Este es el Barrio Puerto Rico. ¡¡Famoso!!

Otras radios prefieren el tema del Terrorismo y la Democracia. El senador Cigliutti, profesor de Historia en Secundaria, está indignado.

—¡Ni en la Edad Media se fusilaba así a la gente!

El coronel Cándido Rodríguez mató por la espalda a un obrero municipal, Arturo Recalde, el 21 de enero de 1969, en el curso de una manifestación sindical. El coronel adujo haber actuado en legítima defensa, pero una foto publicada por el diario "Época" mostró al obrero caminando de espaldas a la lente, en el segundo en que ya van a asesinarlo, y al coronel apuntándole en actitud de tiro, el brazo extendido, junto al portal de la Cancillería. El coronel se revuelve, acusa de comunismo a la justicia que lo procesa y está ya en libertad a principios de agosto del 70 para declarar por radio: —Éste es un asesinato ignominioso...

Prensa, televisión, discursos. Los televidentes, la misma tarde del lunes 10, forman largas colas en la llovizna del invierno marítimo, para acceder cuanto antes a las escalinatas del edificio de la embajada, frente a la rambla, donde se velará al asesor. Coronas, álbumes (otra cola para firmar, a partir de tal hora), ofrendas florales, compunción colectiva. Sí, compunción y vergüenza: un locutor radial solloza, comparte y asume la vergüenza de todos, llora y deprecatoriamente, dirigiéndose al muerto, exclama varias veces: "¡Perdónanos, perdónanos, perdónanos!"

¿Firmará el álbum el Dr. Payssé, registrará su memoria del instante en su segundo reloj de oro? El gobierno ofrece un millón de pesos por cualquier dato que permita llegar hasta los asesinos y asegura una total discreción. Surge el proyecto de dar el nombre del muerto a una calle (¿borrarán de la chapa cariada al General Lucas Moreno, soldado de Oribe, oficial del Gobierno del Cerrito?). Hay otros para emitir estampillas postales con la efigie del asesor; un tercero para declararlo "Mártir Americano"; un cuarto para instaurar la pena de muerte con efecto retroactivo. (—Sí, pero la Constitución prohíbe la pena de muerte. —Bah, se modifica.) Llega un día después el enorme avión (panteón) de USAF, para repatriar el cadáver, ya ignoto para las mismas praderas de Richmond. Otra vez televisión, música sacra, el ataúd envuelto en 13 bandas y 48 (¿o ya 49 o ya 50?) estrellas. Los militares hacen la venia, las mujeres lloran en los barandales del aeropuerto: una viuda de copioso luto, la cara pálida de un niño huérfano, el senador Echegoyen sombrero en mano; ministros reverentes, diputados casi prosternados, banderas a media asta, el ataúd que es subido por la escalerilla en hombros de marines, la promesa de que nuestro pequeño embajador estará para recibir el duelo en Washington, el atraso inadmisible de no poder filmarlo, grabarlo, decirlo y llorarlo en colores: subdesarrollo. Éste es un país pequeño, sí señores, pero siempre había sido un país honesto.

El majestuoso bicho acelera, despega, englute el tren de aterrizaje a poco de subir y se pierde fuera de cuadro, por

encima de venias, lágrimas, un trémulo clarín fúnebre. Hice un cadalso donde era mi casa. Sí, él lo hizo y luego montó a él; todos lo hicimos.

Los candelabros

Oscura e profonda era e nebulosa
tanto che, per ficcar lo viso a fondo,
io non vi descernea alcuna cosa.

DANTE, Inferno, Canto IV

Sentada en el jergón, el block en las rodillas, escribe. Está sola. Han padecido en sitios diferentes. En sitios diferentes de la prisión y del cuerpo. En prisiones diferentes. Han padecido en sitios diferentes. Está sola. Escribe. Nada que contar: esta tarde recogen las cartas. Escribe. Él también está preso; y preso, está lejos. Él no le escribe, ni ella a él. ¿Se harían reproches, discutirían quién de los dos es el culpable (cada uno lo propondría para sí), protestarían que se aman? Entonces no se escriben. Escriben a parientes distintos. Cada uno a los suyos. Ella suplica, les suplica que no traigan fotos de él, atormentadas cartas de él, citas, párrafos memorizados (¿desfigurados?) de cartas suyas a parientes suyos. No, no, por favor no. Prefiere recordarlo como era: alegre, rotundo, dicharachero, no el desecho barbudo de quien por un momento pudo despedirse en el juzgado militar, con quien por un momento se cruzó en el patio, como una puede cruzar a un perfecto desconocido a la entrada de un subterráneo o en una plaza. No, eso no. No quiere sus cartas, no quiere sus dichos, no quiere su foto. No podría soportarlos. Ayer fue aniversario de casados. Sentada en el jergón, el block en las rodillas, escribe.

Nada, no pasa nada. No dejan pasar nada. Ni libros ni manualidades ni cartas sin tachar. Nada. A veces, para romper ese vacío, inventa una silla, amuebla con la silla ese vacío, sienta allí una visita: conversan. Un amigo de infancia, hace años perdido. La madre. Conversan. Nadie inte-

rrumpe el diálogo, entre aquellas paredes desnudas. Nadie interrumpe tampoco esta carta. Es mediodía ¿será mediodía? Nadie interrumpe, el tiempo no se corta, fluye sobre sí mismo, es uno solo. Sentada en el jergón, el block en las rodillas, prefiere no decir: No pasa nada. Los días son horriblemente iguales. Las horas son eternas. Prefiere no decirlo, algo dentro de ella sabe que no debe decirlo. Los que esperan sus cartas ya lo saben, saben que los días allí y afuera son siempre iguales. Iguales cuando no peores. Piensan siempre, dicen siempre que los peores han pasado: ella no ha podido aguantar, ella ha cantado. Ahora está fundida, se quedó repegada, está tranquila. Se quedó repegada y está vacía y está rayada. Rayada y todo, no pasa nada. Los días son iguales, en toda su extensión no pasa nada. Mañana, tarde, noche, tres grandes agujeros, un solo agujero. No pasa nada. Iguales, vacuos, la luz turbia del ventanillo taponado, ¿qué hora es? Todo igual: la luz sucia, el aire confinado, no permiten reloj. Escribe.

Ayer fue nuestro aniversario y estuvo Walter. Puse una mesita ente los dos y cenamos juntos. Walter era otra vez el de antes: su cara afeitada, las mejillas más llenas, esos ojos tan vivos y negros que le conoces bien. ¿Te acuerdas? Teníamos una botella de vino para los dos, fue casi para él solo. ¡Dijimos tantas cosas, nos reímos tanto! Yo puse el pollo frío que mandaste, mamá. Lo partimos en dos, Walter lo manejaba con las manos, lo despedazaba, lo devoraba a mordiscos, lo hacía correr con grandes tragos de vino, que tomaba de la botella misma. Empezamos a reirnos, a hablar demasiado fuerte. Fui a la mirilla tapiada, escuché: nadie parecía darse cuenta. Cantó, fumó, llegó la hora de irse. Nos abrazamos y me besó; otra vez el de antes, su cara sin ninguna sombra, su risa de los grandes dientes. Se fue. ¿Cuándo volverá ahora ¿Cuándo? Díganme cuándo.

El Comandante toca el papel extendido sobre la carpeta de su escritorio, sus manos parecen haberlo torcido después de la lectura; levanta su vista al verla llegar. Le ordena que se siente, le pregunta si ha escrito esa carta. Sí, ella la ha

escrito, sí, ésa es su letra, la reconoce. Usted sabrá lo que es la censura: tenemos que leer todas las cartas. Sí, lo sabe. ¿Cuándo fue eso?, pregunta sin ningún tono, clavando el índice sobre el papel, como si todo le pareciese casual: casual la carta, casual la cena, casual el interrogatorio. ¿Cuándo fue? La carta tiene fecha, usted puede mirarla. Tiene fecha de ayer y dice ayer: fue anteayer. ¿Anteayer?, vacila el Comandante, se quita los anteojos, los deja reposar sobre esa carta que ella ha admitido haber escrito. ¿Anteayer a qué hora? Las diez de la noche, dice ella. ¿Las diez de la noche? ¿Y por dónde entró? ¿Entró quién?, ha estado a punto de preguntar; se ha distraído, vuelve sobre sí, el Comandante no ha dado ningún sentido especial a la pausa. No sé: entró empujando la puerta, nada más. ¿Por dónde entró?, insiste él. ¿Entró a dónde?, pregunta a su vez ella. Muy claro, parece estar diciendo él, los ojos sin pestañear. Muy claro: aquí, hasta su celda ¿dónde va a ser? No sé, supongo que por allí. A la espalda de él está la ventana que da a una cuadra, con su suelo de adoquines; y al fondo de la cuadra está el portón. Señala el portón, el término del fugado en líneas de los adoquines. Supongo que por ese portón. Señala, estira el brazo de su traje gris y numerado de prisionera, un brazo que no puede traspasar los vidrios de la ventana, la presencia maciza del hombre ni el aire espeso de aquella habitación que huele a cuero, con banderas, trofeos, escarapelas, gallardetes, diplomas, ningún libro. El abre el cajón de su escritorio, hojea sus listas. ¿Las listas de los turnos de las guardias? ¿Anteayer de noche?, pregunta, repite abstraído más que pregunta. Anteayer 28, dice, apunta. Desliza la carta sobre la carpeta, hace viajar con ella los anteojos, la pone en posición oblicua, como si le agobiara menos alejándola un poco. ¿Y usted cenó con él? ¿Quién será él?..., vuelve a distraerse mirándole las manos cuadradas. Ah sí, sí señor, cené con él. Vamos a ver; su celda está en el segundo pabellón, tercer corredor, lee más que pregunta. Sí señor. ¿Qué número? Treinta y seis derecha. 36 d, escribe él. ¿Y el número suyo? Dos ocho seis. 286, vuelve a escribir. Yergue la cabeza, la mira a los

ojos. Todo esto es muy grave, usted se dará cuenta: muy-gra-ve. Ella afirma que sí con la cabeza, ya que él está mirándola. Todo esto es muy grave. Muy grave, muy grave, repite mecánicamente, mientras revisa las anotaciones. Muy-gra-ve.

Es un cuarentón largo, anchas patillas, camisa verdosa, patillas de un rubio que está tornándose ceniciento, ojos pardos. Muy grave. Rostro grave, piensa ella. Rostro noble. ¡Fiarse de los rostros! Muy grave. La mira pero seguramente no la ve. ¿Estará pensando en responsabilidades, disciplina, sumarios, arrestos, castigos, en qué? Ella no sabe, ella sí lo mira y lo ve, trata de adivinar; ella sí duda, comienza a temer. ¿Estará haciéndolo en serio, lo hará por gusto? ¿Será tan sádico como dicen? Al parecer sigue abstraído, la raya vertical partiéndole el entrecejo, absorto en su preocupación, en arrestos a ordenar, en el oficio al Superior dando cuenta. ¿Y cómo pudo venir desde allá? ¿Él? Sí, él, quién va a ser. Ella alza los hombros, no contesta: es un aspecto que no le concierne. Pregúnteselo a él, podría replicar y no replica. Pregúnteselo a él. ¿Cómo pudo?... Habrá que telefonear en seguida, alertar, piensa tal vez. ¿A quién diablos habrá convencido o a quién diablos habrá sobornado? ¿Cómo pudo?...

Ahora la mira nuevamente, la mira como si recién la descubriese. Sus ojos tienen un primer destello: ¿A qué hora dijo que había sido? A las diez, las diez de la noche, responde ella. Piense bien lo que está diciéndome, no me mienta: a las diez de la noche... La luz se corta antes: usted no podía tener luz a esa hora. Ahora sí hay raudales de luz en la pieza, luz en los ojos pardos, astucia. ¿Cómo hicieron? ¿Querrá decir cómo hicieron para verse las caras, trinchar mondar el pollo, tomar beber el vino? Habrá más cómplices, acaso está pensando: alguien les dio la luz y esto es aún más grave. Y ella siente, a su vez, que la maraña de su historia y la de los guardianes arrestados y la de los cómplices y la de los correos acabarán por envolverla. Por envolverla en razones e invenciones, en contradicciones, en careos, en castigos, en oficios, en expedientes, en sumarios,

en supresión de visitas, en celdas de rigor. Mamá no lo creería y este señor lo cree, mamá no tendrá carta y no sabrá por qué le cortan la visita del domingo y este señor sí lo sabe y puede cortársela. La suposición ha llegado, caminando solita, al pie del abismo: va a despeñarse por él. ¿Y cómo se alumbraron? Yo tengo, dice ella entonces, dos candelabros. Yo los puse en el suelo, yo los prendí. ¿Sabe por qué lo dice? Sabe o vislumbra. ¿Los prendió? Sí señor: Walter tenía fósforos, él fuma. ¿Prendió los candelabros? Los ojos pardos destellan una luz más segura, una luz que no viene de los candelabros, una luz que les viene de adentro...

Permiso, mi Comandante, entra y se cuadra el oficial. Ninguna novedad, todo en orden, sí señor. A una seña del brazo de la camisa verdosa, el oficial desaparece. Ninguna novedad, todo en orden. Tal vez ha inspeccionado la celda de cabo a rabo: habría encontrado los candelabros si estuviesen allí. De modo que... El Comandante vuelve a ponerse los anteojos, los cristales le agrandan tremendamente los ojos, logran que sean enormes y gatunos. Desbordando el rostro, enormes y gatunos, esos ojos la miran. Dos candelabros, dice todavía. ¡Muy bien! ¿Candelabros de qué? Ella tiene que saberlo, sentirlo ahora: un resorte se ha roto, dentro de ella se instala definitivamente la calma. Ha andado corriendo descalza por las cornisas, ha vuelto a tierra firme. Está cansada. Respira a profundidad, se toma su tiempo, sabe que puede tomárselo. Candelabros de plata, dice al fin. ¿De plata?, pregunta él, rebota siempre en nuevas preguntas lo que acaban de decirle. Piensa por escalones, interroga a su vez ante cada respuesta para tentar el próximo peldaño. De plata... ¿quién se los dio? No puedo decírselo. Está muy tranquila, totalmente dueña de sí: sabe que los dos han empezado, desde esquinas opuestas, a jugar este juego, como en la infancia a las esquinitas. ¿No puede decírmelo?... Muy-bien: ya se lo dirá a otro. Pero las posibles palabras de la amenaza no dibujan esta vez una amenaza, no quieren o no saben o no pueden dibujarla. Aquella boca carnosa articula con parsimonia y en el tono

de estar hablándole a un niño rebelde. Menos aún: a un niño enfurruñado, a un niño caprichoso. A otro, va a tener que decírselo a otro. Muy-bien, muy-bien. Sonríe apenas, lo borra en seguida. Hay un silencio de quizá sólo un segundo, que a ella le parece un minuto entero. Muy-bien. Ahora váyase. Ella se pone de pie, él le hace un gesto al custodia. El custodia se cuadra, espera: su experiencia le dice que el Comandante aún no ha terminado. Llévela... Todavía la mira, sus gafas poderosas todavía la miran. No vuelva a encenderlos sin mi autorización, ¿oyó? Ella dice que sí con la cabeza, que ha oído. No vuelva a encenderlos sin mi permiso: ésa es su idea definitiva acerca de cómo tratar a gente así. Ha terminado.

A gente así. Sentada en el jergón, el block en las rodillas, escribe. Nada: no pasa nada, nunca pasa nada. Otra carta en lugar de aquélla con cena y candelabros, otra carta en lugar de aquella que no ha pasado la censura. Está escribiéndola: ¿qué decir? Me acuerdo, mamá, de cuando yo era niña y tú... Se abre la puerta de la celda, entra el guardia: Doscientos ochenta y seis, dice, el doctor quiere verla. Deja el block a un costado, se alisa el pelo con las manos, se pone de pie. El doctor, el doctor: ¿qué tendré que decirle ahora a ése? Que me esperes, mamá, que me esperes un momento: después voy a seguir escribiéndote, a contártelo todo. ¿Lo dejarán pasar? Ah, si lo dejan... ¡verás al fin qué carta!

Los pieles rojas

E già venía su per le torbid' onde
un fracasso d'un suon, pien di spavento,
per che tremavano amendue le sponde

DANTE, Inferno, Canto IX

—¿Me oye, Viejo?, gritó la voz en el auricular.

El viejo contó después que eran las tres de la madrugada y el teléfono había sonado en el vestíbulo de aquella casa en la cual, desde el día de su viudez, él vivía solo. Estaba de pie, descalzo sobre la alfombra, tiritando bajo su pijama de verano usado en invierno. Y sostenía el tubo del teléfono con ademán tembloroso.

—¿Me oye?

Tenía que ser algo importante; eran las tres de una madrugada de junio, no se llama porque sí a esa hora, a menos que borracho... y la voz era clara.

—Sí, oigo. ¿Quién es, qué quiere a estas horas?

—Viejo, Cacique, soy yo —dijo la voz—. Margarita está debajo del laurel, en el jardín. ¡Recójala!

—¿Quién es, quién habla, quién dice esas burradas?

Pero sabía, dijo después, que no eran tan burradas; y que tenía que ser la voz de Jorge, puesto que le había llamado Cacique. Y él mismo, al preguntarle quién era, ya lo sabía, desde que dijo "burradas", una palabra que dedicaba siempre a juzgar las actitudes de Jorge.

—Tiene una rozadura de bala en la naricita y sangra. Pero no es nada, no se asuste. Vaya y recójala y téngala con usted y cuídela.

El Viejo contó después que habría querido preguntar ¿Cómo están otra vez aquí, qué clase de disparate es ése? Y muchas cuestiones más; por ejemplo: ¿Y dónde está

Mariela? (Mariela es la hija del Viejo, la madre de Margarita). Habría querido hacer muchas otras preguntas, porque desde que Jorge había salido de la cárcel y se había ido con Mariela y Margarita, el Viejo sólo había recibido unas pocas y escuetas cartas, diciéndole que estaban en Chile y que todo iba bien. Pero después había pasado "lo de Chile" y ya no había vuelto a saber nada y se los había imaginado en Perú y había pensado en Cuba y había pensado en México y había pensado en Suecia. Y ahora aquella voz sonaba con toda claridad y muy próxima, a las tres de una madrugada de invierno, para decirle que Margarita estaba debajo del laurel, como si fuera un juego de palabras del libro de lectura, sobre voces de la Botánica (margarita, laurel: Cacique era maestro jubilado, antiguo inspector de escuelas).

No preguntó nada de eso, claro está, y colgó el auricular y se echó una bata sobre el pijama y así, descalzo y con sus setenta años en la noche helada, salió al jardín sin encender ninguna luz (por suerte había una turbia claridad de luna) y Margarita, envuelta en una manta, sangrando de la nariz, estaba efectivamente allí. La alzó y la niña dijo "Cacique", como si eso fuera lo que le hubiesen enseñado, lo único que le hubieran permitido decir. La llevó a la casa, la observó a la luz. La rozadura de bala en la naricita, que le había dicho Jorge, sangraba. La niña estaba muy flaca, vestida con una falda escocesa, unas precoces medias negras muy largas para sus cuatro años, una tricota oscura y espesa. La apretó contra sí, el hilito de sangre que seguía cayendo desde lo alto de la nariz le manchó la pechera del pijama, las solapas de la bata y su cara misma cuando él no pudo evitar el movimiento irresistible de ponerse a besarla, llamándola por su nombre en diminutivo, Margaritín, ahora que ella estaba junto a él, llamando también a Mariela que no estaba y llorando, como en las efigies de los imagineros españoles, con gordas lágrimas por encima de las gotas de sangre.

El mote de Cacique fue otra de las burradas de Jorge.

—Viejo, le había dicho, usted es como el cuento de la Caperucita. ¡Qué ojos tan grandes tenéis! Y repentinamente, para acompañar la risa de Mariela: —Si usted fuera un piel roja ¡ya estaba! Era el cacique de los ojos grandes. ¡Ojos grandes! ¡El jefe de los pieles rojas, el Cacique *Big Eyes!*

Era antes de que naciera Margarita, pero Mariela ya estaba grandísima en la preñez y seguía creciendo. —Bigáis —pronunció riendo Mariela—. Te queda espléndido. Y allí le quedó y de ser Bigáis pasó a ser simplemente Cacique.

—¿Usted cree que sea para tanto? —pregunta con falsa modestia, con coquetería de viejo (porque, desde que su nieta le llama así, el apodo le encanta). Y mira (miraba, hoy está muerto) desde las dos linternas enormes que gobiernan su cara. —Sí, es para tanto. . ., sería bueno poder decirle ahora (entonces había que limitarse a sonreir). Sí, sería bueno, pero él ya no oye.

El Cacique había atinado a envolverla otra vez en la manta, a vestirse a los tirones y a tomar el teléfono, dejándola por un momento sobre su cama, donde la naricita de la niña ensangrentó la almohada, la vieja almohada abollada por sus sueños y vigilias de viudo. Llamó un taxi y dio el nombre del hospital más próximo. El chofer había intentado sonsacarle dónde se había "lastimado la criatura", pero el Viejo, que había aprendido a desconfiar de todos los choferes de taxi, había preferido no decírselo. La palabra hemorragia y la oscuridad de la noche habían bastado a crear el grado de incertidumbre que el Cacique había creído conveniente no disipar. En la oficina del hospital, en cambio, abandonó toda reticencia. —Supongo que es una herida de bala —dijo—. Y relató la conversación por teléfono. Al poco rato, de todos modos, ya lo sabrían: el tiroteo, la fuga, el auto. Y quién era Jorge, antes de que el Cacique hubiera tenido la obligación de nombrarlo.

Jorge no era un héroe. Cuando lo descubrieron por primera vez, simuló estar al frente de una agencia de propiedades; y era uno de los archiveros de la guerrilla. Porque estos pajarones, créame, tenían hasta archivos llevados en

forma. Así se los incautan y saben, por boca de ellos mismos, lo que más deberían ocultar. ¡Si por lo menos hubieran sido analfabetos!...

Jorge no era un héroe. Había cantado en seguida; jueces ordinarios, unos cuantos meses de prisión y el destierro. El destierro era en realidad una pena contra él, contra el Viejo. Porque Jorge se había llevado a Mariela y a Margarita y el Cacique — ¡sí, puro nombre! — se había quedado solo. Pero ahora, recorriendo a zancadas el corredor del hospital, fumando por primera vez en mucho tiempo, a pesar de la angina, lo único que le importaba era saber el diagnóstico sobre la niña. Y en vez de eso el capitán se le había acercado —los del hospital habían dado cuenta, era una herida de bala— y había comenzado a interrogarlo. La prisión, el destierro, el viaje, el largo silencio y la telefoneada nocturna. Ahora ya sabía quién era él, quién era la niña, quién era el padre. ¿Qué más querían? Ya era posible, si el médico lo consentía, que le devolvieran a su nieta.

—No —había dicho el capitán—. Precisamente ahora la cosa se complica. Ha habido un lío muy gordo, un tiroteo con heridos. La niña se queda aquí y bajo vigilancia. Tenemos que interrogarla.

—¿Interrogarla? ¡Pero si tiene cuatro años, capitán!

—La guerra es la guerra —se había limitado a decir el capitán—. Traían plata del ERP para el MLN. Tenemos que interrogarla.

—¿Traía plata la niña? —ironizó el abuelo—.

—*Traían* —enfatizó el capitán—. Tenemos que interrogarla.

—¿Y usted cree que el médico va a permitírselo?, había insinuado el Viejo.

—¿Y usted cree...?, había estado a punto de preguntar a su vez el capitán; pero finalmente optó por dejar la frase trunca.

Cayó al día siguiente, el muy tarambana. Había regresado al país con mujer e hija y había comprado un chalet, en la calle Mar Mediterráneo, con parte del dinero que le habían dado en el extranjero para seguir la cosa. Compró

una casa en Punta Gorda y un automóvil Citroën de los chatos. Y retornó una noche al chalet y estaban esperándolo y había sido el tiroteo. Mariela había podido escabullirse en la noche, desaparecer. Él no: dejó a la niña debajo del laurel, en casa del abuelo, y fue a curarse. Cuando finalmente cayó, cantó a quienes lo habían curado, dado un té y una aspirina. Jorge no era un héroe. Era más bien eso otro —decía el Viejo—: un tarambana. A los fondos de la chacra de sus pobres viejos italianos, había enterrado el día antes los bolsos con dinero. Y hasta allí llegó la otra mañana, acompañado por el Mayor que se le había incautado del chalet y del auto. Eso había conseguido, el muy inconsciente: Mariela desaparecida, el Cacique sin poder ver a su nieta, él preso y los italianos despavoridos mientras les escarbaban el campo y el Mayor los amenazaba. ¿No los expulsarían a Italia como indeseables, después de treinta y tantos años en el país? Eso estaban pensando, llenos de terror, mientras su propio hijo los palmoteaba, asegurándoles que todo iba a arreglarse, gracias al Mayor, del mejor modo; los tranquilizaba en esa forma y les preguntaba cómo seguía la niña, como si tal cosa. Como si tal cosa no: como si lo que él hubiese hecho fuera una hazaña y él fuese, allí, el verdadero héroe. Un inconsciente, repitió el Cacique: les había regalado una casa de torturas y un auto y un fajo de billetes. En Semana Santa al Cacique le repitió el infarto y esta vez no pudo soportarlo. Margarita, al fin de cuentas y después de la intervención de un Juez de Menores, fue entregada a los abuelos italianos y ellos dieron gracias de permanecer en el país y recibieron la niña (que no los quería demasiado) y se olvidaron de los bolsos, que habían visto desenterrar al pie de los manzanos.

"Denle un beso a su hijo, quién sabe si volverán a verlo alguna vez en su vida. Y ustedes mismos, quién sabe qué pasará con ustedes." A eso le llamaba Jorge arreglar las cosas del mejor modo.

Pero ¿cómo habían vuelto los padres de la niña al país? El Cacique no lo sabía y al capitán, al parecer, le urgía saberlo.

—Usted quédese, le dijo. No trate de llegar a la niña, por ahora. Está incomunicada.

—¿Incomunicada? —preguntó el Cacique—. ¡Pero si tiene cuatro años!

—Incomunicada —se limitó a repetir el Capitán, como si aquel viejo fuese sordo y estuviese por hacerle perder la paciencia—.

Y ahora, sentado a los pies de la cama, el Capitán trataba de entablar un diálogo con ella.

—Quiero al Cacique —dijo la niña—.

—¿El Cacique? —se extrañó el Capitán, que desconocía la historia del apodo—. ¿Te gusta jugar a los pieles rojas, eh?

—Llama Cacique al abuelo —informó la enfermera—. A ese señor flaco que anda por ahí en el corredor.

El Capitán debe haber estado al borde de inventar "Yo soy el Cacique", en la suposición del juego de los pieles rojas. Pero la precisión de la enfermera había venido a arruinarle la ocurrencia.

—¿Así que tu cacique es el abuelo?, preguntó a la niña ya sabiéndolo, porque las preguntas de respuesta sabida ayudan a congraciarse con la infancia.

—Quiero al Cacique —se redujo a repetir la niña—.

—Sí —cambió imaginativamente el capitán—. Ya vas a verlo. En cuanto me hayas dicho cómo viniste con tus papás. . .

—Quiero al Cacique.

—¿O viniste también con el Cacique?, preguntó el capitán para tentar un camino y sabiendo que no había sido así. ¿O viniste con Papá y Mamá?

—Quiero con el Cacique —fue toda la variante—.

—Puede hacerle mal —objetó la enfermera—. Tiene mucha fiebre.

—¿Viniste en un bote? —insistió el capitán, ignorando la observación. Se calló un instante, apeló a sus recuerdos infantiles: —¿En una canoa?. . . ¿en una piragua?

La enfermera se lo refirió después, el Viejo lo cuenta a la vez y agrega: —La niña es mucho más madura que Jorge. Por lo menos, no sé si creyendo que les daba horas a Mariela y a él, se quedó calladita y no hubo forma. . . Ni canoa ni piragua ni nada de nada.

El capitán acabó por cansarse y dejarla. O es que, de todas maneras, ya sabía lo necesario, el prófugo no podría escapársele y Mariela no les importaría tanto. Sentado a los pies de la cama, el capitán había hecho el gesto de remar, revolviendo unos brazos abiertos como aspas de molino —había contado la enfermera—. Como si la cama entera hubiese sido una canoa y él estuviera allí embarcado con la niña y le tocara remar y fueran aproximándose a la orilla, llegando clandestinamente al país por el litoral del río. Como él suponía y acaso fuera cierto que hubiesen llegado. La niña lo miraba con los grandes ojos de la fiebre, con los grandes ojos que había heredado del abuelo (siguen alumbrando en su cara infantil cuando la de él ya ha cerrado) y solamente repetía "Quiero al Cacique".

—¡Qué época!, dijo el capitán, al desistir. ¡Los niños ya nacen enseñados! O los instruyen desde el día en que nacen. . .

La enfermera se atuvo a alzar las cejas, por todo comentario. ¿Y ustedes, que interrogan a los niños? —dijo que había pensado preguntar y no se había atrevido—.

Y el capitán: —Qué se va a hacerle. . . ¡es la guerra! Encendió un cigarrillo, le alargó otro. La enfermera no quiso.

Con los años es posible pensar interrogativamente en Margarita y, como una imagen que va desvaneciéndose, en el Viejo. Ahora que ella ya leerá revistitas e historias de indios ¿no habrá empezado a comprender aquel sueño que quisieron incrustarle en la fiebre, aquella historia de caciques y de canoas y del río? Pero su héroe no puede ser Jorge, ella ha hecho un pozo de silencio para su nombre y lo ha enterrado en él. El héroe tendría que ser Cacique y acaso aquélla pudiera ser, como se le antojó al capitán sentado a los pies de la cama, una historia de pieles rojas. Y el Cacique fuera llevándola a remo, en una noche de luna como la del jardín bajo el laurel y en una canoa que fuera de ellos dos y se deslizase por las aguas del cielo, donde ella sabe muy bien que él estará siempre esperándola.

El caballo del Fiscal

. . . e disse: "Or va tu su, che se'valente!"

DANTE, Purgatorio, Canto IV

Cinta grabada de las declaraciones del Fiscal de Corte ante el MLN:

EL FISCAL DE CORTE. —Yo les agradezco, ya sabe, yo he ofrecido retirarme y yo creo que igual me retiro aunque ustedes no me digan que. . .

EL TUPAMARO. —No, no. Eso no, de ninguna manera: nosotros no se lo solicitamos, doctor. Usted, cuando salga, es libre de hacer lo que a usted le parezca.

EL FISCAL DE CORTE. —Yo estoy en condiciones de irme. De manera que yo me voy. Yo pienso comprarme un caballo y salir. . . para el campo. . . solo.

EL TUPAMARO. —El primer paso para una patriada, doctor.

La libertad firmada

Ma dimmi chi tu se'che'n sí dolente
loco se'messa ed a sí fatta pena,
che s'altra è maggio, nulla e sí spiacente

DANTE, Inferno, Canto VI

Atado. Lo hicieron sentar en un sillón de brazos muy altos y aseguraron con ligaduras sus antebrazos al sillón. Dos soldados le hicieron abrir las piernas y oprimieron sus pantorrillas con dos correas, que abrocharon a las patas del mueble. No iban a ejecutarlo, sin embargo. Ni de verdad ni en simulacro. Dos días antes le habían anunciado que tenían la orden de excarcelarlo. ¿La cumplirían? Eso nunca se sabe. Habría que esperar. Alberto había preguntado si para su mujer existía una orden semejante. No, no, dijo el Comandante. Para mí que ésa tiene para rato.

Ahora lo habían llevado a una pieza y estaban atándolo. Miraba a su alrededor. ¿Sería el comienzo de otra sesión en la máquina? Tenía la libertad firmada pero a veces se despedían así, hijos de puta. No veía aparatos ni señales de que los hubiera allí. Sólo un enchufe en la pared de enfrente, lejos de donde él estaba. Y un colchón en el suelo, sin ninguna tarima que lo realzara; un colchón gris en el suelo, como podría haber quedado si alguien hubiese dormido allí y se hubieran olvidado de retirarlo. El colchón en el suelo y una lamparilla pendiendo del techo y dándole justamente encima, lo que investía a aquel pedazo de la pieza de una condición desmantelada y miserable de escenario o cadalso, cual si forzosamente allí tuviese que pasar algo, cualquier cosa; allí y no en el sillón ni sobre la figura del hombre amarrado. Cuando hubieron terminado de atarlo, uno de los soldados encendió la lamparilla y Alberto sintió el so-

bresalto de que, sobre aquel montón de cosas desnudas, la luz fuera tan poderosa, tan torrencial.

No lo hicieron esperar demasiado tiempo: tenía la libertad firmada, eso seguía golpeteándole en las sienes; y tal vez tuvieran ya la orden de cumplirla. Carecería de sentido hacer esperar demasiado a un hombre libre (aunque atado). Así que Ada estuvo allí muy pronto.

—No pueden hablarse —dijo el oficial—. Y en el mismo momento ella decía:

—Alberto, querido, no tiene importancia. Nada tiene importancia, desde que yo te quiero. Escuchalo bien, grabátelo bien: desde que yo te quiero.

El oficial la empujó hacia el colchón, haciéndola caer allí. Aparentemente, para que no siguiera hablando. Alberto sintió en ese momento la presión de las ligaduras en antebrazos y pantorrillas, no podría decir si porque hubiera querido inconscientemente incorporarse al ver que su mujer blandamente caía.

—No tiene importancia, querido, no tiene importancia, volvió a decir ella.

De todo lo que aquel día se dijo, de todo lo que se hizo aquella frase fue desproporcionadamente la peor, lo más cruel, lo que con mayor obstinación habría de perseguirlos. "No tiene importancia." Nada tenía importancia, decía ella, y él tenía simplemente que elegir una frase de respuesta, desde que el oficial había fracasado en su tarea de impedirles que hablaran.

—Tengo la libertad firmada, Ada —eligió: no pudo elegir más que algo que le concerniese directamente, más que algo suyo—. ¿Lo sabías?

Un bofetón seco le golpeó la mejilla derecha. No fue un gran bofetón: fue sólo otra forma de que el oficial le dijese que no podían hablarse.

— ¡Qué suerte tan inmensa!, gritó ella. Irás con las hijas, estarás otra vez con ellas. Ahora tiene menos importancia que nunca. ¡Ahora ya no es nada, ya no es nada de nada!

Parecía haber adivinado lo que iba a comenzar a sucederle en un momento más, allí mismo. La túnica de paño burdo,

casi totalmente abierta sobre los pechos. La cabellera despeinada, todo lo que parecía parodiar el viento de la gran violencia. Y contra eso su fondo de voz dulce, aquella voz casi cansada que en medio de frases que él empezaba a no escuchar volvió a decir "querido".

Lo supo: iban a violarla y él tendría que presenciarlo. ¿Podría cerrar los ojos, tendría que oirlo?

Ada se quedaría presa por más tiempo: había asumido las culpas de los dos y, como había dicho el Comandante, tendría para rato. —Tenés suerte de que tu mujer no me guste, había agregado el Comandante. Y ahora sí lo entendía. El Comandante hablaba en su nombre y en el de sus oficiales. Tenés suerte de que tu mujer no nos guste —debería haber dicho—. Tenía suerte, sí. Para casos como ése, para casos de una suerte tan grande estaban los negros y los perros.

¿Qué sería peor?, se había puesto tal vez a pensar, para disociarse de los objetos. Eso —le ha contado muchas veces después— era lo que siempre había buscado: disociarse de los objetos. Ver una cosa y estar pensando en otra. Así habrían podido ser menores sus culpas y así debió ceder a la mirada más imperiosa de su mujer cuando los confrontaron. Siempre había sido él el débil: cuando nacieron las dos hijas, cuando alguna de ellas cayó enferma, cuando volvieron a estar bien y él atravesó todas las cosas como si fueran un jardín y un ventarrón y un portal. Portales por los que entraba en seguida, mientras Ada hacía los oficios de la intemperie. En la salud y en la enfermedad, como recitaban en las bodas protestantes (aunque la de ellos no lo había sido). En la salud y en la enfermedad y en el cuartel y en la tortura. El suyo antes: su portal estaba siempre antes que el de ella y era como si ese único portal a la vista de ambos sólo pudiese estar ahí para que él lo franqueara y no cupiese discutirlo: o entraba él por allí o no entraba nadie. Y él entraba y ella le miraba a los ojos en los careos, como diciéndole "Dejalo así, es como queda mejor", del mismo modo que hoy "Querido, no tiene ninguna importancia". Alberto, querido, nada había tenido nunca ninguna

importancia, ¿lo comprendés ahora? Ni hacerlo junto a ella, acompañándola en su fe, ni dejar de hacerlo. Su último portal era esta vez "La libertad firmada" y ella había exclamado "¡Qué suerte tan inmensa!" con la mayor naturalidad, una pierna casi en cruz con la otra, en el colchón a que el oficial la había empujado, y como si esta vez no estuviese, igual que en las anteriores, pagando por él un precio. ¿Irían a violarla para decirle así, en el minuto mismo en que se iba, que todo le pasaba por haber sido tan flojo?

Habían pensado en un negro, no en un perro. Uno de esos negros del norte, uno de aquellos abrasilerados. Era mejor, al fin de cuentas —nuevo consuelo, nuevo desplazamiento, nueva disociación del objeto— un negro que un perro. Y él, además, no podía estar ahora odiándolo, porque el negro se disponía a hacerlo como una rutina, nada más que como una orden, como un servicio que le incumbiera esa mañana, casi como una guardia. Era mejor un negro que un perro. Los perros acaso penetran con menos pero babean y gruñen y arañan y hasta es posible que laceren y muerdan y desgarren y llegados a una gran furia maten.

Y ese negro, abriéndose la bragueta de sus pantalones de fajina, mientras ella seguía mirando a Alberto y Alberto bajaba los ojos para ensimismarse en sus ligaduras, ese pobre y maldito negro tampoco podría tener importancia, era un tipo como cualquier tipo, a pesar del tamaño de sus brazos. Un tipo como cualquier tipo, no un superdotado ni un agresivo ni un rompedor ni un feroz. Está sobre ella, esgrime su falo, menos oscuro que su mano, dice pregunta "¿Avrís?" como ellos dicen, y ella abre; no quiere violencias, quiere evitárselas, no a ella misma sino a Alberto; abre. Todo parece demasiado rutinario, la imagen misma del deseo que una mujer joven y blanca puede provocar en un violador negro allí no cuenta, no vive sobre aquel colchón, bajo aquella luz de ampolla enorme, en aquel cuadro. Sólo el oficial, en cuyo nombre y el de otros se dijo que Ada no gustaba, siente el incentivo —lascivia o venganza— de lo que está contemplando de tan cerca. Se inclina, como si quisiera asegurarse de que aquel apareamiento por

el que estuvieran alquilando a un semental se cumpliera. Y acaba hundiéndose una mano en el bolsillo derecho de sus breeches y estrujando entre la tela del bolsillo y sus otras ropas, al tiempo que la pena y la vergüenza de no hacerlo y verlo tan mal hecho y no gozarlo y estar allí empiezan a abotagar sus facciones como una sombra, como un vino. En ese mismo instante Ada está repitiendo que no importa nada, que nada de eso sirve ni ella goza y se lo está diciendo a Alberto, como si esa contraseña estorbase el inminente orgasmo del negro y, mal que bien, el que tuviese que frenar en ella misma. Ahora él debe estar quizá pensando, para saltar bien lejos de sus visiones como ha querido saltar siempre desde niño, desde onanista adolescente, desde guerrillero, debe estar quizá pensando que habría sido preferible un perro, porque los perros no preñan a las esposas de los presos y los negros probablemente sí, justo en el instante en que ella victoriosamente grita "Lo había previsto todo, no me preñaré", se lo grita al espasmo del negro, al conato de sollozo servil en que ha caído la trompa del negro pero en última verdad a Alberto y —más allá de él— al cancelado honor de las dos niñas; "no me vas a preñar negro jetón", golpeando la frase sobre la frente depuesta del hombre atado, y el negro que sólo atina a sonreir, insolente de tanta humildad genésica, y a recibirlo como el cumplimiento de un miedo imposible, de un sueño indeseable, de una ignorancia insondable. Si ella no se hubiera jactado tantas veces él no podría haberlo asumido nunca como el revés de un goce, como el revés de la desconfianza y la denuncia de un goce.

Esta imagen lo ha perseguido siempre. Por lo demás, todo ha sucedido como ella lo predijo, no ha habido gravidez ni (asegurado a Alberto) eyaculación de su parte. ¿En qué ha tenido que pensar ella todo el tiempo para que no la hubiese?, le ha preguntado él durante años y ella ha simulado no entender la pregunta. En nada. No se piensa en nada, se rechaza. No es necesario pensar en un incesto paterno, como estarás ahora seguramente imaginándote ni en ninguna de esas otras inmundicias que te han podrido para

siempre el marote. Un negro de mierda no es nunca más que un negro de mierda y tus entrañas no existen para él y eso es todo. ¿Y el oficial, qué habrá sido del oficial? Ese ha debido sentir que su semen se le escapaba solo entre las telas de sus breeches y bajo la pulsión de su puño y aquel bayano tiene que haberle parecido un medio de consumación muy mediocre, porque en aquel propio momento, con una simpatía inadmisible y una gran fuerza de odio (todo junto) el oficial ha mirado a Alberto y le ha dicho, como si Alberto fuera el soldado, le ha dicho que lo que pasa es que estos negros no saben ni coger, de tan ordinarios que son; le ha gritado "Andate bestia" y el negro se ha ido como un perro pero él no se ha animado a acercarse a Ada ni a empezar a subir por allí para el becerro, como si aquel cuerpo que ahora optaba por el silencio y el tiempo y los ojos cerrados fuese un monte imposible de coronar y al treparlo se topara con la muerte. No es nada, no ha sido nada, no ha sentido nada, se ha puesto a vociferar otra vez ella, sobre la certidumbre de haberlo pasado ya. Se ha puesto a gritarlo con un denuedo horrible, con esa forma de furor que, en cuanto pareja, no dejará de perseguirlos nunca. A veces han estado muy cerca de borrarlo todo, pero es como si el odio de un castrado reapareciese en él y el portal no se abriese para dejarlo pasar, por más que hubiese un océano por medio, entre ellos dos y el oficial y el negro y toda la miseria de aquel escenario (o cadalso) donde parecería que la sombra del Comandante flotara y se masturbase (Tenés suerte de que tu mujer no me guste) y estuviese a punto de zozobrar pero no se quebrase del todo. Las piernas de ella han vuelto a abrirse muchas veces para Alberto y su voz bondadosa ya no suena, porque él pide que ninguna voz, ni razonable ni loca, ni sensata ni hecha de entrega vuelva a mezclarse a esos instantes. Las piernas de ella se abren pero a veces es como si él no pudiese pasar ese portal y otras veces como si estuviese destruyéndolo con el golpe de sus manos amarradas y ahogándolo en ronquidos y blasfemias y saliva. El sueño de las dos niñas que duermen en el cuarto contiguo está a miles de millas y nadie sabrá

nunca quién lo vela. Están lejos, tan lejos como pueden estar Suecia o Noruega de aquel colchón y aquella luz y aquellas ligaduras. Es en vano que cante a gritos, contra la larga noche helada del Norte, el estribillo injurioso oído de anarquistas en su infancia: *Le général était un pédéraste, Le colonel était masturbateur,* porque esas voces no vienen a vengarlo en su cama y en su coito y los fiordos no se hacen cargo de la ofensa mientras el mar golpea con un ruido de abanico detrás de las ventanas, porque no importa ya saber si el antiguo comandante será ya un coronel y habrá caído en sus visiones solitarias ni si el antiguo oficial será ahora un comandante y estará diciéndole a otro preso que por suerte su mujer no le gusta. . . Se agita, se revuelve, toma un trago casi sin alzar la cabeza de la almohada, se emborracha y se duerme. Ada también pondrá su mano a que duerma sobre aquel falo que le gusta y sí la hace acabar. . . Todo organiza un ensueño de palabras y recuerdos inofensivos que están quemándole y ella está profundamente dormida y es posible quitarle el sitio de la mano sobre el amor cumplido sin que despierte; sí, pero tampoco el semen ha servido para aceitar las bisagras del portal y el portal no se abre y el olor de ese semen va volviéndose cada vez más frío y él sabe, solo en la noche del Norte, sabe que ya no habrá más portales entre él y la vida, sabe que nadie le repetirá la ilusión indulgente de que las cosas no importan; pero lo cierto, Alberto (a esa distancia, en esa mudez) es que las cosas efectivamente no importan, ni el sueño de la revolución ni la victoria menesterosa del sexo importan ya y nada importa, querido Alberto, nada ha tenido nunca ninguna importancia y sobre ese montón de basura y amor y coraje sólo pasan los años y los años, ¿lo comprendés ahora?

De corpore insepulto

poi disse: "Piú mi duol che tu m'hai colto
nella miseria dove tu mi vedi
che quando fui dell' altra vita tolto.

DANTE, Inferno, Canto XXIV

Lo comprendí después, cuando por fin lo vi. Porque verdaderamente ¿qué sentido tenía hacerme ingresar a aquella pieza (el oficial encendía la luz desde afuera y no entraba y me mandaba entrar) con el pretexto de buscar una escoba y un hisopo para limpiar la cuadra? Encendió la luz, me empujó, cerró la puerta detrás de mí. Sí, las órdenes no se discuten y yo lo sabía de mucho antes y no por ellos. ¿Qué sentido tenía? Lo comprendí después, cuando por fin lo vi. "Francisco." Estaba como sentado sin estar sentado, sostenido el cuerpo por cuerdas que lo sujetaban a la silla, atado con fuerza para que no se viniera hacia adelante, para que su peso de cadáver no lo trajera al suelo con silla y todo. Amarrado como un prisionero de película, como un secuestrado de película, pero no amordazado y sí con las piernas sueltas. Cuerdas a través del pecho, a la altura del vientre y de los brazos, reforzadas al nivel de las articulaciones. Tal vez la misma silla, con ser muy pesada, había sido afirmada en algo (¿clavada en los listones del suelo?) para que el cuerpo no la arrastrase. Y allí, no sentado porque las piernas se desbisagraban y abrían un compás rígido hacia adelante y porque nadie podría haber asegurado que el culo apoyase sobre el asiento, estaba él. La lamparilla daba encima de toda la figura, de un modo coagulado y amarillento y sucio. El chaquetón de cuero, a pesar de que habían vuelto a pasar cada botón por su ojal, estaba a trechos desgarrado, como si hubieran querido perforarlo y abrirlo

—después supe que sí y cómo— mientras él estuviese todavía vivo. Pero era evidente que una vez muerto habían vuelto a acondicionarlo (si es que había muerto desnudo, como yo entonces me lo imaginaba, y si es que tiene algún objeto acondicionar a los muertos) le habían abrochado el cinturón sobre una cintura que se inflaba, sobre un pecho que se inflaba, sobre un cuerpo edematoso que se inflaba. Los ojos estaban apenas entreabiertos, los párpados despegados y entornados. Y como eran ojos de un color muy claro, de un celeste de acuarela demasiado acuoso —esto lo sabía de antes, no iba a descubrirlo allí, lo sabía desde que descubrí sus rasgos abotagados pero los mismos, desde que lo encontré cadáver habiéndolo dejado vivo, desde que mi relación con él cambió en un instante mucho más de lo que él, en las horas que llevara de muerto, pudiese haber cambiado —aquel resquicio de los párpados no revelaba un fulgor vítreo ni un empañado de pupilas que se fijaran en nada ni se desentendiesen de nadie. Ni horror ni niebla, nada. Y aunque ligeramente descosidos, esos párpados conservaban un pegoteo falso y seco sobre un antiguo derretido de serosidad, ya que no iban a mirar más a nadie. . . ni a su mujer ni a sus dos hijas ni a mí que, todavía sin haber hallado la escoba y el trapo, me había aproximado a él y estaba como fascinado, recorriéndolo sin tocarlo y sin pensar en nada, formando en silencio su nombre con mis labios y mirándolo. Qué cosa borrosa, qué cosa oscura sin ser negra ni de ningún color, qué cosa chamuscada puede ser un cadáver. O, al menos, era este cadáver. Y sin embargo, cuánto fuego se necesitaría para quemarlo, un cadáver cómo éste, todavía tan grande; o no todavía: más grande ahora de lo que él había sido en vida, con haber sido tan grande. Francisco. Sus bluejeans, gastados de veras y no porque un niño de familia los hubiese raído con un papel de lija para que simulasen desgaste, sus pantalones defrisados por la moto y por los oficios de los días clandestinos que yo le conocía, y embarrados y con los bajos desflecados y como impregnados y secos sobre esa impregnación y acartonados y rígidos —¿de sangre, de puro

barro?— y los zapatones de zapador con aquellas cintas también duras y a punto de reventar de adentro afuera, por la presión de la carne ampollada y gaseosa, y las suelas de esos zapatones casi verticales y vueltas hacia la puerta, el capricho por el cual un cadáver rompe los efectos normales de perspectiva de un cuerpo viviente, las suelas como vistas de abajo o en una toma que las hiciese demesuradas desde el sitio en que yo las enfocaba, yo convertido en la cámara y él en el muerto sentado del Oeste. Un muerto acribillado, porque en el Oeste no mueren en la tortura y sí acribillados. Pero él estaba allí y previsiblemente lo habían vuelto a vestir después que se les hubiese quedado en la máquina —eso pensé entonces, así lo vi— y yo tendría que percibirlo de un solo golpe, con la extraña angustia de que pudiesen luego examinarme sobre todo y los detalles que hubiese visto y registrado en mi aturdida velocidad, porque ya estarían esperándome fuera de la pieza (¿y cuánto tiempo había transcurrido, por qué no venían por mí?) y tendría que verlo más que pensar y pensar más que sentir o llorar, porque todavía su rostro no me pedía lágrimas ni parecía haberlas tenido ni pedido nunca, él había sido siempre un duro y no lo era menos allí, con sus pómulos más saltones pero no menos redondos que en vida, su pelo que era el de un tipo joven que iba a tirar hacia una madurez de calvo, la luz empozándose sobre aquel redondelito de tonsura del que a menudo nos reíamos, como si fuese el revés de un halo de santidad, su sombra arrasadora sobre una crisma. Curiosamente no olía, no salía aún de él, envolviéndole en vendas, ese olor entre dulzarrón y nauseabundo y tan insidiosamente penetrante que luego y por días la nariz no te sirve, ese olor que tantas veces yo había sentido junto a mí, adivinado o sentido a mi alrededor y sufrido. Tampoco tenía olor a formol ni a desinfectantes ni ningún hálito a medicinas, como si entre sus horas de vivo y sus horas de muerto no hubiesen mediado las fases de un cuidado, la duración de una agonía en él y de su ensayo de reparación tardía en ellos, sus asesinos. Toda esta historia tiene que haber ocurrido en poco tiempo, menos de una semana

—reflexioné—. Sí, muy pocos días, yo mismo sólo llevaba cinco o seis días allí y hasta el día antes de mi prisión... Bueno, yo no sabía ya de él hora por hora, ya no vivíamos juntos, ya su moto no entraba noche a noche jadeando por el caminito de arena hasta la casa, ya Mireya y Miti y Tistís habían levantado el campamento mantenido unos meses a nuestro lado y todo, la forma en que se espesaba la represión y la forma en que él se sumergía más y más en una guerra dislocada, destroncada y ciegamente desesperada, la guerra que él ya casi seguía por una cuenta propia, hacían previsible que fuera a cumplirse en cualquier momento su profecía y viniera a quedarse "con las cuatro ruedas p'arriba", como decía con un gesto cómico, sentado en el banco mientras comía, alzando los dos brazos y encogiendo las dos largas piernas —esas mismas piernas desgoznadas con los zapatones erectos ante mí— para realizar el símil de que todo su cuerpo fuese un vehículo y la muerte su vuelco. No eran las dos ruedas de una moto sino las cuatro de esa carrocería inverosímil, los zuecos de madera colgando de los pies en el aire, la rueda que era una mano esgrimiendo el cuchillo de mesa y la rueda que era otra mano empuñando el tenedor, brazos y piernas en ángulos incongruentes, la larga mueca congelada de una burla que se presumía demasiado fatalmente verdadera para ser divertida, los ojos celestes con un resplandor de ferocidad tristona por encima de la risa mecánica de pianito mecánico de los grandes dientes. Y ahora ese pianito estaba cerrado y los ojos mal estampillados en esa cara y los pies —sumergidos en los zapatones lodosos y ya sin la fantasía de los talones libres garabateando en el aire— parecían recibirme planteando una distancia, como suelen hacer las palmas de las manos antepuestas, para prevenir un peligro y disuadir a alguien o anunciar un rechazo. Y allí estaba vestido y no en pijama, sucio y no recién bañado como antes de sentarnos a cenar, al cabo de un día quién sabe si no más sucio y sangriento que ahora el de su muerte (¿ayer, anteayer, cuándo?) un día que era consigna invariable no narrarse y a cuyo fondo de fatiga sin preguntas era preciso caer juntos

porque la noche era otro foso a saltar, el peor de los fosos. Teníamos un litro de vino, la TV estaba trasmitiendo un partido de fútbol por el cual él ya no podía interesarse, porque los últimos tiempos de la guerra iban devorándole todos los demás intereses. Tenía en la mano ese vaso de vino, solía empinarlo hasta el fin (aunque sin estar seguro de que le gustase) y luego asía el cuchillo y, en vez de hundirlo en el churrasco, enfilaba la punta de la hoja hacia la ventana cerrada y hacia la noche de los árboles y sus labios y su lengua disparaban una ráfaga contra los vidrios y el cuchillo iba describiendo su semicírculo de defensa o agresión y aquello era algo distinto de una broma y la parodia de estar regando fuego de algún modo era fuego. Mireya se fastidiaba y mi mujer no sabía si reírse o desentenderse o llorar. Mireya podía soltar el sarcasmo de que bien valía haberlo esperado todo un día si era para escucharle hacer el pistolero en la mesa —cubriendo con el chasquido de los disparos el sueño de las niñas dormidas— si es que yo no lo interrumpía antes diciéndole con calma, como a un niño o a un loco, Sí, Ballinger, sí, sí, sí. Y entonces Mireya: ¿Hasta cuándo? o ¿Para qué?; y él, empujándose ahora el bocado de churrasco hacia un rincón de la boca: Hasta la victoria o Hasta que el poder sea nuestro o cualquier otra frase así, en la cual a esa altura debería creer menos que en la ráfaga de balas lanzada por la punta de un cuchillo de mesa. ¿Vas a esperar hasta ese día para ver a tus hijas, para llegar una noche antes de que ellas se hayan dormido, para salir una mañana cuando ya estén despiertas? Y él: No hay trabajo más duro que hacer la Revolución o La guerra es la guerra o Algún día veremos. Pero no lo había visto ni podía decirme allí, desde su silla y las cuerdas que lo ataban, en qué forma había venido a quedarse con las cuatro ruedas para arriba. Los labios que disparaban la metralla del cuchillo estaban aflojándose poco a poco, pero no sobre frases perdonadoras. Muy pocas veces perdonaban nada ni decían nada en abierta broma como aquella mañana de domingo en que las niñas jugaban alrededor de sus piernas y el pick-up pasaba Bartok y el sol de verano entraba a rau-

dales y a él le habían acometido una ganas súbitas de levitarse al son de la música y al golpe de la luz y estirando su torso y alzando en una mano el mate recién vacío y liberando enteramente los pies desnudos de los zuecos de madera había ensayado descalzo unos pasos de danza y hecho con histriónica voz de falsete la pregunta sin posible respuesta, la absurda pregunta *Mamma, Mamma, per che non m'ai fatto danzatore*?; él que no era italiano ni hijo de ninguna Mamma que lo fuera. Sí, danzatore, eso era lo que menos podía parecer con aquel sacón de cuero y aquellos zapatones de montaña y aquellos bluejeans y un aire de polvareda y castigo bajando oscuramente hasta los rasgos del rostro como una mascarilla poco respetable de la Muerte-esa-muerte, la muerte en un mingitorio o en un water o en el cuartito de la máquina, que era mucho más atroz que un mingitorio o un water aunque oliese a ellos. Tistís era una niña triste que pedía chocolatines tan sólo para pegar las figuritas y no se los comía, Miti tenía unos ojos enormes —el mismo dibujo de los del padre, pero en un tinte sombrío— y a causa de un problema de placenta materna no hablaba una sola palabra a los dos años de su edad y corría por la casa con unos calzones siempre refregados y turbios, porque no podía bajar un escalón si no era sentándose y deslizando o empujando el pequeño cuerpo desde los fundillos mugrientos; y Mireya latía apenas entre las dos hijas, aguardando su moto que era su hombre (su hombre que era su moto). Pero, tenue y tan tenue como era, confiaba insensatamente en la vida a la orilla de aquel desesperado, en el tiempo al amparo y a la vera de aquel demente en cuyas entrañas parecía no haber alentado jamás otro animal que éste de ahora, su muerte; sólo su muerte, o en todo caso su muerte y el fuego; y ella confiaba en la vida y bordaba flores enormes en cortinas de cáñamo y hasta canturreaba a ratos perdidos y no siempre tangos. ¿Qué sería de ellas ahora, andarían las tres juntas —la madre y las dos hijas acollaradas, incluso como recurso destinado a provocar alguna imposible piedad, en la cual el cadáver, viniendo del enemigo, jamás hubiera

confiado y con razón— averiguando dónde estuviera él en el momento mismo en que yo lo tenía ante mis ojos y hecho pomada? Pomada no, mierda, mierda y seguramente ejemplo, caí en esto, porque por algo el oficial me había mandado buscar la escoba y el trapo a aquel cuartucho y en aquel cuartucho él parecía haber estado días u horas aguardándome. ¿Sabrán que hemos sido amigos, estarán espiándome a través de una rendija y esperando que me delate en un gesto, en una palabra? Había ya recogido la escoba, el trapo; me abstuve de decirle Adiós con ningún ademán, con ninguna palabra ni siquiera con un temblor en los labios, aunque ensayando algún modo imposible de decírselo con todas mis fuerzas, que eran todavía casi todas porque hasta ese momento yo sólo había pasado por plantones y trompadas y la máquina aún no me había trabajado. Algún día volveré a ver a Miti (Miti era su única debilidad y al paso de los años ella no podría recordarlo) y ella ya estará hablando y yo le contaré de vos y quién eras, creo que ése fue el voto estúpido que le dirigí sin palabras, sin labios, sin gestos. Ése o cualquier otro donde la ternura estuviese bien atada, como ahora él, a fin de que no me la rechazase ni los otros me la requisaran.

—¿Lo viste?, me preguntó el oficial, en cuanto me vio aparecer. (O no había transcurrido tanto tiempo o él no había reparado en mi tardanza o esa tardanza era precisamente el efecto que buscaba en mí: no lo sé.) Dije que sí con la cabeza.

—¿Sabés quién era?

—No. (No me sentía bien al negarlo, pero la guerra es la guerra, como ellos también dicen.)

—Miralo bien —dijo, aunque ya había salido de la piecita y él no me ordenaba volver—. Ese hijo de puta la quedó por hacerse el macho.

La frase me acompañó debajo de la capucha, comenzó a llenar la oscuridad y el silencio y el hedor a que me arrojaron después de haberlo visto, para que la cosa me hiciera más efecto. *Miralo bien* no mandaba volver a mirarlo, no, sólo mandaba recordarlo y eso sí, por más que el milico

me lo hubiera prohibido, era inevitable para mí. *Ese hijo de puta la quedó por hacerse el macho.* Pero aparentemente ignoraban que hubiéramos vivido juntos, aparentemente él estaba allí puesto como un objeto aterrorizante pero impersonal; no se trataba de indagarme, tal vez la máquina no hubiera conseguido hacerle cantar ni mencionarme, acaso todo fuera una coincidencia horrible pero esa coincidencia no hubiese sido preparada especialmente para mí, no me estuviese dedicada más allá de un efecto general de escarmiento. *Ese hijo de puta la quedó por hacerse el macho:* lo mastiqué horas y horas debajo de una capucha que me iba ahogando en mi propio sudor.

Después vino la máquina —¡y cómo!— pero nunca me preguntaron por él. Era evidente que no nos relacionaban y que él no estaba allí esperándome de un modo particular sino esperando a todos, para servir de advertencia o algo así: Si no cantás... Cuántos días habrá podido durarles, entre las ataduras y la descomposición, no lo sé. Nunca oí a nadie mencionarlo en su silla, traficarlo en chismes, relatarlo en los patios de la cárcel como el conocimiento de un fantasma. No. Pero yo estaba seguro de haberlo visto y lo había visto desde muy cerca. ¿O es que sólo lo habían usado para mí, aun sin saber ellos nada de todo lo que en la vida nos hubiese ligado?

El tiempo, el paso del tiempo en Punta Carretas me trajo el resto de la historia. Y la historia era muy distinta de la que el cadáver, sentado o derrumbado en su silla, aliado a sus verdugos, contribuía a mentirme. La verdad era que lo habían matado en un tiroteo, después de haber rodeado una casa de Cuchilla Grande. Una casa vieja y destartalada donde había ido por la noche —por la que sería su última noche— cuando las cosas se habían puesto a quemar y él había pasado a la clandestinidad. Ubicaron la casa en una madrugada de invierno —julio del 72, por más señas— y él, que dormitaba tendido en el piso, con su sacón de cuero puesto y su Luger al lado, los oyó antes que nadie, alcanzó a ver que bajaban y dio la orden de escapar por los fondos. Escaparon unos cuantos, algunos a

quienes ni conocería, otros tal vez que sí. Y a él, clavado en el sitio de mayor peligro y quedado para cubrir la fuga, único en disparar y disparar, como el Ballinger del cuchillo de mesa, lo enfocaron con los reflectores de las camionetas y lo cocinaron en seguida. Por querer socorrerlo, una mujer cayó también herida y al principio pudo creérsela muerta y después pensarse que iban a dejarla morir porque le tendrían ganas y era la mujer de un capo. Pero no, ella no murió y ahí está herida y presa y la han torturado los sádicos del Hospital Militar y vaya a saber por cuántos años seguirá presa porque el compañero sí que ha podido escapársele y ella va a pagarla por él. Despertó en la noche —declaró ella después— lo oyó insultar, tirando y tirando; apenas lo conocía, lo vio caer, se aproximó a asistirlo y cayó ella; seguían tirando desde el fondo de la noche, supo que estaba muerto y no sabía su nombre. Cocinado, ovillado en el piso y la Luger allí a su lado, la Luger que él quería tanto (esto sí lo sé yo) y averigüe a manos de quién habrá ido a dar, al botín de cuál milico manolarga. Lo mataron y seguramente una vez muerto lo cachearon y le encontraron la foto y fue entonces cuando, tragándose sus lágrimas y abandonando a las chiquilinas, Mireya se puso a rajar, sin perder un minuto. Sí, en cuanto lo supo y a causa de la maldita foto. Pero ésta, ahora que pienso, es otra historia, una historia que sólo conocían El Goma y la Flaca y como Mireya se las tomó nadie más la supo entonces; porque para los milicos fue seguramente la imaginación de una realidad muy distinta. Como volvería a sucederle después sentado en la silla, ya en ese primer minuto de cadáver —dejándose quitar la foto del bolsillo interior de la chaqueta— se había puesto a mentir. A mentirles a ellos en ese primer momento, como a mí después. Mentía a todos y para todos lados, al fin de cuentas. Él, que tenía la bomba moral de la veracidad y tanto jodía con eso.

Porque ese resto de la historia verdadera sólo lo sabían el Goma y la Flaca. Cuando a él le dio por desmarcarse, porque ya lo habían cantado y le andaban detrás y querían preguntarle cosas muy importantes y había prometido mo-

rir antes que cantarlas, se le ocurrió recalentarse con Mireya. Con Mireya tan calladita y tan tenue, ¡la gran pasión! Le hacía esperar llamadas en sitios y horas que le daba de una vez para otra y una vez y la siguiente volvía a citarla para lo mismo: para hacer el amor, a todo lo que dieran, en la cama del Goma y de la Flaca, y el Goma y La Flaca ya no querían saber más y habían ido escapándose y salvándose, pero el loco les mandaba a Mireya a que lo esperara allí y después caía él con su gorrita de jockey y sus zapatones y su bufanda y su sacón de cuero; menos el jockey y la bufanda, todo lo que tenía puesto allí en la silla. Y hacían un amor desesperado, a grandes saltos y revolcones, y él ya no tenía tiempo ni ocasión para afeitarse y a la pobre Mireya le quedaba la cara como un tomate y, a veces, como un tomate mordisqueado. Seguramente él ya andaba refugiándose noche a noche junto a otras mujeres, pero ni allí se cambiaban hembras que sólo se llamaban compañeras por razón de la lucha ni a él le habría importado otra que Mireya, apagadita y asustada, con un susto más grande que ella pero con la resolución hembra de no negarle el cuerpo y el amor y la locura, ya que los dos tenían la certidumbre de ir caminando por los pretiles de la muerte. Se acostaban como desesperados, como se acostarían dos condenados a muerte si se les antojara gastar las últimas horas de su vida en el amor, en una pieza a oscuras y a las tres de la tarde, después de haber llegado hasta allí en medio de una ciudad donde todo podría haber estado persiguiéndolos o dispuesto para perseguirlos, donde todo podría haberles seguido o estar acosándolos. Esto, al menos, era lo que temían El Goma y La Flaca, arrinconados en la cocina, tomando mate y haciéndoseles inacabable la hora u hora y media al cabo de la cual él desaparecía y Mireya no; por precaución, Mireya se quedaba un rato más y llegaba hasta la cocina y pedía un mate y no decía nada pero todo en ella parecía deshojado, tenía como el resto de un gran temblor recién pasado, como la huella de un ciclón del que estuviese saliendo y que le hubiera perdonado la vida, nada más que la vida. Porque sí, porque en ese ventarrón habían volado su casa y sus dos

hijas y la misma imagen del tiempo pasado y posado sobre una pareja de amantes desnudos, porque ellos sólo eran viento o vendaval o cosa así, dos montones de órganos haciéndose el amor con una ferocidad salvaje, con una furia de destrucción o de apogeo que apenas daba a los placeres el papel de la duda, la duda, la duda acerca de si habría años para los dos o sólo meses o acaso días o tal vez minutos; esa duda que otorgaba a los placeres el sabor de la muerte, que los contaminaba. Ella salía de la pieza al ratito de haberse ido él y entonces caminaba como una sonámbula hasta la cocina y se arreglaba el pelo y pedía un mate y se ponía a contar. Contaba que él estaba loco, que nunca lo había conocido así, que pedía cosas imposibles para el amor que hasta entonces habían hecho, cosas que ella no sabía y que quizá no pudieran o debieran hacerse. Y la otra locura consistía en exigirle, de una vez para otra, que llegara cargada de fotos y comenzaran a mirarlas y a rememorarlas, una por una, echados los dos en la cama del Goma y de La Flaca, desnudos y con las fotos resbalándoles por los declives untados del cuerpo, como si chorrearan desde ellos, como si hubiesen sido generadas allí y se quedasen pegoteadas en el semen, nacidas o asumidas sobre el engrudo animal de sus cuerpos. Y siempre eran —contaba Mireya, mientras El Goma y la Flaca se preguntaban por el tiempo de cuántas fotos descartadas y memorizadas les habría durado de más aquella sobrecarga de miedo que les causaba cada cita— siempre eran fotos de ellos dos, nunca de las chiquilinas. Más todavía, le había prohibido que trajera fotos de las niñas, no quería volver a detenerse en nada de eso, ni en la flacura de Tistís ni en la infancia sentadita y silenciosa de Miti. Miraban las fotos del comienzo de su relación y de los primeros viajes en moto, cuando aún no existía Tistís y a fin de semana salían los dos solos, cada domingo a un lugar diferente, como si cualquier querencia inmutable fuese enemiga de la felicidad. Y ahora, en cambio, les había dado por hacerse esa querencia en el tiempo, por excavarse un hogar que antes no les importara y no ya en un sitio del espacio sino en el pasado. "¿Te acordás?" se

llamaba esa casa. "¿Te acordás?"; y allí —desnudo y agrio y barbudo y recién vaciado del amor— se quedaba embebecido, evocando la historia de cada foto, pasándola con los dedos olorosos a sexo, reviviendo las circunstancias en que la hubieran tomado, el color del cielo y el tamaño de las nubes y el pormenor de la merienda que hubiesen comido ese día, detalles triviales y como de cualquiera a los que él parecía rendir un acatamiento insólito, cual si a la suma de todos ellos se debiera la vida. Y aquella tarde, el largo torso sobre las piernas arrolladas y cruzadas, al modo de los hindúes y desnudo, precisamente aquella última tarde de su vida eligió entre las fotos una y la sumergió en el bolsillo interior de la chaqueta. Era un puro truco de actitudes y contenido, pero él le llamaba La Guerrillera, lo que menos podría haber sido la pobre Mireya. La Guerrillera: habían acampado entre las rocas de Punta Colorada, era un mediodía de invierno y no había un alma en la playa. Entonces él la había obligado a echarse de bruces, siguiendo el lecho curvo de una piedra que en la foto ni siquiera se veía, de modo que el terreno no contaba; ni el mar tampoco, porque detrás de la cabeza de Mireya —él también se había arrojado sobre la arena, en forma de tomarla sin suelo y desde abajo— sólo discurrían unas nubes redondas que el viento estaba haciendo rodar por un cielo de frío. La cabellera de Mireya ondeaba como una bandera delante mismo de los rasgos de su rostro, y a él este detalle le encantó. Pero quiso, como si ya estuviera trabajando para la desgracia, que el pelo no velase la nitidez del perfil y que ella, tendida sobre la roca, descansase la nariz en el antebrazo flexionado y detrás de la Luger, en el gesto de estar apuntando. Y ésta era la foto que en la última tarde de su vida se había echado al bolsillo sobre el fondo de celosías cerradas del cuarto de La Flaca y El Goma y tendrían que haberle encontrado al revisarlo caído, quién sabe si ensangrentada o no y él todavía tibio. La Guerrillera. Imposible pretender explicarlo como una fantasía: los milicos no estaban hechos a considerar los juegos de la imaginación (la guerra es la guerra) y bastaría aquella foto para que la arrastrasen hasta la máquina y

quisieran arrancarle nombres que a veces sí conocería y otras no, operativos que en todos los casos ignoraba y que le costarían el precio de la tortura. Había dejado a sus hijas en poder de amigos, prometiendo instrucciones para el día en que estuviese a salvo. Y se las había tomado. Eso era todo lo que el cadáver no sabía —lo que Francisco no había encontrado tiempo de saber— y lo que yo, aquella vez que me enfrenté con él, tampoco. Habían vuelto a abrocharle la chaqueta y sobre su aire agarrotado de madrugada, lodo y sangre lo habían sentado allí, a fin de que dijera otra cosa; a fin de que nos despistara, de que lo creyéramos muerto en la máquina, como ya otros habían muerto, como muchos más morirían con el tiempo. *Ese hijo de puta la quedó por hacerse el macho*: conocida la historia verdadera, la frase seguía trabajando en ella. Pero ahora él estaba allí, utilizado para mentir, para contar otra historia que la ocurrida; y su mujer guerrillera y no guerrillera fugándose hacia las fronteras menos custodiadas y sus dos hijitas en manos de amigos y su Luger quién sabe dónde, en manos de qué milico manolarga. Ahora sí Mireya tendría que hacerse activista o algo y Miti tendría que hablar y Tistís comer lo que le dieran, sin tantos melindres. La imagen que me queda no es, sin embargo, la de ninguna de ellas tres; es la de un cuchillo apuntando a una ventana de postigos cerrados en la noche de los árboles y el viento y regándola de balas, en aquel simulacro de fuego que de algún modo era eso, metralla y viento y fuego. ¡Parate, Ballinger, parala! Inútil, ya no podría detenerse. Y el tamaño de su noche se medía por el largo de aquellas tres vidas.

El soldado del brazo de yeso

Mentre ch'io forma fui d'ossa e di polpe
che la madre mi diè, l'opere mie
non furon leonine, ma di volpe.

DANTE, Inferno, Canto XXVII

Siento que hay una extraña belleza, como del absurdo, en el acto del hombre que se quita, al entrar a una casa, uno de sus brazos —un brazo de yeso, para ser más precisos— y lo pone a un lado y saluda con los otros dos, de carne, y ríe y se disculpa y entra.

Pero la cosa no fue exactamente así, aunque después empezaron a referirla como si hubiese ocurrido de ese modo.

Hacía cincuenta días, desde que vio que se lo llevaban detenido, la madre ignoraba el destino de su hijo: qué había pasado con él, dónde se lo tenían, qué estaba ocurriendo. Había ido al Camino Castro a llevarle ropa, pero habían rehusado recibírsela. No figura en ninguna de las mesas, le habían dicho (llamaban mesa a cada centro de intercambios: listines, ropas que se entregaban, ropas que se recibían a cambio de las devueltas). Cuando figure se le avisará. ¿Ve estos otros? —Ella los veía—. Se les deja traer una muda de ropa, algunos alimentos... ya se le dará a usted también una lista posible... Pero todavía no figura en ninguna lista. Espere, se le va a llamar... No vuelva mientras no la llamen.

Nadie esperaba. De un sábado al otro, todas volvían. Los oficiales consentían en repasar las listas y volvían a responder que "todavía nada". Así de un sábado al siguiente, por semanas y semanas.

Volvió, claro. No hubo aviso y volvió: era un sábado de

mañana. Mujeres jóvenes, madres, hermanas, hacían colas. Entregaban una ropa limpia y se les devolvía una ropa sucia. Reconocían la ropa que se les devolvía —era casi toda, por razones de tiempo, la misma que ellos llevaran puesta cuando se les detuviera; la desplegaban y seguían sus orlas de mugre, sus arrugas, sus pringues de comida o café. Querían inferir, por las características de una prenda usada, la historia de un mes, de dos meses, hasta de tres en la existencia de un hombre; de un hombre o de una mujer, porque los había de unos y de otras.

Y a veces, por imposible que pareciera y para mal, la historia surgía. La ropa estaba manchada, con largos o anchos rastros de color herrumbe, de un color semejante al de la sangre oreada. Era lógico que, en cuanto quedara algún margen de duda, la gente se aferrara a esa duda, se resistiera a creerlo. ¿Podían estar, realmente, devolviendo ropa con manchas de sangre, ropa revolcada en los mismos castigos? ¿Es que se les había acabado el pudor? No, no debía ser sangre, debía ser. . .

Consultados, los soldados nunca se asombraban. Hasta se diría que lo tenían previsto. Simplemente, daban un consejo: Vaya a la Región No. 1, en Agraciada y Capurro, y pida hablar con el Coronel Albornoz y muéstrele la ropa. . . A lo mejor le dicen dónde está.

Era una extraña transacción, a la que se hacía aparecer como si fuese un silogismo: usted muestra una camisa ensangrentada de su hijo y adquiere así el derecho a ser informado acerca de dónde se halle. . . cuartel, hospital militar, todo eso. No siempre era cierto.

El Coronel Albornoz aparecía en mangas de camisa y escuchaba: nada aparentaba resultarle suficientemente grave, suficientemente insólito. Le exhibían manchas de sangre, lo llamaban a cuentas con respecto a dónde hubieran sido hechas. No tenía información. . . ¿Serían manchas de sangre, así, sin atenuantes? No sabría decirles, no estaba en condiciones de informar. Era como si las cosas que ocurrían en un ejército del que formaba parte y en dependencias de la región militar a la que él pertenecía le fuesen

remotamente ajenas y estuviera atendiéndolas por mera cortesía, por no decir que no y verse así enfrentado a dicterios o a llantos. Mejor hablar. . . Sí, claro, una camisa ensangrentada acaba con todas las timideces. Una mujer que muestra una camisa ensangrentada y dice que esta camisa es de su hijo, que no tiene la menor duda de que lo es ni de lo que ha pasado, es un ser que ha perdido el miedo. Y una mujer sin miedo es peor que un hombre sin miedo. El edificio de la Región No. 1 es de estilo morisco y el coronel, de tez olivácea, se llama Albornoz. Su desganada paciencia ¿será otro detalle de estilo? Algunas madres, algunas esposas hablan de salvajes, de asesinos, de derechos humanos, de jueces, de denuncias internacionales. Albornoz, dentro de ciertos límites, prefiere no contradecirlas. Mira la prenda sucia, no se pronuncia nunca acerca de cuál sea la causa de la suciedad. La mira una vez más, dice "Téngala", la devuelve ceremoniosamente, pide un minuto, desaparece entre los arcos moriscos. No regresa.

En su reemplazo, también vestido de fajina, sobreviene un cabo o un sargento, un mero asistente.

—El Coronel me ha dado orden de anotar su nombre. . . —dice—.

—¿El mío o el de mi hijo?

—Deme los dos.

—El de mi hijo es. . . El mío es. . . Mi teléfono es. . .

El sargento anota.

—¿Y eso es todo lo que tienen para decirme, señores?. . .

—Se le informará, señora. Se le informará.

Nunca se le informa nada y a los pocos minutos, con la camisa ensangrentada, la mujer ha traspuesto hacia afuera las barreras y está otra vez, sin ningún dato más de los que trajera, en la Avenida Agraciada.

Afortunadamente, en este caso no hubo camisa manchada de sangre ni calzoncillos ensangrentados ni siquiera —son los casos más leves— un pañuelo en hilachas y ensangrentado. Sí, por supuesto, son los casos más leves, pero asimismo son aquéllos en que la prenda podría más fácilmente desaparecer, ser sustraída sin mayores consecuencias. Toda

madre recuerda qué camisa vestía su hijo, toda mujer qué pullover tenía puesto su marido en el acto de desaparecérseles, llevados por sus captores. Pero ¿quién recuerda y podrá dar las señas del pañuelo que se guardaba apelmazado en el último rincón del bolsillo? Cuando se devuelve ostensiblemente un pañuelo ensangrentado es porque se quiere que lo ocurrido se sepa, que el golpe conste, que la violencia se difunda. Sadismo o pedagogía: pedagogía del sadismo, en todo caso.

Bueno, en definitiva y por suerte nada de eso ocurrió esta vez. Pasaron cerca de cincuenta días y una mañana la madre estaba sola en la casa y sonó el timbre. Fue entonces cuando, de golpe, la madre tuvo frente a sí al soldado del brazo de yeso. No lo dejó entrar en seguida aunque, no supo por qué, tal vez por la gracia atenuatoria del brazo enyesado, estuvo segura de que no sería un allanamiento ni una gestión agresiva. Y abrió la puerta cuando el soldado enyesado dijo:

—Señora, traigo algo para ustedes... (pequeña vacilación, para congraciarse) de parte del Petete.

Por debajo de las capas de polvo, no de cincuenta días sino de mucho más tiempo, hasta de tramos de infancia, el Petete había resurgido: desde los ocho o nueve años, nadie había vuelto a llamarle así. Y ahora, era evidente, había discurrido usar el viejo nombre como una contraseña.

Fue entonces cuando ella abrió la puerta, a pesar de hallarse sola; y, cosa todavía más extraña, fue entonces cuando la cerró, tan pronto el hombre hubo ingresado a la casa. Se confió sin dudas, explicaría después, a que aquella puerta habría de protegerla, habría de proteger a ella y al hombre al mismo tiempo, al proteger la relación de los dos con el Petete: y ésa era la cifra de aquel mensaje, sin posibilidad de error.

—Diga —dicho así, sin dar demasiados estímulos, sin anticipar demasiada ansiedad por saber lo que el soldado tuviera para decirle pero, sabiamente, sin ninguna recelosa perentoriedad, sin ningún asomo de impaciencia negativa o de apremio—.

Y fue en ese momento que se dio la situación cómica o, al menos, desaforadamente inverosímil. El soldado del brazo de yeso miró la silla del comedor que le quedaba más próxima. Y, sin consultarlo con nadie, se sintió autorizado. Tomándola con el brazo demostrablemente sano, que era el izquierdo, se quitó la larga manga de yeso del brazo derecho y la puso a un lado, siempre sobre la mesa. Y ya con los dos brazos libres, hizo a la madre un jocoso saludo de amistad y de excusas, rió y, sin haber solicitado permiso, como si precisara la libertad y la confianza de los gestos para algo que tenía impostergablemente que hacer, allegó con una pierna una silla y se sentó ante la mesa:

—Señora. . ., comenzó a decir.

Efectivamente, advirtió en seguida ella y lo recordaba con vividez al relatarlo, el soldado precisaba tener sus dos brazos libres para buscar algo. ¿Dónde? Dentro de la misma manga inmóvil de yeso. Buscó a la altura del antebrazo de yeso y extrajo de allí, sucio, arrugado, magullado, un sobre.

—. . . Carta del Petete.

La carta estaba sucia y ajada pero no ensangrentada. Ella sintió el impulso de abrazar a aquel hombre que se la ofrecía, pero se acordó de lo que sus otros hijos (y el mismo Petete, hasta que se lo llevaron) decían de esa gente y se detuvo. El soldado, puesto el brazo derecho sobre la mesa y sin revelarse inválido, tampoco intimidaba. Era un hombre pequeño y oscuro, indudablemente mestizo. El brazo de yeso se había desprendido de él con una increíble soltura, como si estuviese ya muy amaestrado en salir, de hacerlo con tanta frecuencia; lo curioso era que la guerrera pareciese haber asumido el mismo continente con tanta naturalidad. Un pañuelo grande y chillón, de gustos de frontera, le colgaba blandamente del pescuezo. Era evidente que ese *foulard* oficiaba como cabestrillo del brazo fingidamente enfermo y lo sostenía. Pero la súbita desafectación de la manga de yeso y la desenvoltura de plena salud con que operaba la diestra verdadera dejaban a toda aquella parte de la pechera y del hombre de la casaca sin el menor asunto. No obstante, nada colgaba ni se plegaba ni llovía, en el

torso del soldado. El brazo enyesado se había acostumbrado a vivir dentro de la guerrera pero sin depender de ella; y ahora había salido y tal era el cambio.

"Estoy bien. El portador les contará."

—Acá dice que él está muy bien y que usted nos contará el resto —dijo la madre—.

—Bueno, no sé si puedo —repuso el soldado (pero era visible que sabía que sí y simplemente cotizaba en la pausa el interés de sus dichos)—. El muchacho está bien y es muy simpático... Hace unos cuentos de tartamudos que son la risa... porque dice que tiene un tío que es tartamudo.

Embelesada, la madre iba registrando aquellos datos de familiaridad que le devolvían a su hijo: —¿Dónde está?

—Bueno, eso no puedo decírselo —insinuó el hombre—... pero es en el Camino Maldonado... Con lo cual le había dicho todo: bastaba esa mención y lo que decía el cuello desabrochado y visible de la guerrera—.

—Es un buen sitio. Hay aire y sol y ahora, hace unos días, están saliendo una hora al recreo del patio... abajo de las palmeras.

—¿Así que está bien? —aventuró la madre—... ¿por qué no me trae ropa de él, entonces?

—Señora —reconvino el soldado, devolviendo a su viaje el verdadero objeto, que lo hacía más estimable—... Usted comprenda: mi viaje a verla a usted no es oficial...

—Ah sí, claro, disculpe... ¿Cómo no se me ocurrió?

El viaje no era oficial y allí estaba el brazo de yeso y, como si nunca hubiera existido más que una carta en él, de allí había salido el sobre. Antes de entrar ¿había sido el soldado capaz de la delicadeza de efectuar los trasbordos para que cada sobre figurase como el único de cada vez, como la finalidad exclusiva de cada viaje? ¿Haría esos trasbordos en la calle o tal vez, para mayor seguridad, en el excusado del café de la esquina? ¿Se expondría?

La carta, en todo caso, fuera de ser indudablemente auténtica no tenía otro mérito. "Aquí no todo es drama —escribía el Petete—. Oigan, por ejemplo, este cuentito que

circula entre los presos: una muchacha entra a un café, se sienta en una mesa y se pone a esperar al mozo. Viene el mozo y ¿qué le dice? (ver más abajo)."

Miró más abajo, cinco renglones más abajo, y leyó:

"Señorita, en cuanto se siente en la silla voy a recibir su pedido."

"Mientras siga sentada encima de la mesa no podré atenderla." Gracioso, ¿eh? ¡Qué pavadota! "Así se pasan los días aquí. Contando cuentos de éstos y discutiendo partidos de fútbol... ahora que todo el mundo, acá, es hincha de Defensor."

Y tú de Peñarol, pensó seguramente la madre, enternecida. Y tradujo, para el rostro simpatizante del soldado: —Siempre bromeando, mi hijo.

—Si, es muy chistoso —confirmó el soldado—. Hay un capitán que le encanta oirle cuentos de tartamudos... porque parece que él también tiene un tío que es tartamudo. Cada vez que lo ve va y le dice: Che, loco: contate otro de tartas... Y se mata de la risa.

Cuando Leonardo llegó de la calle y ni el brazo de yeso ni el soldado parecieron causarle la menor sorpresa, la madre lo puso al tanto de la carta y de los cuentos. Pero a Leonardo pareció no hacerle gracia:

—No hay sitio donde no tenga que trabajar de bufón. No perdona ni al cuartel —dijo—.

La madre pudo anotar, en el gesto con que acogió el reproche, la muerte de sus cincuenta días de espera. Pero no quiso agregar nada.

—¿Lo movieron mucho?, preguntó Leonardo: y ahora sí su voz sonaba con otro interés vital. El hecho de que hubieran golpeado a su hermano lo devolvía a sus mejores sentimientos.

—Y ya sabés, —dijo el soldado, extendiendo la amistad desde el Petete a Leonardo, tal vez porque había dicho que los hallaba muy parecidos (y lo eran). —Al principio, nadie se salva. Pero al muchacho no vino a tocarle mucho: porque hay una gordita que se llama Adriana y que es del otro

cuadro. . . ¿me entendés? y esa gordita los cantó a todos y batió a todo el CAT. Así que le encajaron una pintada, Libertad o Muerte, y dos o tres seguimientos y eso fue todo.

—¿Y eso qué es? —preguntó la madre—.

—Atentado a la Constitución —sentenció, con total suficiencia, el soldado—.

—¿Atentado a la Constitución? ¿Y a él qué carajo le importa la Constitución?, preguntó Leonardo.

Pero al soldado le constaba la respuesta:

—No importa que no le importe. Se lo ponen igual.

—Sí, opinó la madre. Así es, menos cuando son ellos quienes la hacen polvo. . .

—. . . Y cuando hacen otras cosas —dijo el soldado, ambiguamente, para que nadie se atreviese a inquirir nada. . . O para que se animasen.

—Como un teniente armenio, que quería tener choque con una botija de mi barrio, también armenia, que estaba presa. Y como ella no quiso, porque parece que se conocían de pibes y a ella no le gustaba, él primero la hizo pasar por el tacho y después nos mandó a la casa de ella y del marido, a que le sacáramos la heladera y la licuadora y la radio y cuanto había. . . porque él mismo había estado en el allanamiento y había visto las cosas y sabía. Así que ya ve. Llevamos todo en una camioneta a Solymar, al chalecito de los padres del teniente. . .

Debe haber quedado flotando la incógnita de por qué aquel hombre, tan buen amigo del Petete, andaba en tales manejos:

—A mí fue el finado mi padre, que en paz descanse, el que me metió en éstas. . . Él había sido asistente del general Dufrechou, de los dos el mejor, el que lo mató una bocha.

—¿El que lo mató una bocha?

—Sí, eran los dos hermanos generales. Y el que digo pasó una tarde por el costado de una cancha de bochas y una bocha saltó por arriba de un muro y le dio en la cabeza y lo mató.

—Lo bochó, como quien dice —dijo Leonardo; pero el soldado no entendía de chistes universitarios—.

—Sí señor. Como usted dice.

Ahora estaba refiriendo que a él mismo, en cambio, le había quebrado el brazo un capitán, en un partido de fútbol del cuartel. —Él sabe que el brazo ya está bien —dijo—. Pero como desde que me quebré estoy en esto y él tuvo la culpa porque es una bestia para jugar —y para todo. . .— deja correr porque le da no sé qué pelarme este rebusque. . .

"Este rebusque" aludía al costo del servicio que el soldado acababa de prestarles. Y la madre se atrevió entonces: —¿Cómo lo arreglamos, señor?

—Lea más abajo —indicó el soldado—. El Petete puso algo. . .

Era cierto: increíble que no lo hubiera visto antes. "Denle 2 lucas al portador" —decía la nota —. "Es el precio". Al decir "Es el precio" le quitaba carácter de propina, lo hacía digno y —sobre todo— indiscutible: el Petete tenía esas cosas.

En el momento de ir a pagarle, Leonardo sintió la tentación de una pequeña venganza, practicada sobre el cuerpo mismo del enemigo.

—¿Así que vos creés que ese brazo está bien? A ver, flexioná los dedos de la mano derecha. El otro lo hizo y se sugestionó de que los dedos estuvieran agarrotándosele. —Sacate esa mierda de yeso, que ya te dio todo lo que tenía que darte. Y mové el brazo y hacé ejercicio y flexioná las articulaciones del codo y de los dedos. . . Todos los días, varias veces al día.

—¿Usté —ya para entonces había dejado de tutearlo— es estudiante de Medecina?

El otro no repuso, porque no lo era.

—Sí, voy a sacármelo del todo —meditó mirándose, con inocultable tristeza—. Y de paso lo regamos con unas copas. . .

—Mirá cómo se te han puesto de cianóticos esos dedos. Mirate esas uñas.

Las uñas estaban simplemente mugrientas, de tanto hacerlas vivir bajo la costra desflecada y de andar metiéndolas para extraer las cartas.

—Ya todo esto es una mentira —se había puesto más cordial, como para simular que tuviera alguna injerencia en el festejo de la travesura—. Sacátelo de una vez. . .

—Sí, voy a tener que levantarlo. . .

Era extrañamente fascinante aquel negocio de pícaros, en que Leonardo le entregaba las dos lucas pero, al mismo tiempo, trataba de persuadirlo de que arrojara lejos de sí aquel brazo de yeso, que había sido la única fuente de sus dádivas en mucho tiempo.

El hombre le dijo que sí, que lo haría. Pero después parece que se arrepintió y el brazo de yeso le sirvió todavía más de un año.

Caragua

El cominciò: "Qual fortuna o destino
anzi l'ultimo dí qua giú ti mena?"

DANTE, Inferno, Canto XV

—Y su gente ¿va a extrañarlo?

—¿A extrañarme, qué es eso?

—Sí, si van a echarlo de menos.

—¿De menos? Tanto como eso no sé.

—Creerán que les robó el caballo. . .

—El potrillo. . . Ya debe haber vuelto solo el potrillo. O lo habrán encontrado. Tenía una guasca. . . A mí se me había escapado. Pero no era tan difícil agarrarlo.

—El campo en que usted trabaja ¿está muy cerca de aquí?

—Bueno, muy cerca no. Pero muy lejos tampoco. Debe haber vuelto. O lo habrán encontrado. A un potrillo suelto, por aquí, lo encuentran siempre.

—¿Cómo era?

—¿El potrillo? Un potrillo bayo, con una guasca al pescuezo.

—¿Es un cabestro o una soga?

—Es una guasca.

—Y su compañera ¿dónde dijo que vive?

—En San Carlos. . . si es que ya no se fue. . .

—¿Hace mucho que no la ve?

—Hace más de un año.

—San Carlos no queda tan lejos. ¿Y usted hace un año que no la ve?

—¿Qué tiene de malo? Iba a dir aura. . . y ustedes me agarraron.

—Si lo largáramos ahora mismo ¿iría en seguida?

—Tanto como eso no sé.

—Y nosotros ¿quiénes somos?

—No sé. . . A lo mejor que son los deliciosos ésos, que dicen.

—¿Qué piensa de nosotros?... ¿Que queremos ayudarlos, sí o no?

—No sé. A mí no me están ayudando mucho, que se diga.

—Siéntese acá, compañero. ¿No tiene sueño?

—Entuavía no.

—¿Qué va a creer su patrón, si no lo ve volver?

—Nada. Que me fui. . . que me fui a San Carlos. Por aquí hay mucha gente que trabaja un tiempo hasta que un día, sin decir nada, cobra y se va.

—¿Usted cobró hace poco?

—Tres días.

Tres días o cuatro eran los que, casi lampiño como era, tendría su barba. Flaco y musculoso, vestía unas bombachas de bayeta verdosa, directamente encima del cuerpo; alpargatas barbudas, un cinturón ancho con un bolsillo horizontal para monedas y dos hebillas que ajustaban los pasadores de cuero en que remataban sus puntas. Había llegado sin sombrero, no tenía armas (ni siquiera un facón en cruz sobre los riñones). Era un peón de los campos menos bravos del sur, aunque dijera haber nacido en el norte, por Cerro Largo.

Y Antonio ¿estaría hablando con él así, a cara descubierta, si hubiera pensado que el peón fuera a salir de allí libre y a contar su historia?

La granja queda al quilómetro 113 de la Ruta 9, por Pan de Azúcar, al flanco de la carretera y en un rincón del departamento de Maldonado. Tal vez fue una imprudencia bautizarla Espartaco, porque ésa es la clase de nombre que ningún cabañero, que ningún criador auténtico le pondría. Y la cobertura de aquel puesto de campo era la de que fuese una cabaña.

Cuando comenzó a ponerse en práctica el Plan Tatú y se planeó irradiar la guerrilla al interior del país, Espartaco tomó mucha importancia; importancia logística, como ellos

decían mimetizándose en el lenguaje del enemigo, en el idioma de la guerra. Fue entonces cuando hicieron las dos tatuceras, los dos berretines subterráneos tras lomas que los abrigaban de la vista de la carretera. El más grande era aquél en que estaban ahora el peón y el muchacho que, pistola a la cintura, lo cuidaba, en tanto consultaban a Montevideo sobre qué hacer con él. Pascasio Báez, así había dicho que se llamaba cuando lo detuvieron y bajaron al Caragua por la escalera de mano adosada a las paredes del pozo y lo interrogaron. La tatucera grande había entrado a llamarse Caragua, no podría decirse desde qué día pero sí a partir de cuál broma. Era la tatucera más grande, hasta con instalación eléctrica y una larga pedana para tiro al blanco, con un caminero de cemento. Al nivel de la tierra, se entraba removiendo una gran piedra. Para remover la piedra, a fin de que franquease la entrada, se la accionaba desde adentro con una palanca de hierro, que descansaba por su base en un tanque relleno de hormigón desde cuyo engaste rotaba, descubriendo el primer tramo abrupto del descenso a un angosto pozo. También era posible, desde el campo, empujar la piedra, a fin de que se desplazase y librara la estrechez de esa presunta escotilla de descenso a los infiernos. Algunos le decían "el sésamo", otros, simplemente, la piedra. La pedana tenía como unos setenta metros de largo, hacia un fondo de hormigón armado en que un monigote de latón hacía las veces del blanco, del policía, del enemigo. Había costado mucho tiempo hacerla, casi siempre a partir de la caída de la tarde, cavando en aquella entraña contra una luz de faroles asordinada y hecha morir en cedazos. Habría que tirar en posición de cuerpo a tierra o reunirse sentados en la galería, abreviando la estatura de un hombre.

Era sabido que cada vez que había fricciones en la vida política del país, el Viejo Herrera amenazaba con que los blancos se irían a las cuchillas. "Nos vamos pa' Caraguatá", repetía el viejo sin la menor intención de moverse, rodeado de su gente en la quinta de Larrañaga. Por si alguien lo relataba, por si alguien se asustaba, por si venían a ofrecer-

le cualquier regateo. Ni cuchillas ni lanzas ni patriada: estaban ya perdidos en el tiempo los días de "Aire libre y carne gorda", según rezaba la famosa divisa blanca. Perdidos en los años, muertos para siempre. Acaso por eso y en broma, cuando ellos terminaron la galería de piedra y del tanque de cemento y de la palanca y hasta de las luces, alguien le llamó Caraguatá, en recuerdo de la baladronada célebre; y en definitiva, para abreviar y convertirla en palabra grave, Caragua. Un humorista de circunstancias difíciles saludó el entrecruzamiento de dos épocas con un cartelón subterráneo, cuando el túnel de la fuga del Abuso se intersectara con el túnel de la Carbonería del Buen trato ("Aquí se cruzan dos generaciones, dos ideologías y un mismo destino: la libertad") cuando las jornadas del MLN y las viejas jornadas románticas y pistoleras de los ácratas de Miguel Arcángel Rossigna y Gino Gatti se dieran fugazmente la mano en el subsuelo de Punta Carretas. ¿Otro humorista de circunstancias jadeantes hurgaba la memoria del Caraguatá entre los terrones gredosos de Espartaco? ¿O todo venía, y entonces en serio, de la famosa carta de Aparicio Saravia, fechada en Caraguatá: "Éste es el momento de la acción, que suprime toda controversia y encamina a los hombres a la pelea y al sacrificio"?

Y hasta allí, hasta Caraguatá, aquella mañana en que habían desplazado por un rato la piedra de la embocadura del túnel y asomádose al sol, irrumpió el peón corriendo al potrillo. El potrillo disparó por la loma, como en la sentencia de Vizcacha, y el peón detrás de él. No tuvieron tiempo de evitarlo, sólo alcanzaron a refugiarse tras el amparo de otra loma y unos árboles. El peón llegó hasta la boca abierta de la tatucera, a la que habrá tomado por una cueva, y se quedó petrificado de asombro, en tanto el potrillo volvía a distanciársele. Ellos salieron entonces de su escondite transitorio y lo rodearon, dándole la voz de alto. Dos de ellos que habían estado allí tomando el sol bajaron con él a la galería, de a uno por la escalera enganchada a los flancos del pozo. Otros dos capturaron casi en seguida al potrillo; pero esto Pascasio no llegó a verlo y no lo sabía.

Llamaron a las casas, llegó más gente, se planteó el asunto. Pascasio relató desde dónde venía, cómo se le había escapado de las manos, con el tirón del animal, la guasca del potrillo que llevaba a pastar como otras veces, pero esta vez más lejos que otras veces. Había visto la boca de la cueva, se había detenido allí un segundo, le cayeron encima: eso era todo. ¿Sabía dónde estaba y entre quiénes? No señor, no sabía. ¿Era un peón verdadero, era otra cosa? Sí señor, era un peón verdadero; dijo para quién trabajaba.

Un caballo joven trotando, la melena y la cola al viento, por una pradera; se presta a una bella imagen, tal vez para un grabado. La libertad y el sol y la vida, todo eso; casi como el símbolo del escudo. Pero un peón persiguiéndolo y dando con la boca del Caragua, aunque sea por azar, es algo mucho menos hermoso.

Entre el abotagamiento y el asombro, los párpados oscuros por la resolana y unos ojos amarillos esclareciendo unas facciones aindiadas, Pascasio Báez pretende su inocencia, la absoluta inocencia. Es un peón, repite, ¿qué le podría importar andar espiando a los vecinos, qué ganaría con eso?

—Y diga, compañero: ¿con qué se proponía atarlo y dónde?

—Con la guasca, al tronco de un árbol. Por aquí hay árboles. Ya otras veces lo hice.

Hay un grupo 'ferretero", que quiere tener el caso arreglado antes de que anochezca. "Este tipo es dos ojos y una lengua." Hay que resolver el asunto sin consultar a nadie, sin nada. Precisamos las horas de la noche para lo otro, para hacerlo desaparecer.

—Pero ¿y si de veras es un peón? ¿Y si de veras es inocente?

—Mala suerte: estas cosas pasan. No vamos a arriesgarlo todo por la compasión. . . ¿En qué clase de guerra estamos? Este tipo quema. Este tipo es dos ojos y una lengua.

Lo han alejado hasta una punta del caminero de cemento, lo han obligado a que se siente en un cajón. ¿Sería cuestión de fusilarlo allí mismo, sentado? Sea quien sea, sepa lo que sepa, sea peón o soplón. De todos modos, si queda libre y

sigue viviendo allí, una noche va a tomarse unos vinos en el boliche y va a contarlo todo. Si queda libre y allí, hay que estar decidido a perderlo todo: a dejar Espartaco, a perder la plata del Caragua y del Chico, a perder los animales de la cabaña, a dejar señales para que los agarren, a lo que sea. ¿Quieren eso, es eso lo que quieren?

A los compañeros que por las noches vienen desde Minas, con la cachila grande y la chapa del Poder Judicial, y según la disposición de las tres piedras blancas al pie de un eucaliptus descifran una indicación para dejar vituallas y cuáles vituallas ¿habrá que prevenirles a fin de que escapen? Todo por ese imbécil que traía el potrillo a pastar en campo ajeno, supuesto que ésa sea la verdad del caso; todo por ese bruto.

Decimos siempre estar por gente como ésa, por bruta que sea; decimos estar haciéndolo ahora por ellos, ése es el sentido del Tatú. Y a la primera dificultad ¿se nos hará tan claro que todo eso es una pura retórica?

Lo han distanciado hasta el fondo de la pedana, lo han reducido a sentarse en el cajón y a esperar; aunque seguramente, si él estuviera oyéndolos, no los comprendería. ¡Quién sabe! ¿Sabemos lo que puede entender la mente de un peón de campo? ¿Hay que haber pasado por la Universidad para entender? ¿Tenemos una idea tan elitista?

Bueno, eso es lo que no podrán nunca establecer con certeza. Ven sus alpargatas, sus bombachas, el color de su piel, ese quemado de jornalero del campo y no de veraneante de la Punta; pero no pueden ver más allá. Hasta ese lenguaje elemental de peón de campaña puede ser un truco. Ha dicho el nombre de su patrón, de su compañera en San Carlos, pero no hay tiempo para verificarlos ni serviría de nada. No se trata propiamente de él sino de lo que pueda decir. Mañana mismo habrán caído en la cuenta de que desapareció y empezarán a buscarlo. Tanto más desde que el potrillo ha desaparecido también y lo tenemos nosotros. Lo buscarán para encontrar el potrillo, que es lo que al patrón le importa. Y peor todavía sería soltar al potrillo. Si los dos desaparecen, todo es claro para la mentalidad del patrón: se robó el potrillo, lo vendió o montó en él y se las

tomó: que Dios lo ayude. Si aparece el potrillo solo, es evidente que al peón le ocurrió algo raro: se ahogó, cayó muerto en el campo, se desbarrancó. Se pondrán a buscarlo. Además, aquí en el campo hay gente que sabe seguir las huellas de un animal en el pasto. Las sigue y la quedamos.

No hacía calor allí, al fondo del Caragua. Pero Pascasio se descalzó, aflojó las alpargatas y las dejó en el suelo de cemento, a los dos costados de sus pies desnudos, de color tierra. Al tocar ese suelo, debe habérsele hecho más evidente que estaba allí preso, pendiente de la decisión de otros; porque los miró sin poder escucharlos, los vio a contraluz de una de las ampollas; había empezado a funcionar un extractor de aire, que interponía su rumor entre él y las figuras en círculo: imposible saber qué estarían diciéndose.

. . . La mujer en San Carlos, el potrillo corriendo hacia los bordes de la noche. . . ¿qué hora sería? Imposible saberlo, allí dentro es la pura tierra, la pura cárcel.

—¿Y si lo sacáramos a Cuba?

La pregunta, la posible propuesta, había partido de Marcos, uno de los más viejos. Tenía puesto el fieltro color ratón de la jornada de trabajo, calzaba aún los zapatos llenos de estiércol con que había estado recorriendo los potreros del fondo, los más arrinconados, los más bajos, los más distantes de la carretera. No había figurado en el episodio de la captura de Pascasio, sólo lo había sabido al volver a las viviendas, pasado el mediodía. Su viejo fondo anarco lo movía a considerar la suerte del hombre, tanto como pudiera, antes que cualquier otra cosa. Y el hombre no era sólo el pobre, la víctima social; podría ser también el enemigo, el represor, el policía, el militar. El compañero que apuntaba, echado de bruces en el suelo, y el monigote de latón al cual apuntaba valían para él —de principio— lo mismo, en cuanto representantes de una misma y sola condición humana. Aceptaba de mala gana matar en la guerra, y por las estrictas necesidades de la guerra, una vez que no hubiese otra salida ni quedase otro remedio; antes y por otra causa no, en absoluto. Por esa clase de afirmaciones y más específicamente por esa clase de conmiseraciones,

los compañeros más jóvenes le llamaban El Cura. Él sonreía al oírse llamar así. No era un pacifista —protestaba— puesto que había optado por la acción directa y la acción forzaba a ciertos irrenunciables extremos, llegado el caso. Y ser más piadoso no equivalía a ser menos aguerrido. Los demás sabían —y por eso lo respetaban tanto— que en su caso la salvedad era cierta.

"No es posible graduarse de verdugo", había dicho otra vez, "si para uno la muerte ajena es una cuestión moral, un problema de conciencia. Para el verdugo nunca lo es. . . Por eso puede ser verdugo. Nosotros no podríamos. ¿No podríamos? Yo creo, al menos, que no. Quien mata en la lucha, no ajusticia. Mata, nada más."

Estaban acostumbrados a esta suerte de reflexiones. Lo aceptaban en él, en Marcos más que en ellos mismos. Lo aceptaban en él porque su historia respaldaba sus dichos. Había cubierto, con el coraje de su cuerpo, alguna retirada famosa.

Una noche ya lejana, a propósito de una foto de la *Bohemia* castrista, se había puesto a filosofar sobre su tema predilecto: el tamaño de la Revolución y el tamaño del hombre que la hace. No sólo a alguien como él, no sólo a alguien como El Cura la escena podría aparecer penosa. Apenas la ilustraba con sus razones y pasiones, empezaba a parecerlo a los demás; ésta era la angustia dialéctica de todos: su poder de persuasión en contrario, que recelaban en él y que, por temor al contrario, los impulsaba a contradecirlo. Las desventajas de la pureza y el absoluto, decían (o tal vez sólo pensaban). La instantánea representaba el panel de una sala de actos, en una provincia cubana: una tarima, ancha como la cabecera del salón, la recorría de un extremo al otro. Y sobre esa tarima había una mesa de sesiones, casi tan ancha como la tarima y la sala; y tras ella, sentados y en pose para el fotógrafo, todos captados frontalmente y a un solo y mismo lado de la mesa, era posible asistir a la opresión impávida de aquellos diez o doce guajiros ensombrerados: sus rostros, por lo menos, la impavidez de esos rostros. Ensombrerados hasta ese punto

en que los copiosos sombreros se sepultan sobre las frentes y las borran, descansan en el borde de las orejas y las apantallan, hasta ese punto en que las alas calan en las cabezas y las achatan, casi suprimiéndolas a cuenta de procurarles un vuelo. Esos rostros atezados y pequeños, encapsulados en sombreros enormes y oprimentes, miran hacia el lector, como si quisieran hacerle compartir la desdicha y la gloria, la obstinación y el miedo que brotan en un solo chorro de la frase (obstinación humana, miedo sobrenatural), la frase escrita a todo lo ancho del pasacalles flameante que se sostiene en todo el aire del salón (como en la imagen de un gran viento inmovilizado por la sorpresa del *flash*) y lo atraviesa. *Hemos hecho una revolución más grande que nosotros mismos* proclama la sentencia soberana, sobre aquellas cabezas de campesinos y analfabetos, tan pobres y ojiabiertas y apabulladas. Apabulladas por los sombreros, apabulladas por una misión que es como una desdicha trascendente. Hemos hecho una revolución más grande que nosotros mismos ¿y ahora qué? Hemos hecho una revolución más grande que nosotros mismos, ¡mala suerte! Como en esas nubes en onditas de los *comics*, que hablan por encima de los personajes y bajan en pequeños desgarrones y confluyen a sus bocas para expresar del mismo modo a todos a la vez, el pasacalles que proclama que aquella gente ha hecho una revolución más grande que sus pobres y escuetas individualidades está allí y a un tiempo los exalta y los destruye y los responsabiliza y los exime. La insignificancia de sus tamaños ¿qué cuenta al lado del tamaño de la revolución que entre todos ellos han hecho? Hemos hecho una revolución más grande que nosotros mismos. Sí ¿y cómo salimos de esto? No sirve, ha insistido aquella noche El Cura. La Revolución debe estar al nivel de quienes la hacen. Y si no, la cosa va mal. Debe expresar, claro, el mejor nivel de todos, pero no otra cosa, pero no más. . . Al nivel más alto, pero no más arriba: todo por ella pero también por el hombre que la hace. . . Porque el ideal y la meta de toda revolución es diminuir el poder de un hombre sobre otros hombres. . . (El antiguo fondo ácrata

de su pensamiento está allí, no podría ceder por nada del mundo.)

Y ahora, cuando el tema es Pascasio Báez y no ningún actor humilde de ningún drama más grande que él, cuando el tema es la suerte de un tipo a quien se le ha escapado un potrillo y ha llegado por azar a la boca de la tatucera, es su misma consideración humanista de siempre la que hace decir a El Cura proponiendo un camino:

—¿Y si lo sacáramos a Cuba?

Mucho más joven, mucho más simple que El Cura, Antonio no quisiera ser tenido por menos puro que el viejo. Pero le interesa ante todo la eficacia revolucionaria; acaso sea, para él, un valor de la praxis, más importante que el hombre en sí: un valor revolucionariamente preeminente, más allá de la condición humana individual y privada.

—Sacarlo a Cuba puede crearnos muchos problemas, compañero. No sé, para empezar, si podríamos hacerlo. Tú sabrás. . .

Pero lo que está planteando es otro modo de encarar el asunto:

—¿Hay proporción entre los riesgos que se corren y el mejor resultado posible?, se pregunta. Y responde que no la hay.

Pero aquélla no era una simple sesión de entrenamiento dialéctico: no eran los simulacros de la razón razonante los que pudieran estar distrayéndolos. Al otro extremo de la pedana, inconmensurablemente lejos de ellos en ideas y tal vez en destino —o acaso muy cerca de ellos en diferentes tiempos de un mismo destino, ¿quién podría saberlo?— existe un hombre. Un hombre descalzo y de pies color tierra, un hombre esperando, un hombre que ya ha dejado de ser dueño de lo que vaya a ocurrirle y está sumido en el inconcebible mundo de sus propias ideas. ¿Conocen, para empezar, ese mundo? ¿Saben, tienen alguna clase de dominio sobre lo que ese hombre pueda estar pensando? ¿Saben, por lo menos, quién sea? ¿Podrán aproximarse a sus meditaciones, por más sencillas que las crean?

La consulta a Montevideo los ha desinvestido de todo

poder de decisión. Pero eso tampoco los aliviaba, en definitiva. Raúl había viajado en el ómnibus de las cinco de la tarde. Habían convenido en trasmitir un esquema de los hechos, sin sugerir ninguna apreciación fuera de aquello que los hechos y una severa medición de verosimilitudes y credulidades a partir de ellos autorizara. Por ejemplo (a favor de Báez) la convicción de que efectivamente era lo que decía, un peón de campo llegado hasta allí por una casualidad desgraciada; no un espía, no un "tira" encubierto, no un sujeto mandado por nadie. Y también por ejemplo (en contra de Báez): lo riesgoso que sería soltarlo y dejar que siguiera viviendo por allí (o en cualquier otro sitio más o menos cercano) por más promesas que pudieran arrancársele en contrario. Lo que le había ocurrido —como en la historia del letrero de la Revolución Cubana— parecía mucho más grande que él mismo; lo desbordaba, lo excedía pavorosamente; y aquello y un vaso de vino iban a vencerlo, contra toda prudencia, cualquier día. Dejarlo suelto y allí —o suelto y en San Carlos— obligaría a abandonar la tatucera y a perder su costo, a abandonar Espartaco y todo lo hecho allí, a arriesgar la suerte de muchos compañeros. ¿Soluciones? Raúl había viajado esa misma tarde a buscarlas, llevando estas opciones: retención indefinida, viaje al extranjero, eliminación; nadie quería decir "muerte", pero era inevitable convocar esa idea entre las posibles. Raúl había viajado a Montevideo, se esperaba que mañana estuviera de regreso con la decisión, endosada por su viaje al comité ejecutivo. Y entre tanto, un hombre descalzo a quien comenzaba a vencer el sueño y otros hombres excitados por la responsabilidad y la predicción propia, vinculada a un proceso ético de previsión revolucionaria (así habían dicho) aguardaban que el tiempo, que otras cabezas situadas más arriba, que una estimación más equilibrada de los términos de la cuestión (¿estaban en condiciones materiales de sacar un prisionero a Cuba?, ¿por dónde y qué frontera, cuándo y por qué medios podrían hacerlo?) les trajeran el dato.

Ya habían escuchado largamente aquí, donde no iba a

resolverse el asunto, los argumentos de El Cura: Una ejecución, en un orden ideal —por más que abominable— se realiza siempre para que se sepa (como la de Morán Charquero); para que sirva de escarmiento, para que rescate en alguna forma de publicidad su precio (como la de Mitrione). Ésta, en cambio, sería una ejecución secreta.

Segundo: una ejecución tiene que suponer una culpa, no un fondo de ignorancia e inocencia. Esta ejecución sería la de un inocente y, lo que es peor, precisamente porque fuera, a todos los riesgos, tan inocente.

Tercero (y a partir de esa inocencia, de esa ignorancia): decimos estar haciéndolo todo por ellos, por gente como este hombre, tan desposeída como este hombre; pero en cuanto ellos, así sea por esa ignorancia, vienen a oponerse a nuestros intereses, a nuestra seguridad, entre ellos y nuestra seguridad elegimos nuestra seguridad. (Consecuencia, podría haber dicho pero no lo dijo, de estar haciendo una revolución más grande que nosotros mismos, desproporción que nos quita alternativa, que nos fataliza: de dos bienes el mayor, de dos males el menor.)

Cuarto: si alguna vez extrema hemos podido con legitimidad elegir un ejecutado, hemos sabido reclutarlo en las filas de los más oprobiosos enemigos (otra vez Morán, otra vez Mitrione) no en las de aquellos por quienes y en cuyo nombre decimos estar luchando. No hemos podido consultarlos, es cierto, cuando en el Tatú presumimos saber, sin más ángulo de apreciación que el nuestro, su propia conveniencia, su propia salvación. Actuamos por ellos, invocamos su mayor felicidad y basta. Pero, llegados al final del callejón ¿podremos elegir por ellos mismos, tan tranquilos, su propia muerte?

Quinto: una muerte impuesta así tendría que avergonzarnos por dos razones: por su injusticia, antes que nada. Y porque supondría la confesión de nuestro fracaso dialéctico, además. Matamos a alguien porque renunciamos, sin haber hecho ningún esfuerzo, a nuestra posibilidad de convencerlo; hasta tal punto estamos procediendo según una feroz convicción burguesa acerca de lo irreparable de la desigualdad entre los hombres. Si para una fuga tuvimos que confiar en los mismos delincuentes ordinarios, parecería que por la imposibilidad de suprimirlos, ¿por qué nos sentimos incapaces de confiar en un simple peón de campo? Creímos en un ladrón para fugarnos con él, porque apenas pasado el riesgo lo perdíamos de vista. Pero a este hombre no podemos perderlo, porque él ya sabe algo permanente y fijo acerca de nosotros.

No propongo soltarlo ahora. Propongo retenerlo y concientizarlo, no largarlo ni matarlo. El tiempo nos dirá después si hemos tenido suerte. ¿Por qué hacer antes, si no es por la impaciencia de nuestra propia seguridad, lo que —en el peor de los casos— podríamos hacer después? Y la impaciencia de nuestra propia seguridad ¿les parece un valor revolucionario, tiene el suficiente grado de pureza revolucionaria? (Podría haber argumentado aquí, pero no argumentó: ¿o es que estamos haciendo una revolución más pequeña que nosotros mismos?)

Sexto: Con el enemigo no hemos renunciado a mantener, llegados a puntos extremos, algún diálogo. Planteado el caso, reconocemos hablar con él un idioma común. A los niveles más humildes de aquéllos a quienes decimos proteger ¿estamos renunciando a tener ese posible idioma en común?

Séptimo (y ya todo esto parece volver sobre lo mismo): una ejecución, para tener un rescate moral, tiene necesariamente que ser ofensiva. Esta sería una ejecución defensiva, además de oculta y vergonzante. Una ejecución salda una cuenta, ésta la abriría. Porque si matamos a un hombre por guardar la importancia de un secreto ¿estaríamos luego dispuestos a morir antes que a revelarlo, fueran cuales fueran las condiciones en que llegáramos a hacerlo? Cuando disponemos de la vida de este hombre ¿tenemos conciencia de que estamos también juramentándonos nosotros para morir por los mismos valores en función de los cuales ahora matamos? Porque quien se descargue de ese compromiso, si lo hace tan sólo para seguir viviendo él, para no seguir padeciendo él, está postulando que su vida vale más que la

del semejante, está proponiendo diferencias que lo convierten automáticamente en un asesino. (Un asesino es alguien que estima más su propia vida que la del semejante.) Creemos saber lo que es un demente, creemos saber lo que es un enfermo, creemos saber lo que es un enemigo. No podemos renunciar a medir, por anticipado, lo que es un traidor. Y quien confiese un día dónde está el Caragua, después de haber dado muerte a este hombre para asegurar su silencio, lo ha asesinado primero y lo traiciona después.

Y finalmente, compañeros, y esto me parece muy importante: el problema de la legitimidad humana (aparentemente, no quería tener que decir "moral"): ¿de dónde saco mi poder para decidir? ¿En qué sentido tenemos que aceptar previamente que la Orga sea una institución total, que crea sus propios órdenes de valores y, sin pararse en las culpas, impone sus castigos? ¡Yo no lo haría así nomás!...

Rendido a lo más inmediato de su destino, Pascasio los ha mirado por última vez, ha hecho a un lado el antiguo cajón de fruta que le habían dejado para sentarse y se ha tendido en tierra, suponiendo —y sus razones eran ciertas— que allí mismo le tocaría dormir esa noche.

Nadie lo ha contradicho; como si quisieran condenarlo a pasar la noche y compartir la vela con sus propios argumentos, han decidido que El Cura monte guardia al preso. Le han puesto una pistola en la mano, han decidido disminuir el número de las luces en el túnel pero no oscurecerlo demasiado. El Cura podría sentarse en el cajón de fruta, ya que el peón no lo precisaría. Era preferible que redujeran al mínimo cualquier conversación. Una comunidad de tiempo y de tensiones iba a ligarlos: era suficiente. El Cura solo e insomne entre sus argumentos, Pascasio Báez sumergido en la tierra y en el cansancio.

Por fuerza, los hombres nunca son iguales. ¿Somos conscientes de que, por lo menos una vez por cada día que pasa, estamos admitiéndolo?

...Paraíso del mundo

... e caddi come corpo morto cade.

DANTE, Inferno, Canto V

Camina por el centro de la calle, si es que a aquella veta barbuda y errante puede llamársele calle. Los balnearios hinchan a veces largas lenguas de arena a tuertas entre el pasto, los médanos y montículos. Ésas son las calles, o tal vez sólo sendas. Por allí va él y son las tres de la tarde de un día de finales de otoño: 13 de junio de 1972. Va, en todo caso, por el limpión que baja lentamente hacia el mar, sin árboles enfrente aunque sí a los costados: árboles que giran cuando ellos observan al caminante desde atrás y lo ven andar con una pereza desdeñosa que no se parece nada a la desesperación, a los gestos de la desesperación aunque, acaso más que cualesquiera otros, éstos lo sean. Árboles que aparecen repentinamente en el circulito en que los perseguidores van inscribiendo la cabeza del hombre, bajando por sus hombros, enroscándose alrededor de su cintura, siguiéndolo. Ocurre como si la visión entumecida de los perseguidores que ya serán minutos metros más allá los verdugos, esa visión que quiere saber el cuándo más que el dónde, estuviera talando los contornos, derribando o haciendo vacilar oblicuamente los follajes para desbrozar el trayecto de los tiros. Si no fuera porque esos conos casi inmóviles hacen un fondo y manchan su dimensión de cielo, sería posible imaginarse a un vagabundo esfumándose despaciosamente de espaldas, en la última toma de paisaje raso en un *western*. Gary Cooper, quien sea. Alguien que no quisiera crearles dificultades de visión, como si estuviera

dispuesto a ayudarles a efecto de que afinaran la puntería: un suicida por omisión, un suicida calmoso. En la lente no se ve ningún rostro, sólo una nuca, unos hombros, un torso, piernas. Camina lentamente, en pos del olor del mar y como si ninguna otra cosa del universo pudiera importarle. El olor del mar, sólo el olor del mar y sólo el mar, a sabiendas de que no llegará a sumergirse en él, seguro de que le tirarán antes. Los tiros en el agua pican y rebotan y son oscuros, y ellos no arriesgarán, no van a esperar tanto: todo depende del ritmo de sus pasos hacia la orilla, como si él llevara puesto entre sus tripas el reloj de su propia muerte y sólo se empeñase en andarlo con mucha lentitud. No hay otoño en los balnearios como en el campo, no hay otoño en los balnearios como en las avenidas y los céspedes de los parques urbanos. No hay ramazones rojas ni minúsculas flores degolladas ni hojarasca cabeceando a rachas o dormida en los suelos. En aquel balneario no hay más que pinos, árboles sin estaciones, árboles como gallinas puntiagudas, árboles emplumados todo el año. Tres de la tarde, trece de junio; dentro de ocho días, sin que él alcance a verlo, estará aquí el invierno. Pero tampoco hay invierno en los balnearios. Soledad y mar bravía, eso sí, pero no invierno. Ni habrá ya para entonces la referencia de un cadáver en la duna, ni el trillo de unas piernas en la arena si lo arrastran del pelo, ni la huella excavada y sucia y oscilante y golpeteante de una cabeza ni la olla borrosa de un culo paseado a barquinazos, las nalgas achatadas y el peine errabundo de unos hombros si lo arrastran de las piernas. Nada de nada. ¿Es esto lo que indaga el catalejo? Entrará el invierno, podrá haber pleamares que lo hayan hecho desaparecer, resaca y nervaduras de hojas pútridas y empapadas en el sitio abollado de la caída, ¿qué pesa un cuerpo flaco sobre la arena blanda?, si esperan hasta allí, pasado el límite de los pastos raquíticos, hasta el calvero harinoso que empieza a abrir cuando los últimos pinos ya se han ido pero el mar aún no llega. Lo habrán mirado y estudiado y removido, tal vez fotografiado. Y sobre todo eso, el primer golpe de mar en el invierno. Puchos de los asesinos, el ca-

rrete de un rollo agotado de los fotógrafos, todo convertido en detritus y salmo de las pisadas; y expectativa machacada de unas botas en redondo si lo han rodeado y todavía lo insultan y lo escupen y lo esperan a que agonice y lo miran morir. Nada más fugitivo que el vuelco goteado de las heridas en la duna, nada tan inverosímil como esa sangre. Entre tanto, ahora, seguirán mirándole de lejos, midiéndolo, afianzándose el instante. No le gritan ni le avisan nada, no quieren darle la oportunidad de que se vuelva hacia ellos, de que levante los brazos, de que les implore. No alzará ningún brazo, no les implorará. Váyanse a la puta. Tal vez, forzosamente, sólo va a entreabrir los labios para cazar la bocanada de aire que ya no puedan darle sus pulmones, sólo eso y un segundo en la luz de sus dientes perfectos. Ni el grito de él ni los alaridos de ellos sobre fondos de mar, en tanto todo siga y ellos aguarden y él camine. Aullarán, eso sí, después que hayan tirado y que él haya caído; insultarán entonces, putearán, lo putearán a él para putear su propio miedo; esperarán todavía algo más, irán regando el arenal de balas rastreras antes de aproximarse al cuerpo acurrucado y quieto, ovillado, encogido, volverán a acribillarlo en procura de precaverse contra su no desechable astucia de haberse agazapado para esperarles, con una granada acaso ¿traída desde dónde, llevada en qué parte del cuerpo, colgada de qué sitio que no precise de las manos? Tirarán hacia ese lugar posible, para que estalle antes de que ninguno de ellos esté cerca: instrucciones rigurosas, todo estudiado.

Camina casi como a punto de detenerse, pero sin renunciar definitivamente a la marcha, sin renunciar a seguir siempre y a ignorarlos; porque ya saben que lo sabe, ya tienen la certidumbre de que no desconoce el acecho, la consigna (en momentáneo suspenso) de tirar sobre él y la orden de seguir apuntándole siempre y sin una tregua hasta clavarlo, apuntarle a esa zona que el circulito oleaginoso y casi turbio como de agua de mar no abandona por nada, discurre y recorre bajando y subiendo, cabeza, hombros, lomo, posaderas, corvas, pantorrillas, lamiendo los

zapatos desatados, prendiéndose de ese lazo deshecho que dibuja su viborita en el surco de arena, creyendo descubrir el asco y la soberbia en esos cordones desatados, en la falsa incuria de un vaivén negligente de las rodillas, los pantalones, los brazos, en el remar de esas manos desnudas.

Camina con los brazos bien separados del tronco y el cuerpo mismo es liso y escueto, piernas y traste enfundados, ceñidos en aquellos pantalones estrechísimos, de gabardina sucia, con la usura de los días de balneario hasta ese día. Tan estrechos que, si demoran después y lo dejan hincharse, los ayudantes del necrólogo tendrán que rasgar a grandes tijeretazos esta tela. Pantalones como de bombilla, camisa de vaquero que en un tiempo fue azul y hoy ni siquiera el catalejo sabe de qué color. Y cuando aparece en el circulito otro fondo quieto de árboles, pinos apenas rizados por la brisa más menuda al sol de la siesta, la cabellera despeinada esplende clara y nimbada, transitoriamente luminosa y siempre en desorden, como si aquel nivel redondo de ojo turbio le reservara algún rincón de viento que no alentase en el resto del mundo ni entre las copas de los pinos. Cabeza despeinada por un viento que sólo existe para ella misma, para frotarla paso a paso contra una frente sin ningún sombrero. Pues no hay allí una boina de fieltro ni un panamá, ningún hueco cerrado desde abajo por la crisma, para esconder allí una granada.

En San Quintín, en octubre del 68, el Viejo iba con él y con Rodríguez Ducós y llevaban una granada en un portafolios; pero todo fue tan rápido y sorpresivo que tuvieron que bajar de la Combi con los brazos en alto, sin tiempo a que el Viejo descorriese el broche de aquella cartera y saltasen todos. No, esta vez el paso de la lucha ha transformado las órdenes. Orden de ametrallar sin mirar, sin rodear, sin acercarse, sin exponerse a nada, en el propósito de ellos. Tiempo de saber que todo ha terminado tras aquellas vacaciones de la casilla, en el ánimo de él. Mejor así, sí, tal vez sea horrible decirlo pero sea mejor así para todos; preferible a la tortura y a la mutilación y a los cobros de cuentas y sólo al final de aquel rosario la muerte. Es

evidente, estarán viéndolo desde lejos con el presumible largavista de operaciones y sabrán que no tiene armas. Que con toda certeza no las tiene y que aunque las tuviera habría decidido no usarlas. Esta vez no por la prisa, como en San Quintín, esta vez con una languidez, por una languidez deliberada, parsimoniosa y sin regresos. No va a usarlas pero para ellos va a ser lo mismo que si las hubiera usado: hay tiros que se pierden en el aire, van a escribir la historia y a redactar el parte como si todo hubiera ocurrido vertiginosamente y recelaran de más gente emboscada y no tuvieran modo de descartar que desde el lado de la costa o de atrás de los pinos les tirasen. Va a ser igual y a nadie le estará permitido desconfiarlo en voz alta, ni en la página de ningún diario ni en los folios de ningún expediente. Ellos saben, además, que ya no hay prensa; y agregado el protocolo de la autopsia, allí no entra nadie y se cierra el expediente; los médicos de la morgue militar nunca han sido curiosos.

Los brazos están bien separados del cuerpo, la camisa arremangada deja al descubierto los codos, la piel oscurecida de aquellos días de fuga (enterraderos al sol y al salitre, si no resulta demasiado absurdo). Esa piel de los antebrazos está casi cobriza pero a menudo, adrede, él vuelve las palmas de las manos hacia atrás, hacia ellos, y esas palmas tienen que refulgir blancas. Refulgen blancas en la curva de la lente y ellos tienen que haber advertido que las lleva vacías, laxas, sin el peso ni el esfuerzo de nada que cuelgue, que se pliegue a los flancos del cuerpo, que suponga un arma, un bulto, nada. Acaso pareciera excesivo atribuirle una desesperación tan congelada, tan argüida, tan ferozmente minuciosa. Imposible determinar si está haciéndolo para acentuar la dejadez de un desprecio suicida o porque ya ha dejado de tomarlo en cuenta y ha perdido conciencia de la cauto y lo incauto, en esa zona donde todo se confunde y revuelve para abrazar la muerte.

El catalejo salta de una de esas manos a la otra: las dos han sido vueltas hacia atrás, hacia las huellas más claras de su dorso y señalan que a esta altura ya nada importa, no

importa esconderse ni empujarse hacia lo enmarañado o lo oculto, trampas de pies y manos, cordones desatados y palmas con los dedos separados, como torpes estrellas caídas, como pezones de una ubre reseca. Lo encontrarían de todos modos, morir acorralado puede ser todavía más angustioso que morir a cielo abierto. O tiros sueltos (entre bocaditos, cada vez más cortos, de silencio) o una cortina ciega, una ráfaga de ametralladora en la que vuelen nubes de arena, astillas de árboles, ramas quebradas y después ya uno solo y más largo, sin mordiscos de pólvora, el silencio. Saben que ya no queda nadie más, que no es preciso el gasto de más ráfagas. ¿Miedo de matar a otros, antes de haber sabido quiénes sean? ¿Qué les importa?

Tienen que saberlo muy bien: en cuanto lo hayan ubicado y esté a tiro, habrá de ser fatal. En su misma celda empezó el túnel, cuando la fuga de El Abuso. Y eso, aun dando por supuesto que lo hayan negociado antes y a cambio del inglés, tiene una cobertura muy angosta, limitada a los días y el trance en que haya sucedido. Los tratos con ellos rara vez cubren algo, ni siquiera el presente. El día en que volviéramos a tenerte. . . Y ahora lo tienen y él camina cada vez más despacio, en el corralito de aquella lente que no quiere perderle pisada. El día en que volvieran a tenerte no te perdonarían nada, cualquiera fuese el gesto con que los afrontaras, la intención de resistirte armado o de huirles desnudo. Tanto da. Del mar no va a venir ningún auxilio. Jota quedó allá, la pierna quebrada, al pie de la casilla; la casilla tiene su puerta abierta y abiertas las ventanas, a través de las cuales el sol vuelca torrentes de luz hacia el fondo de la figura de la mujer sentada, que ha llegado hasta allí arrastrándose, con una pierna rota. O acaso ya la hayan alzado y maltratado, a pesar de la fractura, o la hayan arrumbado allí, entre un asedio de fusiles, hasta traerle el cadáver de aquel hombre de quien —¿la palidez del dolor físico, la del vacío mental?— tuvo que despedirse, casi sin mirarlo. . . *Paraíso del mundo*. En la infancia de ella, aquel chileno negociante había creado el balneario y la Uruguaya Seguros se había puesto a vender

lotes, sin otros alicientes que los del cielo, el mar, el descanso y los pinos. El chileno lo había bautizado Parque del Plata y había llamado a concurso popular para una frase de propaganda. Se abre un concurso de esa clase y es infalible: hay siempre, en otra punta de la radio que lo anuncia, un escribiente de oficina, una rata de caldo burocrático que tiene tres hijos y una mujer y mucha miseria. En el fondo de su cuchitril de mamparas oscuras y una sola lamparita colgando del techo y cagada de las moscas, ese poeta ignoto piensa en el sol, en la arena, en las olas, en las nubes y en su necesidad de ganarse unos mangos. Toma entonces un resto desgarrado de papel de oficio y escribe *paraíso del mundo*. Le gusta, pero puede haber más; vuelve a pensar unos minutos y lo arregla y puntúa: *Parque del Plata, paraíso del mundo.* Sí, no excede las bases del llamado, está en orden. Lo envía. Reuniones del jurado, premio, gran acto público y la firma de la escritura de la casilla, fotografiada a ocho columnas en todos los diarios. El oficinista no la ganó para dilapidarlo en sol y mar: tiene urgencias mayores, infiernos de su mundo, no paraísos. Pone en venta la casilla y aparece aquel gordo a cuya juventud, más que el triste cielorraso de alfajías desnudas o los tabiques de listones de pino impresionan aquellas tres palabras mágicas, *paraíso del mundo*. El oficinista vuelve a marcar su talento para las palabras y el gordo se adueña de la casilla y empieza a atiborrarla de cursilerías, enanitos de mayólica sembrados en el arenal, un castillo gótico de alambre (ya pura herrumbre) para la cautividad de un canario hoy muerto. Jota había dejado de pasar sus veranos allí antes de que terminara su niñez; vuelve hoy convertida en mujer y documentos falsos. El gordo no la reconoce pero ¿le cree? Dos matrimonios en lunas de miel simultáneas. . . ¿Allí, en pleno viento, a puertas del invierno? El gordo no parece ponerlo en duda; pero tasa muy alto una casilla que veinte años antes pudo haberle costado mil pesos. Les refiere el detalle falsamente ennoblecedor, como si él agregara todavía más pesos a un precio escandaloso por aquellas dos piecitas crujientes y perdidas al borde del

invierno. —Este *bungalow* sí que tendría títulos para quedarse él solo con el nombre de "Paraíso del mundo". . . (*Bungalow* tiene más categoría, casilla es un nombre ordinario, que lo desmerece todo.) El cuento es fraguado, el gordo aparece adjudicándose la invención de la frase, el poeta de la oficina muere silenciosamente en las tinieblas. Hace veinte años del día inicial de aquella mentira que Jota ya sabe; el gordo está más gordo, más viejo, más canoso. La jaula del canario es una ruina de varillitas descalabradas, los enanitos sin nariz representan la infancia de los hijos del gordo, gente que Jota en su tiempo conoció y hoy ignora y por quien no preguntaría.

Cobran en demasía, en absoluta desproporción con lo que ofrecen; exigen que se les pague el total, antes de entregar un par de llaves ferruginosas. Y cuando logran lo que piden empiezan a recelar y una semana después, para evitarse culpas y asegurarse lucros, denuncian. Mejor dicho: "comunican sus sospechas, vistas las circunstancias": pensaron después, cayeron en la cuenta, informan. No hay método más drástico de desahucio: el inquilino va a la cárcel o a la muerte. Nadie devuelve, en las prisiones ni en los cementerios, rentas cobradas por anticipado. Casa libre y otra vez arrendable, méritos de un buen ciudadano ante la autoridad, Viva la Democracia. El gordo ha esperado más de una quincena, si es que en definitiva ha sido él quien lo haya hecho. ¿Los espió por su cuenta, antes de estar seguro? Un farol de tormenta, a restituir a un navegante imaginario; una sombrilla de playa, llevada por error y ahora devuelta (pero iba a ser invierno en pocos días). Estaban bloqueados, sin comunicación con nadie. El Nito, Carlos en la Orga, volvía a plantearlo cada noche: ¿Qué hacemos aquí, qué estamos esperando, qué sabemos de nadie, qué saben de nosotros los compañeros? Estamos esperando, decía Jota. Tenemos que aguantar estos días horribles. Después se verá. ¿"Después" cuándo? Milka iba cada mañana al quiosco, en busca de un diario. El jueves, al saber que un grupo era buscado en Las Toscas, Carlos y Milka deciden marcharse y Jota y él quedarse. Los veo como inertes, como vencidos

por un cansancio que les impidiera seguir —reprocha Carlos—. ¿Y si fuera así, qué? Si fuera así. . ., pero Carlos deja la frase inconclusa. Ese domingo ha sido Jota quien ha ido al quiosco a comprar la noticia del "enfrentamiento": Carlos ha sido muerto la tarde antes, al tirotearse con una patrulla militar, en una casa de la Unión; Milka ha caído, con heridas leves. Figuran en el diario las fotos de ellos dos, el muerto y la presa: más antiguas que sus caras recientes pero aun así, reconocibles. El gordo, si no lo había hecho antes, tendría que denunciarlos ahora. Y esa misma tarde el gordo vuelve, esta vez a entregar oficiosamente un farol de mantilla a cambio del farol de navegante que les había retirado; vuelve y ve muy bien que hay una sola pareja en la casilla. Jota habla con el gordo, el hombre casi nada. el gordo tiene que haber notado que los cuatro de las dos lunas simultáneas han quedado ahora reducidos a dos y de una misma luna. No pregunta nada.

Llevaban casi veinte días ocupándole la casilla, quedaban diez. ¿Y luego? El gordo tampoco parecería haber querido saberlo.

Y en seguida la noche, se abrazan en la casilla cerrada, sin haber encendido la mantilla, tan pronto el gordo se ha despedido. ¿Estaría él también viviendo en el balneario, sería sólo un mal pájaro de fin de semana? Se abrazan en silencio, sin referirse a Carlos, sin nombrarlo, sin cambiarse preguntas que serían ya como figuritas inservibles. ¿La Unión, la Unión? ¿Sería posible? Era cierto, desde que estaba publicado. Cuando estas cosas no se callan, tampoco el resultado se miente. Enfrentamiento, emboscada, acecho, sorpresa, lo mismo daba; y eso sí, por supuesto, lo mentían. Desde meses atrás, *ellos* ya no morían. Una vez y otra, todo salía igual: morían los compañeros, nunca *ellos*. Debe haber sido imposible olvidarse de aquel último rostro de Carlos; no el de la foto, el de hace pocas noches. No les habló para nada de la Unión. Sólo insistió en su propósito de irse, Milka y él, en el último autobús de la noche, la noche del jueves. Ni siquiera parecía haber sido una gran urgencia suya; se diría más bien que de ella. Como si se

hubiera limitado a leer en voz alta las últimas palabras de un cable, Carlos sólo dijo "Suerte", una sola palabra bastaba, ninguna otra cabría. No había tenido suerte, ni seguramente la anunciarían para Jota y para él. Jota es una mujer excepcionalmente hermosa, muy pocas lo son tanto en la Orga. Jota acepta el nombre de guerra que a él le han puesto, él resiste el falso nombre de ella. Es espantoso, ha dicho. No lo quiero. Te quiero con el tuyo. Hace tiempo de esto, ha sido mucho antes del paraíso del mundo, otro nombre de guerra. ¿Y si no te gusta, qué? ¿No estamos compartimentados? Sí, pero esta vez Carlos y Milka nos conocen de antes. Bueno, negocian y consienten. Jota: él le llamará Jota, retendrá la inicial del nombre verdadero, rehúsa otros disfraces en puertas de. . . ¡No lo digas! (una mano de mujer en su boca). Bueno, que mienta la cédula, que acaten los demás compañeros, no yo. Él está fatigado y baja ya los brazos. Muy cansado, muy cansado. Volverá a bajarlos, ya solo y sin Jota, esa tarde del sendero de arena, del sol y del poco de viento en los pinos. Si la compartimentación se ha vuelto pura joda, la macana ha sido volver a juntarse. Bueno, ya está hecho. Ahora es recién la noche del domingo y se han soltado, aflojando el abrazo: él ha probado entonces la mantilla, primero chamuscada en un borde, casi en seguida blanca. Carlos (el recuerdo de Carlos, ¿el fantasma de Carlos?) está entre ambos silenciosamente, como un murciélago entre las alfajías. Lunes de noche: ¿volverá el gordo? No, no ha vuelto. Y ellos ¿han tornado a encender esa mantilla para que Carlos no les hable, para no hablar con él, por no mentarlo? Suerte, solamente esa palabra: suerte. Milka ni siquiera parece haber querido decirla, parece haber sabido que ninguno de ellos cuatro podría ya tenerla. Sólo sus grandes ojos secos, mirándolos sin pausa, en ese instante de la tardecita del jueves y del viaje hacia el ómnibus. Y ellos dos, a su vez, los miran alejarse, de pie en la puerta de la casilla. Nadie acompañe a nadie, por supuesto. Abrirse y suerte (otra vez Carlos). Pero ahora —noche del lunes— ni en los visillos de las ventanas (Jota los ha corrido, en cuanto salta el almidón de

lumbre de la mantilla) ni en las paredes ni a la entrada de aquel sueño está Milka. Los vivos son vulnerables y vulnerantes y los caídos no. Los presos aguantan hasta que pueden, gritan desde donde pueden; los muertos son los verdaderos cerrojos. Irse o quedarse, todo está allí. No en esos labios rotos que han dicho Suerte, no en esos grandes ojos que han seguido mirando en tanto haya existido un resto de luz para que otros los midan y los vean. Ahora tampoco serviría de nada hablarse, raquetearse preguntas entre los dos. Están cansados y ésta es otra vigilia baldía. Hace ya meses que han decidido no tener ese hijo que ella ha dejado de pedirle y él no ha querido hacerle. La guerra no es la ocasión ni los enterraderos el sitio. Después. . . Sí, después, nunca se sabrá con quién. No con él, que ya ha determinado bajar los brazos, empujar hacia una esquina distante del colchón la pistola, alzar unos zapatos deformes sin atárselos, irse hacia el mar como si navegara de espaldas. . . Suerte, suerte, ¿qué suerte? Ya no va a desvestirse, noche del domingo, ya no va a desvestirla ni a cambiarle aquel nombre, hermoso como toda ella: su nombre. ¿Suerte? Sí, aun es posible pensarla: que no se ocupen de ella, que lo miren a él, que sigue estando bien visible y no se sustraerá. ¿No es así, no lo han comprendido todavía? Gradúa la lámpara, la baja sin un salto a las tinieblas, infla y achica el fulgor circular de un cigarrillo para sus flojos labios horizontales. La mano de Jota toca por un momento el hombro de él, en cuanto la mantilla ha dejado de cabecear. Dos horas más, en dos horas y minutos las manecillas del reloj entrarán en los cuadrantes de un día infinito, martes, al cual todos convienen en llamar trece de junio de 1972. ¡Martes trece! ¡Justo el día! Cuando llegue la hora, no se pondrá ese reloj en la muñeca izquierda ni buscará la pistola. Nada será ya mejor, nada podría ser ya peor. Suerte.

Es increíble cómo mueren los chalets, las casas, los árboles, el mismo mar cuando uno les ha vuelto la espalda con la intención de no tornar a mirarlos. La muerte es también

eso, perderse, no saber más, diferir hasta el fin y finalmente perder un regreso. Y sin embargo, aun siendo así, la aceptamos casi sin darle un sentido, en el caso de quienes no nos importan. Ese extraño a quien decimos "Hasta luego" es ya un muerto a quien hemos consentido, un difunto a quien todavía contemplamos. En cuanto haya cerrado la puerta, se instalará la eternidad entre él y nosotros. Y otro tanto acontece con las cosas: ese sillón de mimbre, esa ventana, ese declive de tierra que nos ayudaron a meditar por un rato, a la hora del crepúsculo. Lo demasiado inolvidable no conviene, llegado el instante del perseguido: el rostro demasiado memorablemente hermoso de Jota no conviene a la Orga, el hijo previsiblemente magnífico que se podría haber tenido con ella tampoco. Que se lo haga un capitán en un cuartel y no violándola. Que sea así, para que todos los fueros sean los fueros de la vida y no los de la muerte: y para que la misión sagrada de los milicos se revele tal como es, en una cama. Cruzados. . .

Los días de la casilla (*bungalow* es otra cosa, *bungalow* es una cabaña de troncos, había insistido El Nito) aparecían ahora, ya todo perdido, como un tiempo arrinconado y, en otro sentido, como de flotación ingrávida, expectante y henchida. Nadie puede creer, nadie puede admitir que haya de pasar las últimas horas de su vida en un agujero. Me quedo acá mismo, que vengan a buscarme —dijo Jota—. Su pierna derecha tenía una fractura expuesta, ella se había desmayado tras caer al fondo de un barranco, en su pequeño y trunco, desistido conato de fuga. Hay un lecho de latas deshechas y botellas vacías, pero no fueron nunca de ellos; ellos han ido quemando o enterrando todo cuanto pudiera habérseles juntado. Latas y botellas (sardinas, cerveza y todo eso) y él a su lado y de rodillas, no para pedirle perdón sino para seguir amándola, él prometiéndole dejarse matar allí mismo, apretado a ella. Los estampidos habían sido muchos al principio y luego, abruptamente, habían cesado. ¿Qué estarían esperando? Ella no acepta esa propuesta de compañía; sabe y dice que él, con las dos piernas sanas, no tiene por qué quedarse allí, provocando

que los ametrallaran juntos. Abrirse y suerte, como dijo Carlos. Saben quién soy, argumentó el hombre, y eso es provocación suficiente. Me quedo aquí. Ella lo hace ceder. Dos aquí, acorralados juntos, somos dos muertos en fija. ¿Pensará ella en sí misma, querrá salvarse? Hay que abrirse. La carga en brazos hacia el sitio llano, desde el cual ella pueda arrastrarse sobre su pierna intacta, hasta ganar (¿ganar?) la casilla. Y allí, ¿irán a recogerla viva o a acribillarla a tiros echada en el umbral o a carbonizarla con una granada? Hay que intentar la prueba. La besa una vez, una última vez y como distraído, al volver a depositarla en la pinocha, trepado el foso. Y en ese momento —en que ella no ha podido reprimir un grito, porque han vuelto a punzarla los lancetazos de dolor— sólo en ese momento él se echa a correr, para agrandar la distancia entre ambos y dispersar las ráfagas, si vienen. Cierra su puerta, una puerta labrada en el aire; la puerta que lo hace cadáver para ella. Una eternidad anuda en un acto cualquiera; en ése, por ejemplo.

Sí, ha sido ésa la única carrera que ha ensayado. Corta en metros, suficiente para desaparecérsele. Ella no ha podido gritar. Ni ha tenido fuerzas ni ha debido hacerlo. El silencio no era todavía la eternidad pero empezaba a servirles. Servía y duraba, latía en segundos, minutos que los alejaban uno de la otra y acaso fueran, para ella, la vida.

. . . *Paraíso del mundo.* La caída era un hueco. ¿Dónde podría estar ahora él, pensando qué? ¿Pensaría en sus tobillos desollados, cuando lo torturaron en la cárcel central, en octubre del 68, la vez en que no hubo tiempo de hacer estallar la granada de San Quintín y Garzón? Era un año antes de que otros se desangraran en los alrededores de Pando, entre el círculo de las botas de la Metropolitana, que esperaba verlos morir e impedía acercárseles. Él no iba a morir esa vez, estaba —estaqueado e inmóvil, correas en los tobillos, las corvas y los codos— acostado en la sala de los espejos. Por debajo de la capucha había visto, en el suelo, charcos del agua usada para la tortura, brillando al destello del azogue. Y casi en seguida la picana y la rueda

de los tiras en mangas de camisa, gritando rítmicamente y aplaudiendo rock-rock-rock, para reforzar aquel muro redondo de música ensordecedora, contra el cual parecían aplastarse los gritos, los gritos propios y los gritos de los compañeros, y sin que les llegara tampoco aquel reflujo de la solidaridad de las putas, que alcanzaron a escuchar después, otras noches, desde sus celdas, cuando eran otros quienes se ulceraban tobillos y se desollaban coyunturas y se quebraban costillas, bailando y aullando de dolor, casi electrocutados; y rock-rock y aplausos, cada vez más fuertes, y el otro coro, el del carcelaje de las putas mezclándose al ROCK-ROCK-ROCK y agregando a ese caos milicosputos, milicospodridos, su parte en un ritual tan descompuesto.

Dicen que no, que imágenes tales en estos casos no aparecen (¿cómo lo saben?), que la gente se pone entonces a pensar en su infancia, a rememorar algún juguete o un episodio de la niñez —un muñeco, un árbol preferido, un columpio, una taza— cuando saben que sólo les quedan minutos, menos de media hora de vida, cuando uno siente ya los progresos finales del cáncer o ha averiguado los horarios tradicionales del pelotón de fusilamiento. ¿Ustedes creen? ¿No será más exacto conjeturar que el individuo medite en lo que no va a ver, quiera abalanzarse sobre lo que ha de dejar inacabado, dé un paso al frente y grite algo destinado a perderse, ya que de todos modos se lo llevan y él se pierde?

Camina para distanciarse, camina en sentido contrario a aquél que lo llevaría a encontrarse otra vez con ella. Seguramente confía en que no sientan pánico, porque sabe que cuando están asustados y otean el olor de la propia muerte en la muerte de los demás, cuando tienen miedo de reventar ellos mismos en el acto de despanzurrar a aquéllos a quienes ametrallan, se ponen como locos, tiran en cualquier dirección, gritan, insultan, saltan, corren, hacen del miedo un odio extraño, animal, desesperado, una amalgama indiscernible de cobardía y de furias. Disparan contra todo lo que se mueve, o temen que se mueva, se encarnizan con lo que acaban de abatir, se ensañan cuando se cercioran de

que están ganando y su víctima ha quedado definitivamente indefensa. Sí, en esta clase de turbión actúan, en esta clase de turbión se atreven.

Tendrá que ser primero la caída y un borrón difuso de bloques saltados, la conmoción del estruendo en el aire y el sobresalto de la tarde, la caída y el rayón de un revuelo súbito de pájaros. Como un tizne, como un garabato hecho a carbón por una mano torpe, como la extrema cercanía opresiva de un dedo sucio, como el pringue de una mancha que les devuelve a un tiempo su fervor, su cólera y su risa: la muerte ajena.

Ese golpe, siempre esperado/inesperado, llega desde atrás como un empellón y un hachazo y una quemadura, arde más que duele, enciende, envuelve, oscurece, ciega, asfixia.

Abre los brazos.

Abre la boca.

Cae.

Caragua (*II*)

Ver me si fece, e io ver lui mi fei

DANTE, Purgatorio, Canto VIII

Están ahí y ahí está la noche, alrededor de ellos dos. Pascasio ha dormido, tal vez un par de horas, para compensar la primera fatiga. Ahora se ha incorporado a medias, apoyando el peso del torso sobre el codo izquierdo; los pies desnudos siguen reposando en tierra, horizontales y encimados.

—¿Me pasará algo malo?

No tiene el aspecto de sospechar de qué males se trate, cuáles amenazas recele. En este momento lo mira y Marcos se limita a alzar los hombros, no exacerbando los temores del prisionero pero absteniéndose de desvanecerlos. "Quién sabe", parecería querer decir. "Quién sabe."

Le habían ordenado que no hablara demasiado con él; encogerse de hombros no era hablar, aunque en los hechos diera a entender algo: una perplejidad, una ignorancia, un suspenso. El peón no había discernido el contenido del diálogo que habían mantenido en rueda, en la otra punta del sótano; pero había escuchado el rumor de las voces como un ruido, y sin duda esperaba que aquello le diera derecho a una mejor respuesta.

—Yo no hice nada —insistió—. ¿Por qué me tienen preso?

—No depende de mí —repuso Marcos—. Sólo cumplo una orden.

Era una respuesta muy semejante a la de un policía. ¿No lo avergonzaba, no le crujía?; ¿podía ser ésa la respuesta de un guerrillero? Otras circunstancias contribuían a hacer que aquel diálogo se pareciese a los de un preso y su guar-

dián. Pascasio había adquirido la confianza necesaria para dirigirle preguntas, nunca la de tutearlo. Él, Marcos, lo tuteaba. Lo tuteaba, a su vez, en frases que pretendían ser alentadoras por el interés humano que mostraban, un interés por la vida del semejante. Sí, pero también a menudo los tiras revelan interés por nosotros, no sólo por lo que podamos saber y quieran arrancarnos. Y nadie los tiene por buenos sólo por eso.

—¿Qué familia tenés?, era una pregunta de este tipo. Pero Pascasio la devolvía, sin aprovechar en ningún caso la ocasión para acercarse.

—¿Qué familia, señor? Familia no tengo, sólo mi mujer.

Podría haberle pedido que no le llamara señor. Pero la situación hacía moralmente inadmisible que lo estimulase a decir "compañero" o "amigo", a asumir cualquier forma más estrecha, más cordial en el diálogo. ¿Pueden ser compañeros el celador y el preso, puede la víctima tutear a quien maneja la cuchilla? No era posible reconvenirlo, enrostrarle su esquivez, proponerle ¿No sentís que somos iguales? No, porque en verdad no lo eran. Y la duda ¿Me pasará algo malo? marcaba el alcance de esa desigualdad. No era honesto convidarlo a una igualdad ficticia en esa situación, exhortarlo a emparejarse a las puertas del rito de la muerte, acaso con la intención absolutoria de que aquella falsa confianza ayudara al verdugo a descargarse del peso de una ejecución.

Además de no tutearlo, el preso sólo hablaba lo imprescindible: "Familia no tengo, sólo mi mujer".

—¿No tenés siquiera un perro? Era otra pregunta idiota, porque tampoco era la hora de ilustrarlo en su miseria, de prepararlo para el odio.

—Perros hay en las casas —respondió Pascasio— pero son del patrón.

Peón es un hombre que no puede tener ni un perro, así lo recoja perdido y hambriento en el campo. En su falta de otras frases, aquella pausa parecía alentar una reflexión, no una protesta. . . ¿Míos? El patrón no deja.

—Pero es lo mismo —estaba tranquilizando ahora a Marcos—. Con el tiempo, el perro del patrón se vuelve el perro de uno.

Si así fuera ¿no existiría ahora mismo un perro que estuviese buscándolo, a través de la noche? Sí, pero al no hacerse uno a la idea de que el perro mismo le pertenezca, tal vez no lo eche tanto de menos. Aquellos ojos amarillos parecían casi resueltos a volver a preguntar, desde la posición de Pascasio en el suelo, apenas levantada la cabeza para que su mirada llegase hasta el carcelero, sentado en el cajón de fruta, el fieltro inútilmente requintado en la cabeza, la pistola torcida en el cinto. Pero ¿qué preguntaban?

Marcos mismo debería haber advertido aquella diferencia de situaciones. El mestizo descalzo, alzando hacia él unos ojos amarillos y como de perro, que no acertaban a inquirir perentoriamente nada, no suscitaba tensiones a cambio del aburrimiento, a cuenta de la enorme extensión de la noche. Cuando lo habían turnado en la custodia del banquero secuestrado, Marcos había sido obligado a cubrirse el propio rostro con una capucha que rasgaba apenas el espacio oblicuo de dos ojos: que los guardianes pareciesen siempre iguales y chinos. Ahora nadie le había mandado encapucharse, como lo hacían para el banquero o para el fiscal o para el embajador. ¿No era ya ésa una primera concesión a la evidencia de que este asunto no tendría posteridad de posibles revelaciones? El banquero hojeando galerías ya a punto de partir para Italia, álbumes con fotos de sediciosos, el fiscal dejándolos pasar desganadamente, como gaje del oficio, el embajador aduciendo sus inmunidades para no hacerlo. Y ahora, en el Caragua, aquella proximidad física de caras mutuamente descubiertas, entre él y el peón ¿no descansaba ya en la silenciosa profecía de la muerte? ¿U obedecía a la certidumbre de que Pascasio no sabría, llegada la hora de los reconocimientos fisonómicos, identificar un rostro o trasmitir en palabras su configuración o sus rasgos, ni aun al cabo de la convivencia de una larga vigilia? Otra vez, otra vez: partimos siempre de que los hombres no habrán de ser iguales. No los sentimos como iguales, no los tenemos por iguales, no nos com-

portamos en la suposición abstracta de que lo sean, por más que alguna vez lo digamos.

En un rato, era la segunda vez que habían aparecido motivos para figurárselo. La vez anterior había sido creada por una pregunta estúpida de Marcos. Habían estado hablando de la mujer del peón y Marcos, en un instante y para su misma sorpresa, se escuchó preguntándole:

—¿Te gustaría escribirle?

—No sé escrebir, señor. Y ella no sabe leer.

La respuesta suprimía el riesgo que por un momento podría haber flotado entre ellos dos, el que hubiera venido a crear aquella curiosidad tan cretina. Porque si hubiera sabido escribir ¿le habrían dejado hacerlo? Seguramente no. La carta podría haberse puesto al correo, claro está. Pero ¿qué le habrían dejado mentir? Que había cruzado al Brasil, sin explicar por qué. Desde Rivera, desde Santa Victoria, desde el Chuy. Le habrían hecho mentir desde atrás de su misma muerte, una mentira innecesaria y odiosa; una mentira con sus peligros, además. O, si no, el fraude de ofrecérsele a redactar una carta en su nombre, leérsela y, una vez ocurrido todo, quemarla allí mismo o enterrarla con él. Por suerte, aquellos ojos amarillos no se habían interesado, no habían vislumbrado la ocasión de pedírselo. Un peón es un hombre que no puede tener un perro ni despedirse de la mujer que deja. Todo se hace más escueto y elemental con un hombre de esta clase, y no tiene sentido inventar perfidias a título de lástimas o confortaciones o socorros. Él no lo pedía, acababa de dejarlo cerrarse tras sí, sin la menor intención de reclamarlo. No era un banquero, no entraban en sus cálculos los términos de imploración y el rescate, como en el caso de Nino. Ese sí tenía un banco al cual pedir dinero, familia y amigos a quienes dirigirse, extorsiones del miedo y de la culpa. Un peón de campo no, un peón ignora todos esos puntos de posible enlace entre su cuerpo y los poderes del mundo. Pero a pesar de eso, otro sujeto más imaginativo habría planteado, aun sin saber cómo emplear después esa disponibilidad, que le dejasen escribir una carta, su carta a la mujer a quien desde

hacía más de un año no veía, de quien nada sabía. Sí, pero él no sabía escribir ni ella leer y allí se cerraba la historia. Para gente así están hechas las separaciones en silencio.

Nino le había entregado una carta escrita en italiano, dirigida a Laura, su mujer. Marcos entendía italiano, podría haberla leído: "Cara Laura"; prefirió doblar la hoja, para llevársela al responsable. Pero cayó en la tontería de decir: —¿Laura? Como la de Petrarca. . .

Nino no estaba encapuchado, como Marcos. El estupor dilató sus ojos:

—Ma come? —el reciente italiano escrito se coló por un momento a su lenguaje hablado—. Nunca creí que un hombre de acción —buscó el modo de no ofenderlo en la elección de las palabras, y sí sólo de celebrarlo— llegara a saber quién fuese Petrarca. . .

Optó por no contestar ofensivamente: Ése es un lugar común burgués sobre el hombre de acción, un idiotismo indigno de su inteligencia, podría haberle dicho. Pero dijo una vaguedad, dobló la hoja y partió a llevarse el mensaje. Había cometido una ligereza, había dejado un rastro cultural por el que acaso pudieran alguna vez individualizarlo; un rastro ante el italiano, mucho más imprudente que el rostro desnudo, puesto a contraluz frente al peón. Pidió que lo relevaran de volver al sucucho de Nino, que lo eximieran en adelante de tratar con él. Supusieron que lo odiaba demasiado y se lo concedieron. Pero él sabía que no era cierto y sin embargo se aprovechó del error. Jamás podría haber dirigido su odio, fuese quien fuese, contra nadie que estuviera cautivo.

Caragua (III)

Cenere o terra che secca si cavi
d'un color fora col suo vestimento...

DANTE, Purgatorio, Canto IX

La muerte de un hombre tiene que ser siempre un argumento central. Por eso, entre otras cosas, son tan estúpidas las guerras: derrochan y sacrifican, al mismo tiempo, miles de argumentos centrales. La ametralladora, la bomba matan porque sí, sin un destino singular de cada muerto que provocan, de la muerte que crean, sin una alusión privada al destino de un hombre, envuelto en la destrucción de su cuerpo. Eso tiene de ciega, de horrible, de imbécil esa forma de muerte. Para rescatar el sinsentido, tenemos que tantear en busca de las puertas difíciles, acaso de las puertas imposibles, como si forzosamente tuvieran que aparecer, a lo largo de aquellas paredes que —a falta de Dios, en nuestro caso— sabemos invulnerables.

Marcos acababa de enterarse, a mitad de mañana. El comando ejecutivo había decidido, sin tener a la vista la cara de Pascasio (sin haberla visto nunca) que la única solución factible y segura —¿segura cómo, segura para quién, segura hasta cuándo?— sería la muerte: la muerte de Pascasio, por ahora. Llegarían dos compañeros desde Montevideo, duchos en aplicar inyecciones, acompañados de un miembro del comando central, quien asumiría el papel de responsable. El responsable para ellos, porque los jueces podrían medirlo de otro modo y responsabilizar a más gente. Marcos había pasado, hasta un relevo de la madrugada, la noche con el preso. No había dormido en ningún momento, tomado —sin un solo alivio— por la crisis de su propia

responsabilidad. No la que acaso un día dirimieran el fiscal y el juez, porque alguien hablaría, aunque no fuera el peón. Ésa no le importaba. Ni tampoco —las razones ya no volverían a discutirse— la que trajera desde Montevideo el responsable ante la Orga, porque ésa sería la mera responsabilidad por la acción y sus detalles: el viaje de los tres en ómnibus, la cajita con las ampollas, quizá el escogimiento del sitio donde abrir la fosa, las horas de la jeringa, de la pala y del pisón.

Marcos estaba a punto de soltar los terneros cuando Antonio vino a decírselo: había visto bajar a Raúl del autobús, cien metros antes del sitio en que debería haberlo hecho. Se acercó por la carretera, observó si alguien había descendido en pos de él, se cercioró de que nadie lo siguiese o estuviera mirándolo. Y cuando tuvo a los compañeros a diez metros, adelantándose a las palabras elevó hasta el centro de su pecho la mano derecha y volcó el pulgar hacia tierra, dándole a entender. El espesor de su espalda, oficiando de muro entre los demás y el camino, protegía el gesto.

Nadie pareció celebrarlo en el Caragua, contó Antonio. A él mismo se le veía contrito. Los compañeros del comité central tampoco estaban conformes: con ellos mismos, con su falta de imaginación, con lo que habían tenido que resolver —había dicho Raúl y repetía Antonio—.

—Pero ésa era tu tesis de anoche —objetó dulcemente Marcos, tratando de que el tono no lo hiciese aparecer como una ofensa—.

—Era y es —repuso Antonio—. Pero no me alegra. No jugábamos a ganar una apuesta.

Marcos le oprimió el antebrazo izquierdo. Su mano, sobre un fondo de terneros apretujándose hacia la portera, subió hasta palmear el hombro de Antonio. Era como si quisiese expresarle sus condolencias y su solidaridad, precisamente porque hubiera ganado la apuesta. Antonio lo entendió así y sonrió apenas.

—. . . Cosas que a veces hay que hacer —dijo, por todo comentario—.

—Pero que yo no voy a hacer —replicó vivamente Marcos—.

—¿No harás que? —preguntó Antonio.

—No iré a preparar al pobre tipo para la mentira del viaje; no estaré asistiéndolo, por más que ustedes me llamen El Cura, en el trance de la inyección. Ofrezco darle mi traje, ese pingajo color tierra, ya que habrá que prepararlo para el simulacro de un traslado. Pero no quiero ayudar en el entierro ni quiero echarle tierra encima. Cavaré la fosa, si me lo mandan: él no estará todavía allí, de todos modos. Pero me niego a echarle tierra encima —repitió—.

—¿Y si te lo mandan?

—Trataré de que no me lo manden, los convenceré. No tiene ningún sentido la crueldad de mandármelo hacer a mí, después de haberme hecho pasar la última noche con él. Sin decirlo, yo hice de sacerdote, si les parece que ésa tenía que ser mi vocación. . .

—El traje. . . tu traje —fue lo que retuvo Antonio—. ¿Qué necesidad de vestirlo con un traje?

Ahora fue Marcos quien sonrió, declinando explicárselo.

Lentamente, como con el ambiguo acento de una compunción o un sermón (por algo le decían El Cura) Marcos empezó a formularse el reproche, sin esperar el compadecimiento de Antonio, a quien llamaban siempre "el ferretero":

—Anoche le propuse integrarse —dijo—. Pero debo haberlo hecho sin mucha convicción, porque él ni siquiera me preguntó qué significaba "integrarse". . . Y en casos como ése nos damos cuenta de que también nosotros hablamos una jerga. Cuando por fin yo se lo dije sin que me lo preguntara, se negó con la cabeza. Tal vez en ese momento ¿no te parece? acababa de disponer sobre su propia vida. . .

—¿Y qué autorización tenías vos para integrarlo?

—Yo sabía que él no iba a aceptar, que le tendría más miedo a eso que a su propia muerte. . . Y si me hubiera contestado que sí yo lo habría planteado, por si acordaban consultarlo a Montevideo. . . y tal vez hubiera pedido ir yo

mismo. Total, no se habría perdido nada con postergar la decisión otras veinticuatro horas. Después de todo. . . Pero no, me dijo dos veces que no, sin dudar para nada. No son cosas mías, me dijo. No tengo nada que ver con todo esto. Y lo peor es que tenía razón. . .

—Habría sido un desastre integrarlo —opinó Antonio—. ¿Te acordás del caso del chorro? Habrías tenido que matarlo después, en frío y sin la cosa del primer momento. . .

Estaba recordándole el caso de un delincuente común, a quien habían convidado a participar en la fuga del Abuso. El individuo había aceptado, había simulado integrarse y le habían atribuido responsabilidades, en tres o cuatro operativos. Hasta que un día habían sospechado de él y habían comprobado que les había escamoteado el producto de las expropiaciones. Se lo dijeron, le avisaron que lo juzgarían. Amenazó entonces con que si le pasaba algo ya había gente avisada. Tienen que aguantarme, pretendió. Lo juzgaron sin darle cuenta, decidieron desprenderse de él. Se le acercaron con la condena resuelta, los vio venir y se dio cuenta, se alzó de la silla en que estaba sentado e hizo un amague para defenderse, pero no le dieron tiempo. Eso fue en otro sitio, no en el Caragua; todavía no existía el Caragua. Pero Antonio y Marcos habían estado juntos allí y esa vez habían sido de una misma opinión.

—¿Te acordás?

¿Cómo no iba a acordarse?, respondió Marcos. Pero había sido muy diferente: el sujeto los había engañado, traicionado y seguramente era un soplón que estaba a punto de consumar su batida y que, encima de todo, se daba el lujo de amenazarlos. Marcos parecía postular que en el fondo de cada muerte hubiese una culpa. En el caso de ese chorro había una culpa —argumentó—. En el del peón no. Aquella vez, Marcos había contribuido a que eligieran el sitio, a la orilla del río y en aquella zona que cubrían las crecientes. Nunca más se supo.

—Era muy diferente —insistió—.

Pero era más piadoso no seguir preguntándole, no pedirle que explicara el alcance relativo de aquellas diferencias,

visto que el desenlace había sido —en un caso y en el otro— la muerte.

—Y además —dijo inesperadamente Marcos— aquella vez lo juzgamos nosotros, lo vimos todo nosotros, lo resolvimos e hicimos todo nosotros, hasta el final. . .

—Eso era lo que yo propuse hacer ayer —respondió Antonio, cuidándose también él, en el tono, de no herir—. Y vos fuiste el que quiso que diéramos cuenta a Montevideo y que todo lo mandaran resuelto desde allá. No te entiendo: ¿por qué, de ayer a hoy, cambiaste de criterio? ¿Te pasó algo anoche, en el intervalo?

—No, nada —mintió Marcos, en la desesperanza radical de que el otro pudiera comprenderlo—. Sólo que ayer vi que entre los compañeros de acá había mayoría para tu tesis. Y me tiré a que en Montevideo se les ocurriese otra cosa. . .

—Perdiste tu apuesta —dijo ahora Antonio; pero lo dijo sin ninguna arrogancia, sin asomo de suficiencia en cuanto a que aquella victoria tolerase la menor jactancia.

Marcos era consciente de que tendría que haberse aproximado al peón y haberle dicho: Quiero que sepas lo que pienso: creo que no hay derecho a hacerlo. Pero no puedo violar un orden ni una orden. . . porque, en definitiva, yo tampoco me pertenezco. ¿Soy menos culpable por no haber participado en la decisión y decirte ahora que la desapruebo? No, el caso es igual para todos. . .

Pero habían dispuesto engañarlo, hablándole de un viaje y haciéndolo vestir para que lo emprendiese. Sólo que viajarás dormido —habría que agregarle—. De modo que esa piedad impediría hablarle de veras, tanto como la disciplina. Y de los dos valores Marcos prefería, con mucho, el de la piedad.

Estaba hasta las rodillas en la fosa, que empezaba a tomar forma. Raúl había elegido a Marcos y a otros dos compañeros, visto que el responsable del comité central se demoraba. ¿Le habría hablado Antonio, para que lo eligiera? "Él no estaría todavía allí, de todos modos." Raúl los había llevado hasta la depresión del antiguo cauce, ahora

seco y rodeado de árboles, y había marcado el sitio y dicho: Caven aquí una fosa de tanto por cuanto. ¿Y a qué profundidad?, había preguntado uno de los otros (no Marcos). Digamos que a un metro y medio, había precisado Raúl. En tanto el responsable no llegara, él asumiría las circunstancias del mando. Un metro y medio: ya no faltaba mucho. Eran las dos de la tarde, deberían tener la fosa pronta para la tardecita. Era una tierra gredosa, difícil. Ya habían dejado la pala de pocear y trabajaban sobre las oquedades de los bordes con los filos curvos de las palas del abañil. Se diría que Marcos estaba ahora olvidado de su pesadumbre, entregado a la tarea y a la energía que reclamaba la tarea por sí misma. Nadie les había indicado para qué sería la fosa. Pero Marcos lo sabía desde la conversación con Antonio; y, además, las dimensiones del encargo eran inequívocas. Marcos podía conjeturarlas sobre las de su propio cuerpo, porque las medidas de Pascasio eran iguales a las suyas.

Había una clase de dialéctica que le entusiasmaba: la de los casos límites. Por eso, dijo muchas veces, le habría fascinado dirigir una versión propia de *Las manos sucias*. Sí, la obra tal y cómo él la veía. También había predicado muchas veces: no se trata de desaprobar una versión escénica ajena porque, en su concepción, disienta de la nuestra. Hay que ser ecuánimes: situarse en la óptica del creador y juzgarla desde ella. Los resultados podrían ser muy diferentes. O sin términos medios, proponer una versión propia. No ha traído sus libros aquí, no los hay en su casilla de los bajos del potrero. Iría peligrosamente en contra de una imagen de verosimilitud; y hay que cuidar ese extremo. No corresponde que un individuo *real* que cuide cerdos o terneros esté, al mismo tiempo, leyendo a Sartre. como no corresponde que un cabañero *real* funde una cabaña y la bautice Espartaco. Quien los viera, sabría en seguida que está asistiendo a un disfraz: ni Sartre ni Espartaco. En la vida real esas cosas no pasan.

Pero si hubiera tenido sus viejos libros, desde ayer habría corrido a su casilla, en busca de *Las manos sucias*. Pascasio era, para él, como una variante de Hoederer. Y

Hoederer era la única figura que, en el examen de aquella pieza, le interesaba verdaderamente. Por algo, que tendría que ver con su pensamiento de anarquista y su recelo por las disciplinas impuestas, le habría gustado dirigir la obra y centrarla en la figura de Hoederer y no de Hugo. Y por eso mismo, tal vez, no se lo habían consentido. ¿Era Hoederer un traidor objetivo, como decían sus antiguos correligionarios en el drama? ¿Existía la figura del traidor objetivo? Si Hoederer era un traidor objetivo, Pascasio podía pasar a ser un enemigo objetivo; aceptadas esas condiciones atribuibles al margen de las categorías de la intención y de la culpa, todo venía a transformarse en una gelatina monstruosa. Pero Hoederer, al menos, era el autor voluntario, convencido y no casual de una conducta; y el peón exactamente lo contrario. El Hoederer de Barrault era, para Marcos, su experiencia más memorable como espectador, desde la noche del Solis en que lo vio. Eran como recuerdos milenarios de otra vida, cuando aún no habíamos buscado cambiar el orden del mundo pero podíamos ir al teatro, bebernos un café en un café, leer un libro en un parque, discutir sin hacer, adiestrarnos sobre nosotros mismos y no sobre circunstancias que nos viniesen dadas y postulasen nuestra desaparición individual: todo eso que fue destruido en nosotros por la experiencia de la acción y de la clandestinidad. Pero aun en medio de ella y sin contraste con sus emociones, el Hoederer de Barrault continuaba inextinguiblemente vivo. El estudiante Trofimov de *El jardín de los cerezos* y muchos otros no eran más que personajes, criaturas existentes a partir de un propósito y del talento, caracterizaciones. Pero el Hoederer de Barrault no era eso, y por tal razón era posible tenerlo por delante mientras uno contribuía a cavar una tumba para enterrar a otro hombre, o sea: en el acto mismo de prestar el concurso para asesinarlo. Cuando aparece Hugo, el libro dice que tiene veintitrés años y que se deja ver desde el umbral. De Hoederer no dice absolutamente nada, pero Barrault sobrepone a esa nada corpórea una tricota blanca.

Y ya está, no puede ser de otro modo, no puede ya vérsele de otra manera: es un dato de la realidad el que entra en juego y no se dejará borrar. Ya aquello deja de pertenecer a la ficción y a la probabilidad, escapa a la mera creación artística, a la fantasía. Hoederer viste una tricota blanca, imposible imaginárselo en otra tenida. Decir Hoederer sin haber visto nunca la tricota es tan poco como decir "un peón rural, de alrededor de treinta y cinco años, aparece una mañana en la boca del Caragua". Pero de pronto ese peón rural se pone a existir, se llama Pascasio Báez, tiene los pies color tierra y los ojos amarillos. Habrá que asumirlo así o renunciar a conocerlo, a juzgarlo, a decidir sobre su vida y su muerte. Es que ya ha pasado a ser un dato de la realidad, como la tricota blanca: ya es Pascasio Báez y no podría ser otro; con él tendrían que habérselas. Y en Montevideo acababan de decidir su suerte y nunca lo habían visto. . . ¿Creerían posible quitar a Hoederer la tricota blanca? Pero Hoederer tenía, demás, los años de Barrault, como el peón la edad de Pascasio Báez. Hoederer tenía —tendría para siempre—la cara huesosa, contraída y dolorosa de Barrault, sus altos pómulos de cera, sus ojos huraños y su boca seca, de tajo fino. Ésos son datos imposibles de cambiar, pasan por encima de los títulos de la ilusión dramática. Todo lo demás es uno capaz de imaginárselo, pero por sí solo es insuficiente. ¿Es Hoederer el traidor objetivo como Pascasio Báez el enemigo objetivo? Sería factible discutir abstracta y especulativamente estas cuestiones, en tanto las figuras insustituibles —Hoederer con su tricota blanca, Pascasio con sus pies color tierra y sus ojos amarillos— no hubiesen aparecido. Pero desde que aparecen carnalmente, la discusión es otra y se traslada. Culpable o víctima, traidor o no, enemigo o no, todo esto habrá siempre que dabatirlo, por supuesto. Pero ahora tenía que decidirse también sobre otras realidades: esos pómulos altos, esa voz, esta tricota, esos pies color tierra, esos ojos. Sólo aquello que es fatal es imposible seguir inventándolo.

Y ahí estaba él, Marcos, echando tierra a los costados de la fosa y haciéndolo por encargo de otros: de otros que no

habían visto nunca esos pies color tierra y sin embargo habían creído tener entre sus manos todos los elementos necesarios para sentenciar.

Por eso, para encajar el asunto en su carne verdadera, él había descolgado en la casilla su traje color tierra, color herrumbre, color lombriz (¿y sería verosímil que un cuidador de cerdos y terneros lo tuviera?) y había ido a ofrecérselo a Raúl. Era todavía un rato antes de que lo incluyeran entre los cavadores. Tierra, herrumbre, lombriz: sinónimos imposibles para la vida, no para la muerte. Tierra, herrumbre, lombriz, escorias igualmente gratuitas, destinos como desechos, o al revés: desechos como destinos. Fue hasta Raúl, llevándole el traje, y le dijo: "Te lo doy para que se lo pongan, tenemos el mismo cuerpo él y yo". "¿Querrías ponérselo tú mismo?" "No, pónganselo ustedes, para vestir la historia del viaje. Yo no quiero." Había dicho "tenemos el mismo cuerpo, él y yo". Pero, ateo e ignorante de esas cosas como era, no podría haber querido aludir al sacramento de la eucaristía ni ninguno de los dos era Cristo; sólo mentaba una igualdad de estatura, ancho de hombros, talle. Los datos de la realidad otra vez, acaso la última.

Sin palabras, sin decir que lo aceptara, Raúl, por el momento, se quedó con el traje en las manos. Unos minutos después de habérselo llevado volvió y llamó a Marcos y a los dos compañeros, para encargarles la fosa.

Alzó la cabeza, calculó: "Compañeros, esto ya está hecho". Si Antonio le hubiera preguntado por el sentido de su frase "Y lo peor es que tenía razón", le habría contestado: Porque nosotros hemos pensado en integrarlos antes de habernos preocupado por saber quiénes eran. Porque hemos delineado el Plan Tatú antes de habernos esforzado por saber cómo era la cabeza de esta gente, cómo estaba organizada esa cabeza, cómo funcionaba. Dicho de otro modo: si querían para sí lo que nosotros queríamos para ellos. Y ahora, tal vez, otros estarán preguntándose cómo es la cabeza de nosotros mismos, guerrilleros urbanos metidos a guerrilleros rurales. En su primer momento, cuando la Financiera Monty, cuando el Casino de San

Rafael, éramos los Robin Hood, los justicieros, los cruzados contra la injusticia, los protectores de los pobres. Y cuando desde ese punto había sido forzoso pasar a matar, habíamos sido convertidos —en la imagen de los más— en los asesinos, en las fieras emboscadas en sus cubiles y listas para el zarpazo, en las bestias. Y ahora, por necesidades logísticas, culminaba esa conversión: abríamos una tumba para embutir allí a un tipo, de quien nunca sabríamos nada que contradijera la suposición de su inocencia.

—Compañeros, esto ya está hecho. Y ahora me doy cuenta de por qué lo hemos hecho, para enterrar a quién.

—¿A quién?, le preguntaron, a fin de autorizar momentáneamente aquella fantasía (¿estaría volviéndose demente?).

—Para enterrar a Robin Hood —dijo—.

A las cuatro de la tarde llegaron los dos practicantes y el responsable del operativo. Gracias a las indicaciones de Raúl, estaba todo preparado. El responsable no tenía facultades para revocar la orden traída desde Montevideo ni esa posibilidad podría haberse cifrado en la buena o mala impresión que produjera Pascasio. El caso debía considerarse cerrado. Así que el delegado del comando ordenó que actuaran en seguida los practicantes; él se reservaría la oportunidad de ver al prisionero una vez muerto.

El mayor de los dos practicantes recibió la misión de tratar con Pascasio: su larga experiencia de los hospitales lo sindicaba como el más avezado para lidiar con enfermos. Se mantenía en la suposición de que Pascasio lo fuera.

—Hermano —le dijo cuando lo tuvo presente, en el comedor de la casa (dos compañeros lo habían traído custodiándolo desde el Caragua, porque habían convenido en que sería escabroso e indiscreto subirlo desde allí, una vez muerto). Se resolvió que viajes y hemos venido a buscarte. . .

—¿Qué viaje adónde? —preguntó Pascasio, con más suspicacia que todavía miedo—.

—No podemos decírtelo, hermano. Ya lo sabrás después, pero no ahora: porque tendrás que viajar dormido, por razones de seguridad.

La repetida invocación "hermano" tenía un inevitable sabor cainita; el practicante decidió suprimirla, a cambio de suavizar aún más el trato.

—¿Dónde me llevarán? —insistió en preguntar Pascasio—. ¿Me pasará algo malo?

—No, nada.

Marcos no estaba allí, para comprobar que la pregunta de la noche anterior había reaparecido intacta. Era evidente que la idea de viajar dormido le alarmaba de veras. Pero en vez de decirlo, preguntó:

—¿Y el potrillo?

—Olvidate del potrillo —y el practicante asumía la actitud de ponerse cariñoso, de inspirar confianza médica, porque su imaginación no le dictaba otras actitudes—.

—Carajo —exclamó el peón, alentado coléricamente por la confianza que estaban extendiéndole y como si quisiera concurrir con la broma al comienzo de una amistad—. Dormido y sin potrillo, qué joder.

El practicante no pudo impedirse la sonrisa. Y la aprovechó para decir: —Vamos a tener que darte una pequeña inyección.

Dijo "una pequeña inyección" por un resguardo propio de su espíritu conmiserativo. Porque si hubiera dicho "una dosis letal", de todos modos el peón no le habría comprendido.

Estaba inusitadamente vestido, como para una ceremonia: ambo marrón y una mustia pero limpia camisa blanca. El practicante tal vez pensó que no podría haber llegado así, corriendo tras el potrillo por los campos. Pero en lugar de preguntarle ordenó, al tiempo que el practicante más joven le alcanzaba la jeringa con pentotal:

—Arremangate un poco. Sacate la manga izquierda del saco.

Le ayudaron a que lo hiciera y el practicante advirtió que no era necesario referirse a la camisa, porque cortaba muy por encima del codo.

La primera dosis fue muy lenta. Y ya los ojos de Pascasio revelaban que habría querido decir algo y no podía. El practicante joven sujetaba el brazo izquierdo del paciente, previniendo una retracción más o menos violenta; pero no la hubo. Era posible imaginarse que el hombre habría querido exclamar "Me muero" o quizá, simplemente, "me duermo". Ninguna de la dos frases llegó a la altura de sus labios. La segunda inyección fue dada a un cuerpo inerte, que ya se había desplomado sin caer de la silla.

El practicante viejo fue en busca del estetoscopio, al maletín que había disimulado donde Pascasio no lo viera, en un rincón más oscuro de la pieza. Se demoró considerándolo, concediéndole una comedida y parsimoniosa y remota atención, como si no lo hubiera utilizado desde mucho tiempo atrás. Pareció que transcurría mucho tiempo, minutos, demasiados minutos, pero eran sólo los necesarios para poder decir, al aplicarlo al corazón de Pascasio, lo que al fin dijo:

—Este hombre está muerto.

En ese preciso momento sobrevino, desde la pieza contigua, el responsable. Se abstuvo de mirar aquel rostro, sobre el cual el practicante había ayudado, como en una ambigua caricia póstuma, al cierre de los párpados.

—¿Y ese traje? —preguntó el responsable— ¿Es de alguno de los compañeros?

Y recién al oír la respuesta el practicante pudo desprenderse de la imagen surrealista de aquel hombre corriendo, en zapatos de ciudad y trajeado de pantalón, camisa y chaqueta por aquellas lomas, en procura del potrillo fugitivo.

—Quítenselo en seguida, antes de que le empiece la rigidez— ordenó el responsable—.

Les constaba que Marcos había querido regalarlo, para que el peón se lo llevase consigo a la tierra; pero aquella era la única disposición que había tomado hasta entonces el responsable y no parecía sensato discutirla.

—¿Se sabe cómo se llamaba, se sabe cuántos años tendría? —preguntó ahora—. Se lo dijeron. Y el responsable

desaprobó que tuvieran otros datos más, que asimismo le dieron: la existencia de su mujer en San Carlos, el campo en que trabajaba como jornalero.

—Opino que cuanto menos biografía se tenga del enemigo es mejor, salvo que eso nos sirva para actuar contra él y aventajarnos con lo que sepamos.

Era visible que el responsable quería lucir como duro, a cuenta de haber tenido que venir desde lejos y ser mayor que los demás. La palabra "biografía" sonaba torpe; y como crueles la palabra "enemigo" y la necesidad hipotética de tener que actuar contra él. El cuerpo de Pascasio la contradecía.

Entre tanto, habían procedido a desnudar el cadáver. Le habían sacado los zapatos sin cintas (¿ofrecidos por quién?) puestos antes sobre unos pies oscuros, desnudos y sin calcetines; y la camisa blanca y el traje color lombriz. (Tampoco se le habían encontrado calzoncillos.)

Alguien allegó una larga banda de arpilleras recosidas, dispuestas sin duda antes de la donación del traje de Marcos. Lo envolvieron en ellas, dejándolo arrebujado y desnudo.

El carrito de trajinar las bateas esperaba afuera. Colocaron el bulto de arpilleras allí. Alejaron la curiosidad de los perros, con alguna pedrada, y el mancarrón viejo partió muy despacio, como si hubiera reconocido la condición insólita de su carga.

—Hay compañeros esperando allá abajo —contestaron, a otra pregunta del responsable—.

Antonio optó por no subirse al angosto pescante de tablas. Prefirió abrir la marcha yendo a pie y tomando el mancarrón de las riendas.

—Este viejo no se le habría escapado como el potrillo —dijo—.

18 de Mayo

Ma voi chi siete, a cui tanto distilla
quant'i' veggio dolor giú per le guance?
e che pena è in voi che sí sfavilla?"

DANTE, Inferno, Canto XXIII

Me imaginaré siempre a Karonicki tal como me lo contaron aquella noche helada y de lluvia en los centros del otoño, 18 de mayo. Karonicki enorme y desnudo, con la sola excepción del calzoncillo, de pie en medio del patio de adoquines de la Penitenciaría. Llueve y el agua corre por su cara y sus hombros y el resto de su cuerpo; pero no sé por qué extraño efecto óptico la veo correr especialmente sobre su cara, abrir allí grandes canales y otros afluentes a grandes goterones a los dos lados de las comisuras, como si se tratase de provocar el efecto de que se le viese llorando. No llora, sin embargo, cual si el alivio de llorar no le estuviera concedido y lo supiese desde hace más de una generación. No llora. Opone a todo aquello un efecto de resignación insondable e inmemorial peor que el llanto o la protesta gritada: la actitud de un judío que contempla el *pogrom*. Hay una foto famosa de un niño, calculablemente de diez años de edad, durante el incendio del ghetto de Varsovia. El niño de la gorra torcida. Vestido de chaqueta y pantalón corto, las rodillas nudosas y desnudas y la gorra ladeada. El niño del ghetto de Varsovia. Sabe que aquello es la muerte y su cara lo dice. Su cara ante un fotógrafo inconcebible, el fotógrafo del fuego y del saqueo. ¿Otro judío, un nazi? Jamás se sabrá. Tal vez un nazi: documentaban todo, sistematizaban escrupulosamente la propia barbarie, la infamia pública y la íntima. Lo extraño es que la foto sea tan sobria, tan congeladamente pávida. El niño

sabe que es la muerte pero es un niño judío y a esa altura, para él, la muerte ya no significa nada. Nada que asuste más allá de los límites fijos de aquel horror, nada que obtenga otras réplicas del miedo, ese miedo ya de respuestas agotadas. El niño judío está de pie, las casas arden a su alrededor, quienes habían estado junto a él hasta un minuto antes ya deben estar muertos y sus muertes deben haber convertido a sus ojos lo que queda del mundo, en ese mismo instante en que mira al fotógrafo, en el desierto de la absoluta indiferencia. ¿Quién era ese niño de diez once años? Nunca nadie reclamó el azar que hizo de su cara la cara del martirio. Nunca nadie concurrió a decir "presente", ése fui yo hace veinte años, mírenme. Seguramente no reclamó porque su propia muerte, cinco minutos después de la foto, lo aguardara. Es posible imaginarse una suerte más patética que la de ese niño si muere: la de ese niño si continúa viviendo. Ese rostro indeciblemente triste e indeciblemente vacuo no tenía ya más que decir: "Manos arriba", apenas las levanta a la altura de las orejas. Nada que decir, nada que implorar: los nazis lo habían exprimido hasta el hueso, habían dicho todo por él. Karonicki, enorme y desnudo, no es imaginablemente ese niño, no puede haber crecido tanto, desde esas pobres rodillas nudosas hasta este torso gigantesco. Los padres de Karonicki (él no había nacido) pasaron por el incendio del ghetto. Sus abuelos contribuyeron a llenar vagones de ferrocarriles sellados y marcharon hacia la muerte. Karonicki casi no habla de eso; ocurrió hace tantos años para él, se ha hablado tanto. Desde la infancia, sin embargo, es posible pensar que la imagen de ese horror desnudo y lluvioso lo acompaña; y que ahora, en la madrugada del 18 de mayo, está otra vez cumpliéndose.

Un 18 de mayo, en el 72, en un feroz golpe de estupidez y desesperación, un comando del MLN asesinó a cuatro soldados de la guardia domiciliaria del General Gravina. Era una manera —demente y brutal— de decir que la batalla seguía, cuando estaba perdiéndose. Y eligieron decirlo así. En la noche lluviosa y también fría, otra madrugada de mayo, los soldados —envueltos en sus capotes, arrebujados

en un jeep— cuidaban el sueño del Comandante en Jefe. Habían tomado mate, tenían termos vacíos alrededor de ellos. Las metralletas los acribillaron sin moverlos del sitio; alguna de las víctimas llegó apenas a abrir los ojos. Era algo tan absolutamente imbécil que se pensó en el crimen atribuido para invocarlo, en el crimen ingeniado desde la posición de las víctimas para sacarle partido. Pero no: fue el crimen propio, el de la locura, el de la agonía, el del paroxismo de hacer algo porque todo empezaba a caer.

18 de Mayo, madrugada del aniversario de Las Piedras, Artigas: imposible elegir un mejor día de mártires, sobre cuatro humildes nombres casi anónimos con sabor a norte —Saúl Correa, Osiris Núñez, Gaudencio Núñez y Ramos Jesús Ferreira—; el Jeep 229 y su carga de cadáveres arropados seguirán flotando en las pancartas de esta venganza institucional.

Pero hoy hace un año y el próximo año se habrán cumplido dos y el ejército ¿cómo lo conmemora, de qué modo responde, con qué valores juega su partida? Pánico, pánico a fecha fija: se sabe que vendrán y han venido, se sabe que volverán y esa noche de la batalla de Las Piedras habrán vuelto. Es su modo de celebrar el Día del Ejército. Fort Glück ha preparado láminas impresionantes. Un par de ojos enormes, unos iris profundos perdiéndose sobre un fondo invariablemente lóbrego de imagen y leyenda: El tupamaro te mira siempre. El triángulo en relumbre de una hoja de cuchillo hundiéndose, con una gran gota gorda de sangre, donde espejea la luz del universo, entre los dos omoplatos: El tupamaro te ataca por la espalda. Una viejecita ínfima ofreciendo, con apariencia bondadosa, una canasta de frutas: El tupamaro está en cualquier sitio. La típica estampa del pescadero que esconde la metralleta entre los pescados: El tupamaro te acecha siempre, El tupamaro está emboscado, El tupamaro te observa, El tupamaro te sigue, El tupamaro te espera, El tupamaro te avanza, El tupamaro te calcula y te salta encima, El tupamaro te atrapa. No era cosa de pedirle a un dibujante de Fort Glück demasiada imaginación. Parecía suficiente inculcarle

(y hacer que a su vez inculcase) dos o tres ideas: tu vida no tiene treguas, tu vida corre peligros día y noche, dondequiera, en cualquier sitio, en toda circunstancia; porque el tupamaro es traidor y desalmado y el tupamaro vigila siempre y el tupamaro no duerme nunca, jadea como una fiera agazapada que sólo busca una cosa: tu vida. Caerte encima, despedazarte, provocarte la muerte. ¿Por qué? Porque eres quien eres, porque defiendes a tu patria, porque la amas y estás dispuesto a darlo todo por ella. El dibujante lo sabe. Todo en el clima enfermizo del *Bebe de Rosemary*. Defiéndete de él, mátalo en cuanto puedas, no le des respiro, no le otorgues ventaja porque la menor ventaja que le des es la vida y será para ti la muerte. Defiéndete de él como de una bestia rabiosa, como de una fiera ávida de sangre. Atácalo tú, mátalo en cuanto puedas. No lo dudes, el Orden te ampara.

Pero la noche del 17 al 18 se confían a algo más intenso que el efecto de los grabados o de las prédicas o de la emulación. Esa noche algo nuevo entra en la cuestión: tal vez no sea el *yuyito*, porque el *yuyito* enerva a quien lo fuma, lo hace sentirse primero contemplativo y luego ensoñador y adormilado y ellos quieren otra cosa, violencia, intemperancia, agresión: así festejan, las causas de la celebración del ejército se definen en lo que son por la forma en que se expresan. Algo descalabra los equilibrios de todos los días, por frágiles que ellos sean, y ese algo hunde fondos de cajas y hace saltar resortes. Es posible que los medios no sean más refinados que aquéllos que usan para excitarse los presos comunes en sus algaradas de gritos y corridas y timbres y sirena de alarma y puñaladas: *mandrax* y cocacola, un brebaje que mezcla hasta el desquicio barbitúricos con el ligero efecto arrebatador de la coca y echa a andar el caos.

Son las tres de la madrugada y ya se sabe. Habrá tres horas antes del alba ominosa del ejército: hay que aprovecharlas. Allí vienen, con sus tres o cuatro furgonetas llenas. La guardia habitual de las cárceles desaparece, deja el campo; los portones de Ellauri tienen que estar —desde el aviso— abiertos, porque nadie asegura los reflejos de los conductores, los frenos de los vehículos, el impulso de aquella rabia preparada y vociferada y lanzada a golpear a fecha fija: el aniversario de los cuatro soldados. Los Saúles y los Gaudencios y los Osiris y los Jesuses están muertos y así es como más les sirven. El barrio entero de Punta Carretas, por ese primer año no lo sabrá; después lo aprenderá. No es una fuga, no es una alarma, es un raid; no es un motín, no es una sedición, es un *pogrom*. La guardia abre los grandes portalones de Ellauri. Hay un instante en que las condiciones de seguridad quedan debilitadas desde adentro porque, de todos modos, es desde afuera desde donde se las perturba y rompe. El alarido de los guanacos en la noche, ese sonido hecho para ser estridente y ridículo y desagradable atruena al entrar. En la madrugada del 18 de mayo, allí comienza la fiesta, que es el escarnio y la provocación contra los presos de la sección política; y es la venganza. Saltan los soldados desde los camiones, se forman tumultuariamente y avanzan. Que nadie se interponga, porque entre las leyes del absurdo simulacro acaso figure la de no ceder.

Las sirenas se apagan con un ronco estertor, los faros de las camionetas lamen por un instante las paredes grises del carcelaje en la zona escogida. Desde adentro, responden prendiendo todas las luces. La guardia habitual entrega todas las rutinas, ante la irrupción del escándalo. Las entrega y desaparece. Haces de reflectores más poderosos y gritos, gritos de ellos, gritos como para empujar contra fondos de algodón, gritos no devueltos por los presos, tras horas de esperar el asalto. Todo el mundo a formar al patio, ésa es la orden. Mejor dicho, ésa no es la orden. La orden mezcla insultos, improperios, una cólera destinada a hartarse de tanto masticar sobre ella misma, de golpear contra sus propios dientes. *Hijos de puta, asesinos de mierda* —así empieza la orden—: ¡a formar al patio! Y queda uno solo como testigo en cada sección del carcelaje, uno para alcanzarles las cosas, uno para decirles dónde están esas cosas aunque, de todos modos, ellos vayan a encontrarlas donde estén y a destruirlas. Las bayonetas despanzurran los colchones de lana o estopa, las bayonetas agujerean los peque-

ños paneles sobre latex que, a las cabeceras de los jergones, fijan el recuerdo de las familias. Es, al mismo tiempo que la destrucción de las cosas, como un *pogrom* simbólico hecho sobre los rostros de los niños o sobre la sonrisa de la mujer querida o sobre la faz serena de los viejos, todo lo que remeda la normalidad de los afectos en las cárceles, el culto de un hogar hecho de matar chinches debajo de los gestos amados. Los bayonetas hacen algo para dar razón a los gritos o los gritos sólo hacen algo para dar razón al rasgar de las bayonetas. Ésta es la fiesta de los milicos, es su noche, es su madrugada de los cuchillos largos ejercitada sobre ídolos, sobre imágenes, sobre paisajes de la vida remedados por lamentables cartones. *Hijos de puta, degenerados* —dice el teniente rechoncho y pequeño, que parece uno de los más exaltados—. *Nos matan a los nuestros y a ellos, en cambio, hay que respetarlos, porque para algo somos el Orden. No les vaya a tocar un dedo a esos hijos de puta, son sagrados.*

Ya están todos en el patio, sobre los fondos adoquinados. Llueve. *Sáquense la ropa, dejénse sólo los calzoncillos, hijos de puta. ¿Que hace frío? Jódanse, más frío tiene la gente que ustedes asesinan, carniceros de mierda.*

Las filas de los presos descalzos, las filas de calzoncillos y de frío. *Hijos de puta.* En el carcelaje de los pisos más altos, en los carcelajes oscuros suelen abrirse como unos mechinales sucios de tinieblas y de acidez y de sudor y de sueño. Los presos comunes miran. No es su hora, aquello no les concierne. Cuando los silbatos y los timbres y las campanas y los garrotes son para ellos, hay que correr. Ahora no. Ahora ni moverse. Entre los pisos de los tupas y los de ellos hay largas nasas de alambre, como esqueletos de colchones o redes de equilibristas que son sólo muelles de resortes tendidos sobre el vacío, una red donde alguna vez un desgraciado corre como una rata acosada, en tanto lo golpean, en tanto los guardianes —con un entrenamiento superior— sobre ese temblor de elásticos precarios también corren y descargan mandobles y silban y vuelven a correr y gritan para exacerbar la ronquera de las bocinas y golpean.

Sí, ésas son las veces de ellos con la guardia habitual y las cabezas chorreando sangre, partidas a machetazos o a cachiporras. Pero ésta es una vuelta ajena, la vuelta de los tupas. Esta vez no va con ellos y no se meten. Ni hablan ni murmuran ni dicen nada: se les creería dormidos, aletargados, incrustados en su fondo de mugre y de silencio, indiferentes. Pero no lo están y en la noche miran. Sin simpatía, a lo mejor sin odio, miran. Ven la fila de los hombres desnudos en el frío, llovidos bajo los reflectores, la fila de calzoncillos bajo la lluvia y la madrugada. No va con ellos.

En las celdas de los presos políticos hay leche, en esas celdas —en el régimen de las cárceles civiles, que los militares se esfuerzan por cortar— hay radios portátiles, para escuchar los noticieros; en esas celdas hay azúcar, hay pequeñas garrafas de queroseno, yerba para hacer un mate en las tardecitas, que es la segunda hora del mate en las cárceles. Soldados y aun oficiales, bayonetas en mano, entran a saco sobre recipientes, agujerean bolsas, disfrutan haciendo caer el chorro verde y polvoriento de la yerba o veteándolo con el hormiguicida; mezclan el queroseno con la leche, sumergen los transistores en el queroseno. Todo consiste en arruinar la paciencia de las pequeñas acumulaciones alimentarias atesoradas y a compartir, a las que pareciese no tener derecho un revolucionario. Están presos por haber querido hacer la revolución y se comportan como pequeñoburgueses acopiadores de frutos: de yerba, de gestos de sus hijos, de leche, de sonrisas, de queroseno, de indulgentes miradas de sus viejos, de noticias trasmitidas por radio, de mundo, de cucarachas combatidas, de detergente, de Baygón, de mustios deseos sexuales en ellos y en los ojos de sus mujeres. Uno de los oficiales, después de haber gritado insultos, siente que debe consumar su extraño clímax: se aproxima a uno de los cuencos de plástico, lleno de leche, abre su bragueta y se pone a mear expresamente dentro de él. En el fondo de sus dos cuartas de leche ha quedado escorada una radio a transistores y ya nadie beberá de esa leche: son más finos que en los cuarteles, nadie la beberá. El oficial, sin saberlo, como aplicado a la

necesidad de una tarea cuya fisiología fuese el odio, se pone a mearla. No tiene ganas de orinar pero se esfuerza y mea. Los soldados sólo rompen cuando les mandan. Como si la iniciativa de aquellos gestos necesitara de los atributos del mando y de la conciencia del desquite y de un rencor responsable, al cual —si no están expresamente autorizados— se sintieran ajenos. Un soldado, por su cuenta, no puede: roban los de arriba, rompen los de arriba, pegan los de arriba.

Ahora el oficial rechoncho cree hecho el gran descubrimiento y aúlla: —Y esta estrella tupa ¿quién fue el hijo de puta que la colgó allí?

Está de pie, a la cabecera del catre de Karonicki. Lo manda llamar y, con sus grandes dificultades físicas empieza a golpearlo en cuanto le han dicho que es ése, el más grande de todos, descalzo y desnudo bajo la lluvia del patio.

—No es la estrella tupa, oficial, es la estrella de David —trata de decir Karonicki, en tanto esquiva aquellos golpes estúpidos, que no pueden conmoverlo profundamente. —Dígame mi Teniente al menos, hijo de puta.

Vuelve a decirle, ahora como el otro quiere, que es la estrella de David; pero el teniente no parece escucharlo, sólo se vuelca sobre él y lo golpea.

—Díganselo ustedes —insiste, sin visible dolor por los golpes, el grandote—. Todos ustedes lo saben muy bien. Díganselo de una vez, no jodan.

Nadie dice nada, en tanto él —curvado bajo la lluvia— trata de que le crean. —Es la estrella de seis puntas, señor Teniente, no la de cinco. Fíjese bien.

Pero ni la furia del oficial rechoncho tiene límites ni se mantiene en un solo y mismo objeto:

—Los bolches, el sionismo y la cosa nostra —grita ahora—, las tres cosas que van a acabar con nosotros, si no las paramos antes. ¡Las tres fuerzas que van a acabar con el mundo! —corrige, para hacer más impresionante su agravio— ¡La lucha es a muerte!

Parecía que el hecho de que pudiera seguir creyéndola la estrella de los tupas ya no contara demasiado para él. Su

inquina no cesaba de moverse y acababa de caer sobre los judíos.

Karonicki lo había discutido varias veces con sus padres, durante la visita quincenal. El plan de los viejos parecía muy sencillo: ponerle a su hijo el abogado más caro (El más caro, repetían: podemos). Sacarlo en libertad e irse todos rápidamente del país. Nosotros ya vimos empezar todo esto, hace un cuarto de siglo, en otro lado. Nosotros sabemos cómo empiezan estas cosas. . . Y por eso no queremos quedarnos. . . a esperar otra vez.

—Explicáselo a esos judíos amigos tuyos, que no se dan cuenta y colaboran con estos nazis de mierda —repetía beatíficamente Karonicki—. No me lo cuentes tantas veces a mí, que estoy en cana. (Y uno no podía desprenderse de la evidencia de que fuera a este otro niño enorme de gorra ladeada a quien ellos quisieran precisamente decírselo.)

Pero en cuanto los viejos se habían ido, él agregaba que tampoco quería irse:

—Me deben haber dado con la veta del antiguo martirio, pero la verdad es que no quiero rajarme. Ésta es mi tierra, qué carajo.

Sí, y Polonia había sido la tierra de ellos y de la de sus padres y la de sus abuelos: ¿y de qué les había servido, llegada la hora?

Los viejos judíos no cejaban de hacer prosélitos: —Por favor, dígale usted a su hijo que convenza al mío de que tiene que irse. Ellos dos son amigos y tal vez él lo oiga. . . Somos judíos y ya estuvimos en un campo de concentración y no morimos porque éramos jóvenes y fuertes, como es él ahora. Pero quién sabe si otra vez. . .

Pienso a menudo en Karonicki. No quería escucharlos, sonreía suavemente cuando los viejos hablaban de vender el comercio de la calle Andes, poner a su hijo un buen abogado, obtener así su libertad (secreta y discretamente, los viejos no podían pensar, no podían creer más que en comprársela, fuera como fuera y costara lo que costase). Y en seguida, irse, Irse, sí, ¡irse! ¿Dónde? A los Estados Unidos, respondían. —Un tupa a los Estados Unidos,

¿ustedes son locos? Sí, a los Estados Unidos, tenían allí parientes ricos, contaban con ellos. ¿Se habrán ido?

El tipo rechoncho para quien los bolches, el sionismo y la cosa nostra se repartían la culpa de todo y acabarían por hundir al mundo si se les daba tiempo, seguía cada vez más histérico. Pero nadie se animaba a contradecirlo, ni en su sentencia apocalíptica ni en el error que originariamente la había gestado, la confusión entre la estrella de los tupas y la estrella de David. Golpeó dos o tres veces más al muchacho, hasta darse cuenta de la inutilidad de seguir haciéndolo. El pene circunciso de Karonicki se salía fuera del calzoncillo y se balanceaba con los golpes; y el gordo empezó a considerar quizás más agresivo a ese pene que a la misma estrella. Más agresivo o tal vez, misterios del miedo, más oscuramente temible.

Cuando tuvo que capitular, porque alguno de los otros militares presumiblemente se atrevió y se lo dijo, no dio el brazo a torcer: era aparentemente quien dirigía el procedimiento. Ordenó a su gente volverse a los camiones y a los presos volverse a sus celdas. —Menos éste —dijo, dirigiéndose a Karonicki y señalándolo al intendente de la cárcel—. A éste me lo deja una hora más a la lluvia, por hijo de puta y por sionista, así se acuerda de mí.

El intendente no cumplió la orden de la hora más. Pero al menos aguardó, parsimoniosamente, a que el ruido de los camiones hubiera totalmente desaparecido.

Llovía cada vez más. Un preso común, desde su mechinal del cuarto piso, aprovechó y dijo (el antisemitismo de la cárcel):

—Judas, te tocó quedarla.

No se oyó otra risa que la suya.

El judas, por lo demás, parecía haberse vuelto de piedra. El agua corría por su cara y sus hombros pero, no sé por qué extraño efecto de la imaginación más que de la óptica nocturna en un patio adoquinado del penal, la veo correr especialmente sobre su cara, abriendo allí grandes canales y otros afluentes, como si tratara de provocar el efecto de que se le viese llorando. Sus ojos llorando y su pene meando, desde la zona abollada y macerada que el calzoncillo hace en las ingles.

—Todos a la celda, usted también —dijo el intendente—. Para que después sigan hablando de nosotros.

El judío enorme, hecho una masa de agua, no parecía en disposición de oirlo. Y no lo oía, hasta que lo empujaron.

—Una sola cosa —pidió después a los compañeros de celda—. Que nadie vaya a contarle a mis viejos lo que pasó anoche. . . Van a seguir jodiendo con irse.

Nino

Io era già disposto tutto quanto
a riguardar nello scoperto fondo,
che si bagnava d'angoscioso pianto

DANTE, Inferno, Canto XX

Cada hombre tiene de sí una imagen para tiempos normales y otra para días extraordinarios. Todo consiste en efectuar la mutación en el momento oportuno y no antes ni después.

Yo, por ejemplo, no fui banquero desde niño. ¿Cuándo me habré convertido a ese oficio? He perdido la fecha precisa. Mi padre vivió siempre entre cuestiones financieras y fue ministro de Mussolini en la república social de Salò. Luego las cosas anduvieron mal y sólo la hazaña de Otto Skorzeny dio al Duce una relativa sobrevida política.

Estoy en la fosa, no llego a entenderla: ¿será la parodia de un sufrimiento dantesco, el purgatorio de los banqueros en el concepto de los revolucionarios?

Llevo días y días en este pozo oscuro,
tanteo mis manos con mis manos y aun con ellas
averiguo mi cara,
cara que es como mía, manos que como ajenas
la recorren, quieren pringarla, llevan
el aliento del pozo hasta mi boca,
el pudor de esas manos a mis labios
y una muerta saliva hasta mis ojos.
Llevo días y días en este pozo oscuro
pero, así y todo, vivo.

¿Me imagino, lo escribo? ¿Escribí poemas alguna vez? De manera consciente, que yo recuerde, no. Pero no estoy seguro de no haberlos compuesto mentalmente a lo largo

de un viaje, al volante de un coche, a la borda de un yate anclado en las profundidades de la noche, mientras me escapo de las palabras cruzadas en un avión. Sí, los habré compuesto y dejado volar, sin apresarlos. He leído a Ungaretti, a Quasimodo, a Pavese, a Montale. He sabido versos suyos de memoria, por más que en casa jamás se hablase de ellos. El Norte de Italia tiene fama de haber sido menos poético que el Sur: son esas distorsiones del capricho y del humor, esas especificaciones sin sentido. Laura sabe que nunca tuve que matar a un poeta en mí, por la vía de haberle prohibido nacer. Curiosamente, la cárcel de la fosa parecía irse embebiendo de aquella humedad de lombriz pero también de una absurda nostalgia de poesía. Empecé a pensar, por primera vez en mi vida, si no habría en el mundo cosas para ser dichas exclusivamente en verso, al mismo título que hubiera asuntos para ser resueltos únicamente por letras de cambio. Me inclinaba a soñar, peligrosamente, esa clase de historias: director de banco arrojado al fondo de una veta maloliente de tierra, que mana un agua oscura y suda los pensamientos de la tiniebla en grumos y en hilitos viscosos. Es como una alegoría de la muerte y de la ultratumba, la tierra dándose por debajo de la apariencia de su propia piel, como los músculos sin la epidermis en las cartas de anatomía. ¿Qué punto de remoto enlace tendría la existencia que yo hubiera llevado hasta entonces con esa traspiración de las entrañas de la tierra? Y yo primero vestido y después, a mi propia solicitud, casi desnudo y sentado sobre una trenza de arpilleras empapadas. . .

Una vez fui encapuchado y caminé hacia el sitio en que me interrogaron, sobre procedimientos de la Asociación de Bancos. Cuando ya regresaba, el guardia me preguntó, en tono ni agresivo ni cortés: —¿Usted tuvo siempre pie plano? —No tengo pie plano —repuse—. Es una herida de guerra.

Eso fue todo. Ni el guardia demostró curiosidad por saber detalles ni yo se los di. La vida real quedaba suficientemente abastecida con eso. Pero mi fantasía no. Mi fantasía compuso horas después, torpemente, las líneas de un

poema; y en el fondo de ese poema convivían mi recuerdo de la guerra en Salò y un rancio olor actual a calcetines de preso. Quise escribirlo, tomé un papel, comencé a alinear sus renglones. —¿Tiene permiso para escribir carta hoy?, preguntó el mismo guardia que no concebía la grandeza de un fascista perseguido, sólo porque fuera un fascista. —No. Son versos —le dije—. Por debajo de la capucha, se traicionaba la estupefacción de su voz: —¿Versos. . . usted escribe versos? (como si quisiera realmente preguntar ¿un fascista puede?). —A veces. . ., dije sin darle importancia. Aquel poema estaba ya totalmente escrito. Se lo extendí: lo leyó, creo que dos veces, sin dar signos de haberlo entendido, de desaprobarlo, de aplaudirlo, de nada. —Supongo que estará autorizado. . . —Yo también supongo: pero consulte en todo caso. . . Jamás obtuve el resultado de semejante consulta; sí, ni creo que él la haya hecho ni yo tampoco volví a escribir más versos en mi cautiverio. Estas terapias sufren cortes inesperados.

Me preguntaron si tenía pie plano.
No, les dije, no es eso, es que una vez
echado cuerpo a tierra, a defender Salò
una bala perdida hirió la planta de mi pie.
Me lastimó, me desgarró la carne, me suprimió un pedazo.
Debiera usar plantales. . . Pero ahora me oían
sin ganas de saber si fuera cierto ¿Qué podía importarles?
Preferían

no hacerme descalzar y no arriesgarse
al olor de mis pies en aquel foso,
de un pie que un mes entero había vivido
en el lodo del pozo, envuelto en un mismo calcetín
nunca quitado, ni siquiera en las horas del sueño.
Preferían creerlo sin la menor sospecha. . . Total ¿qué más les daba

una cicatriz en la planta de un pie?
. . . No, les repetí, no sufro de pie plano
tengo una antigua herida, un fruncido en canal por el centro del
pie.
Debería usar plantales, pero me abren los bordes de la herida,
que fueron siempre demasiado frágiles.

No, los plantales desuellan, mejor renguear sin úlceras por los pasillos del Banco...
No, no es un caso de pie plano, no crean, es un caso de baldado de guerra, a causa de una causa (repito la palabra) en la que ya no creo...

Escribo estos recuerdos en Milano, a diez años de que todo haya ocurrido. No sé que rijan prescripciones decenales para los hechos que viví, pero es una distancia suficiente, en todo caso. Ustedes están donde están... e Italia en lo suyo. Se van borrando los detalles y los regateos, por suerte: el tronco carcomido del ombú de Villa Biarritz, aquel buzón de las negociaciones. El abogado me escribe que a veces pasa junto a él (sigue viviendo muy cerca) y le tienta buscar una última carta que se haya quedado allí olvidada. El fantasma de su *cocker spaniel*, muerto hace años, tal vez lo acompañe en esos paseos. Mi tentación, quizás, hubiera sido la opuesta: la de escribir esa carta que nadie viniese a recoger, por no saberla hecha. Habría dicho las cosas más claras, en las que me mantengo. Ellos no me convencieron, como alguna gente de mala fe creyó. No me convencieron, como yo no pude convencerlos de la última grandeza de un Duce proscripto y errante, antiguo dueño de un Imperio en ruinas, que iba a colgarlo cabeza abajo una vez muerto, aquí al lado, en la Piazza della Repubblica. Ese hombre ya descreído y solo y muerto, con su hermosa amante joven llorando contra la boca de los fusiles. Ellos podían emocionarse con el Che, me dijeron, jamás con un fascista, jamás con el Duce: la piedad sólo existe en este mundo en función de la simpatía, se ha embanderado ideológica y sentimentalmente; ha dejado de tener credenciales por sí sola. Hace poco me tocó vivir, en el caso de Aldo Moro, horas que sentí como ya pasadas y semejantes. Moro pudo haber cambiado mucho en esas horas, de las cuales no quedó de él más que un puñado de cartas; yo mismo cambié en las mías. ¿Y qué quedó de mí?

Muchas veces he soñado, a lo largo de diez años, con la gente de aquellos dos meses largos. Viví con ellos, ¿los

comprendí, me comprendieron? ¿Establecimos una relación de antagonismo, de contradicción, fundamentalmente de hostilidad? ¿Sólo esa índole de ligamen establecimos? Y no ya fundamentalmente, sino así fuera en la medida de una tregua dormida, de una animosidad larvada —yo preso y ellos guardianes— ¿diré que nos odiamos? Quisiera ser honesto y no declararlo yo mismo, porque lo cierto es que a las claras no lo sé.

Pero sobre la imagen de estos sueños que han tenido una década para fluir, hay otra. Recuerdo aquella noche del 20 de noviembre de 1969, en que ellos me hicieron bajar en la curva del museo oceanográfico, entre los últimos riscos del Puerto Buceo y la abierta herradura de la playa, a los fondos del cementerio. Me habían dado un tranquilizante, me restituían a la libertad. Sí, pero parecían extrañamente nerviosos. La policía podría estar pisándoles los talones, eso sentían (eso decían). Y si en aquel momento sobrevenían y atacaban, tendríamos que morir todos. Algo indicaba que pudieran estar sobre aviso y vigilando. La policía podría querer matarme, para desprestigiarlos: primero cobran el rescate y luego asesinan. Con todo, no era ése el azar que yo más temía. Me descubrí, después lo he razonado, un lazo de solidaridad con mis antiguos secuestradores: tendría más coraje para afrontarlo si nos sorprendieran a todos juntos y a mí todavía en sus manos y mucho menos si llegaran a sorprenderme solo, sentado en el murete de la rambla, junto a la orilla, en el recodo del cabaret de la Muerte. Solo, a merced de ellos y de su fraude. Porque entonces, pensaba, pueden acribillarme para cargárselo a ellos, matarme y presentarme como ajusticiado por la guerrilla. No tenían por qué quererme tanto, al fin de cuentas. Seguramente tendrían que preferirme como víctima inmolada, como materia de la propaganda: con los sediciosos no vale pactar. Ése fue el momento peor. Acababan de prevenirme que me bajarían allí y que al cabo de unos minutos estarían junto a mí mis amigos, los que habían negociado con ellos, los que tal vez ya estuvieran acercándose hacia la playa. Entre tanto, me ordenaron que no me

moviera de donde me dejasen ellos. Me senté en el murete, de espaldas al paso de los automóviles y al pantallazo de sus faros, como un transeúnte nocturno que por un momento se detiene, descansa, fuma y mira el mar. Creo que adivinaba el confín, como si detrás de aquel horizonte abriera el cielo de Italia y, con la certidumbre de la imaginación, yo pudiese verlo. Y llegaron, por fin llegaron. No olvidaré aquel rostro noble y aquilino que vi, entre todos el primero; y estuvo a mi lado y sólo dejé por un instante de verlo en el abrazo. No comulgaba en absoluto con mis ideas: nos juntamos por encima de tal abismo y me sentí seguro, más que nada, paradojalmente porque él estuviese allí. Pasaron los años: estaba yo aquí, en mi país, en mayo del 76. Desde aquí lo supe secuestrado, desde aquí lo supe muerto, abandonado su cadáver, junto a otros, en el maletero de un automóvil, en un barrio de Buenos Aires. Vuelvo hacia esa imagen, ella me borra todas las otras: sus ojos azules, su nariz aguda, su mechón caído de un rubio que jamás habrá llegado a ceniciento, su sonrisa de grandes dientes. Golpean, empujan las aguas de la noche del 20 de noviembre detrás de ese recuerdo. En el fondo de la piedad, oscureciendo su pureza, pueden colarse como —en las vetas del fondo del pozo— grumos turbios, se llamen gratitud, compañía, simpatía, protección, carisma íntimo, mundo. ¿Qué nombres tienen ya las cosas? Quisiera saberlo sin vacilaciones, para poder envejecer en paz.

Julio y la niñez del General

E io: "Maestro, i tuoi ragionamenti
mi son sí certi e prendon sí mia fede,
che li altri mi saríen carboni spenti.

DANTE, Inferno, Canto XX

Un desaparecido político no va sustrayéndose gradualmente a nuestra presencia, como si fuera un ahogado en el inútil, frustráneo trance de salvarse. No hay remolinos en que una cabeza se sumerja, no hay turbiones en que un brazo aparezca y gire, no estamos —distantes e imponentes— asistiendo a una lucha donde él se pierda y con él su vida: un ahogado en la correntada de un río, un ahogado en la sobremesa de un picnic. Esa misma agua que lo guarda hasta mañana, que lo devolverá —edematoso, mordisqueado de peces— en el ribazo más plácido o enganchado a las rocas, no se lo ha llevado verdaderamente nunca. Siempre sabemos, aunque no dónde, aunque no cuándo. Allí estamos, anochece mientras caminamos a la orilla del río y atisbamos el horizonte cada vez más oscuro, y se hincha y se vuelve enorme e impenetrable la sombría masa del mar pero el náufrago es parte de su fauna y mañana podremos recogerlo. El desaparecido político de nuestras historias —en cambio— cae ya muerto desde su fábrica de tortura, desnudo, roto y mutilado a veces, ligado a un bloque de cemento o amarrado con alambres por pies, muñecas o rodillas. Puede haberse ahogado en una poza siniestramente pequeña, en el bidón del *submarino* donde se le haya echado a que se asfixie o a que confiese, tanto da, no se sabe con cuál fin primordial, con qué objetivo verdadero. Si resiste y sale y en seguida declara, tal vez viva. Si no aguanta y le estallan los pulmones y muere, empezará el otro viaje, el de su de-

saparición política: los argentinos balancean los cadáveres sobre el viento del estuario, los deslizan y dejan caer y golpear desde un helicóptero en marcha, los confían a las corrientes y al destino de las playas más remotas y a la calma final de la tumefacción y el anonimato, a la piedad ambigua, casi sarcástica, del entierro abreviado en tierra ajena (nadie sabe quién es nadie, nadie reconoce a nadie, nadie denuncia, nadie reclama). Ésta es la historia del desaparecido político que las corrientes nos allegan, tras hamacarlos contra islotes de resaca, entre escoria del mar y máscaras de légamo. Coreanos muertos en motines de abordo (pretenden) acuchillados en zonas de altamar: coreanos tránsfugas, mercenarios de barcos pesqueros piratas, personajes de Conrad. Sí, cualquier sujeto tomado por la hinchazón del mar trae la línea oblicua de los párpados, puede parecer un amarillo a quien no sepa.

El caso de Julio ha sido muy diferente. El 1o. de agosto del 77, un lunes, Julio salió a dar unas vueltas por la mañana de la ciudad, manejando su propio auto. Debía, al cabo de ellas, llegar al entierro de Petit Muñoz en el Buceo, a las once. No llegó. Los límites y las formas de su desaparición eran, pues, confinadamente precisos: alguien había trepado a su coche antes de las once, lo había conminado a conducir o lo había sustituido en el volante. Y de ahí en adelante, nada. Razones para ser cautelosamente optimista, como su mujer prefería serlo: Julio había prometido declarar sus dolencias antes de que lo tocaran. En cualquier momento me les quedo, he tenido ya dos derrames meníngeos, en unos días más tendré sesenta y ocho años. Frente a tales riesgos ¿qué podían querer averiguarle? Nada muy importante: Julio había sido maestro en actividad y ya no lo era, periodista en actividad y ya no lo era. Tenía amigos en el extranjero, sí, muchos. En la Unesco, en Venezuela, en Ecuador, en México: en todos esos sitios había actuado. Los cables comenzaron a llegar en cuanto se filtró la noticia. Pero parece evidente que los milicos no creyeron ni a Julio ni a los cables ni a nadie. Hay ciertas formas de la brutalidad que no conciben, en uno mismo y en el prójimo, más que la

imagen y los correlatos de la salud. Los quieren, tal vez porque precisan destruirlos. Lo que trataban de arrancarle eran minucias —¿a quién enviaba un cassette en el extranjero, quién lo había grabado, quién se lo llevaba?— pero la vida era también otra minucia y no les fallaría, desde que ellos habían desdeñado imaginársela. Omitieron toda precaución, sumergieron sin más la cabeza de Julio; les falló y aquello no supo tener términos medios razonables y se llamó la muerte. Ahí estaba Julio muerto y los senadores venezolanos preguntaban y la Unesco preguntaba y un día el mismo negro Terence Todman pasaría por acá y se le ocurriría preguntar. Y era imposible concederse frivolidades en la respuesta: la muerte, señores, a veces se da en circunstancias tan fútiles. . .: eso no podían decirlo.

Había que responder que allí no estaba, que nunca había estado entre ellos, que nunca nadie le había hecho hundir la cabeza en el bidón de los fusileros de la marina; había que contestarlo así y disponer que la camioneta Indio pasase a disolverse en el aire, en el tramo de un solo viaje entre Pocitos y el Puerto: desguazarla.

La esperanza de una mujer colma los bordes de la realidad y acaba por salir de ellos. Ella se dio a pensar primero en cuarteles más lejanos y luego, hacia el fin de la historia, en formas de cautiverio en el extranjero. Cartas, averiguaciones, intercesiones de amigos: nada. Sí, pero hacia fines de setiembre —en un interinato— el general asumiría, por algún tiempo, el cargo de comandante en jefe. Era la gran oportunidad. Julio había sido su maestro en la última clase de Primaria, en la Escuela Sanguinetti, en la Unión. Maestro de sexto año en la sección de varones, la que ocupa la mitad de la manzana, en la esquina de 8 de Octubre y Felipe Sanguinetti. Y ella, maestra como también había sido, sabía (pensaba que sabía) cómo duran los afectos —y más que los afectos las lealtades— de esos años dorados.

Entre un niño de once años y un general acaso no haya nada en común; cuarenta y cinco años de devastaciones, sólo eso. Julio mismo, a pesar de su larga memoria de niño campesino, sólo podría evocar una túnica blanca, una

silueta entre los todavía frágiles paraísos del patio, aquellos tenues paraísos plantados sobre hoyos recién abiertos en el pedregullo rojizo. Hoy eran robustos, pero la imagen del niño de once años no había vuelto a discurrir a su sombra; ni la guerrera del general tampoco. Julio hablaba siempre de él como de un buen alumno: recordaba a un niño, como recuerdan siempre los maestros, y dentro de él había dejado crecer a un hombre; tienen ese secreto de frescura, de inocencia en la memoria y en la sonrisa los maestros. A veces cachetean cariñosamente un rostro que ya nadie se atreve a tocar, pasan una mano por la crisma de un niño que ya va en camino de convertirse en otro viejo (como el maestro). Julio había vivido mucho y el tiempo jamás había llegado a coagularse alrededor de él. Después del niño había visto otros países, vivido en ellos, hecho amigos sin infancia tangible, medido otros años. Ya no tuteaba al general en la presencia única de un escolar perdido, conocía a esos dos seres —distantes el uno del otro— y sería difícil que lograra fundirlos. Pero ella tal vez sí, sobre todo en el momento de tomar su pluma, de razonar su soledad y desesperación de mujer. Señor General: Usted es un hombre muy importante y yo no soy más que una esposa consagrada a buscar a su marido las veinticuatro horas del día, en la vigilia y en el sueño. Julio desapareció hace ya más de un mes y medio, sin que yo haya podido saber nada de él ni renunciar a la esperanza de encontrarlo. Prescindo ahora de mis asesores, me dirijo a usted directamente y le pido tan sólo unos minutos. Usted no habrá seguramente olvidado a quien fue su maestro de 6º y con frecuencia lo evocaba. Más de una vez, en estos tiempos en que Usted ocupa posiciones tan expectables, me ha hablado de usted; y puedo asegurarle que conservaba, de aquellos años y de su figura, un grato recuerdo. Supongo que Usted estará al tanto de que, desde el 1o. de agosto, nada se sabe de mi esposo. Yo pienso que Usted, con los poderes que ahora tiene, podría obtener alguna información y hacérmela llegar. Es todo lo que le pido, con el título de los muchos

años transcurridos y de los puros y limpios afectos propios de la época que invoco.

Había buscado, expresamente, no suscitar la emoción. Y asimismo eludir a los secretarios, a los edecanes, a los asistentes, a los abridores de cartas que no llegan. Que fueran unas pocas líneas sobrias y que con toda certidumbre cayeran en sus manos.

Esa misma noche el teléfono sonó y el jefe de Policía aparecía directamente en él, sin telefonistas ni anunciadores. Un coronel: se autopresentó con grado, nombre y funciones.

—Señora, Usted ha enviado una carta al Señor Comandante en Jefe.

—Sí señor, en la tarde de hoy, hoy mismo.

—Y el Señor Comandante en Jefe me ha llamado en seguida: está muy preocupado. Asumió su cargo recién ayer y desconoce totalmente el caso que Usted le plantea. . .

—¿Que lo desconoce?. . .

—En sus funciones anteriores nadie tenía por qué comunicárselo. . .

—Pero en Caracas y en París ya hay quien lo sabe. . .

—De todos modos, señora, me ha pedido que urgentemente me ponga al habla con Usted. Y yo, a mi vez, voy a solicitarle que tenga a bien recibir, esta misma noche, a un funcionario de mi mayor confianza, que irá a visitarla.

El funcionario era un Inspector de Policía y no podía dejar de hacer preguntas: —¿Denunciaron el hecho en la seccional? —El mismo día. —¿Hicieron algo más? —Presentamos en el Esmaco un certificado médico con la historia clínica de mi esposo, a fin de prevenir sobre los riesgos de su precaria salud: pero aparentemente llegó tarde, porque negaron haberlo tenido como preso en ninguna de sus dependencias y me devolvieron el certificado. . .

—¿Cuándo fue eso?

—El 8 de agosto.

A esta altura, casi fines de setiembre, el Inspector era partidario de publicar en los diaros un "wanted"; pidió una foto no demasiado antigua, se la llevó.

La foto apareció al otro día: previsiblemente, nadie acudió a suministrar los datos que se pedían. Un par de días después, en cambio, compareció nuevamente el Inspector de Policía. Traía consigo un legajo, escrito a máquina, caratulado como investigación de rutina, debajo de una tapa de papel crudo. Ella leyó el nombre completo de Julio en esa carátula, abrió el legajo de unas cuantas páginas y lo leyó rápidamente. La información practicada había dado como resultado establecer que la persona a quien se buscaba había viajado a Buenos Aires, en el avión de la compañía oficial, justamente dos días antes de que el Comandante en Jefe asumiese sus funciones. Tú te vas antes de que yo llegue. Figuraba un número, como el correspondiente de la lista de pasajeros. ¿Podría ella notificarse, tendría la amabilidad de firmar? No se le dejaba copia.

—No pensará usted que yo vaya a creerme nada de esto —dijo ella—.

—Yo soy un funcionario que comunica el resultado de una investigación hecha por otros —se limitó a responder el funcionario, con evidente desinterés de que se le creyese—. Rendía culto al pudor de su credibilidad: rara avis.

—¿Y la camioneta?, preguntó todavía ella. ¿La metieron en las bodegas del avión de PLUNA?

El inspector se encogió de hombros, por toda respuesta.

—Desaparece un 1o. de agosto, aparece viajando un veintitantos de setiembre. . . y de la camioneta no quedan ni rastros. ¿Quién puede creérselo?, insistió.

El general opinaba tal vez que sólo un fracasado puede darse el lujo de un ademán de infancia en la edad madura. Solamente un inepto, un hombre en quien el paso de la edad no haya grabado nada: ni obligaciones ni compulsiones ni desencantos ni nuevos recuerdos. En el caso de él, había pasado mucha agua bajo los puentes. Tal vez demasiada. Las convenciones del sistema tenían para él mucho más fuerza y más veracidad que un simple recuerdo de la niñez. Un personaje sabe que se ha vuelto importante cuando el sistema que lo encierra ya no le permite condescender a un recuerdo, a un sentimiento, a una razón suficiente para

enternecerse y actuar, que se le haya quedado enclavada en el pasado. Si se quedó allí es que no sirve. Y en aquel caso, nada más lejos de hoy que los días escolares. ¡Vaya! Sólo un tonto, sólo un tierno, sólo un flojo, sólo un nostálgico perdido. Los días de los bebederos azules, los días de la merienda de Albor, los días de sudar corriendo en los recreos y luego, sobre el mismo toque de la campana, formar fila apresuradamente para beberse el tembloroso traguito vertical que saltara del fondo de los cuencos de porcelana, antes de regresar a clase. A veces la campanilla eléctrica no funcionaba y era Julio quien sacudía la campanilla de mano más pequeña, la de las sanciones, la que interrumpía los juegos y, dándole una secuencia más larga y paradojalmente menos amenazadora, anunciaba el final del recreo. ¿Lo recordaría el general, años de diana y botas y gritos estrangulados y tambor no habrían matado, en su mente, el son de la campanilla?

Julio estaba ya muerto, sin duda; el general no había tenido tiempo de pedir que se lo dijeran en forma oficial —el trámite del asunto, afortunadamente, no había pasado por su despacho—; pero, a esta altura, hacía ya casi un par de meses que lo sabía. ¿Salir ahora a revolver las cosas, a preguntar cómo fue muerto, dónde fue muerto, por quién fue muerto, erizando los celos de la Marina, apenas comenzado él en el cargo? Sólo un fracasado o un iluso —dotes que, en todo caso, no servirían a un comandante en jefe— podría salir ahora haciendo esas preguntas, en nombre de esos recuerdos. . . Julio, por su parte ¿le había pedido acaso permiso para pensar como pensaba, para conspirar como seguramente conspiraba, para querer lo que quería, para actuar como actuaba? El general era una figura dentro de un orden, Julio alentaba en otro muy distinto. ¿Iba a quemarse el general haciendo preguntas en su orden propio, en el mundo donde él contaba, para que otros pudiesen enrostrarle sentimentalismo y blandura, para que lo tachasen de vacilante y de tibio y de inconfiable y pusilánime según la escala de valores en que verdaderamente lo estuviesen considerando y tuvieran derecho a juzgarlo? En ese

otro extraño mundo, en el mundo de los amigos de Julio, estaba ya irremisiblemente perdido; no se notaba tan sólo porque ellos, los generales, tenían el poder y la voz y el silencio de los demás y la fuerza. Nada más que por eso. Julio estaba muerto, de todas maneras, y —de estar vivo— verosímilmente nunca habría pedido nada semejante. La desesperación y la fe y el utilitarismo pietista de las mujeres eran otra cosa: echar mano de todo, golpear todas las puertas por si alguna —la más inesperada— abriese. Julio no habría podido engañarse. Y si hubiera consentido en pedirle algo habría sido seguramente para cercarlo más, para abrir la vía —alguna vez, quién sabe cuando— de exigir cuentas; simplificando por gusto y conveniencia, a fin de seguir viendo, en un ficticio trance más, a un niño donde hiciese años ya no hubiera más que un soldado, un guardapolvo en vez de una guerrera, un flequillo infantil en vez de un quepis. Las campanillas escolares no suenan en las cuadras de los cuarteles, ¿a qué querer seguir oyéndolas allí?

Julio ha muerto y algo de lo que él fue llena tarjetas y telegramas donde llueven saludos, condolencias, alarmas, incredulidades, condenas, preguntas, todavía preguntas. El general vive; por un año más seguirá siendo comandante en jefe. Luego, en sus días de sol, pensará todavía en el poder; y si el tiempo se nubla, en embajadas. Quién sabe. Tal vez, como en la historia de Rosebud, un día el nombre del trineo se le aparecerá en la murmuración del coma y nadie lo entenderá; y otro día, el día en que rematen su pobre gloria, alguien verá arder el trineo envuelto en llamas. No será un trineo. Será una campanilla y acaso la imagen escolar sólo busque desprenderla de la mano que la agite, para que esa mano no diga nada, no abra sus dedos y no erija su índice a fin de apuntarle y acusarlo: tú, como miembro de un orden, tú como el hombre que una vez tuvo inevitablemente que saberlo y no quiso. . . tú, el buen alumno.

Pero en este instante no se trata de la mano de la campanilla sino de la diestra suya, crispada encima del legajo, en

su escritorio. Sólo los fracasados, sólo los incurablemente sentimentales, sólo los cobardes reciben órdenes de sus propios recuerdos. . .

Esa mano viaja hacia la pluma, la esgrime, escribe:
Con lo informado, archívese.

Mar Mediterráneo

. . . che sotto l'acqua ha gente che sospira

DANTE, Inferno, Canto VII

Siempre he pensado que las cosas principales de mi vida se vinculan al mar. Yo debí haber sido Capitán de Navío y no Coronel. Sí, y en la misma hora de mi muerte sólo contaba las olas entre mi hijo y yo. Me imaginaba la posibilidad de ser fusilado sobre las rocas de la orilla y de caer muerto de espaldas hacia el mar, como en el cuadro de una batalla. Desde que se había establecido aquella especie de fabulosa mansión de las torturas, en pleno barrio residencial de Punta Gorda, la gente se había dado a imaginar esa índole de fusilamientos en las madrugadas. Tal vez fuesen en la pura realidad —pienso ahora— simulacros. Quién sabe. A algunas horas (las tres de la mañana, digamos) se cortaba el tránsito por Coímbra y también por la Costera. Seguramente lo cortarían asimismo más arriba, a la altura de General Paz, en el trayecto por Coímbra hacia el centro y en las transversales. A unos doscientos o trescientos metros de cada sitio de intersección, los soldados lo prevenían —se decía— con pantallas rojas y circulares de cartulina o simplemente con faroles mecidos como péndulos. Prohibido el paso y prohibido detenerse. Vuelta en redondo y marcha atrás. ¿Y para seguir? "Por otro lado", mandaban los soldados. Por acá no se puede. Carabina amartillada. Por avenida Italia, más arriba, por donde sea. Por aquí no se puede. Todo ocurría en el correr de los segundos. ¿Hubo algún accidente, más abajo? Siga, no pregunte, no se demore, es peligroso. Esta última advertencia convencía en

seguida. ¿Una bomba por estallar?; pero nadie lo preguntaba, por el temor de convertirse en sospechoso a los ojos de los soldados: ¿cómo lo sabe? ¿quién la puso? Madrugadores despejados y automovilistas semiborrachos habían, sin embargo, dado pábulo a la leyenda. En la mitad de un interrogatorio demorado (¿o los oficiales lo habían dejado alargarse adrede?) había estallado algunas veces, desde el mar y proviniendo del pequeño cuenco de la Playa de los Ingleses, una descarga de fusilería. Los soldados se habían puesto extrañamente nerviosos, habían apresurado a culatazos el desvío del automóvil bloqueado por los faroles: Circule, no nos comprometa.

Así había nacido la leyenda de los fusilamientos nocturnos del Mayor en la plaza. Seguramente auspiciada por él, porque no era descaminado suponérsele orgulloso del terror que suscitaban su persona, sus hazañas, su casa de la calle Mar Mediterráneo, su nombre. Famas que no pagan su precio, en el instante en que precisamente debieran. Al Mayor se le había ascendido y la historia de sus macabras correrías internacionales saltaban de una orilla a la otra y sus viajes a través del estuario servían para torturar en el garaje de un suburbio porteño y para matar allí al hermano de Santucho o para traer a la gente del PVP e imaginársela sorprendida, con cámaras de TV, dentro de un chalet de Shangri-là, saliendo de él con los brazos en alto, a la más plena gloria del Mayor. Fue entonces cuando todo se consideró a punto y el régimen propuso al Mayor para la Junta Interamericana de Defensa. Pero EE.UU. le negó la visa de acceso a su territorio y allí mismo se acabó la apoteosis. Los yanquis primero inventan a gente como ésta y después de haberla usado la rechazan; ésa es la historia y quien no quiera entenderla. . .

La misma estirpe de la mansión es fiel al carácter rioplatense de las competencias del Mayor. Sin duda, alguien venía siguiendo en Buenos Aires los pasos de aquel ingenuo de Jorge, cuando se le eligió para entregarle el dinero: llévelo al Uruguay y hágaselo llegar al MLN. Comenzó por comprarse una casa en Punta Gorda, sobre la calle Mar

Mediterráneo. Y luego un automóvil Citroën. El Mayor tenía seguramente todos los hilos en su mano: en el momento justo interceptó el coche, baleó a Jorge, apresó a quienes le prestaran asistencia como herido, lo apresó a él, se le quedó con el dinero (enterrado en los plantíos de la chacra de los padres de Jorge), se le quedó con la casa. Y estableció allí —tal vez no habría elegido ese barrio, si ya no se la hubieran dado comprada— la mansión de las torturas, gritándoles (a todos los que quisiesen oirlo) desde el balcón del mar que le habían regalado: gritándoles desde la casa de otros, con gritos de las entrañas de otros. Brillantemente.

El del Mayor no era cualquier sucucho de torturas: había pasado a tener un status descollante entre las casas de su género. Cuando el asunto del PVP, su *hit* publicitario más famoso, el Mayor debe haber vacilado entre las ventajas de la discreción y las de la publicidad. Para tema sigiloso, aquél tenía ya muchos resquicios: empezaba a saberse que los afiliados al grupo Por la Victoria del Pueblo habían sido detenidos en Buenos Aires; algunos de ellos habían sido muertos en el momento mismo de la aprehensión, otros habían figurado un par de meses después entre los cadáveres de la arboleda; había niños extraídos de junto a esos padres, muertos o prisioneros éstos, con vistas a muertos o desaparecidos en todo caso. Era conveniente hablar claro, desvanecer la ficción de *otro* territorio, de *otra* libertad, de *otra* vida. La caza del hombre, con gente como el mayor, no tenía fronteras. Por tipos incluidos en esos trasiegos, algo tendría finalmente que filtrarse y se filtró. Cuando Enrique Rodríguez Larreta contó desde París las torturas del garaje de barrio de Buenos Aires y los pliegos de las confesiones firmadas y el pasaje colectivo del río, el Mayor ya se había anticipado, pasando por cadena de televisión, para toda la República, su filme sin créditos; y se había colocado en una posición intermedia: voz de locutor *off* en largos pasajes, su rostro sin su nombre en un ángulo inferior de la visión, en otros. Contaba por primera vez la historia del PVP: se inventaría un producto comercial —un pulverizador, un detergente— para imponerlo primero; se

gastaría mucho dinero en eso. El Mayor había tenido que empezar por gastar él mismo en relatarlo: una carrera de ciclistas en cuyas mallas lucían las tres letras, PVP. Impuesto el artículo, se revelaría el misterio de las siglas. Sí, pero el Mayor había podido saberlo antes —por su especialidad en "confesiones"— y lo refería ahora. Había filmado el simulacro de la carrera de los ciclistas, antes que nada. Repechos, la rambla, Malvín, paisajes conocidos para la audiencia. El Mayor había podido determinar dónde se tramaría el plan y dónde se juntarían sus autores: en un balneario de Canelones, en Shangri-là. Había llamado a todos los canales del país y habían dado con el chalet y habían llamado a la puerta y los sediciosos habían salido en orden de la casa y con los brazos en alto (todos con el mismo ángulo, el espectáculo tenía que llenar ciertas mínimas exigencias corales) y se habían entregado sin emoción visible en manos del Mayor. Brillante, tal vez demasiado brillante.

En enero del 76 estallaron unos petardos debajo de los muelles de Punta del Este y aquello sirvió de pretexto para volver a aprisionar a los militares excarcelados que estábamos viviendo por la zona. Al General, para empezar; y a varios otros, entre quienes yo. Padezco siempre de una tonta ilusión que me hace correr detrás de los hechos, sin darles nunca alcance. Conocía las famosas torturas del Mayor, pero no las habría creído aplicables a coroneles. Muchos principios se nos han movido en poco tiempo y ése es uno de ellos: en la hora de las horas, decíamos, los militares sabrán tratarse entre ellos como tales; y eso puede suponer el fusilamiento, pero no la picana. Colgado de enormes poleas, expuesto al sol y a los baldazos de agua, desintegrándoseme los hombros, desencuadernándome vivo, supe que no era así. Primero se nos degradaba y eso nos convertía en civiles: en los peores civiles, en los que habíamos sido militares y habíamos sido decretados indignos de los honores del grado. A esos civiles, desde el reverso de los galones arrancados, desde los omóplatos y las axilas, se nos colgaba en el patio de Mediterráneo.

En el caso nuestro, casi por detalles: cándidos en el

espejismo de una victoria electoral imposible, habíamos temido que se nos quisiese desconocer el triunfo de las urnas y nos habíamos organizado elementalmente para resistir el despojo. El asunto se había bautizado "Operación contragolpe" y era poco más que un juego de palabras, un sueño verbal sobre una pizarra. Al Mayor, al parecer, le habían encargado cambiarle de nombre e imponernos su cambio, para darle una vis ofensiva. Operación Copamiento, quería el Mayor que se dijera, y aquello transformaba su significado: si en toda nuestra pequeña y pobre empresa delirante había algo bien puesto era justamente el nombre: lo mantendríamos.

Sí, lo mantendríamos mientras las axilas nos aguantaran si el tórax nos soportaba, si las costillas no se nos desarmaban.

El Mayor quería mezclar a más gente en el asunto: a otros mayores retirados, a otros coroneles, a más gente que respondiera al General. La Operación Copamiento, como insistía en llamarle, era una bolsa de gatos en la cual, a su juicio, cabrían otros muchos gatos. Sería un desperdicio presentarla tan fláccida. Hay antiguos e inocentes compañeros de armas, caras que tal vez sigan sonriéndome desde la niebla y cuya sonrisa debo haberme ganado para siempre: no admití que se les incluyera, por la sola y sencilla razón de que nunca hubieran estado.

El Mayor nos encapuchaba a nosotros. Hablo de mí mismo y de un oficial marino a quien no había visto hasta aquellos días. Mediterráneo, como la bolsa de los gatos, tenía capacidad para más gente. El marino era interrogado lejos de mí pero solía comparecer en el patio y al despacho general en algunas operaciones decisivas. Por debajo de nuestras capuchas marchaban rápidamente las contraseñas; hoy creo que acaso se desentendieran de impedirlas.

Aun colgado, yo jamás podría haberme imaginado que al General estuvieran ocurriéndole cosas parecidas. Hoy sé que, efectivamente, no lo colgaron, pero que le hicieron cumplir un largo plantón y que le golpeaban la espalda a trompadas a fin de que la mantuviese erguida, y que más

de una vez un soldado le dio patadas en los tobillos, hasta ponérselos edematosos, a efecto de que abriera —en el grado de lo que el soldado juzgase correcto— el ángulo de las piernas en el plantón. ¡A un general! Cuando tuvo sed, después de dos o tres días de verano sin una gota de líquido, le sirvieron un vaso de agua caliente y se lo dejaron en el suelo (donde él no lo tomó); y cuando tuvo hambre le dejaron un ensopado de carne en un plato puesto en tierra, sin tenedor ni cuchara ni cuchillo (de donde tampoco lo ingirió).

Y sé que después, mientras le tomaban declaración, le pusieron un gran radiador eléctrico encendido casi contra la piel, con la intención de quemársela, y que el comandante del regimiento de Maldonado sobrevino, cubierto de una capucha, para ofrecer las garantías de su presencia mientras el General declaraba. El General le dijo que el jefe de una unidad se degradaba ante sus inferiores al encapucharse y que mal podía ofrecer garantías a nadie alguien que empezara por negar y negarse las de su propia identidad. El comandante no tenía ninguna respuesta para ese cargo en el repertorio de las que le habían preparado; se llamó a silencio y al minuto se fue.

El General estaba en Maldonado y nosotros en Punta Gorda; ninguno de los dos sabía del otro como en el día de hoy, condenados cada uno a decenas de años, de tanto en tanto sabemos.

Era especialmente atroz ese juego de colgarnos, de mayores a coroneles; y no crean que porque la sensibilidad de un militar me parezca privilegiada, más preservable a los ojos de los demás que la de nadie. Era atroz porque el orden dentro del cual habíamos vivido y creído durante una vida entera se partía en dos, antes aún de que nos partiéramos nosotros. Pero hay algo que está en la raíz de aquello y que me intriga más: por qué esa especie de odio abyecto, como amazacotado y urgente, como necesitado de mostrarse cuanto antes y del modo más absurdo y destemplado y a ratos histérico. ¿Qué miedos hay detrás del odio?

El Mayor, allí en Mar Mediterráneo, no se encapuchaba. Y tenía que saber que, aun encapuchados nosotros, a ratos

podíamos mirarlo. Pero su filosofía, si cabe hablar de una filosofía de la tortura, estuvo dada por un episodio que no se preocupó de que nos fuera sustraído, desde que lo sustanció a gritos y en presencia de todos. Había un teniente asignado a picanear a los presos. Era un hombre enorme y tenía una cabellera rebelde, de mechones espesos, como plumerillos, que salían por encima de la tela de la capucha; y que lo harían claramente identificable, si ya no lo hiciera —en grado decisivo— su tamaño. Pidió que lo transfirieran a otros trabajos. Era el que hacía las fichas de los presos y la primera referencia que solicitaba, al comenzar sus sesiones de interrogatorio, era ésta: Nombre y domicilio, con teléfono si es posible, de una persona a quien dar aviso en caso de muerte, herida o accidente. —Oigame, Teniente —le dije—. . . pero éste no es un viaje en avión. . . —¿Quién le ha dicho que yo soy Teniente? —Bueno, lo que sea —dije—: Estoy encapuchado. Yo también he sido militar. —Era, repuso con visible desprecio. Ya no lo es más.

El fundamento de su solicitud era el problema de los pelos. Estábamos formados en el patio, a la espera de que comenzasen los que, por eufemismo, se llamaban "ejercicios". Después nos distribuían en secciones: colgamiento, caballete, picana, submarino. El Mayor eligió ese preciso momento, con todos nosotros allí, para humillar al Teniente. ¿No le parece que estamos aquí por una razón más importante que la de que puedan reconocernos o no?. . . —Sí, en muchas cosas sí, mi Mayor. Pero en ésa no. No hay por qué regalarse. . . —¿Y si lo reconocen porque jiede de sudor? —Ah sí, mi Mayor. Y podrían reconocernos. No crea, son como perros, esta gente. . . — ¡Podrían reconocerlo a usted, Teniente! ¡Yo me baño! —Si jiede, jiede igual, mi Mayor. Dicen que también se jiede de miedo. Y el que está en esto suele tener miedo, y a veces mucho miedo, aunque ni él lo sepa, mi Mayor. . . Un silencio y el Mayor dice: —Preséntese arrestado, Teniente. —Sí, mi Mayor. . . pero ¿por qué? —Por falta de respeto al superior. Y ahora, además, por preguntar en vez de obedecer. Pero a los cinco días de arresto, El Teniente de los mechones eléctricos reapareció:

con una capucha más grande, "a prueba de chuzas"; y volvió a los mismos ejercicios de antes donde, de todos modos, ya nadie que no fuera un recién llegado podría desconocerlo.

Pero éstos son los prólogos, demasiado caudalosos, de la sola, escueta y verdadera historia: la historia de la muerte del Mayor Brezzo.

A veces, en el atropellamiento y la locura, policías y militares se han matado entre ellos: el comisario Rodríguez Moroy mató a tiros al comisario Silveira Regalado cuando éste entró a la casilla en que vivía Mario Robaina y ocasionó su suicidio. Naturalmente, Robaina tuvo que figurar como habiendo matado a Silveira antes de eliminarse. En el asunto del club de la 20, el mismo grupo de militares y policías que arrasó el club y fusiló a los ocho militantes comunistas, fue el que baleó al Capitán Busconi y lo hizo agonizar un mes, rodeado de mentira. En Cuchilla Alta los policías se mataron entre ellos y el juez procesó a un tupamaro. Pero ahora, de golpe, la del Mayor Brezzo aparecía como una historia totalmente distinta. A las seis de la tarde de un día cualquiera, hubo un gran revuelo en Mar Mediterráneo: el Mayor llegaba, ferozmente excitado, totalmente fuera de sí y nos mandaba llamar. Encapuchados, el marino y yo comparecimos ante él. No simulaba la voz, olvidaba en la ira todas las precauciones: el mayor Brezzo, su antiguo compañero de los días del Colegio Militar, había sido asesinado por dos sediciosos, "dos de esos cretinos a quienes ustedes les han llenado la cabeza de inmundicias". "De ideas" —dirán—. "Ideas asesinas, porque ésa ha sido la prédica de ustedes. Odiar, matar, destruir", repetía, y los verbos parecían aludir más a sus propias consignas que a las nuestras. "Ésa es la obra de ustedes, con sus generales traidores y sus pistoleros disfrazados de ideólogos." De pie, esposados, encapuchados, aquel torrente amenazaba casi con golpearnos, de tal modo el Mayor avanzaba en sus gritos o gemía de encono, se revolvía hasta el punto de que se le sintiese el jadeo que hacía al hablar, como si estuviéramos recogiéndolo de su propia boca. "Brezzo —gritaba—, un hombre bueno, un hombre justo, un caballero, un oficial de verdad y no un extremista con galones. ¡Brezzo!"

Aquél no era momento para pensar, para extrañarse de nada, para ponerlo en duda: Brezzo había sido asesinado, el Mayor decía que por una pareja de sediciosos, y aquello colmaba definitivamente la medida. Teníamos seguramente más años de edad que Brezzo pero —aun así— era extraño que ninguno de nosotros dos lo hubiera nunca oído nombrar. Brezzo, Brezzo: ¿quién sería, de qué arma, con qué mando, con cuáles destinos en la carrera, muerto en qué operativo? Hay hombres que, por una torpeza que les sobreviene en la mayor emoción, cuando tendrían que concretar se ponen más abstractos que nunca: no saben extraer a su llanto una sola circunstancia específicamente propia y sí montones de frases hechas, de clisés de necrológica oficial, de lugares comunes. ¡Viva Brezzo! Era posible ver flotar todos los idiotismos alrededor de su memoria; ninguna referencia entrañable, intransferible, individualizatoria. Brezzo parecía un ente asesinado por otros entes, no un hombre ajusticiado por otros hombres. El Mayor llegó a estar a punto de ahogarse con su elocuencia. Pidió un vaso de agua, se lo trajeron. No faltaba mucho para que anocheciera y la capucha tampoco nos dejaba ver cuánta gente habría en el patio de la casa. Le trajeron el vaso de agua, el Mayor lo tomó como si allí estuviera el secreto de la calma. Y con esa calma, más sombría que su ira, anunció su determinación: nosotros dos éramos los autores intelectuales del asesinato del Mayor Brezzo. Gente así, gente que con su prédica armaba la mano de los otros, no merecía vivir. En consecuencia, seríamos fusilados al amanecer, allí mismo (no se dijo si en el patio o en las rocas). Alguien tiene que ser culpable y es mejor buscar esos culpables entre quienes han tenido altos grados militares y los han traicionado para predicar el odio que entre los tristes degenerados que materialmente lo hayan hecho.

Había habido calor, estábamos encapuchados pero nues-

tros rostros seguramente estaban vueltos a la zona de la virazón y aun así sudaban bajo la tela ardida. Sudábamos, con un sudor ácido y catingudo.

Por primera vez se dirigió a nosotros: —Prepárense a morir, si es que algo les queda de los soldados que una vez fueron. Pasarán a estar en capilla aquí mismo: plantón hasta el amanecer. Nadie podrá hablarles, ni tampoco podrán hablarse entre ustedes. No se transmitirá mensaje alguno a sus familias, no podrán escribir, seguirán esposados. Enfrentarán el pelotón también esposados.

Hacía algo más de un año, el asesinato del Coronel Trabal en París había sido replicado por el de cinco jóvenes, ni siquiera requeridos; la proporción uno por cinco había sido enunciada, tasada de antemano y cumplida. Brezzo era menos notorio que Trabal, por él se pagaría otro precio, acaso menor: un coronel y un marino retirados o, mejor dicho, un coronel y un marino pasados a situación de reforma: degradados, como dice la gente. Y ésos éramos nosotros.

Después de aquellos días de colgamiento, de caballete, de picana, el cuerpo me dolía demasiado. Frente a la hora ya marcada de la muerte, los riesgos se volvían en cierto modo fútiles y caricaturales. Me quedé en pie, encapuchado y de plantón, porque sentía al centinela a mi flanco izquierdo. Del otro sitio, a la derecha, llegaba la presencia de mi compañero de capilla. Seguía haciendo calor, ya era de noche, se oía el golpe pastoso, lánguido, isócrono de una sola y misma ola que volvía cada minuto, sin cambiar las cosas en nada. ¿Caeríamos allí, en el arrastre corto y turbio y siempre igual de esa ola?

Quedaban varias horas, sin embargo. Era posible que viniera la familia de Brezzo, invitada para el desquite, por la satisfacción de su venganza. Bueno: generalmente, pensé, esas vindictas son más plenas cuando no hacen abandonar la guardia de un muerto todavía sin enterrar, por parte de sus dolientes, cuando siguen a las exequias ya cumplidas y las coronan o cuando sacrifican a otro en la misma pira del muerto. ¿Se imaginan a la madre de Brezzo yendo a

verme morir antes de que su propio hijo hubiera sido inhumado? Pero ¿quiénes serían, al fin de cuentas, los deudos de Brezzo? ¿Hijos? ¿Una novia? Poco probable, por la edad de los mayores. ¿Padres? ¿Una abuelita? Me di cuenta de que yo mismo estaba jugando: en relación con mi familia propia, yo no tenía más que una mujer madura y un hijo joven, pero ya adulto, para pensar en ellos. Ni nietos, todavía; acaso los tuviera un día no distante, sin llegar a verlos. Comparativamente, esa circunstancia de la ausencia de nietos no me afectaba. Estaba jugando con mi tiempo disponible, tenía que hacerlo rendir hasta la última gota. Faltaban horas todavía. Era posible seguir creando personajes, ponerlos de pie frente a su propio juicio y, si no fuera demasiado pedir, frente a su propio recuerdo. Por ejemplo, la abuelita de Brezzo: personaje sin recuerdo posible (desde que la desconocía) pero interesante, dada la situación. Una viejecita chocha que tal vez llegara para mi ejecución y la confundiera con la de su nieto. O que llorara por mí y por su nieto juntos.

Había tiempo, había tiempo de ir mondando toda esa fruta. Cuando faltara solamente una hora para el alba, ya no cabrían las abuelitas imaginarias y descarriadas, ese tipo de fantasías. Cuando quedara una sola hora sus sesenta minutos serían para mi mujer y para mi hijo. Con relativa calma descubrí entonces que lo más horrible es desaparecer del mundo en una edad en que tu hijo todavía no te recuerde. El hombre más muerto que debe haber en los cementerios acaso sea aquél de quien su hijo se limite a decir "me contaban que era. . ." Pero yo, por suerte, tenía un hijo grande: un hijo que se había ido a España para abolir la posibilidad de que mi prisión golpeara demasiado estrechamente sobre su vida; tal como yo había querido, como lo había deseado, como le había pedido tantas veces que hiciera. ¿Lo había alejado para morirme ahora lejos de él? Y mi mujer, una mujer de edad madura, en la edad justa de resignarse y trasponer una puerta y aún abrir otras: criar sus nietos, todo eso. Tal vez Brezzo dejara hijos pequeños, niños que no estuvieran en edad de recordarlo. Ningún

odio podría lamer en mí los pies de esa desgracia. Golpeó otra vez la ola, la misma ola de siempre.

No sé cuál hora sería en el reloj, pero habría sido bueno anotarla: la hora en que el patio se apaciguó, en que estuvimos de acuerdo —sin palabras— en descubrir que el centinela se había ido. El miedo de la paternidad, en los primeros años del hijo, es el miedo a desaparecer uno mismo, a no contar en un futuro que, de todos modos, uno ya no andará con los ojos abiertos. O porque uno no lo vea, o porque el hijo haya cerrado los suyos. Tan tenue es y parecería una tan enorme desgracia. . .

Murmurándonos apenas, mi compañero y yo convinimos en dejarnos deslizar, las manos amarradas, hasta quedarnos sentados junto al muro, las espaldas apoyadas en él, los culos en el abrazo tibio de las baldosas del patio. Con un risible sentido de la aventura lo hicimos (risible porque ¿cuál es el castigo capaz de disuadir a un hombre en capilla?) y nadie vino a decirnos nada, a insultarnos, a pincharnos las costillas con una bayoneta. Lo hicimos

Esta verdad física —estar algo más cómodos— nos abrió tal vez el camino de la conjetura más audaz: estábamos solos, abandonados y seguramente sin Brezzo. Fue entonces cuando mi compañero dijo: "Tal vez lo de este Brezzo no sea más que una broma siniestra". Me tuteó por primera vez: —Te jugaría cualquier cosa a que este Brezzo no ha existido nunca. . . .

Tal fue, verdaderamente, una sospecha revolucionaria. No sólo borraba de una ráfaga nuestra posible culpa sino toda la historia. Brezzo no habría existido jamás, ergo no tendría deudos: nadie vendría nunca por nosotros, para fijar la hora de ninguna ceremonia. Por tanto, ella se suprimiría. Brezzo no había existido nunca: ergo, el Mayor era un histrión consumado y su iracundia una pura parodia. A esa luz nueva, las cosas empezaban a explicarse: por algo Brezzo carecía de anécdotas pintorescas, de dichos propios, de todo lo que crea —en la evocación— la persona de un sujeto. Es curioso: un rato antes nos había resultado incongruente que el mundo hubiera seguido siendo el

mismo, ya que Brezzo había desaparecido. Ahora, en cambio, admitíamos a la ligera y sin pruebas la sospecha de que Brezzo no hubiera existido nunca. Había que hacer justicia a la imaginación del Mayor: no era tan mala. . .

Quedaba un riesgo grande, con todo: el de que siendo Brezzo un mártir imaginario, sirviera de pretexto para una crueldad real. Aquel estallido podía servirnos para probar algo: que el Mayor nos odiaba y que estábamos en sus manos. Lo peor de todo sería que Brezzo no existiera pero su muerte, en nosotros y sólo en nosotros, sí. Teníamos tal vez todavía tres horas, el tiempo que aproximadamente faltaba para que amaneciese, en el cual poner en orden los recuerdos y las despedidas. Había tres horas para inventarse un papel y un futuro en cada uno de quienes iban a seguir viviendo. Yo había descubierto ya, con alivio —el alivio que deriva del hecho de que uno sepa, al menos, que no volverán a torturarlo— que esas relaciones, que esos sentimientos, que esos afectos estaban en mí, naturalmente, en orden: no era demasiado deudor ni excesivo beneficiario.

—Compañero, no hay tal Brezzo —volvió a decir, más envalentonado, el marino (nadie pensaba ya en él como un mayor, todo había empezado a ser más confianzudo). —Repaso todas las promociones, tengo buena memoria —agregó—. La Armada es otra cosa que el Ejército. . . Pero no: no hay tal Brezzo, con toda certeza. Lo que hay en cambio es este tipo de mierda, que es un torturador gótico. . .

Confieso que me gustó lo de "torturador gótico". Pero mi respuesta debe haberle parecido la de un loco:

—Me dolería morir por un Brezzo que no existiera.

En un momento, cuando la existencia de Brezzo aún no estaba cuestionada, mi obstinado empeño había sido el de librarme de la imagen misma del acto de la muerte, en Brezzo primero (¿cómo lo habían matado?) y en mí después (¿cómo me matarían?). O sea, liberarme de la imaginación de los dolores físicos que supone un pelotón en el trance mismo de tirar. Y bueno, pensaba yo, si se cierran los ojos y se cambia de sustancia ¿qué puede sufrirse, qué puede importarnos? Todos los hombres tienen un pájaro en la

cabeza y sólo los obispos pueden creer que sea el Espíritu Santo. Yo nunca había sido una naturaleza religiosa. Pero, no sé por qué, comencé a suponerme que los disparos liberarían a ese pájaro en mi interior y él saldría volando; si yo supiera asistirme en ese instante, lo sentiría arrancar de mis propias entrañas. . . Desde el fondo de la capucha y en lo oscuro, quise mirar. Mi mujer empezaba a sonreírme desde alguna zona invisible del aire, casi hasta el punto de la evidencia visible: lo interpreté como una prueba de que ella tampoco creía en mi muerte. Y era seguramente lo único que mi cuerpo estaba esperando: que ni ella ni yo creyésemos. La ola, un golpe cada tanto y la oscuridad: empecé la cuenta de los carneros saltando una valla, de la cual se habla tanto en las historietas: no sé a qué altura me quedé dormido. En un instante mi compañero me despertó con un codazo suave: —Usted ronca (volvía a tratarme de usted) y está amaneciendo.

Instantáneamente, mis oídos se dieron a perforar aquel silencio: no había ruidos de pasos ni de gentes ni de armas amartilladas. Sólo el golpe de la ola, que se me antojaba más intenso desde que la primera luz del amanecer pudiera estar dándole encima, dorándole el lomo. Alcé mi cabeza cubierta, restregué mi sien derecha contra la pared y la capucha se descolocó lo imprescindible para dejar pasar la claridad: efectivamente, amanecía. Acaso fuera el minuto más peligroso y estuviéramos engañándonos, como en el aterrizaje de los aviones. Oímos pasos: ¿venían por nosotros?

—De pie, como puedan —dijo el centinela, con falsa hosquedad—. Está prohibido sentarse en el suelo: ¿cómo lo hicieron?

Nos dolieron todos los músculos —al marino también, me consta, por sus quejidos— pero acabamos por ponernos de pie. Una jornada entera iba a venírsenos otra vez arriba, para hacernos sufrir. ¿O sería más corto, más radical, más?. . . Tal vez aparecería echándomelas de heroico si dijera que tanto me daba: pero allí, sobre el primer calor del sol en los ojos, era lo cierto y nada más que eso.

—Vamos, —dijo el guardia—. Es de día.

—¿Vamos a dónde? pregunté.

Jamás pude saber si él estaría en el juego de la noch Brezzo y de la capilla.

—A las celdas —me dijo—. ¿Dónde estuvo soñando qu iba a ir?

La Arboleda

. . . e pronti sono a traspassar lo rio

DANTE, Inferno, Canto III

Tan luego ahora, que habíamos elegido a un beato para que nos gobernara. Transcurridos los años del boxeador, habíamos hecho un esfuerzo para espiritualizarnos. Es cierto que a esta altura de su vida el beato ya convivía políticamete con los militares y éstos habían dado el golpe de junio del 73 y eran quienes efectivamente mandaban. El beato había seguido haciendo hijos y dinero. Había heredado una estancia de la cual su padre había sido el administrador y Carlos Reyles el rumboso propietario. Y tenía, finalmente, un confesor privado que le era imprescindible, ya que era preciso mantenerse cerca de alguien inteligente y sensato que fuera miembro de la curia y no de la Iglesia comunista que estaba de moda. Lo que habría que preguntarle hoy a tal confesor es si le habían consultado sobre lo que esta vez pasó. No sé de nadie que lo sepa. No sé de nadie que haya dicho que lo hizo.

La noticia de que el Coronel Ramón Trabal había sido asesinado en París el 19 de diciembre de 1974, llegó sobre el mediodía de esa misma fecha a Montevideo. No la dieron las radios, claro está, porque aquí existe ya el hábito de no dar las noticias. La censura se sentó encima de ella y transitoriamente la suprimió. O, mejor dicho, se tomó las horas conducentes a predisponer el lanzamiento oficial. Alguna gente la había escuchado ya de radios argentinas, desde el mediodía. Aquí sólo se supo que, a las 9 de la noche, entrarían en cadena todas las emisoras de radio y TV y se

escucharía la palabra del Señor Presidente de la República. ¿Acerca de cuál tema? No se decía. En la calle, entre tanto, los portadores oficiosos de primicias estaban felices: un llamado a las agencias noticiosas radicadas en París acababa de hacerles saber que una Brigada Internacional Raúl Sendic se atribuía el hecho y lo daba como ejecutado por dos franceses anti-imperialistas: provistos de armas largas, esos pistoleros habían acribillado a Trabal una vez ingresado al garaje de su domicilio y en el trance en que se dispusiera a guardar su automóvil. Ni que hablar, todo esto el beato no lo diría con especificidad informativa: él no era un locutor, era un presidente. El beato tendría que limitarse a leer una composición y los ingredientes tradicionales de la composición son éstos (o lo eran, tomando en cuenta la persona del beato): una condenación moral, una oración y una lágrima.

El Presidente no tiene dones oratorios ni de ninguna otra clase: pero otros escriben para él papeles breves o minuciosos, según cuadre. Y él, aunque sin ningún brío, enfrenta las cámaras desde atrás de su pesado escritorio Reina Ana: se cala las gafas y lee. Hay una pequeña bandera nacional que lo cuida y un escudo nacional que le bosteza en la nuca.

El Coronel Ramón Trabal era un hombre polémico. Joven, capaz, ambicioso y sin mayor medida de escrúpulos que la conllevable con una carrera en curso, a partir del 73. Tiene problemas, porque en el Ejército todos se recelan y los intelectualmente mejor dotados son quienes generan las peores envidias. La tortura es un mal imposible de desarraigar, en términos realistas —había dicho alguna vez. Dadas las condiciones, sólo cabe que sepamos hacerla trabajar para nosotros, sobre metas bien claras. Él estimaba bien claras las suyas: creía ser "peruanista" si es que eso —en el Uruguay y en el 73— significaba algo.

Enemigos posibles, por tanto, no tendrían que faltarle: desde los sediciosos torturados por él hasta las capillas militares ultras. No fueron los sediciosos quienes lo enviaron a Europa, no fueron los sediciosos quienes desoyeron sus

solicitudes de regreso, encaminadas a concursar el genera lato. Hay expedientes reservados de los juzgados militares donde se murmura la existencia de una Logia de los 8 Hermanos, mencionada a propósito del asesinato; est Uruguay sin noticias vive poblado de rumores.

Con el cadáver lejos y por delante, se reúne el Cosena Consejo de Seguridad Nacional, donde los generales decide y el presidente asiste con puntualidad. Desde hace años, er la amenaza, las pautas están dadas: por cada oficial muerto. cinco sediciosos. En la calle Asamblea, desde hace mucho tiempo, lo proclama el largo muro de las Cristalerías de Uruguay. Todo automovilista que utilice esa vía hacia las afueras lo ve; dicho de otro modo, no puede evitarlo. Un letrero así de gigantesco y visible —y en verdad cualquie letrero— no dura más que un par de horas, si no cuenta con el visto bueno de la autoridad. Si disgusta, se traen soldados o presos a blanquearlo: soldados de los cuarteles y, en algún tiempo, presos del Cilindro. O se conmina al dueño de l pared a quitarlo, sin perjuicio de otras posibles sanciones. De modo que aquel cartel vivo durante meses y hasta año —todo el mundo lo sabe y en voz baja lo dice— fue estam pado una noche por los propios milicos.

Por cada oficial muerto, cinco sediciosos; 5 X 1, algo así como la dosis disuasoria de los rehenes: mátennos verán, parece advertir.

Sobre Julio del 70, cuatro años atrás, aparece la ecuación oficialmente formulada: una organización autotitula da MANO (Movimiento Armado Nacional Oriental) previene que "por cada policía, soldado, taximetrista o cualquier persona honrada que caiga, cobraremos 5 vidas inútiles". Aunque el servicio extendido a taximetristas y ofrecido, e forma tan genérica, a personas honradas faculta a abrir en seguida semejante fábrica de represalias, el tiempo pasa sin que ella dé señales de existir. ¿Mano, no había un e cuadrón de la muerte llamado así en Guatemala? ¿Por qué tanta pobreza de imaginación, en gente a quien se supone tan bien remunerada? ¿O es que, por el contrario, se quie re dar a entender, expresamente y a las claras, lo que en

este momento a usted y a mí se nos ocurre: que hay una central de contragolpes magnificados trabajando sin ninguna variante a cualquier latitud y dondequiera otros juzguen que se precise?

Y el día en que un movimiento armado sea verdaderamente nacional y oriental ¿precisará la CIA emplear tan tosco pleonasmo? Hay palabras que existen en función de sus iniciales e iniciales que existen en función de siglas.

Otras siglas, el Cosena, con el beato en el sillón ojival, se reúnen. El secretario relata brevemente la noticia, da por hechas las imputaciones de autoría y ni siquiera se plantea el punto de si el "clearing" 5 X 1 opera con divisa foránea: muertes de París y de aquí, según un coeficiente, se compensan. Hoy tenemos a un coronel muerto y, aceptemos, a un coronel muerto por la sedición (¿por quién, si no?). ¿Entra a jugar la fórmula o la destinamos simplemente a ilustrar, como cuco, los cuentos infantiles? No hay términos medios. No los hay: los rostros de los generales disipan cualquier duda.

Y en cuanto a la materia prima. . . ¿tenemos el lote o deberíamos salir hoy mismo a buscarlo? Sí, providencialmete lo tenemos: el 8 de noviembre, hará de esto unos cuarenta días, la policía se incautó de cinco sediciosos —dos matrimonios, una mujer soltera— en una casa de la calle Sarratea, en la ciudad de Buenos Aires. Ya están aquí, ya los trajeron.

Que se lean sus nombres. Se leen: son muy ignotos, ninguno es notorio. ¿Mejor o peor? Está abierta la argumentación sobre ambas tesis. Por la tesis de que es mejor que sean ignotos: son insignificantes y esto desnuda el álgebra (¿dije bien?) —la pura proporción aritmética, eso es, sí, gracias— de la represalia: 5 X 1, dicho sin vueltas. ¿Que entre los cinco figure una mujer sin un solo antecedente? Mejor todavía: ¿cómo es que decía el bando? "Vidas inútiles": es la mujer de uno de los otros, es del mismo nidal. Una no tiene antecedentes, se dirá, ninguno de los cinco está actualmente requerido, se dirá. Sí, se dirá así, como dejándolo caer, para que se entienda que ni siquiera es necesario estarlo. Cualquiera que viva en el caldo de la sedición, por eso y sólo por eso es nuestro enemigo. Esté o no requerido, tenga o no antecedentes: nada de eso cuenta.

Y estuvieron en Chile, en cambio, pasaron todos por el Chile comunista, vivieron allí. ¿No es bastante?

Parece suficiente; nadie, al menos, lo objeta. Bueno. Que aparezcan con sus trajes comprados en Buenos Aires, con sus cigarrillos comprados en Buenos Aires, con sus fósforos comprados en Buenos Aires. Que se vea, que se sepa. Vístanlos con ellos, cárguenlos con ellos, que se vea. Saldrá todo junto con la noticia de un coronel asesinado: que también se vea.

El beato no se siente cómodo: su mensaje ya fue aprobado y se grabó. Se grabó con alusiones a la piedad, a una lágrima de las madres uruguayas, a todo eso. ¿Y ahora? ¿Aparecerá como una buena bandera para cubrir estos cinco cadáveres? Todavía no los hay y la grabación, en cambio, ya está hecha: ¿no sería cuestión de. . .? No hay ambiente para las oposiciones, lo barrerían a uno. . . ¿y el frente de la Revolución Oriental, en qué quedaría el frente de la Revolución Oriental si estallara una disidencia aquí, en este día, por este tema? Finge una carraspera, se echa un puñado de pastillitas astringentes a la boca, calla.

No hay argumentos para la tesis de que sea desventajoso que se les haya elegido tan anónimos: a nadie, por lo menos, explícitamente se le ocurren. Puesta a votación. . .

Las votaciones del Cosena son secretas, por supuesto, pero esta vez acaso ni fuera necesario. Los generales, en su totalidad, sufragan porque sí, porque se haga, con los recatos a guardar y los recatos a no guardar que quedan dichos. Que se fusile a los cinco rehenes y a otra cosa. Estamos operando sobre el país real de hoy, parecen estar de acuerdo en decir. Que no hay pena de muerte: lo sabemos. (Tampoco hay un Cosena en la Constitución y es ya, aquí, el que la vota.) ¿Que no ha existido un juicio de responsabilidades concretas?: lo sabemos. Seremos duros: tampoco habrá hipócritas lamentaciones oficiales. Bien claro. Llora-

remos a quien hayamos de declarar nuestro propio muerto. Consultada, la barbilla del beato confirma que el responso laico ya se hizo y que se hizo así; y que saldrá al aire a las 9 de la noche. Lloraremos a nuestro propio muerto antes de que empiecen las historias y le conferiremos por decreto y en carácter de ascenso póstumo el grado de General. Acuerdo unánime.

Si no hay nada más... El beato solicita y se le otorga la palabra: pido que conste en actas que no acompaño la medida de las ejecuciones... Nada más.

Los generales se miran, hasta que alguien da en el clavo: sus sentimientos cristianos, claro está. Ah sí, por supuesto, sus sentimientos cristianos, sus sentimientos cristianos, sus sentimientos cristianos...

Los hechos se organizan de tal modo que no hay tiempo para consultarlos con el confesor privado. Los hechos, los hechos. Así son los hechos.

A las nueve de la noche, la grabación hecha a las cuatro aparece en la pantalla: el beato da la noticia y se indigna. La sedición internacional ya no se marca límites. Pero el beato promete seguir luchando contra ella, hasta el agotamiento de sus fuerzas. Pide una oración por el alma del difunto e invita a cada madre uruguaya a verter una lágrima, junto a los familiares del coronel. (Cierre.)

Acaba de escucharlo, acaba de verlo entre sus hijos, en su casa. Sí, pero no se atreve a decirles el resto de la verdad: mañana al alba aparecerán otros cinco cadáveres. ¿Dónde? La concreción exacta del sitio ha preferido no saberla. Sus conceptos de la inocencia y de la culpa parecen guardar extrañas correspondencias con los detalles de la ignorancia y el dato. Prefiere no saberlo. Entre él y ellos está la noche. Pero tendría, por su parte, que hablarlo con el confesor privado. ¿Mañana bien temprano, en ayunas, a la hora misma en que la noticia comience a difundirse? ¿Antes? ¿Cuándo? ¿En el momento de confesarse y pedir la absolución? ¿Cuándo?

La arboleda perdida. Un montecito de pinos, cerca de Soca, a unos setenta y siete quilómetros de Montevideo, en

la esquina de las rutas 7 y 90: visible desde allí, quiero decir.

Los cinco muertos. Los cinco muertos jóvenes. Los cinco muertos jóvenes ametrallados, fusilados, dispersos. Vestidos, ¿traídos a fusilar expresamente allí en la noche o traídos muertos por los caminos desde los cuarteles y arrojados, allí, bajo el paisaje oscuro de los pinos? ¿A quién, a qué oficial, a qué coronel gordo, con la memoria de cuál picnic feliz se le habrá presentado el escenario como el sitio más propicio?

"Vidas inútiles": a nadie se le ha ocurrido escribirlo, a modo de leyenda, sobre la frente de un cadáver, de cualquiera de ellos. Por lo demás, si quisiéramos ponernos de acuerdo ¿cuál sería la imagen de una vida inútil para un general de sesenta años?

Hay periodistas llamados desde temprano a cubrir la noticia: han aparecido cinco muertos desconocidos y jóvenes en una arboleda, en las proximidades de Soca. Sí señor, cinco occisos, ésa es la noticia, muévanse. (En las páginas de las informaciones policiales —a las que casi nadie llama ya "crónica roja"— la palabra "occisos" tiene un fuero propio, al margen de ellas ya no existe.)

Hay patrulleros que han llegado a tiro hecho, pero según horarios; y siguen llegando (cámaras, acción). Hay un comisario del lugar, a quien han sido adjudicadas las perspicacias: Sí, las prendas de ropa, los pitillos (dice pitillos y no cigarrillos, habla en la jerga de la televisión de seriales) y también los cerillos —los fósforos, aclara— son de marcas argentinas. Al parecer, esta gente venía desde allá y fue sorprendida... ¿Es esto lo que le habían mandado sugerir? Bueno, corrige un Inspector, dirigiéndose a los periodistas: ustedes pongan que las cosas son de allá... Redacta: grifas de las ropas, marcas de los cigarrillos, todos argentinos. ¡Anótenlo!

—Quedan algunas incógnitas —reanuda el comisario lugareño, para enderezar el efecto de su error—: ¿Hubo alguna sentencia clandestina de la guerrilla, un ajuste de cuentas que se cumplió aquí mismo o se cumplió antes y

en otro sitio y los cuerpos fueron traídos hasta aquí, para depositarlos en el montecito?

—Aquí hay casquillos, vainas vacías de calibres 9 y 45. Parecería que toda la cosa ocurrió aquí mismo. . .

—¿Y huellas de vehículos?

—No, no ha llovido en muchos días. En un tramo de banquina, verán ustedes estas tres emes, grabadas por un objeto punzante: ¿alguien puede descifrarlas?

Los muertos están tendidos allí, el sol comienza a darles en la cara. Pronto, informa alguien, vendrá un camión del Ejército a recogerlos. Después que lo haya autorizado el Señor Juez de Pando. . .

—¿Filiaciones, documentos?

—No, no hay nada de eso, absolutamente nada. Pero es seguro que han venido desde Argentina.

Los periodistas lo encuentran más fácil que nunca. Y además, habrá un comunicado. . . tal vez con los nombres, ya se está trabajando en eso.

—¿Sobre la base de huellas dactilares?

—Se está trabajando en eso, es todo lo que puedo decirles. Bastante ¿no?

El sol pone algún rictus inesperado en alguna boca muerta, abandona otra. Tendrán de veinticinco a treinta años, son jóvenes (se murmura al pasar junto a ellos, ya al irse, y no se escribe). Son jóvenes, son jóvenes, ¿qué duda cabe?

Nadie menciona al Coronel Trabal, nadie lo olvida. Aquí, entre nosotros ¿ha habido alguna novedad telegráfica?

No, no se ha sabido nada nuevo. Y allí, en aquella rueda, tampoco se ha sabido que un niño de tres años, hijo de una de las parejas masacradas, haya desaparecido de la calle Sarratea y haya denuncias en las comisarías de Buenos Aires.

Si el beato refirió la historia al confesor, es posible imaginarse que éste sea el instante en que —tras haber hecho el cuento— se haya puesto a mirarlo, pendiente de sus labios eclesiásticos como pocas veces. Pero ¿alguien puede creer que el Cosena tolere algún recurso "para ante confesores privados", alguna instancia de Derecho Canónico?

Ya vienen los camiones, ya se les ve desde la carretera, ya toman el desvío para llegar. No, no, por supuesto que no. Fotos aquí, de ningún modo. . . Por obvios motivos de seguridad, digamos.

Contra tales prudencias, ya sé, escribo aquí los nombres y las edades. Existieron, fueron ejecutados por los generales, con la salvedad confesional del Señor Presidente. Eran éstos:

Héctor Daniel Brum, 28 años
María de los Angeles Corbo, 26 años
Graciela Estefanell, 34 años
Floreal García, 31 años
Mirtha Hernández, 29 años

In memoriam, que es una frase de circunstancias que a los beatos les parece casi tan buena como *Por razón de Estado*.

. . .Sobre esos huesos muertos

Fer la città sovra quell'ossa morte

DANTE, Inferno, Canto XX

De un libro debería uno despedirse como de una persona. Pero nunca lo hacemos: tanto se ha viciado nuestra relación de criatura con él.

Y el libro se convierte entonces en una cosecha de difuntos o vivientes, fuera de nuestro alcance; ni siquiera nos sentimos llamados a ser solidarios con él, a morir en las páginas donde su gente muere, a haber odiado o amado cuando ella lo haya hecho.

Escribo a veces, medito sobre el paisaje. Acudo a una ventana y ella me ayuda a ser. No importa a cuál abismo o sobre qué caverna dé, contra qué caras o qué ausencias golpee. Cualquier paisaje sirve, pero sobre todo el mar. El mar que tiene extrañas costumbres, por las que habla con el tiempo y con la muerte y aun con distancias imposibles de recorrer; imposibles de recorrer porque al cabo de ellas hay puertas infranqueables o sólo hay playas donde esas puertas crujen y se pudren, encalladas como viejas y hendidas proas sobre fondos de arena. Y esa imagen, una puerta tapiada sobre un médano, es la paráfrasis viva del destierro, hasta en la tierra que la palabra y que la arena niegan. No la hay, no la habrá, no volveremos a encontrarla. Una ventana sirve, de todos modos, sea cual sea el paisaje que al agrandar la raya de su apertura ofrezca. Porque lo que en definitiva vale, Dios de los escritores, es haber quitado la mirada de unas páginas, haberla puesto a colgar en el aire, en el vacío, en la distancia, en el recuerdo: pensar.

* *

¿Hay tantos poetas truncos en el mundo? Por un Rimbaud trashumante y peregrino, que se haya silenciado, hay —claro que hay— miles de jóvenes que hayan dejado de escribir; sí, pero porque han dejado de vivir y eso es lo que cuenta. Pero aceptar la muerte es aceptar, en el caso de ellos, la frustración, las diluciones, el olvido, sin autorizar ninguna evaluación conjetural sobre la poesía que todavía no hubiesen escrito y que acaso... Llamarles poetas truncos era dar más importancia al hecho eventual de que hubiera no nacido un probable verso que a la evidencia cierta de que hubiera muerto un hombre. Y éste sí era el hecho escandaloso y antinatural, un escándalo de la vida, más trágico que los posibles escándalos por silencio de la poesía.

¿Murieron poetas en ciernes? No hay por qué negarlo; y otros quizás hayan dejado de escribir, pasada su renuncia al hervor y porque aquélla, aunque impetuosa en su juventud, fuera una generosa vocación inauténtica en sus vidas. ¿Dice alguien que murieron ideólogos, lo sabe? Estamos, sin quererlo, obedeciendo al prejuicio pequeñoburgués de que la adolescencia es la época de la poesía y la madurez la del auge de la idea. Algo tan absurdo y odioso como hablar de la rebelión y de la razón como de edades naturalmente sucesivas del hombre. En muchos casos comunes podrá ser cierto, pero si hablamos de un poeta trunco lo fundamental debería ser que habláramos de un poeta y saliéramos, con esas solas palabras, del caso común.

No creo que —en aquellos años de la caída de la guerrilla— se haya segado especialmente a poetas o especialmente a ideólogos. Fueron segados jóvenes, es decir hombres. Hombres y mujeres, quiero decir, ejemplares de la condición humana, gente con una palabra nueva por decir, muchos de ellos sin sitio donde decirla. *Fer la città sovra quell'ossa morte:* eso nos va a quedar, en los años que sigan. Hacer la ciudad sobre esos huesos muertos. No sobre la muda de piel de los poetas que callaron o cambiaron, sino sobre los huesos de hombres que hubieran tenido todo el fervor de seguir viviendo y a quienes el Orden de los cuarteles sacrificó.

* *

SALERNO El costado pintoresco de la historia se dio al principio, con el simulacro del entierro del tío, las coronas, las carrozas de la Empresa Martinelli, el cortejo desde Montevideo, la parodia de los dolientes jóvenes llorando. Y lo duro fue el final, especialmente cuando la huida desde Pando se entorpeció, por una equivocada elección de los caminos de salida y la Metropolitana entró a reprimir matando. Nadie había sido muerto por los sediciosos en Pando, la Policía les atribuyó una víctima que hizo ella misma por error, por atolondramiento o por pánico. Pero allí sí, en Toledo, desarmados, Ricardo Zabalza, Alfredo Cultelli y Jorge Salerno fueron fusilados por la Guardia Metropolitana, en el momento en que aún no habían afluido los periodistas. Ellos y los fotógrafos llegaron a tiempo, en cambio, para documentar el trance de los tres agonizantes, a quienes nadie atendía: Salerno que se desangraba, Cultelli que se desangraba, Zabalza que se desangraba. El paisaje de Toledo: zona de huertos y de quintas, no campo de batalla. Allí, al pie de árboles frutales, los jóvenes caídos y muriéndose, en el cerco de la Metropolitana, la punta de alguna bota fotografiada junto a una boca que se abría para morir. El Che no era un dios pagano ni podía reclamar ese sacrificio de jóvenes: pero aquél era el primer 8 de octubre a partir de su muerte y allí lo recibía, no por ritos consagrados a él sino por órdenes dadas a la tropa, en el momento o antes (nunca se sabrá con certeza). Para Jorge Salerno había sido como un viaje sentimental, una mezcla de *western* y de *picnic*, con el acompañamiento de la novia ahora presa y el final trágico, que chorreaba por su cuerpo y se fijaba en sus últimos ojos entreabiertos.

Para el padre de Salerno no, pero para el resto de la gente que estaba allí, en la casa, lo dominante era la estupefacción. Matan jóvenes porque les da la gana, decía alguna gente; habían tomado una ciudad entera, aunque fuese sólo por media hora habían tomado una ciudad entera, era el asombro de otros. Cada uno elige su piedad o su miedo y se fija allí como un pájaro sobre un poste. En el fondo del

ingenio había una forma de audacia que apuntaba a más, y empezaban a recelarlo; en el fondo de las tres muertes una dureza que al cabo del tiempo tendría su ley escrita, y era dudoso que aquello los espantara más que los asegurase: eran burgueses, algunos eran ricos. Católico, con el escrúpulo de ser justo, el padre de Salerno se preguntaba, se cuestionaba en presencia de su hijo muerto. Era evidente que un mundo crujía —aquel mundo de bienestar en que las figuras del cuadro seguían moviéndose, porque los decorados cambian siempre después— ya que quería comprender en vez de amar, desde que el amor de algún modo amenazaba aproximarlo al odio y antes de haber comprendido a fondo no se sentía cristianamente autorizado a odiar. Como su amigo de los bancos escolares —como su amigo, a secas— Monseñor estaba allí, a su lado, su traje civil y su cuello de embocadura cerrada.

—Oye, Padre. . . —dijo el padre de Salerno—.

—No me llames Padre, llámame por mi nombre de siempre —objetó Monseñor—. . . tú que lo haces.

—Es que hoy preferiría tratarte de Padre, en cierto modo lo necesito.

—Como quieras, entonces —concedió Monseñor—. . . como te ayude a sentirte más tranquilo.

—No, tranquilo estoy, no temas. . . Pero hay algo que me pregunto desde hace horas: no sé si mi hijo fue un héroe o no. No sé si murió con coraje o con miedo (a esa hora, apenas empezaba el rumor de que Jorge hubiera sido fusilado: su padre no lo manejaba todavía). No sé nada de eso. Pero pienso que hizo una opción y que murió por ella. . . Creo que Dios no puede haberlo visto mal. . . Y tú ¿qué piensas tú, Padre?

Y Monseñor (mirándole al fondo de los ojos y con un inevitable acento de autoridad, desde que estaban dándole a interpretar un sentimiento divino):

– ¡No puede haberlo visto mal!

* *

PUCURULL La causa de la muerte había sido la asfixia provocada por la hemorragia, según había determinado la autopsia; y esa asfixia, había dictaminado el forense, tarda como mínimo cuatro minutos en sobrevenir. Este agregado no había sido estampado por escrito, pero lo había precisado verbalmente: "y puede precaverse actuando en seguida, sobre todo en el caso de un hombre joven como éste." Lo había dicho, pero nada de eso figuraba allí. "Muerte por asfixia, suscitada por la hemorragia", tal lo que decía el protocolo. Nadie podía pedir cuentas a los militares, cuando estas cosas sucedían. Pero Hermán Pucurull estuvo vivo mucho más de los cuatro minutos que señalaba como mínimos el forense, jadeando y revolviéndose mientras los soldados sólo adoptaban la precaución de evitar que nadie se le aproximase, que nadie lo tocara ni moviese, que absolutamente nadie le prestara auxilios. Cuando un operativo se planea para tomar una posición y es presumible que allí se encuentre a alguien, la Sanidad Militar lo prepara todo y queda a la expectativa. Pero en veces como aquélla, herido sólo un sedicioso sin mayor interés y no un soldado, nadie utiliza el *walkie-talkie* para convocar a la ambulancia, nadie se inquieta por disponer los socorros. El protocolo de la autopsia sólo refiere el desenlace, no juzga si hubo modo de evitarlo. Hernán Pucurull era hijo de un difunto juez y gracias a eso sus deudos habían podido averiguar lo poquísimo que sabían y que, naturalmente, tampoco estaba escrito. Una suerte de consuelo al revés: que el hijo (dicho a la madre) podría seguir estando vivo si hubiera sido atendido a tiempo; el hermano único había preferido —con toda cordura— omitírselo. Pero la autopsia servía, en cambio, para algo: para que los trámites demorasen la entrega. El entierro sería en Durazno, puesto que de allí eran ellos. Los casi doscientos quilómetros, el viaje, los horarios municipales del cementerio, todo eso integraba los cálculos de la autoridad. Era domingo, el cuidador de la morgue estaba franco, el forense no contaba con una llave especial para ingresar al depósito por sus solos medios. Cada uno hacía

su parte mínima y desaparecía, a riesgo de volverse sospechoso de colaborar con la sedición.

El amigo de los días escolares figura siempre; aquí no era monseñor sino el funebrero de Durazno: conocía al muerto y más aún a quien ordenaba el entierro. A regañadientes y como un deber de la infancia, aceptó tomarlo a su cargo.

—Siempre que no me comprometas, hermano.

—¿En qué puede comprometerte enterrar a un muerto? Un permiso de necrópolis, un servicio con el furgón y un solo coche acompañante y lo cobrás todo por arancel, para que no puedan atribuirte complacencias. . .

—Disculpame, pero ya sabés cómo están las cosas: es un entierro muy comprometido. . .

Al entregarle los recaudos, dijo el amigo de la escuela, le habían impartido estas instrucciones: no podrá haber velatorio, no podrá destaparse en ningún momento el atáud, nadie podrá decir discursos ni pronunciar responsos junto a la tumba ni en ningún otro sitio, el cortejo no podrá detenerse en ningún punto del trayecto y no habrá flores. ¿Entendido?

La madre lo encontró horrible, como si a más de la muerte pudiera haber, en el caso, otros horrores.

—Me lo matan así, me lo dejan desangrándose junto a un alàmbrado y ni siquiera puedo verlo.

Pero a mitad de recorrido agregó:

—Antes de enterrarlo, tendremos que echarle un vistazo, para estar seguros de que es a él a quien enterramos. ¿Quién te dice que en la morgue no nos hayan entregado a otro?

—No, Mamá —objetó el hermano—. Será él, con toda seguridad.

Pero no pudo darle pruebas racionales que, en ausencia del vistazo, la convencieran.

Era un primero de junio, lloviznaba. No se podía correr, argumentó el chofer; con las ruedas lisas del furgón y aquel camino siempre malo y hoy mojado, era peligroso correr.

—¿Por qué no le cambiás los neumáticos al furgón?

—No, el de Durazno está bien de gomas, pero no había

tiempo de hacerlo venir. Éste es el de aquí, que se usa muy poco.

El amigo de la infancia iba junto a ellos dos, en el coche de acompañantes; y daba explicaciones. Era triste que la madre estuviera oyéndolas, pero todo era triste aquella tarde: muerto de veinte años, otoño entrado, llovizna a rachas, cristales empañados, cada vez menos luz en el aire y menos tiempo hasta caer la noche en el camino.

Cuando la madre volvió a decir que tendrían que mirarlo antes de darle sepultura, el amigo de la escuela opuso sus razones: —Quién sabe si se puede. Deben haber cursado a Durazno las mismas instrucciones que me dieron allá, y yo soy el responsable.

—Sí, pero yo tengo que saber si entierro a mi hijo o si entierro a otro. . .

Y así se quedó todo, por el momento.

Cerca de Durazno, una pareja de motociclistas del Ejército los detuvo. Parecían con ganas de demorar adrede, mientras decían "Ya es muy tarde, van a tener que dejarlo en depósito y el señor (aludiendo al empresario de pompas fúnebres) lo entierra mañana".

—Yo no me separo de mi hijo mientras no esté enterrado. . . y no lo dejo enterrar sin haberlo visto antes.

Parsimoniosamente, o por dificultades de lectura, los motociclistas se dilataban en los papeles de la cochería y del juzgado militar y en el certificado de defunción; y preguntaban por la copia del protocolo de autopsia, que los viajeros no llevaban ni se precisaba. Finalmente, insistiendo en que llegarían tarde, los dejaron seguir.

Ella conocía al dedillo aquel pueblo, había nacido allí. Se le antojó que las celosías estaban cerradas a su paso porque la gente no quisiera arriesgarse.

—No, Mamá: nadie estará informado de nada —respondió el hijo, que no quería perder las proporciones de la realidad—.

—Pueblo miserable —opinó ella—. Pero tendré que seguir viniendo, al menos para los aniversarios: el de tu padre y ahora el de tu hermano.

Seguía lloviendo, cada vez con más fuerza. A un costado de las tapias del cementerio —era claro que no lo habían dejado entrar— un puñado de estudiantes esperaba bajo el agua. No conocían a Hernán, pero era un hijo del pueblo y lo habían asesinado y aquello les concernía, de algún modo estudiantil. Era como si fuera su héroe, acaso sólo por el hecho de haber muerto así.

La madre debió haberse arrepentido de sentenciar tan lapidariamente "Pueblo miserable", porque esos jóvenes, al menos, estaban allí y al detenerse el furgón se habían puesto a cantar el Himno. Un par de guardiaciviles los vigilaba, sin imaginación en general y sin instrucciones para el caso, acerca de si impedirles el canto o permitírselo. La madre saludó con una inclinación de cabeza, pero ellos ignoraban quien fuera y se abstuvieron de responderle. Tanto más cuanto en ese momento acometían el verso "Libertad o con gloria morir".

La madre, como si el saludo abriera paso a lo otro, dijo "Ahora mismo lo miramos".

—No me comprometa, señora —imploró el empresario, aunque vio que no había otra autoridad que los guardiaciviles—. No me comprometas, hermano.

Pero el hermano, que no lo era suyo sino de la víctima, alzó el puño, apuntó provocativamente hacia el grupo de cantantes y exclamó:

— ¡Patria para todos o patria para nadie!

Que, en tales circunstancias, quería decir más bien lo último.

El sereno del cementerio, que acababa de quejarse de la hora ("Ya íbamos a cerrar") sólo permitió que entraran la madre, el hermano y el empresario. Los estudiantes intentaron entrar también, pero los guardiaciviles flanquearon al sereno y estrecharon el acceso. Entonces los muchachos alzaron a su vez los puños y, como si apostrofaran en la dirección de Montevideo, gritaron un par de veces "¡Asesinos!"

Ya dentro del recinto, junto a los primeros templetes, la

madre insistió: —Quiero verlo. Tengo que verlo ahora mismo.

El empresario tornó a gemir que lo comprometían, oprimió por un momento el brazo de su amigo de la escuela y les habló lastimosamente de su propia ruina. Pero había tenido una buena precaución y la negoció:

—El ataúd tiene un óvalo de vidrio, una mirilla —dijo—.

Ni la madre ni el hermano lo habían advertido.

—Mírenlo por allí.

Sacó con rapidísima destreza la tapita oval y madre y hermano pudieron —a través del vidrio— ver la frente, el arranque de la nariz, el nacimiento de los pómulos. No había dudas, era Hernán.

El empresario comprendió que lo consentían y volvió a incrustar velozmente la tapita entre las molduras del ataúd. Acaso los mismos guardias de la morgue no lo hubiesen notado. Y por la maniobra de ahora, nadie más podría haberse enterado.

—Tenía un rasguño en la frente y en lo alto del caballete de la nariz —puntualizó la madre, como si su infortunio hubiera aumentado con tales detalles—.

—Sí —dijo el funebrero—. Fue cuando lo hirieron y cayó rozando la alambrada de púa.

El canto retomó, con más fuerza: "¡Tiranos temblad!", decía ahora, en tono belicoso. El mismo empresario asumió la manija del ataúd —ayudando a los dos sepultureros— y lo inclinó hacia la boca abierta del panteón. El hermano pudo apenas pasar las manos por la madera —eso, acariciar más que empujar— antes de que el ataúd desapareciese. La madre había dado un paso atrás, como si buscara el calor de los cantantes.

—Hijo mío, volveré muy pronto y con flores, te lo juro por Dios —gritó—.

Y en ese mismo instante, desde el otro lado de las tapias, los muchachos —que habían escuchado su promesa— volvieron a corear:

— ¡¡Asesinos!!

AURELIO RON Cuando un grupo de sediciosos rodeó el *bowling* de Carrasco y lo dinamitó, el martes 29 de setiembre de 1970, hubo una primera víctima carbonizada y otra segunda víctima, a la larga fatal, presa entre los escombros; fue posible tener esas dos víctimas y hablar, sin embargo —hasta el límite de la trémula piedad— de otros temas: limpiadora que quiso resistirse y fue volteada por la conmoción, tema central. La limpiadora tenía hijos, trabajaba por ellos. ¿Y si se moría? ¿Y si quedaba inválida? Sabían de sobra que no iba a morir ni a quedarse inválida, pero ésa sí era gente de trabajo y no sediciosa, estaba allí por necesidad y no por esnobismo revolucionario: la señora limpiaba allí porque era empleada de los usureros dueños de la sala de juegos; trabajaba allí para mantener a sus hijos. Era una víctima, entre los victimarios; y diarios, radios y televisión le daban una especial prioridad. Había que dársela ostentosamente y en seguida, porque mañana la señora ya estaría dada de alta y el limón exprimido ya habría tenido que dar toda su cuota de sentimentalismo y de piedad.

Los asaltantes hicieron alejarse a un vendedor de diarios, a una chica. Uno de ellos mismos, en cambio, fue tomado de lleno por la explosión y murió despedazado y carbonizado. Otro está vivo, pero aprisionado, de un brazo, por una de las estructuras deshechas. ¿Qué hacer con él, ya que es el centro de la historia? Primero se le escucha, luego deja de oírsele; debe estar muerto, se admite con absoluta facilidad, puesto que es un terrorista. Dos testigos lo relatan así:

"... Fuimos los primeros en llegar y oímos gritos, no muy fuertes, pero gritos. Entramos y vimos a una señora atascada dentro de los escombros, estaba herida y la atendimos afuera. Después, entramos nuevamente y dimos voces de alarma para ver si quedaba alguien. Nos contestó una persona que dijo tener un brazo atascado y pedía que le ayudáramos a salir. Era la voz de un hombre joven, sonaba muy cerca aunque no lo veíamos. El hombre hablaba con voz clara, no estaba gritando: pedía ayuda tranquilamente. Entonces consultamos al encargado del local: dijo que no lo tocáramos ni trataramos de hacer nada, porque todo el personal que había en ese momento había salido y quien pedía ayuda seguramente era un sedicioso. Después de eso nos retiramos y llegó la policía, a la que informamos de lo que habíamos oído. Nos dijeron que nos retiráramos. Sé también que un oficial de Bomberos habló con el que pedía ayuda y le dijo que tenía las piernas aprisionadas. Hubo otras personas que hablaron con el joven atrapado. Un oficial de la fuerza policial de choque lo oyó. Le dijo que se identificara, a lo que el interpelado contestó: ¿Qué te importa cómo me llamo, hijo de puta? Sacame de aquí y llevame al Hospital de Clínicas. Después de esto la policía acordonó el local y se impidió el acceso..."

Los bomberos declinan asumir el salvataje: no hay nadie a quien salvar, deciden ante todo. Y siendo así, no corren urgencias. Que los dueños del local contraten a una empresa de demoliciones. El agua de los Bomberos ha penetrado con profusión entre los resquicios, por la grieta desde cuyo fondo se escuchaba la voz, se oían sus insultos, se recibían sus llamadas de auxilio. ¿Y el sedicioso apretado entre las vigas? Puede haberse ahogado con el agua, dicen los peritos imperturbables que, en radios y diarios, brotan como hongos tras la explosión: ahogado o asfixiado por el monóxido de carbono. Existía, además, el peligro de que el muchacho estuviese abrazado a una granada y al ir a socorrerlo los bomberos volaran con él. ¿Era humano exigir que algún bombero se arriesgase por un hombre que había creado activamente su propia situación y, a partir de ella, ponía en peligro la vida de los demás?

El periodista. —¿Y no podrían sacarlo ya, metiéndose un poco?...
El bombero. —No, nosotros no nos acercamos. Es una cosa delicada. Puede tener una bomba en la mano, sin detonar, y lo tocamos sin querer con el pico y volamos todos...

¿En qué mano, sin embargo? Una se ve desde lejos, la otra está aprisionada por la viga.

El bombero. —Que lo haga la empresa de demoliciones. Para eso cobra.

La empresa de demoliciones aparece, pero no tiene prisa: es viernes 2, empezaremos el lunes 5.

Empresario. —Mi empresa fue contratada por los propietarios del *bowling* y empezamos los trabajos anteayer. Pero no hay ninguna orden especial, así que no vamos a trabajar durante el fin de semana. De modo que la demolición sigue el lunes. Y al sitio donde está el cadáver que quedó aprisionado por la explosión, no llegaremos seguramente ese día ni el siguiente. . .

Locutor. —¿Tan grande es el derrumbe?

Empresario. —Hay que ir apuntalando, por el peligro de desmoronamientos. Hay dos planchadas que aprisionan el cadáver. Hay que andar paso a paso.

"El País" dice tener una foto del primer muerto, del carbonizado: pero es tan horrible que se resiste a publicarla, por más que sería ejemplarizante para jovencitos extraviados. Prefiere pontificar sobre los males de la violencia, sobre el rostro de drogadictos fotografiados en los EE.UU: unos y otros son hijos de una misma causa, postula.

La demolición prosigue lentamente. Pero la consigna de "que se pudra", que se ha querido insinuar con desdén para el caso del joven tomado por las vigas, no se cumple: químicos impertérritos explican el fenómeno, que atribuyen al gas generado por el agua y la explosión, actuando sobre un cuerpo encerrado.

El martes 6, a una semana de los hechos. "El País" informa que "Se sabe quién es el muerto del *bowling*".

"Fueron los mismos componentes de la organización subversiva —dice— quienes proporcionaron la información, a través de panfletos de texto amenazador que fueron distribuidos en centros estudiantiles y preferentemente en la Facultad de Medicina, donde cursaba estudios el conspirador cuyo cadáver aun permanece entre las ruinas del edificio por él mismo destruido." "Dirigentes estudiantiles de la mencionada Facultad obligaron a observar durante la jornada de la víspera, en simultaneidad con la distribución de los panfletos, un paro de actividades en señal de duelo por la muerte del extraviado muchacho."

Así queda presentado, pero todavía no exhumado (la empresa de demoliciones no tiene prisa) Aurelio Ron.

Un par de días después, el 7 de octubre, los demoledores llegan hasta el cadáver y dan aviso a la Seccional 26ª de Policía. La TV documenta el episodio: algunos funcionarios de la Seccional 26ª aparecen en el *bowling*, portadores de un ataúd rústico, de tablas de pino. Los bomberos, ya suficientemente convencidos de que no hay granadas en las manos del muerto, se acercan, lo tocan apenas y lo colocan en el féretro. El juez de Instrucción está presente y echa un desabrido vistazo. Se le informa que el cadáver no presenta ninguna fractura, ni siquiera en la muñeca presionada por la viga.

Idea publica un poema, que se titula *La isla:*

Un círculo de odio de basura
cerca la isla donde
en vos se muere una vez más el hombre
entero y puro
solo
y mira y deja y hace que te mueras
que se pierda
que acabe
la corta dulce vida que se escapa
la tibia vida que se bebe el suelo
y mira y hace tu dolor más solo
y la angustia y el trance
la arcada de la muerte.
Un pobre sucio triste río de odio
te aísla te rodea
te cerca y hace que te mueras
solo.
Pero no.
Pero no.
Si los otros él tú
no se van solos

si dentro los llevamos
si arropados de amor de pena están.
muriéndose en nosotros para siempre.

No muchos muertos tienen en la vida real responsos mejores. Coexistimos todos con él en esa ciudad en que él, con sus veintiún años intactos, se moría. Nos acostábamos a dormir en nuestra cama en las mismas horas de una ciudad en que a él, sin estar herido, se le apretaba a morir entre unas vigas. Y no hemos podido siquiera saber cuándo exactamente murió. No consta en los "partes" de la demolición. El *pobre sucio triste río de odio* existía desde antes, acaso desde siempre; pero a partir de aquellos días, con torrente cada vez más arrollador, ha avanzado contra todos nosotros, para destruirnos. Idea no sabía cómo se llamaba este hombre cuando le dedicó el poema. Y esto mismo ¿no hace todavía más extraviadamente demencial, más descarriadamente trágica y hermosa esta descabellada historia?

* *

ENRIQUE El final de Enrique es tan sencillo como Enrique, tan simple y tan veraz como él, tan noble.

Mediado el año 72, la gente caía todos los días. Caía y cantaba la gente todos los días. El rostro de Enrique, sin embargo, no se veía más mustio por eso. Hoy es legítimo pensar que haya adoptado una decisión de antemano y que en esa decisión figurase el punto expreso de que ella no llegara nunca a comunicarse a su cara, a su gesto, a posibles preguntas sobre la suerte de él, y por esa vía, sobre el destino y los deberes de nadie. Cada vez que hacía un "contacto" de los de verificación y rutina, un contacto de ésos que a cada hora se habían tornado más difíciles, Enrique respondía lo mismo. A la comprobación de "Ya vamos quedando muy poquitos, hermano", él contestaba: "Sí, pero quedamos los mejores".

Hoy es posible inferir que necesitaba honrar a su interlocutor con la suposición de que fuera de los mejores, a fin de que llegada la hora se comportase como uno de tales.

Aquello que se enunciaba como una realidad era, en el fondo, una exhortación, un ruego, un pedido, una confianza, una fe. Así era Enrique. Si hubiera confesado algo al caer, si hubiera cantado habría arrastrado a mucha gente, quemado muchos sitios, dado muerte a jornadas y trabajos y sacrificios; y *eso no*. Podía decirlo como si no tuviera ningún mérito, como si apenas valiese la pena mencionarlo, al solo título de descartarlo: *Eso no.* Caerían hospitales de sangre, berretines, escondites, casas, amigos, compañeros. No. *Eso no.* Enrique no veía manera, no podía siquiera entender que existiese una sola posibilidad de que nada de eso fuera diferente. No. *Eso no.*

Hasta que un día, en el mes de junio del 72, cantado sin duda por alguien que había hablado, Enrique cayó. Seguramente lo sabía de mucho tiempo atrás, desde que había elegido aquel camino. Acaso se había hecho a la idea de que el mérito de los mejores consistía en no caer y se terminaba allí, a menos que uno reencontrase la manera de salvarlo. Una sola y dura manera de salvarlo. Sin prédica, sin jactancia y, llegados al fondo del caso, sin posible contagio. Sin duda lo había pensado y lo sabía. Detenido, le previnieron que iban a interrogarlo. Sólo debe haber deseado un trayecto que le diera tal suerte. Para ser un buen revolucionario, lo primero era no caer. Una vez caído, desaparecían las alternativas: había que saber callar. Sólo debe haber deseado un trayecto que le diera tal puerta. A un costado, a su paso, la azotea de techos chatos cortaba una estrecha franja libre sobre el pozo de luz, a cuatro pisos de altura. Sólo debe haber deseado enfrentar ese trance estando suelto. Estaba suelto. No meditó que hubiera que seguir siendo uno de los mejores; era obvio, de tan sabido. Quería cumplir consigo mismo, no ambicionaba posar de moralista. Estaba suelto, bastaba arrancar velozmente, correr tres pasos, saltar. Saltó.

* *

ALVARIZA Un 26 de julio ya es invierno y aquel 26 de julio, en el año 72, era una noche helada. El mar rugía

junto a las ventanas de mi casa, como si estuviéramos embarcados y navegando en él. En aquella hora de la madrugada, cerca de las tres, oí que un auto se detenía frente a mi puerta; y llamaron. Pensé en la policía, dudé en abrir; siempre, por aquellos tiempos, era posible esperar la visita de la policía o, peor aún, la de los militares. Mi amigo era consciente del clima que vivíamos. Arrimó su boca a la cerradura y me gritó su nombre. No venía a menudo ni por causas fútiles, tenía que ser un asunto grave. Y lo era. Ya dentro de casa, lo contó en poquísimas palabras: la mujer que lo acompañaba era la esposa de un médico amigo suyo, llamado Alvariza. Alvariza había sido detenido aquel día, en la plena ira que los militares sentían (o expresaban) por la muerte del Coronel Artigas Alvarez, asesinado esa misma mañana. Y era un médico, un rehén universitario, de aquellos que los militares más odiaban. Lo interrogaron, lo forzaron a caminar encapuchado por los altos tramos del estadio militar, lo precipitaron desde diez o doce metros de altura. Estaba muerto, mis dos visitantes querían ahora tan sólo rescatar su cadáver; me dieron el nombre del juez militar de quien dependía que lo obtuviesen.

En la madrugada, en el viento que había ingresado a la habitación con su presencia, en la palidez con que la mujer ponía su cara ante mí para decirme que todo aquello era cierto, en los restos de la crispación con que ella misma había venido manejando hasta mi casa, creí que lo primero era ofrecerle un trago de whisky. Dijo con naturalidad que sí: más convencional que ella (no puedo concebir que no lo precisase) mi amigo dijo que no. Nos quedamos los tres frente a frente, traje los vasos y la botella, nos sentamos.

Alvariza estaba muerto y de nada servía seguir sintiendo piedad por él. Pero por ella sí, por ella pálida y digna y firme, con un vaso de whisky en la mano, había que tenerla. Era una de esas víctimas que, a esta data, hacía el país. Le llevaban el marido por la mañana y unas horas después, en plena madrugada, tenía que andar tramitando la entrega de su cuerpo. Una madrugada inhóspita —repito— y ella allí, golpeada por el rumor del mar en nuestros intersticios

de silencio y tomando a pequeños, muy pequeños sorbos su whisky; lejos del cuerpo del hombre que había amado pero a quien, en ausencia material del cadáver, se ve que todavía no había podido empezar a llorar. Necesitaba conseguirlo, verlo y tenerlo junto a sí para considerarse con títulos a llorarlo.

Creí que la muerte de él no me había impresionado comparativamente tanto, en aquel mundo de disparates ominosos en que entonces se vivía. Pero me equivocaba: después lo supe bien y la imagen de aquel hombre encapuchado a quien empujaban desde lo más alto del estadio militar, empezó a saltar noche a noche en mi retina, como si de verdad ella hubiese podido grabarlo en mí. Creía reconocer el fondo de un sendero de balasto o un ángulo de losas o un rincón de pasto que, desde tal altura, no había podido evitarle la muerte. A esa imagen se sobreponía otra, la irreal, la de una mujer bebiendo un trago de whisky en plena madrugada, en casa de un desconocido, sólo porque ese desconocido fuese un abogado y otro abogado se la hubiese llevado en consulta, en el exceso de suponer que los códigos y la Facultad enseñan a rescatar cadáveres de gente asesinada porque sí. Alvariza, cualquier otro día del año, habría sido simplemente golpeado, herido, no asesinado. El azar de un día con un coronel muerto en la mañana, le costaba la vida. Y era el origen de aquella escena, en la cual nadie se apresuraba por descolgar el teléfono porque para eso sí, para descolgarlo y hablarle al juez reclamándole el cuerpo, para eso y no para estar muerto aquélla era una hora extemporánea y era forzoso guardar las formas y saber esperar.

Mi amigo, como yo, vive hoy en el exilio. Pero nunca hemos destinado un minuto del semblante de alegría con que de tiempo en tiempo nos encontramos, a recordar aquella madrugada, aquella noche con el fragor del mar a doscientos metros del mar, aquella mujer, aquel trago. Si lo hiciéramos, acaso nos pareciese que aquel hombre, que para él era un amigo y para mí un desconocido, empezaría a caer de nuevo por nosotros, en la imaginación de nuestras

retinas. E indudablemente no queremos que ocurra, el animal de sensaciones y memoria que hay en cada uno de nosotros lo rehúye.

Yo era asimismo amigo del padre de un joven que —con los días se supo— había contribuido a asesinar a Alvarez, acribillándolo cuando el militar salía manejando su automóvil, de la casa de la calle Otelo. El padre era mi antiguo compañero de trabajo, prácticamente olvidado cuando reapareció (esa gente de quien por años no sabemos si está viva o muerta). Pintaba a su hijo como a un joven reconcentrado, triste y silencioso, a quien veía tocar la guitarra y solía —sin animarse a preguntarle nada— sorprender llorando, en los días que mediaron entre el asesinato y el descubrimiento de sus autores. Al paso del tiempo, la tristeza del hijo de mi amigo y la desesperación que ponía en comunicarme, a través de su padre, la absoluta necesidad en que se hallaba de impedir que una amante suya obtuviese de los militares un certificado de concubinato y, con él, un permiso para visitarle (parecía ser lo único que le aterrorizaba, lo único que impetraba de cualquiera que asumiese su defensa) empezaron a borrarme la imagen de Alvariza cayendo encapuchado desde las alturas y de su mujer dando la batalla de Antígona por el cuerpo. Y cuando mi amigo el padre del sedicioso, auténticamente consumido por su aflicción, tuvo un infarto y se murió (a los cincuenta y pocos años de edad) pensé que había una serie de extrañas compensaciones que urdía el fondo de equilibrio de aquella historia. Hasta que un día conocí a la viuda de mi amigo el periodista —porque olvidé decir que había sido eso, periodista— y ella, a propósito de lo mucho que el difunto le había hablado de mí en los tiempos de la prisión de su hijo, supuso que tendrían que constarme las viejas actividades profesionales de su esposo y que podría ser un testigo ideal para la Caja de Jubilaciones, porque mi finado amigo nunca había pagado sus aportes. Ésta sí que es una historia bien uruguaya, pensé; una historia uruguaya de hoy, habría que añadir melancólicamente. Empezaba por dos asesinatos entretejidos (cercanos hasta en la guía de teléfonos, Alvarez/Alvariza) y terminaba con un favor criollo respecto de una historia de montepíos impagos.

Por eso, tal vez, sumergí el cuento en mí. Hay fragmentos de él que a mi amigo el exiliado no le conciernen ni le importarían. ¿Y a quién otro contárselo?

* *

CECILIA Cecilia, la operación de imaginarse otra tu muerte es un despropósito. ¿Habría llegado más tarde por otros caminos o estarías todavía viva? Nadie puede saberlo. Y el dislate de ponerse simplemente a discutirlo —con fechas, datos de otros países, viajes— absuelve a tu padre. A tu padre, que nunca debería ser absuelto: ni siquiera en la hipótesis de que no fuera estrictamente culpable. La actitud de los padres debe juzgarse en otras regiones, que no son las de la culpa ni las de la inocencia. ¿Admitieron que habría otros valores, a oponer o a confrontar a los suyos? ¿Se plegaron a los valores de sus hijos y los acompañaron con orgullo por eso? ¿Se sintieron sólo entonces vivir, al verse realizados en las conductas de los jóvenes? ¿Antipatizaron con ellos y tuvieron que refugiarse en su responsabilidad de ser padres, no como una vergüenza pero sí como un hecho adverso e inevitable? ¿Asumieron una desgracia sin creer en ella, remitiéndola solamente a la consanguinidad y al afecto? ¿Odiaron a sus hijos, se separaron de ellos, admitieron que se instalara la zona de la muerte en el tramo de una antigua y apacible relación de infancia?

Tu padre, Cecilia, es un hombre de orden: fue militar en sus mocedades y desertó luego —no sé bien en qué forma discreta— de esa condición; se casó con quien habría de ser tu madre y la abandonó, no sé bien por qué amores; esto ocurrió en tu niñez y no fue tal vez demasiado doloroso para ti, porque se fue de tu lado cuanto tú aún no habías comenzado a sentir cariño por él.

Ese hombre, con una carrera interrumpida, con un matrimonio roto, era no obstante un hombre de orden. Había ascendido a director de liceos con la época militar, tenía primos castrenses que ocupaban altas posiciones. Había

utilizado la persuasión de sus influencias para que otros —padres de alumnos del liceo, comerciantes de la vecindad— financiaran una planta de educación física, en el predio del liceo. Suponía que el orden tuviera que estarle agradecido; en mi liceo no hay huelgas, decía. Algún día entregaré con mejoras un local que recibí en ruinas.

Así estaban las cosas cuando tú militaste en un CAT y, junto a cuatro chicos más, caíste presa. No vivías con él y eso fue lo primero que él señaló. *Nunca* habías vivido con él, *siempre* con tu madre. No era, pues, un asunto de su directa incumbencia en cuanto a responsabilidad; pero, de todos modos, iba a actuar.

Dijo desde el principio saber lo que había que hacer por ti. Hablar con sus amigos militares, recordarles cortésmente su ejecutoria en favor de ellos y pedirles o sugerirles, insinuarles a cambio tu libertad. Era todavía la era de los jueces letrados, lo cual quitaba inmediatez a sus influencias.

Anticipó su fianza moral de padre para el día en que salieras de la cárcel: era un educador. . . Cuando se decretó tu libertad, junto con las de los cuatro compañeros, y sobrevinieron para los cinco las medidas prontas de seguridad, los otros padres se avinieron a autorizar las salidas al extranjero, a financiar los viajes, a pagar las cauciones, a actuar de ese modo para evitar a sus hijos más prisiones. Tu padre no. Él tenía ideas muy claras —no olvides que era director de liceo— sobre lo que mejor convenía a una adolescente en tu trance. Salir al extranjero, mezclarse a una realidad como la de Chile del 72, eso ni en sueños. Abogó porque te fueras a vivir con tu abuela paterna, en Soriano. Bajo la sabia tuición de una anciana, en el medio plácido de un pequeño pueblo. Aquello arreglaría todo, te reconduciría espontáneamente al orden. Él lo sabía muy bien. Lástima que los militares no lo entendieron y, en tanto tus compañeros se habían ido de viaje, tu seguías reclusa en el Carlos Nery, viendo y oyendo la injusticia que necesitabas para radicalizarte. Aparentemente, los méritos de haber construido un gimnasio en el liceo, para mantener a los muchachos absorbidos por el ejercicio físico y alejados

de las tentaciones de la sedición, no le fueron debidamente agradecidos. Pasaste varios meses en el Carlos Nery, junto a presas mayores que tú, más aguerridas que tú, mejor adoctrinadas que tú: ellas te asumieron como una mascota, te mimaron, te pasaron sus sueños.

Cuando un día el carcelero franqueó tu salida, miraste la calle como el mero camino de la clandestinidad. No tiene sentido debatir si fuiste afectuosa con tu madre, o si el grado de tu decisión estaba por encima de que encarases la posibilidad de serlo.

¿Volvió entonces él a perseguirte con sus ideas de orden y de reconversión, con sus ideales propios —de él, ex militar, ex padre, educador— a aplicarte en cuanto pudiera? No lo sé, pienso que tú tampoco hayas tenido tiempo ni ocasión ni, en definitiva, interés por saberlo. Tu militancia se había vuelto, tal vez, la afirmación de tu vida contra la suya, de tus ideales contra los suyos, de tu persona contra la suya. Perdiste.

No sé si él insistió y verosímilmente tú no lo habrás sabido nunca. No fue por él ni contra él que te teñiste la cabellera de rubio, sobre rasgos demasiado juveniles para consentir el cambio. Fue para graduarte de clandestina, para convertirte en guerrillera.

Del resto, Cecilia, sólo sé lo que dicen ellos: que te vieron en una esquina de barrio, que te dieron orden de detenerte, que echaste mano a un bolso, que recelaron que tiraras y se te adelantaron. El bolso estaba lleno de pistolas, dijeron, pero de pistolas no cargadas. ¿Para qué habrías echado mano allí, qué miedos o pretextos contra ti tratarías de darles? ¿De dónde, por lo demás, habrías sacado ese arsenal de pistolas del Ejército?

Después, otros me dicen que te vieron como dormida, en casa de tu madre que lloraba; y que tu padre, por lo menos en el rato que me cuentan, no figuraba allí.

* *

Es posible sentir nostalgia, sí. Pero no sólo de la tierra, sino fundamentalmente de la gente. De la gente con quien hablar,

de un hijo que –de todos modos– no está allí. De la casa que le cuidaste un domingo y viste, desconfiaste espiarle por tiras. Hoy esa casa está deshecha, el arroyo que pasaba muy cerca de sus puertas entubado y oculto, con sus ratones de la orilla engullidos o ahogados. Tenía un nombre poético ese arroyo, Arroyo del Molino. Y la gente que vivía en esas piezas ha desaparecido o está dispersa por el mundo, injuntable, tal vez, de hoy para siempre. Preferimos a veces referirlo, por comodidad, al nombre de un lugar (sobre todo si la calle lleva el nombre de un Rey de Troya), a la memoria de unos árboles, al recorte de un trozo de sombra o a una humedad de pie descalzo en el césped. Pero todo esto, si lo meditamos mejor, se revela anecdótico, inconsistente y falso. ¿Dónde estará hoy tu casa, dónde tu patria?

Serie Literatura

Obras de Mario Benedetti
Poemas de otros
El escritor latinoamericano y la revolución posible
Quién de nosotros
Letras de emergencia
Montevideanos
Inventario
La tregua
El recurso del supremo patriarca
Pedro y el Capitán

María del Carmen Millán (selección y prólogo)
Antología de cuentos mexicanos (dos tomos)

Emilio Díaz Valcárcel
Harlem todos los días

José Luis González
Balada de otro tiempo
(Premio Villaurrutia 1978)

Juan Rulfo
Antología personal

Augusto Roa Bastos
Antología personal

Humberto Costantini
De dioses, hombrecitos y policías
(Premio Casa de las Américas 1979)

Humberto Costantini
Háblenme de Funes

Ariel Dorfman
Cría ojos

Ariel Dorfman
Pruebas al canto

Haroldo Conti
Mascaró, el cazador americano

Fernando Alegría
Coral de guerra

Fernando Alegría
Instrucciones para desnudar a la raza humana
(Antología poética)

Julio Cortázar
Queremos tanto a Glenda

Julio Cortázar
Antología personal